

NOCHES EN FLORENCIA, 2

LA
ALONDRA

Por el autor de *El infierno de Gabriel*

SYLVAIN REYNARD



se

A la ciudad de Florencia y a mis lectores, con gratitud

La primavera

Sandro Botticelli (c. 1482. Galería de los Uffizi, Florencia)



Prólogo

*Mayo de 2013
Florenca, Italia*

Una figura solitaria se alzaba en lo alto de la cúpula de Brunelleschi, bajo la sombra de la cruz y el globo dorado. Su ropa negra hacía que se fundiera con la oscuridad, lo que lo volvía invisible a la gente que caminaba a sus pies.

No obstante, si hubieran alzado los ojos, tampoco lo habrían visto.

Desde su mirador privilegiado, las personas parecían hormigas. Y para él no eran más que hormigas, una presencia molesta pero necesaria en su ciudad.

Florenca había sido suya durante casi setecientos años. Cuando no estaba de viaje siempre contemplaba la puesta de sol desde el mismo lugar, inspeccionando su reino con un orgullo digno del propio Lucifer. Todo cuanto veía era fruto de su esfuerzo; lo había logrado con sus propias manos, y ejercía su poder sin compasión.

Su considerable fuerza se magnificaba gracias a su intelecto y a su paciencia. Los siglos pasaban ante sus ojos, pero él permanecía inmutable. El tiempo era un lujo del que disponía en abundancia. Por eso nunca se apresuraba en su búsqueda de venganza. Habían pasado más de cien años desde que le habían robado una de sus posesiones más preciadas. Había esperado a que volvieran a aparecer y por fin lo habían hecho. Esa noche había recuperado las ilustraciones que pertenecían a su colección personal. La sofisticada seguridad de los Uffizi había sido un trámite insignificante.

Por eso se alzaba triunfal recortado contra el cielo cubierto de nubes negras, como un príncipe Medici contemplando Florenca. El cálido aire de la

noche bañaba la ciudad mientras él meditaba sobre el destino de las personas que habían adquirido las ilustraciones robadas. Ya había decidido matarlos dos años antes, pero un tedioso intento de asesinato había interrumpido sus planes. Y la guerra civil que se había declarado entre Florencia y Venecia lo había mantenido ocupado desde aquel momento. Había ganado la guerra y todos los territorios de Venecia se habían anexionado. Al fin había llegado la hora de vengar otras injusticias, de carácter personal.

Tenía tiempo de sobra para planificar los asesinatos de los ladrones. Por eso estaba disfrutando de su triunfo mientras una lluvia cálida y persistente empezaba a caer. Las hormigas se dispersaron a sus pies, buscando refugio. Pronto las calles se vaciaron de presencia humana.

Sujetó la caja que cargaba bajo el brazo con más fuerza. Necesitaba llevar sus ilustraciones a un lugar más seco. En un abrir y cerrar de ojos, se deslizó por las tejas rojas hasta llegar a una media cúpula situada en un nivel inferior. Desde allí, bajó al suelo de un salto y echó a correr por la plaza. Instantes después escaló hasta el tejado de la Arciconfraternita della Misericordia, un antiguo edificio adyacente a la catedral.

Hubo un tiempo en el que se habría unido gustoso a la Arciconfraternita y habría compartido su misión misericordiosa en vez de considerarlos un obstáculo. Pero llevaba desde 1274 sin ser misericordioso. En su nueva forma, la idea ni siquiera le cruzó la mente.

Iba saltando de tejado en tejado a gran velocidad, esquivando las gotas de lluvia y acercándose cada vez más al ponte Vecchio, cuando el olor de la sangre lo distrajo. Respiró hondo, abriendo mucho las ventanas de la nariz. La sangre provenía de más de una cosecha, pero una en concreto llamó su atención. Era joven y extraordinariamente dulce. El aroma hizo resucitar en él recuerdos que llevaban mucho tiempo olvidados y un anhelo igual de antiguo. Instantáneamente, cambió de dirección y aceleró el paso, dirigiéndose hacia el ponte Santa Trinita. La silueta oscura se difuminaba contra el cielo nocturno mientras saltaba de tejado en tejado.

Otros monstruos se movían en la noche. Saliendo de todos los rincones de la ciudad, se dirigían a la carrera hacia el lugar donde la sangre inocente los llamaba desde el suelo.

Mientras corría, la pregunta que ocupaba su mente era: «¿Quién llegará

primero?».

1

Las calles de Florencia estaban casi desiertas a la una y media de la mañana.

Casi.

Quedaban unos cuantos turistas y lugareños, grupos de jóvenes que buscaban diversión, algunos sintecho que pedían limosna y Raven Wood, que cojeaba lentamente por el pavimento irregular de la calle que llevaba desde la galería de los Uffizi hasta el ponte Santa Trinita.

Raven había estado en una fiesta con colegas de la galería y, como una idiota, había rechazado la oferta de su amigo Patrick de llevarla a casa. Patrick se había ofrecido a llevarla porque sabía que la Vespa de Raven estaba en el taller, pero ella sabía que en realidad su amigo no quería marcharse del piso de Gina. Llevaba meses enamorado de ella en secreto. Esa noche parecía que, al fin, había logrado captar la atención de Gina.

Ligeramente.

Raven no tuvo valor para separar a los posibles amantes. Había asumido ya que el amor no estaba hecho para ella, pero disfrutaba en secreto con las vidas amorosas de los demás, en especial de las de sus amigos. Por eso había insistido en volver sola a casa. Y por eso iba caminando, con la única ayuda de su bastón, hacia su pisito de la piazza Santo Spirito, que quedaba al otro lado del río.

Poco se podía imaginar que esa decisión tendría consecuencias trascendentales, tanto para ella como para sus amigos.

Sus colegas daban por hecho que su cojera era cosa de nacimiento y, por delicadeza, no sacaban el tema. Estaban equivocados, pero Raven agradecía que no le hablaran de ello, ya que tras su defecto se escondía un secreto siniestro que no pensaba revelar a nadie.

No se veía a sí misma como una minusválida. Se consideraba ligeramente discapacitada. Tenía la pierna derecha un poco más corta que la izquierda, y el pie se le abría hacia fuera en un ángulo poco natural. No podía correr, y sabía que verla caminar no era algo agradable. Al menos, ya que siempre iba acompañada de su bastón, trataba de que este fuera lo más bonito posible, y lo decoraba personalmente con motivos divertidos. Se refería a él como su *novio*, y le había puesto hasta nombre. Se llamaba Henry.

A algunas mujeres les habría preocupado tener que cruzar Florencia solas a esas horas de la noche, pero a Raven no. No solía atraer la atención de la gente, excepto unas cuantas miradas indiscretas a su pierna. De hecho, la mayoría de las veces la gente la rozaba o tropezaba con ella como si fuera invisible.

Probablemente la culpa era de su aspecto físico. Los más educados habrían definido su figura como la de una musa de Rubens, si hubieran logrado encontrarla bajo su ropa holgada. Para los gustos actuales tenía sobrepeso. La ropa demasiado grande hacía que pareciera que le sobraban todavía más kilos. Y las zapatillas deportivas, aunque eran muy cómodas, no añadían casi ningún centímetro a su metro setenta. Tenía el pelo moreno, casi tan negro como el ala de un cuervo, y lo llevaba recogido de cualquier manera en una coleta que le rozaba los hombros. Comparada con las numerosas mujeres atractivas y emperifolladas que habitaban Florencia, ella era del montón.

Aun así, tenía unos ojos preciosos, grandes, de mirada profunda, de un verde que recordaba a la absenta. Por desgracia, nadie se tomaba nunca la molestia de mirarla a los ojos, que estaban ocultos tras unas gafas de montura negra demasiado grande.

No obstante, si lo hubieran hecho, Raven tampoco se habría sentido cómoda. De hecho, se ponía esas gafas para distanciarse de la gente. Cuando necesitaba leer algo, se las cambiaba por unas graduadas.

Al acercarse al puente Santa Trinita desde el Lungarno degli Acciaiuoli, maldijo en voz baja por no haber cogido un paraguas. Aunque llovía lo suficiente como para hacer desaparecer a los peatones de las calles y del puente, no llovía bastante para empaparla. Pensó en refugiarse en algún sitio, pero rechazó la idea y siguió cojeando, avanzando igual que lo hacía todo en

la vida: con tenaz determinación.

Vio que un trío de hombres de aspecto rudo y grosero se acercaban al puente desde la via de' Tornabuoni. La lluvia no parecía preocuparlos. Hablaban en voz alta y estridente, y caminaban dando bandazos. No era raro encontrarse con borrachos en el centro de la ciudad, pero Raven aflojó el paso. Sabía que la gente era impredecible cuando había bebido demasiado.

Agarró con más fuerza su vieja y gastada mochila mientras seguía avanzando en dirección al puente. En ese momento vio a Angelo.

Angelo era un sintecho que se pasaba los días y las noches mendigando. Raven se lo encontraba cada vez que iba o volvía de los Uffizi. Siempre se detenía a saludarlo y le daba alguna moneda o algo de comer. Sentía una especie de camaradería con él, ya que ambos usaban bastón para ayudarse a caminar. La incapacidad de Angelo se debía a problemas relacionados con la miseria, lo que aumentaba el sentimiento de compasión de Raven.

Mientras seguía caminando, paseó la mirada entre él y los borrachos y no pudo evitar que la asaltara una terrible sensación de miedo.

—¡Buenas noches, amigos! —exclamó Angelo. Su voz rasgó la húmeda oscuridad de la noche—. Unas monedas, por favor.

El tono alegre de su voz hizo que a Raven se le encogiera el estómago. Conocía perfectamente el cruel destino que sufría la esperanza cuando se dirigía hacia las personas equivocadas.

Empezó a caminar más deprisa, con los ojos clavados en su amigo, esperando no tropezar y acabar en el suelo antes de llegar. Cuando ya casi había alcanzado el puente, vio que Angelo levantaba los brazos y gritaba.

El más grande de los tres tipos estaba orinando sobre él. Angelo trató de apartarse, pero el hombre lo siguió, mientras los otros dos lo jaleaban.

A Raven no le extrañó lo que estaba viendo.

Angelo era un indigente, estaba sucio, era un tullido y se movía con lentitud. Cualquiera de esas cosas podía desencadenar la crueldad latente de algunos florentinos.

Sintió que las ganas de protestar le quemaban la garganta, pero no abrió la boca.

Debía intervenir. Lo sabía. El mal florece cuando la gente buena pasa de largo y calla cuando debería alzar la voz.

Raven siguió andando.

Estaba cansada tras un largo día en el trabajo y tras la velada en casa de Gina. Lo único que quería era llegar a casa, a su pisito de la piazza Santo Spirito. Pero no podía pasar por alto los gritos de Angelo ni las risas y los insultos de los hombres.

El más grande de ellos acabó de orinar con una floritura y volvió a abrocharse los vaqueros. Sin previo aviso, levantó un pie y le dio una patada en las costillas a Angelo. Este soltó un grito y se encogió en el suelo.

Raven se detuvo en seco.

Los otros dos hombres se unieron al primero, dando patadas e insultando a Angelo sin hacer caso de sus gritos. Mientras trataba de protegerse acercándose a la acera, Raven vio que le salía sangre por la boca.

—¡Ya basta! —gritó alguien en italiano.

Por un momento, Raven sintió alivio y una gran alegría pensando que alguien, quien fuera, acudía a rescatar a Angelo.

Pero su alegría se transformó en horror cuando los hombres se detuvieron y se volvieron hacia ella.

—Ya basta —repitió en voz mucho más baja.

Los hombres se miraron entre sí y el más alto hizo un comentario despectivo a sus compañeros antes de echar a andar en su dirección.

Mientras se acercaba, Raven se fijó en que tenía los hombros anchos y era más alto de lo que le había parecido. Tenía la cabeza rapada y calzaba botas. Cuando él le clavó sus ojos oscuros, Raven tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echar a correr.

—¡Largo! —le ordenó el hombre, haciendo un gesto despectivo con la mano.

Los ojos verdes de Raven buscaron a Angelo, que seguía ovillado en el suelo.

—Deja que lo ayude. Está sangrando —repuso.

El calvo miró por encima del hombro en dirección a sus compañeros. Uno de ellos le dio una patada en el estómago a Angelo, como para provocarla. Los gritos de su amigo llenaron los oídos de Raven, hasta que finalmente se hizo un silencio aterrador.

Con una sonrisa de depredador, el calvo se volvió hacia ella y señaló en la

dirección por la que había llegado.

—Corre.

Raven se planteó acercarse a Angelo, pero descartó la idea. Tampoco iba a poder cruzar el puente para llegar a su casa. El enorme calvo le impedía el paso.

Empezó a retroceder insegura.

El tipo la siguió, agitando los brazos y arrastrando la pierna derecha, burlándose exageradamente de su manera de caminar. Uno de los otros gritó algo sobre Quasimodo.

Resistiéndose a la tentación de gritar que los auténticos monstruos eran ellos, Raven se volvió para alejarse más rápidamente. El sonido de pasos acelerando el ritmo resonó en sus oídos. Los otros dos hombres habían dejado a Angelo y la estaban persiguiendo.

Oyó que uno de ellos hacía un comentario sobre lo fea que era, demasiado fea para tirársela.

Los otros se echaron a reír.

Otro comentó que siempre podían follársela por detrás; así no tendrían que verle la cara.

Raven cojeó más deprisa, buscando en vano con la mirada a algún otro peatón. Pero los alrededores del Arno estaban desiertos.

—¡No corras tanto! —El comentario sarcástico del hombre fue recibido con risas por los otros dos.

—Vamos, ven a jugar con nosotros —gritó otro.

—Está claro que lo está deseando.

Raven aceleró el paso, pero pronto la alcanzaron y la rodearon como si fueran una manada de lobos y ella un ciervo herido.

—Y ¿ahora qué? —preguntó el más bajo de los hombres mirando a sus compañeros.

—Ahora vamos a jugar —respondió el calvo, que evidentemente era el cabecilla, antes de dirigirle una sonrisa a Raven. Tras arrebatarse el bastón de la mano, lo tiró lejos.

Otro le arrancó la mochila del hombro.

—Devuélvemela —gritó ella, lanzándose sobre el hombre.

Este se la arrojó alegremente a uno de sus compañeros, por encima de la

cabeza de Raven.

Ella se volvió hacia la mochila, pero antes de alcanzarla, habían vuelto a tirarla por encima de su cabeza. Los hombres siguieron con el jueguito durante varios minutos, riéndose y burlándose de ella cada vez que les suplicaba que le devolvieran la mochila. Esos tipos no lo sabían, pero allí llevaba el pasaporte y otros documentos importantes.

No podía correr. Su minusvalía se lo impedía. Sabía que, si iba a buscar el bastón, lo único que conseguiría sería que volvieran a quitárselo y, tal vez, que lo tiraran al Arno. Se volvió y empezó a cojear una vez más en dirección al ponte Vecchio.

Uno de los hombres tiró la mochila al suelo.

—¡Sujétala! —ordenó.

Raven trató de andar más rápidamente, pero lo cierto es que ya iba tan deprisa como podía. El tipo que la seguía la atrapó en tres zancadas.

Asustada, miró por encima del hombro. En ese momento, tropezó con un agujero del suelo y trastabilló. Sintió un gran dolor en las manos y en los brazos al tratar de amortiguar con ellos la caída.

El calvo se aproximó y la agarró por el pelo. Raven gritó mientras él le arrancaba la goma elástica del cabello. La larga melena le cayó sobre los hombros.

El hombre se enroscó el pelo alrededor de la muñeca y tiró de él hasta levantarla del suelo.

Raven examinó la zona, intentando encontrar una salida o a alguien que la ayudara, pero un instante después el hombre la arrastró y la metió en un callejón. Era un callejón tan estrecho que Raven casi podría haber tocado las dos paredes con los brazos extendidos.

Entonces, se dejó caer intencionadamente hacia delante. El hombre la soltó, maldiciendo e insultándola.

Raven gimió al volver a chocar con el suelo. Tenía las rodillas y las manos llenas de arañazos y de sangre. Notó que la asaltaba un olor nauseabundo. Alguien había usado el callejón como lavabo.

Raven tosió y pensó que iba a vomitar.

El calvo la agarró por el codo y la arrastró hacia el fondo del callejón.

—Levántate —le ordenó.

Ella trató de alejarse, pero la tenía bien sujeta por el codo. Se revolcó por el suelo dando patadas a ciegas, desesperadamente. Mientras el hombre la maldecía, ella se apartó, tratando de ponerse en pie al mismo tiempo.

De repente, el tipo se alzó sobre Raven. Sujetándola por un brazo, la obligó a levantarse y a mirarlo a la cara. Sin previo aviso, le dio un puñetazo en el rostro que le rompió las gafas y la nariz. La sangre empezó a brotar, cayendo al suelo y formando grandes goterones.

Raven aulló de dolor y se dejó caer al suelo. Se arrancó las gafas rotas de la cara y empezó a llorar. Mientras las lágrimas le caían por las mejillas, se cubrió el rostro con las manos, intentando respirar por la boca.

El hombre volvió a levantarla tirándole del pelo y le aplastó la cara contra la pared.

Raven sintió un gran dolor en la frente y vio las estrellas mientras el mundo empezaba a girar a su alrededor. Cuando dos de los hombres le abrieron los brazos a los lados y le apretaron el pecho contra la pared, todo empezó a ir a cámara lenta. El cabecilla, que estaba a su espalda, le levantó la camisa.

Sin miramientos, sus dedos ascendieron por la piel desnuda de Raven hasta llegar al sujetador. Le apretó los pechos mientras hacía una broma de mal gusto. A Raven le pareció que sus compañeros lo animaban a seguir, pero a esas alturas ya no entendía lo que decían.

Era como si estuviera debajo del agua. Sentía un fuerte golpeteo en la cabeza. Respiraba con dificultad, tratando de no ahogarse con la sangre que se le colaba por la garganta.

El hombre se desabrochó los pantalones y se pegó a su trasero. Le rodeó la cintura con un brazo y, con un movimiento de los dedos, le desabrochó los vaqueros.

Ella se resistió al notar que le deslizaba la mano por dentro de las bragas.

—¡Para! Por favor... ¡Por favor!

Los gritos desesperados de una joven que pronunciaba las palabras con dificultad llegaron a oídos del Príncipe. Lorenzo, su lugarteniente, y Gregor, su ayudante, se acercaban, pero aún estaban lejos. Otros de su especie los

seguían a poca distancia.

El Príncipe aumentó la velocidad, reticente a compartir la fuente de la cosecha más dulce que había oído en siglos. El aroma le resultaba casi familiar. Tanto, que a su deseo se unió una oleada de nostalgia. Una nostalgia en la que no tenía intención de regodearse.

La astucia y la prudencia siempre habían sido sus mejores consejeras. Gracias a ellas seguía con vida, mientras que tantos otros habían sido enviados a sufrir las abominaciones de ultratumba que se merecían tanto como él. Nunca actuaba sin precaución. Por eso se detuvo al llegar al borde del tejado que daba al callejón y miró hacia abajo sin ser descubierto.

El estrecho callejón estaba iluminado por una única farola. Vio a una joven a la que sujetaban entre tres hombres. Uno de los tres estaba abusando de ella por detrás. Tenía la bragueta abierta y frotaba su miembro erecto en el trasero de la chica. Los otros lo animaban mientras la mantenían clavada a la pared, como si estuviera crucificada.

El simbolismo de la escena no le pasó desapercibido al Príncipe.

No le habría costado nada robarles la víctima a esos hombres y salir de allí sin que se dieran cuenta siquiera. Luego podría haberla llevado a otro callejón oscuro para consumir esa valiosa cosecha.

Cerró los ojos durante un instante y respiró hondo. En ese momento, un recuerdo lo asaltó: una mujer medio desnuda que yacía al pie de una pared de piedra. Su cuerpo estaba destrozado. Le habían arrebatado la inocencia y su sangre lo llamaba, derramada como estaba en el suelo.

«Venganza».

Sus ganas de alimentarse fueron rápidamente sustituidas por un apetito aún mayor, uno que llevaba siglos nutriendo silenciosamente a base de rabia y arrepentimiento. Las ilustraciones que había robado con tanto cuidado se le cayeron de las manos, completamente olvidadas, cuando bajó del tejado de un salto.

—¿Qué demo...? —El hombre murió antes de poder acabar la frase. La cabeza, separada del tronco, daba vueltas por el callejón como un balón de fútbol.

Los otros dos soltaron a la chica y trataron de huir, pero el Príncipe los atrapó fácilmente y los envió al infierno con unos cuantos ágiles

movimientos.

Al volverse hacia su presa, vio que estaba tirada en el suelo. El dulce aroma de su sangre flotaba en el aire. Parecía inconsciente. Tenía los ojos cerrados y la cara como si le hubieran dado una paliza.

—*Cassita vulnerata* —susurró agachándose a su lado.

Ella abrió sus grandes ojos verdes y lo miró con dificultad entre las gotas de lluvia.

—Una chica. Qué decepción —dijo una voz femenina, rompiendo el silencio—. Por el olor pensaba que sería un niño pequeño.

El Príncipe se volvió y se encontró con cuatro de sus conciudadanos, que se habían acercado. Una era una mujer alta con una larga melena pelirroja: Aoibhe. Los otros tres eran hombres: Maximilian, Lorenzo y Gregor. Todos estaban muy pálidos y miraban a Raven con apetito, pero antes no se olvidaron de hacerle una reverencia a su señor.

—¿Cómo puede ser que se nos pasara por alto una exquisitez como esta? Si la hubiera oído por la calle, la habría cazado enseguida. —Aoibhe se acercó. Su postura era regia y elegante—. Vamos a por ella, ¿no? Es adulta. Nos la podemos repartir fácilmente. No he probado una cosecha tan dulce desde que me alimentaba de niños ingleses.

—No —replicó el Príncipe en voz muy baja. Se movió de manera casi imperceptible, situándose entre la chica y los demás para que dejaran de verla.

—¿Nuestro Príncipe va a negarnos algo así? —preguntó Maximilian, el más grande de los hombres—. Los demás están muertos y apestan a vicios —añadió señalando el suelo cubierto de los cuerpos desmembrados de los otros tres.

—Hay un cadáver puro en el puente. Os lo podéis quedar, con mis mejores deseos. Pero me reservo el derecho de pernada con la chica —dijo el Príncipe en un tono engañosamente sereno pero acerado.

—Su tesoro es casi un cadáver —soltó Aoibhe—. Su corazón empieza a fallar.

La chica tenía los ojos cerrados y respiraba cada vez con más dificultad.

—¡Qué desastre! —exclamó otro de los hombres del Príncipe en un italiano con marcado acento ruso. Dio un paso al frente para examinar los

cadáveres de los atacantes, acercándose peligrosamente a la víctima.

Un gruñido amenazador escapó entonces de la garganta de su amo.

El ruso se detuvo en seco.

—Mis disculpas, señor —dijo dando un cauteloso paso atrás—. No pretendía faltarle al respeto.

—Gregor, controla el perímetro. Si nadie quiere el otro cadáver, retiradlo de ahí.

El joven ayudante se marchó a toda prisa.

—Ni siquiera un salvaje se alimentaría de estos. —Todo el mundo se volvió hacia Maximilian, que estaba contemplando los cuerpos mutilados. Alzando la mirada hacia su gobernante, añadió—: Pensaba que el Príncipe no mataba por diversión.

—*Cave*^[1] Maximilian —le advirtió el Príncipe en tono amenazador.

—¿Estás desafiando al Príncipe por la presa? —Lorenzo, el lugarteniente, dio un paso hacia delante.

La tensión podía palparse en el ambiente. Todo el mundo se quedó mirando a Maximilian, esperando su respuesta.

El ruso paseó la mirada entre el Príncipe y la chica que se desangraba. Sus ojos azules tenían un brillo calculador.

—Si el Príncipe nunca mata por diversión, ¿por qué están muertos estos hombres? Podría haberse llevado a la chica fácilmente sin matarlos.

—¡Ya basta! —Aoibhe parecía impaciente—. Esa chica se está muriendo y tú nos estás haciendo perder el tiempo.

—Fue el Príncipe quien promulgó las leyes en contra de los asesinatos indiscriminados —insistió Maximilian, dando un paso adelante. Miró un instante hacia Lorenzo antes de volver a clavar la vista en su señor.

Aoibhe se plantó ante él. Aunque era alta, su cuerpo se veía muy menudo al lado de la mole que era Maximilian.

—¿Vas a desafiar al Príncipe de Florencia por esto? ¿Estás loco?

Maximilian hizo un gesto, como si pensara apartarla de su camino.

La pelirroja lo sorprendió con un movimiento brusco y muy rápido. Agarrándole el brazo izquierdo, se lo dobló a la espalda y lo levantó hasta dislocarle el hombro con un chasquido escalofriante.

—No vuelvas a levantarme la mano nunca más, o te quedarás sin ella. —

Aoibhe lo obligó a arrodillarse y le apoyó un pie en la espalda, dejando al descubierto un zapato de terciopelo.

Maximilian apretó los dientes.

—¿Alguien va a sacarme a esta arpía de lengua bífida de encima?

—Aoibhe —dijo el Príncipe en voz baja pero cargada de autoridad.

—Sólo quiero asegurarme de que este caballero prusiano entiende lo que le estoy diciendo. Su italiano... deja mucho que desear.

—¡Aparta, mujerzuela miserable! —exclamó Maximilian, tratando de liberarse.

—Será un placer. —Aoibhe soltó a su colega con una retahíla de insultos en irlandés y unas cuantas amenazas de propina.

Max se levantó y, con un gruñido, volvió a colocarse el hombro en su sitio. Haciendo girar el brazo, dijo:

—Ya que, al parecer, soy el único interesado en hacer cumplir las leyes de la ciudad, retiro el desafío. —Hizo una pausa, dando tiempo a que alguien dijera algo, pero todos guardaron en silencio.

—Por fin. Ya era hora —dijo Aoibhe finalmente, volviéndose hacia el Príncipe, que se había acercado a su presa y había apoyado la espalda en la pared del callejón—. La excepcional cosecha que ha encontrado está a punto de exhalar su último aliento, Príncipe. Si alguien va a probarla, tiene que ser ahora. ¿Va a compartirla con nosotros?

Siguiendo un impulso irresistible, el Príncipe tomó a la muchacha en brazos y, de un ágil salto, se plantó en el tejado de la casa, dejando a sus conciudadanos atrás.

2

—*Cassita vulnerata*.

Raven se despertó sobresaltada. Había oído una voz desconocida que le susurraba al oído. Pero, por supuesto, no había nadie más que ella en su pequeño dormitorio. No recordaba qué le había dicho la voz. Tampoco sabría asegurar en qué idioma hablaba. Algo le decía que no era italiano, pero, al fin y al cabo, se trataba de un sueño. Y no sería la primera vez que soñaba en latín.

Pestañeó para protegerse de la luz del sol que entraba por la ventana. No era habitual que los postigos estuvieran abiertos por la noche, pero lo estaban. (Aunque ella no se fijó en esa anomalía).

Había tenido un sueño de lo más raro, pero lo único que recordaba vívidamente era un remolino de emociones y colores. Raven era artista, y para ella no era raro pensar y soñar en color. Lo que ya no era tan habitual era que su memoria, normalmente tan precisa, se hubiera vuelto vaga e indefinida.

Bostezando, bajó los pies al suelo. Su cama individual era una auténtica declaración de soltería. Se levantó y se dirigió a su ordenador portátil. Tras abrir el reproductor de música, escuchó su álbum favorito de Mumford & Sons.

Al entrar en el baño, no se molestó en mirarse al espejo que colgaba sobre el lavabo. Era un espejo pequeño, que sólo mostraba lo mejor de la anatomía de Raven: su rostro. Pero ella trataba de no mirarse, ni siquiera a la cara.

Tras sus abluciones matutinas, se dirigió a la diminuta cocina de su apartamento de una habitación para preparar el café.

Tenía la sensación de que era sábado o domingo, pero, al mismo tiempo,

algo le decía que tenía que ir a trabajar. Una súbita ansiedad se apoderó de ella y tuvo que volver hasta la puerta del dormitorio y echar un vistazo. Cuando vio que la mochila estaba al lado de la mesita que usaba como escritorio, soltó el aire que había estado conteniendo, aliviada.

Lo que tenía que hacer era tomarse el café, revisar el correo como de costumbre, y así sabría seguro qué día era. Según el reloj de pared, eran las siete de la mañana.

Se apoyó en la encimera de la cocina. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que algo había cambiado.

El anticuado camisón que llevaba debería haberle llamado la atención, ya que no era suyo, pero no lo hizo. En vez de en la ropa, se fijó en lo que asomaba por debajo. Su pie derecho, que habitualmente estaba enfocado hacia un lado, era simétrico con el izquierdo, algo que no había visto desde hacía una década.

Se quedó de piedra. Normalmente no era capaz de desplazarse del dormitorio al baño y del baño a la cocina sin ayuda del bastón. Y tampoco podía estar así, apoyada en ambos pies, sin sentir dolor. Pero eso era exactamente lo que acababa de hacer.

Raven casi se cayó al suelo por la sorpresa, pero no lo hizo porque estaba demasiado ocupada levantando el pie que solía estar herido y haciendo girar el tobillo experimentalmente. Luego repitió el movimiento con el pie izquierdo. Ambos se movían con facilidad y sin causarle ningún dolor.

Caminó hasta el dormitorio y volvió a la cocina. Conteniendo la respiración, probó a dar un salto.

Levantó los brazos y corrió sin moverse del sitio. Cada paso que daba era una victoria que la llenaba de entusiasmo a pesar de saber que lo que estaba viviendo era imposible.

Era un milagro.

Raven no creía en los milagros, ni en ninguna deidad o deidades que pudieran concederlos. Cerró los ojos tratando de recordar algo de la noche anterior. Cualquier cosa que le sirviera de pista para comprender el porqué de una transformación tan crucial como repentina. Sin embargo, aparte de la voz que le susurraba unas palabras que no podía recordar, no tenía nada a lo que aferrarse.

«Tal vez siga soñando», se dijo.

Para comprobar su teoría, estiró los miembros inferiores y los colocó formando una postura de ballet, un *arabesque* muy de aficionada, con las piernas temblorosas. Mantuvo la posición tanto tiempo como pudo, disfrutando al sentir músculos que había olvidado que tenía. Cuando al fin perdió el equilibrio y volvió a colocar los dos pies en el suelo, casi se echó a llorar. Su pie y su pierna derecha habían hecho lo que les había pedido que hicieran, por fin. Todo el daño que le habían causado aquella terrible noche se había curado.

Oyó que la cafetera escupía ruidosamente sobre el fogón de la cocina y se apresuró a apagar el fuego. Abrió la neverita y sacó un cartón de leche.

Echó un vistazo a la etiqueta y la leyó sin ninguna dificultad. Con los ojos abiertos como platos, le dio la vuelta al envase para leer la letra pequeña. Parpadeó varias veces y se llevó una mano a la cara para asegurarse de que no llevaba las gafas puestas.

No las llevaba.

Sin las gafas de cerca no debería haber sido capaz de leer las palabras escritas debajo de la marca. Pero lo veía todo con claridad.

«Esto no puede estar pasando. Estoy alucinando».

Raven dejó la leche sobre la encimera y se dirigió al baño a toda prisa.

Cuando vio a una desconocida reflejada en el espejo, soltó un grito.

La mujer tenía una larga y brillante melena negra. Los ojos eran dos centellas verdes y su cara tenía una bella forma ovalada y unos pómulos altos. Era de ese tipo de rostros que Raven consideraba que merecían ser pintados. De hecho, el reflejo le recordó a la actriz Vivien Leigh.

Asustada, se alejó del espejo dando un salto hacia atrás.

La mujer hizo lo mismo.

Se movió hacia la derecha.

Y la mujer también.

Tardó unos momentos más en asimilar que la mujer del espejo era su propio reflejo.

Asombrada, se tocó la cara, las mejillas, la boca, el carnoso labio inferior.

Raven sabía que no era así como se suponía que debería ser su reflejo. Debería estar viendo a una mujer feúcha, con sobrepeso y una pierna que no

funcionaba como era debido. Y, sin embargo, su apariencia era la de una hermosa mujer con dos piernas perfectamente funcionales.

¿Estaría desvariando?

«Pero parece que los sentidos me funcionan correctamente. Puedo oír, tocar, ver y oler».

¿Acaso su anterior aspecto y su lesión habían sido una pesadilla? Salió al pasillo y se asomó a su dormitorio, que estaba decorado con ilustraciones enmarcadas de *La primavera* y *El nacimiento de Venus*, ambas de Botticelli. También tenía algunas fotografías personales. Había fotos de ella junto a su hermana Carolyn. Las imágenes, colocadas sobre las estanterías de la librería, le confirmaron que su aspecto anterior no había sido un sueño.

Raven no creía en los milagros, ni en lo sobrenatural ni en nada que no tuviera una explicación científica. Debía de estar alucinando. No había ninguna otra explicación posible.

Trató de recordar qué había hecho el día anterior. Se acordaba de haber ido a trabajar, pero no recordaba nada más después. ¿Y si la habían drogado?

Se quitó el camisón por encima de la cabeza y, al verlo en sus manos, examinó el material. Parecía estar hecho de algodón. En otros tiempos debía de haber sido blanco, pero ahora se veía amarillento. El escote estaba decorado con encaje fino y una cinta rosa descolorida. Se abría por delante hasta la cintura con una hilera de botones antiguos que parecían perlas. Resumiendo, que el camisón que llevaba puesto no sólo no era suyo, sino que parecía ser del siglo anterior.

Ahora estaba desnuda, cerca del espejo. Fue a la cocina a buscar un taburete bajo y se subió a él para verse entera.

Ella nunca se miraba al espejo cuando estaba desnuda. Era una imagen que trataba de evitar con todas sus fuerzas. Pero esa mañana maldijo el hecho de tener un espejo tan pequeño.

Tenía la piel pálida y perfecta, sin rastro de cicatrices ni de estrías. Tenía los pechos firmes, en absoluto caídos. Su figura recordaba a un reloj de arena. Tenía una cintura de avispa y unas caderas que se ensanchaban delicadamente.

Se contorsionó sobre el taburete para poder echarles un vistazo al trasero y a las piernas. Le llamó la atención ver que no le quedaba ni rastro de

celulitis en los muslos.

«No sé qué me habrán dado, pero tiene que ser una droga muy potente».

Preocupada por si alguien había abusado de ella, se examinó la piel buscando marcas de golpes, pero no encontró nada.

Con cuidado, separó las piernas y se palpó entre ellas buscando alguna señal de heridas íntimas. Soltó el aire aliviada al comprobar que todo estaba bien.

«Aunque, claro está, si mi aspecto es resultado de una alucinación, también me puedo estar imaginando la ausencia de heridas».

Raven se preguntó si todas las víctimas de alucinaciones serían tan racionales como ella, pero volvió a atribuir el efecto a la droga que cada vez estaba más segura de que le habían dado.

Se puso el albornoz, que ahora que había adelgazado tanto le quedaba enorme, y fue a buscar su teléfono móvil. Enseguida se dio cuenta de que no tenía batería. Fue al escritorio a buscar el cable para cargarlo. Una mirada a la pantalla del ordenador le reveló que era lunes por la mañana. No entendía cómo había podido olvidar el fin de semana entero, pero iba a tener que dejar los correos electrónicos para otro momento si quería estar en su puesto de trabajo en los Uffizi a las ocho.

Se bebió el café de un trago y se vistió. Se puso unas mallas y una camiseta porque eran las únicas prendas de su limitado guardarropa que no le quedaban ridículamente grandes. Se cepilló los dientes y el pelo a toda prisa; apagó la música y metió el móvil y el cargador en el bolso.

Trató de encontrar sus zapatillas deportivas favoritas, pero, al no verlas por ninguna parte, se rindió y se puso unos zapatos negros informales que había tirado de cualquier manera dentro del armario la última vez que se los había puesto. En otro momento ya buscaría las zapatillas. Seguro que estaban debajo de la cama.

Si hubiera mirado entonces, habría visto una caja desconocida que estaba oculta bajo la cama individual donde dormía.

Mientras cerraba la puerta del apartamento con llave, vio a *Dolcezza*, la gata de la vecina, que se acercaba por el rellano.

—*Buongiorno, Dolcezza.* —Raven sonrió y alargó la mano para acariciarla.

La gata se apartó de golpe, bufando y arqueando el lomo.

—*Dolcezza*, ¿qué pasa? —Raven se agachó, haciendo un nuevo intento de acercarse al animal, pero este siguió bufando, sacudiendo la cola bruscamente y defendiéndose con las patas delanteras.

En ese momento, la *signora* Lidia DiFabio abrió la puerta de su casa y llamó a la gata, que pasó a toda prisa entre las piernas de su dueña y entró en el piso como si la persiguiera el mismo demonio.

—Buenos días —saludó Raven a su vecina, preguntándose cómo reaccionaría a su cambio de apariencia.

—Buenos días, querida. —Lidia le dirigió una sonrisa.

—¿Cómo se encuentra esta mañana?

La mujer se frotó la sien.

—Oh, un poco cansada. No me encuentro demasiado bien últimamente.

Raven se acercó un poco a su vecina.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Oh, no. Bruno vendrá más tarde. Me tumbaré un rato hasta que venga. Que tengas un buen día.

Raven se despidió de la vecina con la mano y bajó la escalera a pie. Le sorprendió que Lidia no hubiera hecho ningún comentario sobre su nuevo aspecto ni sobre la pérdida de peso. Tal vez fuera porque no llevaba las gafas puestas.

Lo que todavía la sorprendió más fue la conducta de la gata. Siempre se había llevado muy bien con *Dolcezza*. Le había dado de comer y la había acariciado muchas veces. Su relación siempre había sido amistosa.

Normalmente Raven siempre bajaba la escalera a paso de tortuga, ayudándose con el bastón, pero esa mañana bajó a la carrera.

Era liberador moverse sin la carga añadida de los kilos de más y sin el dolor que solía experimentar. Casi sin darse cuenta, empezó a correr y fue trotando desde su casa en Santo Spirito hasta el puente Santa Trinita.

Al llegar al puente, se detuvo.

Angelo, el sintecho que siempre se hallaba sentado allí, no estaba esa mañana.

Raven miró a su alrededor, buscándolo. Se preguntó si habría cambiado de sitio, pero no vio ni rastro de él. Sus pertenencias, que solían estar al lado

de su lugar favorito, junto al puente, también habían desaparecido.

Sintió un cosquilleo de inquietud en la nuca. Durante todo el tiempo que llevaba viviendo en Santo Spirito, siempre había visto a Angelo en el mismo lugar, ya fuera de día o de noche.

Tomó nota mental de pasar esa tarde por la misión franciscana que visitaba de vez en cuando para preguntar por él.

Una mirada a su reloj de pulsera le dijo que quedaban pocos minutos para las ocho. Tenía el tiempo justo para llegar al trabajo. Raven siguió corriendo hasta llegar a la galería de los Uffizi, que está a un kilómetro y medio del puente.

No estaba acostumbrada a sentir los pies golpeando contra el suelo, ni los tirones en las pantorrillas y en las rodillas a causa del esfuerzo. Le encantaban todas esas sensaciones nuevas.

Una brisa suave le acarició las mejillas y el pelo que le caía sobre los hombros y la mochila. Se sentía más fuerte, más atrevida, más segura de sí misma. Era como si, además de un nuevo aspecto, le hubieran dado una nueva actitud ante la vida.

Con cada nuevo paso que daba, se olvidaba un poco más de lo que podía haber causado un giro tan radical en su racha de mala suerte.

Al bajar la guardia, no se dio cuenta de que una misteriosa figura la había estado persiguiendo desde que había salido de su casa.

Era la mañana más feliz de su vida.

3

El Príncipe subió la escalera que llevaba a su dormitorio en el palazzo Riccardi, uno de los antiguos palacios de la familia Medici. Había devuelto a la alondra herida a su mundo, y ahora él regresaba al suyo.

Y menudo era su mundo: oscuro, violento, destructivo.

Al entrar en su habitación, se vio reflejado en un espejo y se apartó unos mechones de pelo rubio que le caían sobre la frente. No solía pasar demasiado tiempo frente al espejo, a pesar de que su aspecto actual era mucho más atractivo de lo que había sido mientras estaba vivo.

«Engañosa es la gracia y vana es la hermosura».

Qué curioso que aún fuera capaz de citar las Escrituras. Qué curioso que alguien que había sido siervo de Dios se contara ahora entre los enemigos de la Iglesia.

Frunció el entrecejo al recordar una hermosa cara y unos ojos verdes.

Apartó la imagen de su mente. Había sido muy imprudente al interferir en asuntos humanos. Y todo por un lejano recuerdo. Por el recuerdo de otro hermoso rostro y otros ojos imposibles de olvidar.

Se frotó la cara con las dos manos. Su cuerpo nunca se cansaba, pero necesitaba descansar la mente. Y lo que más le apetecía esa mañana era pasar varias horas meditando tranquilamente. Sin embargo, no iba a poder hacerlo. Había olido el rastro de Aoibhe en cuanto había entrado en el palacio. Estaba detrás de él.

—¿Te has estado escondiendo? —preguntó ella en inglés, tuteándolo como siempre que se quedaba a solas con su antiguo amante. Se tumbó de lado en la enorme cama, sin preocuparse por cubrir su cuerpo desnudo.

(Aoibhe tenía pocas virtudes, y la modestia no era una de ellas).

El amanecer empezaba a apuntar por el horizonte. Dentro de unas horas, la alondra, que ya no estaba herida, se despertaría en su apartamento. Pero en ese instante el Príncipe se obligó a olvidarla y dirigió una mirada hambrienta al cuerpo desnudo de Aoibhe. Contempló sus pechos firmes y su tentadora melena pelirroja mientras se pasaba la lengua por los labios.

—Yo también te deseo buenos días. ¿Cómo sabías que estaría aquí?

—Lo he imaginado. Llevabas días encerrado en esa fortaleza impenetrable. Sabía que tendrías que salir a alimentarte tarde o temprano. Y que luego vendrías aquí.

—Pensaba que había cambiado las cerraduras —comentó él, cerrando las cortinas opacas que no dejaban entrar ni pizca de luz. Lo hizo por Aoibhe. A él no le molestaba.

Aunque nadie lo sabía, podía funcionar sin problemas a la luz del sol.

Aoibhe apoyó la cabeza en la mano. Parecía un cuadro renacentista.

—Lo hiciste. He entrado por el museo y le he pedido a uno de los criados que me dejara subir. Habría ido a visitarte antes, pero, como bien sabes, no puedo cruzar las rejas de la fortaleza.

Sin hacer caso del mohín de Aoibhe, el Príncipe entornó sus ojos grises antes de preguntar:

—¿Has matado a un criado?

—Por supuesto que no. Sólo está ligeramente... indispuerto. —Aoibhe cogió un almohadón de la cama y se lo arrojó—. No se me ocurriría matar a uno de tus humanos. Al menos, sin consultártelo primero.

Él maldijo, lanzando el almohadón al suelo. Recordó a la joven de ojos verdes hecha un ovillo en el callejón mientras Aoibhe le pedía que compartiera con ellos una cosecha tan excepcional. El recuerdo y los sentimientos que este le provocó lo hicieron sentir muy incómodo.

Le dio la espalda.

—Es fácil sustituir a un criado —dijo—, pero es una molestia tener que hacerlo cada vez que un invitado tiene hambre.

Aoibhe dudó antes de hablar, ya que se había dado cuenta de la sombra de incomodidad que había cruzado el rostro del Príncipe antes de darle la espalda.

—En el pasado, nunca te preocupabas por ellos. Aún recuerdo cuando

mataste a todos tus criados en un impulso.

El comentario de ella quedó colgando en el aire mientras él se acercaba al armario ropero antiguo que había frente a la cama.

—Yo no me muevo por impulsos, Aoibhe. Si los maté fue por una buena razón. Los criados son como la ropa. Los conservo mientras me resultan útiles. Y, cuando ya no me sirven para nada, me deshago de ellos. Para ser sincero, te diré que me duele más separarme de una buena prenda de ropa. ¿De un criado? No tanto.

El Príncipe se quitó la chaqueta negra y la colgó antes de acercarse a una silla para deshacerse de las botas.

Aoibhe no le quitaba ojo.

—Lo que me resulta más curioso de ti es que eres el más humano de todos nosotros para algunas cosas y el menos humano para otras —señaló.

—Estoy seguro de que encontraré un halago en tus palabras si busco bien —replicó él con ironía.

—Eres nuestro príncipe, pero nadie sabe cómo proteges la fortaleza ni quién fue tu creador. —Aoibhe bajó la voz y añadió—: Ni siquiera yo sé cuándo te transformaron, aunque imagino que fue unos cuantos siglos antes que a mí.

—¿Me lo estás preguntando? —dijo él con brusquedad mientras dejaba las botas junto al armario, rehuendo la mirada escrutadora de Aoibhe.

—Somos amantes —insistió ella, cuya voz se había convertido en un susurro—. Cuéntame tus secretos.

Él le dirigió una mirada penetrante.

—No somos amantes, Aoibhe. Fornicamos de vez en cuando. Eso es todo. —A continuación se levantó de la silla, como si quisiera enfatizar sus palabras.

Ella cerró los ojos e inhaló profundamente el aroma del Príncipe, que se extendió por la habitación en oleadas.

—Esta noche has matado a un humano, pero te has alimentado de otro. Huelo una sangre en tu piel y otra distinta en tu interior —apuntó.

—Un imbécil me sorprendió mientras me estaba alimentando.

Aoibhe abrió los ojos.

—Y ¿por qué no lo usaste como postre?

—Estás perdiendo el sentido del olfato. Nunca me han gustado los violadores. —Se llevó la mano al bolsillo, sacó un reloj de plata de la marca Baume & Mercier y se lo lanzó.

Ella lo cogió en el aire y admiró la elegancia y la simplicidad de sus líneas a la luz de la lamparita antes de dejarlo sobre la mesilla de noche.

—Qué pena que fueras tú el que acabara con su vida, con lo poco que te importan los asuntos de los humanos. Yo me habría asegurado de que sufriera.

—Sufrió, te lo aseguro. —Los ojos grises del Príncipe se iluminaron—. Habrías disfrutado. Me suplicó que no lo matara y confesó sus pecados más secretos. Tenía tanto miedo que se meó encima. —Sonrió, dejando al descubierto una dentadura perfecta—. Dijo que su nombre era profesor Pacciani.

—¿Un profesor en la familia de los Pacciani? Me cuesta creerlo.

(Pacciani compartía nombre con un famoso asesino en serie que había aterrorizado a la ciudad durante décadas. Lo que nadie sabía, por supuesto, era que un buen número de las víctimas habían muerto a manos de la propia Aoibhe y de otros de su especie).

—Has matado a un violador. Y la semana pasada mataste a tres hombres para poder alimentarte de aquella joven. Qué comportamiento tan extraño. ¿A qué viene ese súbito interés por los humanos? Dejaste que un asesino en serie campara a sus anchas por la ciudad durante años.

Él se quitó los calcetines.

—Interfiero en sus asuntos cuando me interesa.

Aoibhe se tumbó boca abajo, dejando al descubierto su espalda y su precioso trasero. Luego se retiró el pelo por encima del hombro.

—No veo qué interés podrías tener en despedazar a aquel hombre del callejón y dejar sus restos en la calle para que se pudrieran.

El Príncipe alzó la vista hacia ella.

—Gregor se ocupó de los cadáveres.

—Podrías haberlos asustado o haberlos dominado mediante control mental —replicó ella, observándolo con curiosidad—. Max no es el único a quien tus actos le resultaron peculiares. Ha habido habladurías entre los miembros del Consilium.

La mirada del Príncipe se tornó fría y amenazadora.

—Si Maximilian quiere decirme algo, ya sabe dónde encontrarme. No le gustará el final de la conversación.

Ella se estremeció y apartó la vista.

—Salí en tu defensa, por supuesto. Yo también habría hecho cualquier cosa para no perderme a aquella chica, incluso matar a los tres hombres. Era exquisita. Y ellos iban a desaprovecharla.

El Príncipe no dijo nada. Se levantó y se quitó el cinturón de piel, que cortó el aire ruidosamente.

Aoibhe lo observaba jugueteando con la sábana.

—¿A qué sabía? —preguntó.

El Príncipe enrolló el cinturón antes de guardarlo cuidadosamente en un estante del armario.

—Mi apetito es insaciable.

Ella se echó a reír una vez más.

—Necesitas una amante. Una mascota humana que esté a tu disposición día y noche, para ocuparse de tus necesidades. El club Teatro está lleno de hombres y mujeres hermosos. Podrías elegir al que quisieras.

Él disimuló una mueca de disgusto volviéndose para cerrar el armario.

Los músculos de su pecho y sus brazos se ondulaban con cada nuevo movimiento. Aoibhe admiró el espectáculo humedeciéndose los labios con la lengua.

—Durante todos estos años nunca has mantenido a una mujer a tu lado durante mucho tiempo. ¿Por qué?

El Príncipe se volvió lentamente y le clavó la mirada.

—Es imposible disfrutar de los humanos durante demasiado tiempo —repuso—. Les falta resistencia. Además, te tenía a ti.

—Nuestros encuentros no son muy frecuentes.

Él apoyó un puño en el armario y apretó los dientes con fuerza.

—Te echaste un nuevo amante humano hace menos de un mes. ¿Dónde está ahora? ¿Limpiando tu palacio de rodillas, desnudo?

Ella se tumbó de espaldas y se quedó mirando el ornamentado dosel de la cama, con los pechos al aire.

—Los amantes humanos no aguantan nada. Al cabo de una semana estaba

medio muerto. De vez en cuando necesita dormir.

—Ah, sí. Los humanos necesitan dormir. —El Príncipe se quitó los pantalones negros y los lanzó sobre la silla—. Así que te has pasado la noche disfrutando de su cuerpo y ahora vienes a disfrutar del mío durante el día. ¡Qué halagador!

Ella se volvió para mirarlo.

—No hay punto de comparación entre hacerlo con un humano y con uno de los nuestros. Además, tú siempre has sido muy... atento. —Los ojos oscuros de Aoibhe se pasearon por el cuerpo delgado pero firme del Príncipe antes de detenerse en su trasero—. Estoy convencida de que nunca te faltó compañía femenina cuando eras humano. Seguro que tenías una fila de dulces vírgenes haciendo cola a la puerta de tu casa, rogándote que las sedujeras.

Él se volvió con tanta brusquedad que el movimiento resultó borroso. Sus ojos se oscurecieron y prácticamente la clavó a la cama con ellos.

—*Cave*, Aoibhe —le dijo con una voz tan ronca que parecía un gruñido.

Ella levantó las manos en señal de disculpa.

—Perdóname. Olvidaba que eras sacerdote.

—No era sacerdote —refunfuñó él. Cruzó el dormitorio, apoyó los puños en la cama y se inclinó hacia ella—. Era novicio. ¿Piensas pasarte el día charlando o te has metido en mi cama con alguna otra idea?

Aoibhe alargó un brazo y le agarró la muñeca con un movimiento lánguido y sensual.

—Llevas bastante más tiempo en Florencia que cualquiera de nosotros y guardas tu pasado con mucho celo. No puedes culparme por este pequeño lapsus. Casi no sé nada sobre ti.

Él le dirigió una mirada ardiente.

—Al parecer, sabes lo suficiente para meterte en mi cama. Has entrado en mi casa, te has quitado la ropa y te has metido entre las sábanas. ¿Empezamos ya?

—Sólo un momento, mi Príncipe —respondió ella con una sonrisa paciente—. Fuiste siervo de la Iglesia. Viviste en una época en la que se suponía que las mujeres debían permanecer vírgenes hasta el matrimonio. Tal vez por eso sólo te gustan ese tipo de chicos. Dime, ¿es por eso por lo que no

has elegido a una consorte?

Él se liberó de su mano.

—Pocos de nosotros sobreviven a la transformación con la virginidad intacta —dijo.

—Yo fui virgen en otros tiempos —replicó ella, casi con melancolía—, antes de que mi padre insultara a un señor inglés. Mi creador se llevó una sorpresa cuando me transformó. A él también le gustaban las vírgenes, pero mi aroma lo confundió.

—Estoy seguro de que tenías otras virtudes que compensaban esa carencia.

Aoibhe entornó los ojos tratando de leer qué escondía su expresión, pero se rindió y negó con la cabeza.

—No tienes amantes humanas, ni citas en Teatro, y ya hemos descartado lo de la consorte. No me extraña que estés frustrado y de mal humor. No sólo de sangre vive el hombre.

—Si tanto te preocupan mis necesidades, más te vale hacer algo al respecto —replicó él con brusquedad—. Voy a meterte algo en esa boca como no dejes de hablar ahora mismo.

—Sólo trato de ayudarte. Después de tantos años juntos, somos amigos, ¿no? —Aoibhe sonrió y se deslizó hacia atrás para dejarle sitio en la cama, a su lado.

Él permaneció de pie, desnudo y orgulloso, con su erección apuntando hacia ella. Apretó los puños con tanta fuerza que se le marcaron los tendones en los brazos.

—¿Amigos? No, aunque sin duda has sido una valiosa aliada. —Su mirada le recorrió el cuerpo hacia abajo y volvió a subir, deteniéndose en sus pechos.

Aoibhe suspiró y puso los ojos en blanco.

—Supongo que no se puede esperar más de un inglés. Menos mal que dejé de matar a tus compatriotas en el siglo XIX.

—Ya basta. —El Príncipe se movió rápidamente y se tumbó sobre la pelirroja.

—Por fin —susurró ella, pegando sus labios rojos al cuello de él.

Las manos del Príncipe le recorrieron los costados, arriba y abajo,

clavándose en su piel perfecta.

Aoibhe ronroneó como una gata al notarlo y dirigió uno de sus pechos hacia su boca abierta y ansiosa.

Él lo lamió, rodeando el pezón varias veces con la lengua antes de sujetarlo entre los dientes y tirar de él. Ella arqueó la espalda al notarlo y luego le ofreció el otro pecho.

El Príncipe repitió el movimiento antes de cerrar la boca y succionar.

Aoibhe gimió y movió la cabeza de lado a lado. Agarrándola por el muslo, él le levantó una pierna y se rodeó la cadera con ella antes de penetrarla. Cuando empezó a moverse en su interior, ella jadeó.

Su cópula fue enérgica y frenética, como era habitual en los de su especie. El Príncipe tenía tanta fuerza que podía sostenerse con un solo brazo mientras se clavaba en ella una y otra vez.

Aoibhe alzó las caderas para responder a sus embestidas antes de hacer que se volviera y quedar montada sobre él. Con un grito triunfal, lo cabalgó vigorosamente con la cabeza echada hacia atrás.

El Príncipe exploró los pechos que rebotaban delante de su cara antes de sentarse y reemplazar las manos con la boca.

Aoibhe jadeó de placer y trató de capturar la boca del Príncipe en un beso, pero él la levantó de la cama y la empotró contra una pared.

Ella insistió, buscándole los labios una vez más, pero él volvió a rechazarla y le recorrió el cuello arriba y abajo con la boca abierta.

Al notar que ella se rendía al orgasmo, el Príncipe se clavó más profundamente en su interior. Como era habitual en los de su especie, el clímax duró varios minutos.

Cuando Aoibhe hubo acabado, tiró de él y lo llevó de vuelta a la cama. Montó de nuevo sobre él y se movió con tanta rapidez que su cuerpo resplandeció en el aire.

Con un grito, él alzó las caderas hacia arriba y se vació en el interior de la pelirroja.

Aoibhe gruñó y le mostró los dientes, inclinándose sobre él para clavárselos en el cuello.

Un instante después, estaba tumbada de espaldas sobre la cama. El Príncipe le había levantado los brazos por encima de la cabeza y los sujetaba

con fuerza mientras su cuerpo seguía estremeciéndose a causa del orgasmo.

—No —gruñó con la respiración ligeramente alterada y los ojos grises brillando de enfado.

Ella no pudo hacer nada más que asentir con la cabeza mientras él seguía moviéndose en su interior. Tenían casi la misma estatura y peso, pero él era más antiguo y mucho más poderoso. Podía acabar con ella sin esfuerzo y sacar su cuerpo de la ciudad para quemarlo hasta dejarlo irreconocible. Y nadie se enteraría.

Aoibhe le dirigió una mirada asustada, con los ojos muy abiertos, y contuvo el aliento.

Cuando su orgasmo se consumió del todo, el Príncipe agachó la cabeza. Unos cuantos mechones de su pelo rozaron el pecho de ella.

—Déjame ser tu consorte —susurró la pelirroja mientras los placenteros temblores todavía le sacudían el vientre y el placer le recorría el cuerpo entero—. Gobernaremos Florencia juntos. Bebe de mí y yo beberé de ti.

Aoibhe extendió el cuello, mostrándole lo que escondía la superficie de su piel.

El Príncipe abrió los ojos lentamente, como si fuera un dragón de ojos grises, y gruñó.

—Por favor —suplicó ella.

Él se separó de su abrazo y se dirigió desnudo hacia el armario.

Aoibhe se sentó y se apoyó una mano abierta y temblorosa en el cuello.

—¿De qué tienes miedo, mi amor? ¿De la conexión que sigue al intercambio de sangre?

Él la fulminó con la mirada.

—No uses expresiones de cariño que no sientes. La honestidad es una de las cosas que siempre he admirado de ti.

Ella apretó los labios y guardó silencio.

El Príncipe sacó otro conjunto de ropa negra del armario y se dirigió a la cama.

—El palacio está a tu disposición hasta la puesta de sol. Daré instrucciones a los criados. Espero que no falte ninguno cuando vuelva.

Aoibhe se lo quedó mirando. Sus rizos pelirrojos formaban una corona alborotada alrededor de su precioso rostro ovalado.

—Pensaba que había progresado un poco durante los últimos siglos. Ya veo que no.

—No me mientas —replicó él—. Todo lo que haces está perfectamente calculado.

—No lo niego, aunque, en este caso, te estaría haciendo un favor. Hemos ganado la guerra con los venecianos, pero ¿cuánto durará la paz? Y ¿qué me dices del atentado que sufriste? Aún no sabemos quién ayudó a los venecianos a cruzar las fronteras. Debes tener una consorte, aunque sólo sea para reforzar tu posición. Soy una de tus amigas más antiguas. Soy la elección obvia.

El Príncipe se volvió hacia ella y examinó su rostro con una hostilidad apenas disimulada.

Tras apartar las sábanas con decisión, Aoibhe se levantó y se plantó ante él.

—Debes pensar en el futuro. ¿Cuántos años tienes? ¿Quién sabe cuánto tiempo te queda antes de...?

—¡Basta ya! —la interrumpió él—. Nuestras cópulas no han sido frecuentes, como te has encargado de recordarme, pero eran desinteresadas. Hasta hoy.

El Príncipe dedicó unos instantes a admirar el cuerpo de Aoibhe: la palidez de su piel, sus suaves curvas y largas piernas. A continuación, negó con la cabeza.

—Tu actuación era innecesaria —declaró—. Te habría respondido lo mismo si me lo hubieras propuesto en plena calle. Somos aliados, Aoibhe, no amantes. Y desde hoy eso es todo lo que vamos a ser. No vuelvas a mi habitación.

Y, con esas palabras, se marchó.

4

Cuando Raven se acercó a la galería de los Uffizi, se sorprendió al ver que el edificio estaba acordonado.

Varios agentes de la policía local montaban guardia junto a las vallas mientras los *carabinieri*, ataviados con sus característicos uniformes de color azul oscuro, recorrían el patio en forma de U.

Un reducido grupo de hombres vestidos con trajes oscuros charlaban cerca de la entrada de la galería. A lo largo de todo el perímetro vallado se agolpaban periodistas venidos de todo el mundo, que gritaban preguntas a los *carabinieri* en inglés y en italiano. Nadie hacía caso de las preguntas, excepto Raven.

Había sucedido algo. Algo terrible.

Las famosas ilustraciones de Botticelli —las copias de sus dibujos basadas en la *Divina comedia* de Dante— habían desaparecido.

Raven se cubrió la boca con la mano al notar una sensación desagradable que le ascendía por la garganta.

—*Permesso* —dijo una voz masculina junto a su oído mientras alguien trataba de abrirse paso por su lado.

Al volverse reconoció a Patrick Wong, uno de sus amigos de la galería.

—Patrick. —Raven le tocó el brazo.

—¿Nos conocemos? —preguntó él, examinándola con sus ojos oscuros y almendrados.

—Soy yo —le aclaró ella en inglés.

Al ver que él la miraba con sorpresa, recordó que su aspecto había cambiado mucho.

—Soy Raven.

Patrick se soltó sacudiendo el brazo y la miró con los ojos entornados.

—¿Qué sabes de Raven?

—Soy yo, te lo juro. —Buscó su acreditación en la mochila y se la enseñó.

Patrick se la arrebató de las manos y se acercó mucho a su cara para preguntarle:

—¿De dónde has sacado esto? ¿Dónde está Raven?

—Patrick, soy yo. Trabajamos juntos, ¿ya no te acuerdas? Formo parte del equipo de restauración del profesor Urbano.

Él apretó la acreditación.

—Todo el mundo conoce el equipo del profesor Urbano. Eso no significa nada.

Ella miró a su alrededor con impotencia, tratando de encontrar la manera de demostrar su identidad. Su mirada se detuvo en el extremo de la *loggia dei Lanzi*, concretamente en el tejado, que apenas se veía.

—¿Te acuerdas de que comimos una vez en la azotea? Me hablaste de tu infancia, de que te criaste con tu abuela en Richmond Hill. Me hablaste del restaurante de tu abuela. Me contaste que tenías un perro que se llamaba *Magnus* y que lo atropellaron cuando tenías diez años.

Patrick abrió mucho los ojos.

—¿Quién te ha contado esas cosas?

—Tú. Tienes intolerancia a la lactosa. Naciste en Toronto y estás colado por Gina. Soy yo, Patrick, te lo prometo. —Raven alargó el brazo—. Mira mi reloj.

Él bajó la vista hacia su muñeca, donde enseguida reconoció el viejo y gastado Swatch.

Volvió a mirarla fijamente a los ojos y le preguntó:

—¿Cómo sé que no has secuestrado a Raven y le has robado el reloj?

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Tú te estás oyendo? No soy nadie importante. ¿Por qué iban a querer secuestrarme?

—Eso no es verdad —respondió él con firmeza—. Raven es alguien muy importante para mí.

Ella hizo una pausa para controlar las emociones. Si se rendía a ellas, no

iba a poder pensar en nada que demostrara su identidad.

—¿Te acuerdas de cuando perdiste las copias de las radiografías de *La primavera*? El *dottore Vitali* no paraba de pedírtelas. Fui yo quien las puso en el último cajón de tu escritorio.

Patrick negó con la cabeza.

—Yo no perdí las radiografías.

Ella le dirigió una sonrisa amable.

—Sí que las perdiste. Te las dejaste en la sala de lectura del archivo. Las encontré allí y las puse en tu escritorio para que no tuvieras problemas.

Él se la quedó mirando con una mezcla de incredulidad y fascinación.

—Nunca se lo conté a nadie.

—Ya lo sé.

La expresión de Patrick se transformó. De estar sorprendido pasó a estar preocupado.

—¿Raven? —susurró, observándola atentamente.

Ella asintió.

Él le rozó la cara con la mano.

—¿Qué te has hecho?

Ella pestañeó y apartó la cara, incapaz de sostenerle la mirada.

Patrick se apresuró a apartar la mano. Al mirar a su alrededor vio que habían atraído la atención de un *carabiniere*, que los estaba observando a través de los cristales oscuros de sus gafas de sol.

—Tenemos que salir de aquí. —La agarró del brazo—. ¿Dónde está tu bastón?

—Ya no lo necesito.

—No hagas bromas. No tiene gracia —replicó él con rabia.

Raven levantó la pierna y le demostró todo lo que era capaz de hacer con ella.

—Joder —murmuró Patrick alzando las cejas—. ¿Qué demonios está pasando?

Antes de que ella pudiera responder, el agente de policía echó a andar en su dirección. Patrick tiró de Raven y la ocultó tras una esquina.

Al ver que se alejaban del edificio, ella se detuvo en seco.

—¿Qué pasa con el trabajo? Vamos a llegar tarde.

Patrick le devolvió la acreditación.

—Hace días que llego tarde por culpa de los controles policiales. Tenemos que pasar un control de seguridad especial para poder entrar.

—¿La policía está aquí por las ilustraciones?

Él la miró con desconfianza.

—Por supuesto.

—¿Cuándo las robaron?

Patrick se la quedó mirando en silencio. Al ver que ella no decía nada más, se frotó los ojos.

—Mierda, joder.

—¿Qué pasa?

Él soltó el aire ruidosamente.

—Si estuvieras metida en un lío, me lo contarías, ¿verdad?

—No estoy metida en ningún lío.

—¿Me tomas el pelo? Soy uno de tus mejores amigos y no te he reconocido. —Patrick soltó una maldición—. Ya no necesitas el bastón. Y desapareciste justo después del mayor robo de la historia de los Uffizi.

—¿Qué? —gritó ella dejando caer su mochila al suelo.

—¡Calla! —Patrick le dirigió una mirada furiosa—. ¿Quieres llamar la atención de media docena de *carabinieri* y de quién sabe cuántos agentes de la Interpol? Baja la voz.

Y, mirando hacia la galería de los Uffizi por encima del hombro, se alejó de allí rápidamente en dirección al ponte Vecchio, arrastrando a Raven y a su mochila tras él.

—¿Cuándo sucedió el robo? —insistió ella, aturdida por la sorpresa.

—La noche de la fiesta de Gina.

Raven se llevó una mano a la frente. Se acordaba de la fiesta de Gina. Recordaba que Patrick se había ofrecido a llevarla a casa. Pero, después de aquello, sus recuerdos se volvían borrosos.

Entornó los ojos para protegerse de la luz del sol.

—¿Cómo lograron los ladrones cruzar los controles de seguridad?

—Nadie lo sabe. Nadie manipuló las alarmas. Y no han encontrado ni una sola huella digital. La policía cree que debió de ser alguien de dentro. Por eso nos han estado interrogando sin parar. Yo ya llevo tres interrogatorios.

—Pero ¿quién haría algo así? Los expedientes de todos los trabajadores son impecables.

Él la miró con cautela.

—Raven, han estado buscándote. Llevas desaparecida más de una semana. Nadie sabía dónde estabas.

—¿Más de una semana? —exclamó ella con unos ojos como platos.

—La fiesta de Gina fue el día 17. Y hoy estamos a 27. No has venido a trabajar desde entonces. Pensábamos que debías de estar enferma. Te envié mensajes y correos electrónicos. El profesor Urbano te llamó por teléfono, pero no respondías a nadie. Estaba muy preocupado, así que Gina y yo nos pasamos por tu casa el miércoles. Uno de tus vecinos nos dijo que llevabas días sin verte. Denunciamos tu desaparición a la policía y al consulado americano.

Antes de que Raven pudiera decir nada más, el *carabiniere* apareció, flanqueado por dos compañeros.

—¿Trabaja en el museo? —le preguntó a Patrick, muy serio.

—Sí —respondió él, mirando a Raven de reojo.

—Identificación, por favor. —El agente alargó la mano.

Patrick le entregó la acreditación de los Uffizi. El agente la examinó cuidadosamente antes de devolvérsela.

—¿Y usted? —preguntó volviéndose hacia Raven.

Ella asintió y le dio su acreditación.

El policía miró la fotografía y luego miró la cara de Raven. Se quitó las gafas de sol, las dobló y se las guardó en uno de los bolsillos de su uniforme.

—No se parece a la de la fotografía —afirmó, perforándola con la mirada.

Ella se encogió de hombros.

—Pues soy yo.

El agente la contempló, pensativo, antes de volverse hacia Patrick. Él cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro, inquieto.

—¿Conoce a esta mujer? —preguntó el *carabiniere* señalando a Raven.

Patrick dudó, y el corazón de Raven empezó a latir con fuerza.

Finalmente, el canadiense se acercó más a ella.

—Sí, trabajamos juntos —declaró.

Raven estuvo a punto de derretirse de alivio al oír las palabras de apoyo

de Patrick.

La atención del policía volvió a ella.

—En su acreditación pone que trabaja para el Opificio delle Pietre Dure.

—Es verdad. Pero me trasladaron a los Uffizi. En la acreditación se especifica. —Señaló la tarjeta que el agente aún tenía en la mano.

—*Dottoressa Wood*, acompáñeme.

—Es norteamericana —replicó Patrick—. No pueden llevársela así como así.

El agente lo miró de arriba abajo.

—No nos la estamos «llevando». La estamos acompañando a la comisaría de policía para poder entrevistarla, igual que hemos hecho con el resto de los empleados de los Uffizi.

Patrick agarró a su amiga del brazo para impedir que se la llevaran.

—Al resto de los empleados nos entrevistaron en el museo, no en comisaría. No van a llevársela a ninguna parte.

—Esto no es un arresto ni un interrogatorio. Es solamente una entrevista. Estoy seguro de que la *dottoressa Wood* quiere colaborar con la investigación —insistió el policía, dirigiéndole una mirada incisiva.

Raven pestañeó, sin saber qué decir.

Patrick no se movió y siguió agarrándola del brazo.

Maldiciendo entre dientes, el *carabiniere* se sacó algo de un bolsillo interior de la chaqueta y se lo plantó a Patrick bajo la nariz.

—Soy Sergio Batelli, *ispettore* de los *carabinieri*. Esta mujer no tiene pasaporte diplomático y su nombre está en la lista de los empleados de la galería. Según el código civil italiano, puedo obtener información de ella en la comisaría sin notificarlo a nadie, especialmente a los norteamericanos, *capisce?*

»¿Tal vez le apetezca acompañarla para que podamos entrevistarla a usted también, señor Wong? ¿Son amantes? ¿Cuánto tiempo hace que se conocen?

Maldiciendo, Patrick dio un paso adelante, pero Raven intervino apoyando una mano sobre la suya.

—Todo irá bien —aseguró—. Los acompañaré y responderé a sus preguntas. Pero, por favor, dile al profesor Urbano lo que ha pasado. Me

estará esperando en el laboratorio de restauración.

Patrick desafió al inspector con la mirada.

—Informaré al *dottore* Vitali, el director de los Uffizi, y al consulado de Estados Unidos. Y citaré su nombre, *ispettore* Batelli.

El policía se encogió de hombros.

—*Dottoressa* Wood. —Señaló hacia la calle, donde un coche patrulla acababa de detenerse con las luces estroboscópicas encendidas.

Patrick apretó la mano de Raven antes de salir corriendo hacia la entrada de los Uffizi.

—Por aquí —ordenó Batelli con la voz ronca, mientras él y los demás agentes conducían a la chica al coche de policía.

5

—Para su información, hago constar que esto no es un interrogatorio. No está arrestada. La estamos entrevistando en relación con el robo de obras de arte de la galería de los Uffizi porque usted trabaja en la galería. Esta conversación se está grabando en vídeo.

—*Dottoressa Wood*, ¿dónde estaba el viernes 17 de mayo?

Batelli se encontraba sentado delante de ella en la pequeña sala de interrogatorios de la comisaría florentina, mirándola fijamente con sus ojos oscuros.

Tenía varias carpetas ante él, pero estaban cerradas. Ni siquiera tomaba notas; simplemente la observaba.

Otro hombre, vestido con un traje oscuro, estaba de pie a su izquierda. Lo habían presentado como Alessandro Savola, agente de la Interpol en Roma. Él tampoco apartaba la vista de Raven. Tenía los brazos cruzados ante el pecho y la observaba con mucho interés.

Raven se sintió como si fuera una muestra examinada al microscopio. Se planteó qué opciones tenía. Mientras devolvía las miradas a los agentes, reflexionó sobre su situación.

Le encantaba su trabajo. Adoraba los Uffizi. Estaba dispuesta a hacer lo que fuese necesario para ayudar a los agentes a encontrar a la persona que hubiera robado las ilustraciones. Y eso incluía responder a las preguntas de los oficiales, por muy incómodas y potencialmente peligrosas que fueran.

—Fui a trabajar al laboratorio de restauración. Al salir, unos cuantos fuimos a la fiesta de una amiga.

—¿Qué amiga?

—Gina Molinari. Trabaja en los archivos.

—¿Adónde fue después de la fiesta?

Raven fijó la mirada en un punto de la pared por encima del hombro del inspector, tratando de recordar.

—Me fui a casa.

El *ispettore* Batelli se echó hacia adelante en la silla.

—¿A qué hora fue eso?

Raven lo miró.

—No lo recuerdo, pero la fiesta aún no había acabado. Me despedí de Patrick y de Gina y me fui a casa andando.

—¿Sola?

—Sí, sola.

—¿Vive con alguien? ¿Alguien la vio llegar a casa?

—Vivo sola. Y no, nadie me vio llegar.

—¿Tiene algún amante? ¿Tiene novio o novia?

—No —respondió ella, cruzándose de brazos.

—¿Cuándo se enteró del robo? —La voz del inspector era relajada. Demasiado relajada.

—Esta mañana, cuando iba a trabajar.

El agente entornó los ojos.

—¿No vio nada en los periódicos? ¿No lo oyó en la radio ni en la televisión?

—No compro el periódico y no tengo televisor. A veces escucho la BBC por las mañanas, pero hoy me he despertado con el tiempo justo para llegar al trabajo y no he puesto la radio.

—¿Por qué lleva encima el pasaporte y otros papeles importantes? ¿No tiene miedo de que se los roben? —Batelli señaló los objetos que había encima del escritorio, al lado de su acreditación.

—Mi pasaporte estaba a punto de caducar. Este lo recogí en el consulado el otro día. Tuve que presentar todos estos papeles para demostrar que residía en Italia legalmente. Y luego me olvidé de sacarlos de la mochila.

—El nombre que aparece en esos documentos no es el mismo que el de la acreditación.

—Me llamo Raven.

—Eso no es lo que pone en su pasaporte.

«Porque el nombre que aparece en mi pasaporte está muerto», pensó ella. Cruzó las manos en el regazo, tratando de dar una imagen relajada.

—En mi país es habitual tener un apodo.

—¿De qué parte de Estados Unidos es?

—De New Hampshire.

—En su expediente de empleada pone que estudió en las universidades de Barry y de Nueva York.

—Así es.

—¿Cuánto tiempo lleva en Florencia?

—Pasé un año aquí mientras estudiaba el máster para la Universidad de Nueva York. Y regresé hace tres años mientras preparaba la tesis. Cuando me doctoré el año pasado, el profesor Urbano me contrató para que trabajara con él en el Opificio.

Batelli le clavó la mirada.

—Pensaba que el profesor Urbano trabajaba en los Uffizi.

—Está contratado por los Uffizi, pero dirige un laboratorio de fama mundial en el Opificio, una institución en el mundo de la restauración. Los Uffizi lo contrataron, a él y a su equipo al completo, para trabajar en un proyecto especial. Yo formo parte de ese equipo.

—¿Está doctorada en Historia y Conservación de Arte?

Ella se revolvió inquieta en su silla.

—En Historia y Restauración. Estudié Conservación y Restauración, pero hice el doctorado sobre restauración.

—Interesante. ¿Qué implica un trabajo de conservación?

—Empezamos con una investigación científica de la obra de arte. Hay un laboratorio en la Fortezza da Basso donde disponemos de microscopios, espectrofotómetros y aparatos de rayos X. A veces usamos rayos ultravioletas o fotografías en infrarrojos. También hacemos trabajo de archivo, comparando los hallazgos científicos encontrados con la documentación de restauraciones anteriores.

El inspector se la quedó mirando sorprendido.

—¿Hace todas esas cosas?

—Colaboro donde se me necesita, pero mi papel en este proyecto consiste básicamente en retirar las capas de barniz del cuadro para llegar a la pintura

que hay debajo. Luego, alguien más experimentado que yo se encarga de restaurar las grietas y desconchones de la pintura original. Se supone que esta semana teníamos que empezar a aplicar un barniz transparente a la pintura para protegerla. Debido al tamaño y a la antigüedad de la pieza, el trabajo podría llevar meses.

Batelli asintió.

—El profesor Urbano nos contó que ha estado usted ausente de la oficina toda la semana y que no ha llamado para dar ninguna clase de explicación. ¿Dónde ha estado?

—En casa, supongo.

—¿Supone? ¿No lo sabe? —El tono del policía había cambiado. Ya no pretendía ser relajado.

Ella no respondió porque, francamente, no tenía ni idea de qué decir.

—¿Es normal en usted desaparecer del trabajo durante una semana y no recordar después dónde ha estado?

—No. —Sin darse cuenta, Raven se clavó las uñas en la palma de la mano.

—¿Dónde estaba?

—No me acuerdo.

Batelli intercambió una mirada con el agente Savola.

—¿Dónde estuvo ayer?

—No lo sé.

—Pero se acuerda de que volvió a casa después de la fiesta.

Raven cerró los ojos, rebuscando entre sus recuerdos.

—Me acuerdo de que me despedí de Patrick y me marché de la fiesta de Gina. Recuerdo que eché a andar en dirección a mi casa. —Hizo una pausa y abrió los ojos—. Eso es todo.

—Dígame, *dottoressa* Wood, ¿bebe usted?

Ella se encogió de hombros.

—Tomo un vaso de vino cuando salgo con los amigos. Pero no, beber no bebo.

—¿Consume drogas?

—¿Drogas? —repitió, tensándose.

—¿Se droga o se medica?

—A veces tomo analgésicos para el dolor en la pierna, pero tengo receta médica.

Batelli bajó la mirada hacia su pierna.

—¿Alguna vez se ha pasado con las pastillas?

—No. —Raven se agarró las manos para no retorcerlas sobre el regazo.

—¿Consumo alguna otra droga? ¿Cocaína, marihuana, éxtasis?

—No tomo drogas.

—Diga la verdad. —Batelli la miró con dureza—. Va a una fiesta. Se salta una semana de trabajo. Durante su ausencia, alguien roba en la galería de los Uffizi... Le recomiendo que nos ponga las cosas fáciles y nos cuente lo que sucedió en realidad. Será lo mejor para usted.

—Ya se lo he dicho: no me acuerdo.

—Si nos miente, las cosas pueden ponerse muy feas. —Batelli estaba perdiendo la paciencia.

—¡Le estoy diciendo la verdad! —El grito de Raven sobresaltó momentáneamente a los dos agentes.

El inspector se inclinó hacia ella.

—¿Dónde estuvo la semana pasada?

—No lo sé.

—¿Dónde estuvo ayer?

—No me acuerdo.

Batelli dio un puñetazo en la mesa.

—¿Dónde estuvo anoche?

Un difuso torbellino de colores bailó frente a los ojos de Raven, acompañado por un susurro. De repente sintió un dolor agudo en la nuca y cerró los ojos.

—¿*Dottoressa Wood*?

Ella no respondió.

—*Signorina*? —insistió él alzando la voz.

—Tal vez alguien me drogara —murmuró Raven cuando el dolor remitió un poco, cubriéndose los ojos con una mano.

—¿Alguien?

Ella bajó la mano.

—Yo no me drogué, pero tal vez alguien lo hizo.

—¿Qué le hace pensar eso? —Savola habló por primera vez, con voz grave.

La joven alzó la vista hacia él.

—No recuerdo lo que hice ayer. No recuerdo nada después de la fiesta de Gina. No bebí más de la cuenta, pero tomé un par de copas. Tal vez alguien me echó algo en el vino.

Batelli le hizo un gesto con la mano al agente Savola para que se acercara y le dijo algo al oído. Este asintió y se marchó.

El inspector apoyó la mano sobre uno de los expedientes.

—¿No recuerda nada de la semana pasada? ¿Nada en absoluto?

—No.

—¿Ha experimentado dolor? ¿Mareos?

Ella se llevó la mano a la nuca y se la frotó.

—Hace un momento me dolía la cabeza, pero no estoy mareada.

El policía la observó en silencio.

—¿A qué se dedica en el laboratorio del profesor Urbano?

—Ya se lo he dicho: lo ayudo en un proyecto de restauración.

—¿Qué están restaurando?

—*El nacimiento de Venus*.

El inspector asintió.

—Entonces ¿es usted experta en Botticelli?

Ella se revolvió de nuevo en su asiento.

—No como el profesor Urbano. Él trabajó en la famosa restauración de *La primavera* con Umberto Baldini.

Batelli le dirigió una mirada inexpresiva. No sabía quién era el famoso restaurador e historiador del arte.

—Pero no es descabellado decir que sabe usted mucho sobre Botticelli y sus obras —agregó.

—No lo es. Pero también sé que el robo de obras de arte es un crimen contra la humanidad —replicó ella con dureza.

El inspector la miró sorprendido.

—Es un punto de vista distinto del habitual.

—No entre los que dedicamos nuestras vidas a preservar y proteger las grandes obras de arte. Ese fue mi objetivo cuando me trasladé a Florencia.

Batelli frunció el ceño.

—Las ilustraciones de Botticelli eran copias —replicó.

Esta vez fue Raven la que se echó hacia delante en la silla.

—Esas copias eran todo lo que teníamos. Los originales se perdieron. Y las copias eran preciosas.

—¿«Teníamos»? ¿Por qué habla usted en plural? ¿A quién se refiere?

Ella se ruborizó vivamente.

—A la humanidad. El que robó esas obras de arte nos robó a todos. Aunque imagino que los más afectados serán los señores Emerson. Y el *dottore Vitali*, claro.

—¿Quiénes son los Emerson?

—Los mecenas que cedieron las ilustraciones al museo. El profesor Gabriel Emerson y su esposa.

—¿Los conoce?

—Personalmente, no. Sé que también colaboran económicamente con el orfanato donde soy voluntaria, pero nunca he hablado con ellos.

El inspector abrió el expediente y sacó unas cuantas páginas grapadas. Las empujó hacia Raven.

—Es una lista de nombres. Léala y dígame si conoce a alguien.

Ella tomó las páginas y leyó los nombres. Cuando acabó, miró al inspector.

—Reconozco algunos nombres. Son mecenas del museo. Pero no conozco a ninguno personalmente.

—¿A ninguno de ellos?

—Trabajo en el laboratorio de restauración. Los mecenas no interactúan con nosotros —respondió ella, dejando la lista en la mesa.

—Entonces ¿cuál es su respuesta exacta? ¿Reconoce algunos de los nombres o todos ellos?

—Sólo algunos.

Batelli sacó el capuchón a un bolígrafo y se lo puso delante.

—Por favor, haga una marca al lado de los nombres que reconoce.

Raven hizo lo que le pedía. Con el ceño fruncido, marcó aproximadamente un tercio de los nombres de la lista.

Batelli no mostró mucho interés en lo que estaba haciendo. Cuando

acabó, dejó los papeles a un lado; sacó una hoja del expediente y se la puso delante.

—Lea esto.

Raven levantó la página.

Lo primero que le llamó la atención fue que se trataba de una fotocopia de un texto manuscrito. El estilo de la caligrafía era anticuado. Muy anticuado. Era preciso, elegante y muy hermoso. Una obra de arte en sí misma.

Lo segundo en lo que se fijó fue en que el texto estaba escrito en latín. De pronto, una frase le vino a la mente: *Cassita vulnerata*.

—¿Cómo ha dicho? —Batelli se echó hacia delante, desconfiado.

—No he dicho nada. Ya lo he leído. ¿Ahora qué?

—Léamelo.

—Está en latín —le aclaró ella con una mirada escéptica.

—Ya lo sé. Léalo en latín y, si puede, tradúzcalo al italiano.

Raven volvió a leer la fotocopia.

—*Non furtum facies. Mihi vindictam ego retribuam*. —Alzó la vista hacia el inspector y tradujo—: *Non rubare. La vendetta è mia; io ricompensèro*. O lo que es lo mismo: «No robarás. La venganza es mía. Reembolsaré el valor».

Raven dejó la hoja de papel encima de la mesa.

—¿Por qué me enseña un trozo manuscrito de la Biblia?

—¿Qué le hace pensar que se trata de la Biblia?

—No soy paleógrafa, pero sé reconocer una caligrafía medieval —respondió señalando la página—. Las palabras parecen de la Biblia, pero ya le digo que no soy experta.

—¿Le dicen algo esas palabras? —le preguntó Batelli alzando las cejas.

—No.

—Interesante. —El policía devolvió la página al expediente y lo cerró. Luego apoyó la mano sobre él en un gesto protector—. ¿Qué puede contarme del sistema de seguridad de la galería?

—Poca cosa. Yo sólo soy una restauradora —respondió ella señalando su acreditación, que estaba sobre la mesa de cara al inspector—. Tengo acceso a algunas salas cuando la galería está abierta. No dispongo de los códigos de seguridad para acceder al edificio ni a las salas de exposiciones. De hecho, no sé con qué medidas de seguridad cuenta la galería. Es un misterio.

—¿Su tarjeta abre la puerta de la sala donde se encontraban las ilustraciones de Botticelli?

Raven negó con la cabeza.

—Sólo tengo acceso a las estancias relacionadas con mi trabajo: los archivos, las salas de restauración y la oficina que comparto con varios compañeros.

—¿Tiene alguna llave?

—Casi todas las salas de los Uffizi se abren con tarjeta, aunque algunas de las más antiguas y el pasillo Vasari siguen abriéndose con llave. Pero yo no las tengo. Además, aunque las tuviera, no podría acceder al edificio cuando está cerrado.

—Pero en ocasiones trabaja usted hasta tarde...

—A veces, el profesor Urbano nos pide que hagamos alguna hora extra si estamos trabajando en una obra especialmente delicada o en alguna fase del proceso que necesita acabarse en un plazo de tiempo determinado. Pero en esas ocasiones la galería permanece abierta. Al menos, la parte donde está el laboratorio de restauración. El personal de seguridad nos deja entrar y nos acompaña hasta la salida cuando hemos acabado el trabajo.

El inspector se echó hacia atrás en la silla y la observó sin pestañear hasta que ella apartó la mirada.

—¿Hizo horas extra el 17 de mayo?

—No, yo trabajo exclusivamente en la restauración de *El nacimiento de Venus*. Estamos haciendo una restauración completa, lo que implica que el cuadro no se exhibe al público. Hacemos horario normal, a menos que el profesor Urbano nos diga lo contrario. Hace un par de meses que no nos pide que nos quedemos a hacer horas extra.

—Su rostro no coincide con el de la acreditación ni con el del pasaporte.

—Batelli señaló la acreditación, que seguía sobre la mesa—. Supongo que la fotografía de su pasaporte nuevo será reciente.

—Lo es. —Raven se revolvió en la silla.

—No lo parece. Y su expediente de empleada indica que es usted minusválida.

Al decir eso, la mirada del inspector descendió hacia la pierna de Raven, que quedaba parcialmente tapada por el escritorio. Volvió a contemplar sus

ojos antes de decirle:

—No parece usted minusválida.

—La palabra correcta es *discapacitada*. —Raven enderezó los hombros—. Y no, ya no lo soy.

—Explíquese.

Ella apretó los labios con fuerza.

—No puedo.

Batelli alzó las cejas.

—¿Disculpe?

—No puedo. —Raven levantó las manos en señal de frustración—. No tengo ni idea de qué ha pasado. Ya se lo he dicho.

Alguien llamó entonces a la puerta. El agente Savola entró y susurró algo al oído del inspector, que pareció decepcionado. Ambos policías intercambiaron unas cuantas palabras, que Raven trató de oír sin éxito.

El agente Savola volvió a ocupar su posición previa, a la izquierda de Batelli, con los brazos cruzados sobre el pecho.

El inspector cogió el bolígrafo y comenzó a dar golpecitos con él encima del expediente.

—¿Ha ido a que la vea un médico?

Raven negó con la cabeza.

—Si cree que pudieron haberla drogado, ¿por qué no fue a un hospital?

—No me encontraba mal. Y no quería llegar tarde al trabajo.

Batelli frunció el cejo.

—Ha sufrido pérdida de memoria, una alteración drástica de su aspecto físico, ha recuperado milagrosamente la capacidad de andar y ¿lo que le preocupa es llegar tarde al trabajo?

Batelli soltó el bolígrafo sobre la mesa y lanzó unas cuantas maldiciones.

Raven se llevó la mano a la frente.

—Podemos llevarla al hospital —sugirió el agente Savola en inglés.

Ella negó con la cabeza.

—Tengo que ir a ver al profesor Urbano. No quiero perder el trabajo. —Tragó saliva con dificultad y añadió—: Tengo mi propio médico. Pediré hora para que me visite.

El agente Savola asintió comprensivo.

—Su médico es cirujano plástico, ¿no?

—No —respondió ella con sequedad.

—Sólo un cirujano plástico de los buenos lograría que pasara de ser así —Savola indicó la acreditación— a ser así —añadió señalándole la cara.

—¿Me está insultando? —preguntó Raven con rabia.

—¿La atiende algún psiquiatra, *signorina*?

—¡Por supuesto que no! —exclamó ella—. Y a usted, agente Savola, ¿lo atiende algún psiquiatra?

El policía dio un paso hacia ella y maldijo entre dientes.

Batelli alzó las manos.

—Esto no lleva a ninguna parte —los reprendió.

Raven señaló el expediente.

—Si ha leído mis informes, sabrá que investigaron mis antecedentes y que me hicieron un examen psiquiátrico antes de contratarme. —Miró a Savola y agregó—: Es más, me he pasado la vida conservando obras de arte con objeto de preservarlas para las generaciones venideras. Yo no las destrozo ni las robo. Los ladrones de arte son casi lo más rastrero que uno puede encontrar en la humanidad, porque se apoderan de algo hermoso y lo esconden para que nadie pueda verlo.

El inspector la miró con curiosidad.

—¿Qué es para usted lo más rastrero de la humanidad?

—Los que abusan sexualmente de los niños.

Tanto Batelli como Savola parecieron sorprendidos por su respuesta, pero enseguida recobraron la compostura.

Batelli tomó la acreditación, el pasaporte y los demás documentos de Raven y se los devolvió tras examinarlos por última vez.

Ella alargó la mano para recuperarlos. El inspector no los soltó del todo y, por un momento, retuvo a Raven.

—Puede irse, pero antes le tomaremos las huellas digitales. Sólo queremos asegurarnos de que es quien afirma ser, ya que su aspecto no se corresponde con el de la acreditación. Cuando hayamos acabado, un agente la devolverá a los Uffizi.

»No obstante, señorita Wood, debo advertirla de que volveremos a entrevistarla. Le recomiendo vivamente que no salga de Florencia. Sepa que

pasaremos parte a la oficina de inmigración para que nos avisen si trata de salir del país.

Batelli miró brevemente a Savola antes de añadir:

—Y, por su propio bien, le sugiero que vaya al médico.

Raven le arrebató los papeles de la mano y salió de la habitación tan rápido como pudo, dejando la puerta abierta tras de sí.

6

Cuando Raven llegó finalmente a los Uffizi, tuvo que someterse a un nuevo examen de las huellas dactilares para que los encargados de seguridad la dejaran entrar en el edificio. Tras la humillante experiencia, fue directamente a la oficina que compartía con varios colegas investigadores. Los saludó con un brusco movimiento de la mano antes de dirigirse a su mesa, situada en un rincón. El camino se le hizo eterno.

Se dejó caer en la silla y miró a su alrededor. La habitación no tenía ventanas. El aire vibraba por el zumbido de las conversaciones y la ocasional llamada de teléfono. Sus colegas no le quitaban el ojo de encima. Unos cuantos se acercaron a su mesa, preguntándose quién era la recién llegada y exigiendo que les mostrara la acreditación. Al final tuvo que llamar a seguridad y pedir que dieran fe de su identidad. Durante un rato, los colegas siguieron lanzándole miradas que mostraban desde sorpresa hasta desaprobación.

A Raven le picaba la piel bajo tanto escrutinio.

Sobre su mesa encontró varias notas, incluida una reciente de Patrick, que le decía que lo avisara en cuanto llegase. Ignorándolas, apoyó la cabeza entre las manos.

Estaba metida en un buen lío.

De no ser porque cuando se pellizcaba le dolía, habría pensado que todo era una pesadilla. Su vida se había llenado de acontecimientos increíbles, inexplicables. Para empezar, la repentina y espontánea curación de su discapacidad. Después, la pérdida de peso y el cambio radical en su aspecto físico. Y, por último, su desaparición y falta de memoria.

Ahora que pensaba en ello, podría añadir también un cambio de

personalidad. No recordaba la última vez que se había mostrado furiosa o maleducada ante nadie. Se enorgullecía de su carácter cortés y controlado. Pero en la comisaría...

La mirada de Raven se posó en un folleto que ella misma había dejado sobre la mesa meses antes. Ofrecía información sobre las ilustraciones de Botticelli y se había repartido entre los visitantes de la galería.

Tomó el folleto y empezó a leerlo.

En silencio, guardó la mochila en uno de los cajones de su escritorio y lo cerró con llave. Se colgó la acreditación al cuello y cogió el teléfono —que apenas había podido cargar— con la misma mano que el folleto. Mentalmente se lamentó por haberse puesto pantalones de yoga. Aunque le hacían un trasero muy atractivo, no tenían bolsillos.

Debería haber ido al laboratorio de restauración para empezar a trabajar inmediatamente, pero en vez de eso echó a andar en dirección contraria, hacia el lugar donde habían estado expuestas las ilustraciones. La sala de exposiciones estaba acordonada; el pasillo, desierto.

Las paredes de la sala se habían pintado de un azul intenso para que las ilustraciones a tinta destacaran más. En la estancia sólo quedaban los expositores transparentes cuya función era proteger las ilustraciones de los elementos y del contacto humano.

Raven observó los expositores vacíos y notó que todos ellos, igual que las paredes y que el suelo, tenían el rastro de los polvos que la policía había usado para encontrar huellas dactilares. En un rincón de la sala había un andamio que llegaba hasta el techo, que era de gran altura. Al parecer, también habían tomado huellas digitales en el techo, ya que había partes manchadas de negro y gris.

Empezó a leer la descripción de la exposición impresa en el folleto. Tal como el *ispettore* Batelli había mencionado, las ilustraciones eran copias. Botticelli había realizado cien ilustraciones basadas en la *Divina comedia* de Dante. Habían sido un encargo de Lorenzo di Pierfrancesco d'Medici, que murió en 1503. Por desgracia, ocho de las ilustraciones se habían perdido. El Vaticano tenía varias originales en su museo y el resto eran propiedad de los Museos Estatales de Berlín.

La colección de los Emerson estaba completa. Sí, eran copias, pero

poseían las cien ilustraciones. Ya sólo por eso la colección tenía un valor incalculable.

La dirección de los Uffizi estuvo encantada de montar una exposición especial para mostrar las ilustraciones al público. La entrada a la exposición se cobraba aparte, y los fondos recaudados se usaban para financiar algunos de los proyectos de restauración de la galería, incluido el que Raven y el resto del equipo del profesor Urbano estaban llevando a cabo.

Las ilustraciones llevaban dos años cedidas al museo, desde el verano de 2011. Raven recordaba perfectamente el anuncio que se había hecho. En aquella época ella estaba redactando su tesis y trabajando en el Opificio.

Antes del anuncio, nadie sabía nada de la colección de los Emerson. Raven había investigado un poco sobre el tema, pero no había encontrado nada. Dado que se trataba de unas obras de arte tan sumamente importantes, la falta de información y de imágenes era sorprendente.

El *dottore* Vitali había preparado un informe sobre el origen de las ilustraciones, pero la información debía de proceder directamente de los Emerson, ya que Raven no había hallado ninguna otra fuente independiente que la confirmara.

Le resultó curioso.

Según el folleto, las ilustraciones eran del siglo XVI, y probablemente procedían de la mano de un discípulo de Botticelli. De un modo desconocido, habían ido a parar a una familia suiza en el siglo XIX, y habían pasado a manos del profesor Emerson hacía unos cuantos años, cuando él las había comprado a un particular.

El paradero de las mismas entre los siglos XVI y XIX era un completo misterio. Ciertamente, ni la familia suiza ni el profesor Emerson se habían apresurado a anunciar la existencia de las ilustraciones al público. Se decía que había sido la señora Emerson la que lo había convencido para que compartiera las obras de arte con el resto del mundo.

«Y ahora han desaparecido», se dijo Raven. Al mirar los expositores vacíos, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Estaba a punto de dirigirse hacia el laboratorio cuando el teléfono la avisó de que acababa de entrarle un mensaje de texto. Era de Patrick.

Dnd estás?

Raven respondió tecleando a toda prisa:

Sala exposiciones

Aguardó la respuesta de Patrick, pero no llegó ninguna.

Echó hacia atrás el hilo de mensajes para leer los que le habían llegado durante la semana anterior y vio que tanto Patrick como Gina le habían enviado varios, cada vez más alarmados. También tenía algunos correos electrónicos sin leer y mensajes de voz sin escuchar.

Suspirando, echó una última mirada llena de tristeza a los expositores vacíos y se alejó de la sala. En el pasillo vio a Patrick, que se dirigía hacia ella con decisión.

—¿Cómo te ha ido con la policía? —preguntó preocupado.

—No muy bien.

Patrick maldijo.

—Vamos. —La tomó de la mano y la condujo hacia una de las escaleras traseras. Subieron a la primera planta y buscaron un rincón tranquilo.

Patrick le soltó la mano, pero no se alejó de ella. Cruzando los brazos sobre el pecho, le preguntó:

—¿Qué te han dicho?

—Me han hecho un montón de preguntas. Sospechan de mí, es evidente. No puedo responder a sus preguntas y eso me hace parecer culpable. —Raven se frotó los ojos—. No tengo ni idea de dónde estuve la semana pasada. ¡Se me ha jodido la memoria!

—¿No recuerdas nada de la semana pasada? —Patrick sonaba preocupado.

—No recuerdo nada desde la fiesta de Gina. Tal vez me pusieran algo en la bebida. —Raven se miró los pies, rehuyendo la mirada de su amigo.

—Imposible —replicó él con decisión—. Era yo el que servía las bebidas, ¿ya no te acuerdas? Conozco a todos los que estaban en la fiesta. Ninguno de ellos te echaría droga en la copa.

—Entonces ¿por qué no recuerdo nada?

—No lo sé —respondió él, cada vez más tenso—. El *dottore* Vitali quiere verte.

—¿Qué?

Patrick señaló la oficina del director con la cabeza.

—Está muy encima de todo lo que tenga que ver con la investigación, también de tu entrevista. Y los Emerson acaban de llegar; he visto que la policía los acompañaba.

Raven gruñó. Los Emerson debían de estar muy enfadados por el robo. Y el profesor Gabriel Emerson tenía fama de ser una persona... volátil.

Patrick siguió hablando.

—Le dije al profesor Urbano que habías vuelto, pero no mencioné a la policía. Quiere verte cuando hayas acabado con Vitali.

—Me gustaba más mi vida cuando nadie sabía que existía.

Él frunció el cejo.

—Eh, es la segunda vez que te oigo decir algo así. Mira a tu alrededor. Estoy preocupado por ti, igual que Urbano. Llevábamos una semana sufriendo porque no sabíamos dónde estabas.

Raven se mordió el interior de la mejilla.

—Tal vez deberías desconfiar de mí. Ni siquiera yo me fío de mí.

Patrick dio un paso hacia ella y se inclinó hasta que sus ojos quedaron a la misma altura.

—No digas tonterías. ¿Te acuerdas de lo que le pasó a Amanda Knox?

Raven se estremeció.

—Sí.

—Ella asegura que es inocente. Tal vez lo sea, pero se encontró en medio de una investigación de la policía italiana. Cuando acabó, todos estaban convencidos de su culpabilidad. El consulado norteamericano no podrá ayudarte si te acusan de un delito. Así que no le des más munición a la policía con tus comentarios. —Patrick le apretó el brazo, compasivo—. Es mejor que vayas. Vitali quiere verte inmediatamente.

—Me va a despedir temporalmente, ¿no?

Patrick le apretó el brazo otra vez.

—No lo sé. Pero tiene que haber una explicación razonable para lo que ha pasado. Lo descubriremos, te lo prometo.

Raven se despidió de él con una sonrisa poco convencida mientras recorría los pocos pasos que la separaban del despacho del *dottore* Vitali.

Llamó dos veces y esperó.

Poco después, un hombre alto y guapo con el pelo oscuro y unos penetrantes ojos azules abrió la puerta. Iba vestido con vaqueros y camisa blanca. Y llevaba unos zapatos de cuero marrón.

Su postura no podía definirse precisamente como amistosa.

—¿Sí? —Su expresión y su tono de voz eran iguales que su postura: decididamente hostiles.

—Buenos días. El *dottore* Vitali quería verme —respondió Raven en un italiano muy correcto y educado.

El hombre abrió la puerta un poco más, lo que permitió que Raven viera a Vitali sentado tras el escritorio. Estaba hablando con una mujer joven que sostenía a un bebé en el regazo.

—¿Qué coño quiere decir con eso de que no había huellas dactilares?

Raven se imaginó que el hombre era el profesor Emerson. Ignorándola, se plantó frente a Vitali.

—Gabriel. —La mujer, que Raven supuso que era la esposa de Emerson, le dirigió una mirada desaprobatoria tras mirar al bebé con intención.

—Lo siento, cariño. —El profesor Emerson parecía sinceramente arrepentido. Apoyó la mano sobre la cabecita del bebé—. ¿Qué *coño* quiere decir con eso?

—Seguro que puedes hacerlo mejor —le dijo la señora Emerson con una sonrisa irónica.

El bebé empezó a revolverse inquieto y a tirar del vestido de su madre. Apretó el puño regordete y comenzó a succionarlo, tras hacer un ruido que a Raven le recordó a un graznido.

—Creo que tiene hambre. —La señora Emerson se disculpó con la mirada ante el director.

—Vitali, ¿hay alguna sala tranquila donde Julianne pueda dar de comer a Clare? —El profesor Emerson apoyó la mano en el hombro de su esposa.

—Por supuesto. —Vitali sonrió y le hizo un gesto a Raven para que se acercara—. Y usted es...

Ella, avergonzada, tardó unos segundos en responder.

—Raven Wood, *dottore*.

Vitali le dirigió una mirada de incredulidad que hizo que Raven se revoliera en el sitio, inquieta.

El director recordó entonces que no estaban solos. Recobrándose de la sorpresa, siguió hablándole en inglés:

—Señorita Wood, acompañe a la señora Emerson a la sala de conferencias y luego vuelva aquí. Quiero hablar con usted.

—Por supuesto. —Raven se forzó a sonreír, aunque la postura y el tono del director eran notablemente fríos.

—Gracias. —La señora Emerson se levantó, sosteniendo al bebé con una mano. Con la otra trató de levantar el bolso y una gran bandolera de la marca Coach.

Raven señaló hacia el pasillo.

—Por aquí, por favor.

El profesor levantó el bolso y la bandolera y los colgó del hombro de su mujer antes de acariciar la cabecita del bebé y de darle un beso.

Raven apartó la vista mientras el profesor abrazaba a su esposa antes de hacerse a un lado para dejarla pasar.

—Vuelve cuando hayas acabado, querida —le pidió sonriente.

La señora Emerson asintió y se volvió hacia Raven.

—Gracias. Traté de darle el desayuno a Clare en el hotel, pero no tenía hambre. Me temo que el *jet lag* nos ha afectado a todos.

—No pasa nada. La sala de conferencias está cerrada al público y, además, está aquí al lado —le indicó ella, señalando hacia la derecha mientras salían del despacho del director.

La señora Emerson llevaba un sencillo vestido camisero de color negro que combinaba con las alpargatas del mismo tono que llevaba atadas con cintas anchas a los tobillos y a sus bien torneadas pantorrillas. Tenía una bonita melena castaña en la que destacaban algunos mechones dorados y unos grandes ojos marrones. Era menuda y de aspecto juvenil. Parecía una persona amable.

A su lado, Raven se sintió enorme y desaliñada, como siempre que estaba junto a una persona delgada y hermosa. (Se había olvidado ya de que acababa de sufrir una transformación física espectacular).

—¿Quiere que le lleve las bolsas, señora Emerson?

Ella se echó a reír.

—Llámame Julia. Debemos de tener la misma edad.

—Yo estoy a punto de cumplir los treinta.

—Y yo los cumpliré dentro de un par de años, así que llámame Julia. Y, sí, si llevas la bolsa de los pañales, te lo agradeceré.

Sostuvo a Clare con una mano mientras Raven le quitaba la bolsa del hombro.

No esperaba que pesara tanto y estuvo a punto de caérsele de las manos, pero logró evitar que llegara al suelo.

—Lo siento. Debería haberte avisado. —Julia hizo un gesto como si quisiera ayudarla a levantar la bolsa, pero Raven negó con la cabeza y la agarró con las dos manos—. A Gabriel le gusta estar preparado para cualquier emergencia y llena la bolsa de cosas cuando no miro. Necesito dos cochecitos, uno para Clare y otro para la pañalera. —Se echó a reír—. En realidad, lo que necesitaría sería un cochecito para mí. Viajar con un bebé es más cansado de lo que pensaba.

—¿Os alojáis cerca?

—Sí, en el Gallery Hotel Art. —La expresión de Julia se iluminó—. Pasaremos aquí una semana y luego seguiremos viaje hacia Umbría. La madrina de Clare nos ha acompañado.

—Qué bien. —Raven no sabía qué decir.

—Pero la verdad es que estamos preocupados por el robo. —Julia sostenía al bebé pegado a su cuerpo—. Para nosotros, las ilustraciones son mucho más que una obra de arte. Tienen valor sentimental. Cuando el *dottore* Vitali nos llamó para decir que las habían robado...

Julia acarició la cabeza de su hija con la nariz, como si estuviera tratando de ocultar la cara.

—Lo siento mucho —susurró Raven.

—Gabriel confía en que las recuperen, pero yo no estoy tan convencida. Supongo que lo único que podemos hacer es rezar. Es posible que las ilustraciones ya hubieran sido robadas en el pasado y que por eso fueran a parar a manos de la familia suiza que se las vendió a mi marido. —Julia suspiró—. Supongo que nunca lo sabremos.

A Raven le llamó la atención el comentario, ya que no había ninguna referencia al respecto en el folleto que acababa de leer. Pero no quiso ahondar en el tema.

—La policía está haciendo todo lo que está en su mano —dijo—. Espero que las encuentren.

—Yo también lo espero. Tienes acento norteamericano —comentó Julia, mirándola con interés.

—Soy de New Hampshire, pero he pasado tanto tiempo en Florida que perdí el acento.

—Yo soy de Pensilvania, pero vivimos en Cambridge. —Julia sonrió—. Creo que nunca he tenido acento de Boston. ¿En qué parte de la galería trabajas?

—En el departamento de restauración y conservación. Estoy en el equipo que trabaja en *El nacimiento de Venus*.

Los ojos de Julia se iluminaron.

—Es uno de mis cuadros favoritos. Supongo que no se pueden visitar los trabajos de restauración, ¿no? Prometo no molestar.

—Estoy convencida de que el *dottore* Vitali podrá arreglarlo. Me encantaría enseñarte lo que estamos haciendo. El profesor Urbano es el jefe de equipo. Trabajó en la restauración de *La primavera* a las órdenes de Umberto Baldini.

—Otra de mis obras favoritas. Soy una gran admiradora de Botticelli, desde siempre. —El tono de Julia se volvió melancólico—. Por eso precisamente quisimos compartir las ilustraciones. Queríamos que más gente pudiera disfrutar de ellas.

Raven se detuvo y se volvió para mirarla.

—Pues déjame decirte que verlas me hizo muy feliz. Las visitaba casi a diario. Cuando tu marido y tú decidisteis ampliar el plazo de cesión de las ilustraciones, todos nos alegramos mucho.

—Gracias. —La expresión de Julia se apagó—. No puedo evitar culparme de lo sucedido. Fui yo quien convenció a Gabriel para que cediera las ilustraciones mientras estuviéramos de excedencia por Clare. Y ahora han desaparecido.

—Lo siento mucho —repitió Raven.

—Yo también.

Raven la miró con curiosidad.

—¿Estáis los dos de excedencia? ¿Tú también eres académica?

—Soy profesora auxiliar. Estoy escribiendo mi tesis doctoral sobre Dante.

—¿Dónde estudias?

Julia sonrió.

—En Harvard. Todavía no he acabado los estudios.

—El profesor Emerson es especialista en Dante, ¿verdad?

—Sí, y la madrina de Clare también. Es una especialista en Dante jubilada. Al parecer, hacen falta tres especialistas en Dante para criar a un bebé.

Raven se echó a reír mientras abría la puerta de la sala de conferencias. Con un gesto, invitó a Julia a que entrara y se quedó en la puerta para colocar el cartel que indicaba que la sala estaba siendo usada en ese momento.

—Aquí nadie te molestará. ¿Necesitas algo? —Raven dejó la bolsa de los pañales en la larga mesa que dominaba la estancia.

Julia se sentó y empezó a rebuscar en la bandolera hasta que encontró una gran botella de agua con gas.

—Si tuvieras un vaso, sería fantástico. Procuero beber mucha agua mientras estoy dando el pecho. —Sacó el iPhone del bolso y lo dejó sobre la mesa, a la vista—. Si necesito alguna otra cosa, llamaré a Gabriel.

Raven fue a buscar un vaso a uno de los armarios que había en la pared del fondo y se lo llevó a Julia. Miró a la pequeña, que tenía unos grandes ojos azules y una abundante mata de pelo oscuro y muy bonito.

—¿Qué tiempo tiene Clare?

—Nació en septiembre del año pasado. Tiene casi nueve meses.

—Es preciosa. —Raven le acarició la cabeza con suavidad.

—Gracias. Yo la veo igual que su padre, pero todo el mundo dice que tiene mi boca. ¿Tú tienes hijos?

—No. —Raven se tensó y apartó los ojos de la niña—. Si necesitas algo más, estaré en el despacho del *dottore* Vitali.

Julia se sirvió agua en el vaso.

—Estaremos bien —aseguró.

—Espero que encuentren las ilustraciones —dijo Raven con un hilo de

VOZ.

Julia levantó la cara para mirarla.

—Yo también. Perderlas es mucho más que perder una obra de arte. —
Bajó los ojos hacia Clare—. Es como perder a un miembro de la familia.

Raven asintió y salió de la sala de conferencias, asegurándose de dejar la puerta bien cerrada.

La señora Emerson no era como se la había imaginado. Era más joven y mucho más agradable que la mayoría de los importantes mecenas que visitaban la galería de vez en cuando.

Raven sintió lástima al recordar su expresión de tristeza al hablar de la pérdida de la obra de arte. Realmente parecía que los Emerson adoraban esas ilustraciones. Y ahora las habían perdido.

Mientras se acercaba al despacho del *dottore* Vitali, se dio cuenta de que la puerta estaba abierta.

El profesor Emerson estaba hablando en italiano en voz tan alta que se oía desde el pasillo.

—Entonces ¿los *carabinieri* han entrevistado ya a todos los mecenas locales y han tratado de hablar con todos los que estuvieron presentes en la gala de inauguración? Y ¿qué opinan de William York?

—¿De quién? —El *dottore* Vitali parecía confundido.

—El joven que se acercó a hablar conmigo durante la inauguración. Te lo señalé y me dijiste que era un tipo muy solitario, que apenas salía de su casa, pero que había donado una importante cantidad de dinero al museo a cambio de una invitación al acto.

—No conozco a nadie que se llame así.

Raven se acercó a la puerta, con cuidado de no ser descubierta.

—Massimo, reconociste a ese hombre e hiciste que tu ayudante buscara su nombre en la lista de asistentes, ¿lo has olvidado? Era más bajo que yo; debía de medir un metro ochenta, más o menos, y tenía el pelo rubio. Era inglés; de Oxford, creo. Me dijiste que era uno de los patrocinadores de las obras del palazzo Medici Riccardi.

—Gabriel, amigo mío. No conozco a nadie llamado William York.

Raven oyó el ruido de alguien moviendo papeles.

—¿*Dottore* Vitali?

—Aquí tienes la lista de invitados de la gala. Su nombre no está en ella. Si hay una conexión entre un inglés y los palacios Medici, yo no la conozco. El palazzo Ricardi es de titularidad pública. El gobierno regional se encargó de la restauración, con ayuda de un selecto grupo de mecenas italianos.

Frustrado, el profesor Emerson soltó un taco y Raven oyó el sonido de una silla cayendo al suelo.

Sin pensárselo, se plantó frente a la puerta.

La chica miró ansiosamente al director de la galería y luego al profesor, que estaba de pie junto la silla tumbada con los puños muy apretados.

—*Signorina*. —Con un gesto, Vitali le indicó que entrara antes de volver a centrarse en el profesor—. Amigo mío, te ruego que mantengas la calma. Ve con tu esposa y tu hija y deja que sea yo quien me preocupe.

—Me preocupo, Massimo, porque alguien ha robado algo que tiene un valor incalculable para mí —replicó Emerson con los dientes apretados—. A partir de ahora, mi misión en la vida será recuperar esas ilustraciones.

»Te juro que conocí a William York. Su comportamiento durante la inauguración fue muy extraño, y tú y yo lo comentamos después. Parecía que me echaba en cara que fuera el dueño de las ilustraciones. Aunque es un tipo joven, se notaba que tenía mucho dinero. Alguien debería revisar la lista de patrocinadores y encontrar su donación. Me dijiste que había donado varios miles de euros a la galería.

El profesor Emerson apoyó los puños encima del escritorio de Vitali y se inclinó hacia él.

—Y si ni tú ni los *carabinieri* os ocupáis de esto, contrataré agentes privados que completen la investigación.

Los dos amigos intercambiaron una mirada larga e intensa.

Raven se revolvió incómoda en el sitio, lanzando miradas furtivas en dirección a la puerta abierta y deseando desaparecer.

—*Va bene* —dijo Vitali al fin, señalando la salida—. Habla con el *ispettore* Batelli. Es el oficial al cargo de la investigación.

—Gracias. —El profesor Emerson enderezó la espalda y, sin una palabra de despedida, salió del despacho.

Raven aguardó mientras el *dottore* Vitali cerraba los ojos y se echaba hacia delante, casi como si estuviera rezando.

Finalmente, abrió los ojos y señaló la silla.

—*Signorina* Wood. Explíqueme su repentino cambio de apariencia. Y cuénteme dónde estuvo la semana pasada.

Raven se sentó, respiró hondo y empezó a contar su historia.

Al salir de la oficina de Vitali, echó a andar pasillo abajo perdida en sus pensamientos.

No la había suspendido de empleo y sueldo. Le había hecho preguntas sobre su aspecto, su ausencia y su entrevista con la policía. Aunque al principio se había mostrado bastante mordaz, a medida que hablaban parecía ir perdiendo agresividad. Cuando la entrevista llegó a su fin, Raven pensó que el director había quedado bastante convencido de que ella no tenía nada que ver con el robo.

Le había ordenado que volviera a su puesto de trabajo, informándola de que la semana que había pasado ausente se le descontaría de sus días de vacaciones. Raven se sentía muy aliviada por no haberse quedado sin empleo.

Mientras cruzaba el vestíbulo, iba pensando en las ilustraciones. Botticelli las había dibujado para Lorenzo di Pierfrancesco d'Medici, que también era el dueño de *La primavera*.

Se preguntó si los ladrones estarían al corriente de ese dato. Si serían amantes de Botticelli o unos simples oportunistas.

Se imaginó a un grupo de criminales, tipos duros, metiendo las valiosísimas ilustraciones en bolsas de plástico y embutiéndolas de cualquier manera en sus mochilas. Estaba segura de que no las habían tratado bien. No se habrían molestado en protegerlas.

«Probablemente las hayan dejado sobre la mesa de la cocina y estén desayunando encima ahora mismo», se dijo Raven. Se estremeció, imaginándose gotas de café con leche estropeando las figuras dibujadas con tinta y dañando los extraordinarios y brillantes colores. Se imaginó a los ladrones fumando, tal vez soltando ceniza sobre las caras de Dante y Beatriz.

«¡Cabrones!».

Si eran admiradores de Botticelli, no le extrañaba que hubieran robado las ilustraciones. *La primavera* era tan grande y pesaba tanto que no podrían haber movido el cuadro sin la ayuda de maquinaria y un equipo de personas.

Probablemente los ladrones desconocían que *El nacimiento de Venus* se encontraba en el laboratorio de restauración situado en la planta baja. Era un lugar seguro, pero sus medidas de seguridad no eran tan sofisticadas como las de las salas de exposiciones. Sin embargo, del mismo modo que sucedía con *La primavera*, el cuadro era tan grande y tan pesado que habrían necesitado a muchas personas para moverlo. No era precisamente un lienzo de esos que puedes llevarte sacándolo por la ventana.

Distraída pensando en esas cosas, se sorprendió al verse entrando en la sala Botticelli. No se detuvo hasta que estuvo delante de *La primavera*.

La habitación quedaba descompensada. El cuadro, grande e impresionante, solía estar equilibrado por *El nacimiento de Venus*, que llevaba casi un año en restauración. Y pasarían aún varios meses más antes de que pudiera ser devuelto a su lugar.

Raven se acercó un poco más a *La primavera* y los ojos se le fueron hacia la solitaria figura masculina a la izquierda del lienzo. Se fijó en sus manos, en las formas musculosas de sus brazos y en su piel perfecta. Admiró su pecho y su cuello y, por último, su cara. Tenía los ojos claros, la nariz recta, los labios carnosos y el pelo largo.

Había algo en el pelo que no acababa de convencerla, como si fuera incongruente con el resto del conjunto. Pero su cara...

Oyó una voz que le susurraba algo al oído, aunque no logró descifrar las palabras.

Se volvió bruscamente, pero no había nadie más en la sala.

Cerró los ojos y respiró hondo, tratando con todas sus fuerzas de mantener a raya la ansiedad que la torturaba.

Con una última mirada hacia la figura de Mercurio, se dirigió hacia la puerta, preparándose mentalmente para su encuentro con el profesor Urbano.

7

Ya de noche, Aoibhe estaba sentada en Teatro, bebiendo de un vaso diseñado especialmente para mantener su contenido templado y líquido.

Teatro era un club secreto, situado en el centro de la ciudad. Lo había fundado el Príncipe en el siglo XVII con la idea de que fuera una especie de salón social, un punto de encuentro. Con el paso de los años había ido evolucionando hasta convertirse en algo mucho menos intelectual. En la actualidad era propiedad del Consilium de Florencia, aunque los propietarios ocultaban su identidad tras una sociedad pantalla situada en Suiza.

Tanto Florencia como el resto de los principados de Europa eran anteriores al Imperio romano. Los gobernantes de las sombras y sus consejeros controlaban a la población sobrenatural dentro de unas fronteras muy delimitadas, que solían coincidir con los límites de ciudades. En la Edad Media, los principados de Italia se organizaron y quedaron bajo el poder común del rey, que vivía en Roma.

Dentro de las fronteras de Florencia, el Príncipe tenía el poder absoluto. Pero, siendo como era un hombre muy sabio, había nombrado un Consilium o consejo rector, del cual él era miembro honorífico. El Consilium funcionaba como un tribunal, y castigaba o desterraba a los que infringían las leyes. También se encargaba de supervisar la organización del inframundo y de su protección, especialmente contra las incursiones de otras ciudades o territorios.

Cuando el Príncipe se cansó de ocuparse de Teatro, el Consilium se hizo cargo. Actualmente era un lugar usado tanto para alimentarse como para entretenerse.

El club constaba de una gran zona central donde se hallaban la sala de

baile y el bar. En dos de los lados había mesas y sofás. Las paredes y el techo estaban pintados de un color negro tirando a lila. La iluminación era sensual y poco intensa, y los muebles estaban tapizados en terciopelo negro o rojo.

En el lado opuesto de la pista de baile había un escenario, que quedaba oculto de la vista por unas tupidas cortinas también rojas. De las paredes colgaban grandes pantallas planas, en las que se proyectaban en bucle imágenes de cuadros y otras obras de arte de estilos muy diversos. Todas eran de tema profano, la mayoría de carácter sexual. Desde la zona central, varios pasillos conducían a habitaciones privadas, serpenteando en la oscuridad y creando una especie de tela de araña.

Las arañas de esa telaraña eran los habitantes del inframundo, con la excepción del Príncipe. Él llevaba años sin cruzar el umbral del club. Precisamente por eso, era el lugar perfecto para que Aoibhe recuperara el orgullo perdido y buscara la manera de convencerlo para que cambiase de opinión.

Los ojos oscuros de Aoibhe examinaban los cuerpos que se retorcían en la pista de baile. Su mente bloqueó la música alta y martilleante. Los de su especie tenían un oído muy sensible. La música comercial y la gótica siempre le habían parecido disonantes. Pero era el tipo de música que atraía a los humanos, por eso era la que pinchaba el *disc-jockey*. (Aoibhe habría preferido escuchar canciones de juglares irlandeses, pero nunca convencía al DJ para que las pusiera. La próxima vez, se traería tapones para los oídos).

El bar servía alcohol para los humanos, y las drogas corrían libremente. Si estaban ebrias, las víctimas eran más fáciles de confundir y de manipular, aunque ese tipo de sustancias afectaban al sabor de la sangre. Por eso, los más antiguos solían prescindir de las sustancias y preferían seducir o hipnotizar a sus presas en vez de sedarlas.

Algunas parejas y grupos reducidos estaban entregados a varias actividades sexuales en los sofás. Para los de su especie, la sangre y el sexo iban de la mano, lo que significaba que para Aoibhe se estaba preparando una buena cantidad de comida. La nariz se le llenó de los aromas de varios tipos de sangre. El perfume era embriagador y un poco mareante.

Aoibhe observó sus actividades con desinterés y aburrimiento. Ya lo había visto todo muchas veces antes. De momento, esa noche no había nada

que le llamara la atención. Las relaciones sexuales completas y los fetiches se practicaban en las habitaciones privadas, en deferencia a las costumbres morales melindrosas de parte de los humanos. Las arañas necesitaban que los humanos entraran en masa cada noche, sin miedo a ser descubiertos.

A ella no le importaba lo que los demás hicieran con sus mascotas humanas, ni lo que hicieran entre sí. Como una de los seis miembros del Consilium, estaba obligada a seguir las reglas del club y a asegurarse de que todos las cumplieran también.

No matar.

No transformarse.

No está permitido alimentarse de alguien en contra de su voluntad, pero pueden usarse alcohol y drogas para convencerlos.

Había muchos que no entendían la última regla, pero servía para mantener una atmósfera de seducción. No era muy probable que los humanos siguieran acudiendo al local noche tras noche si veían que sus congéneres eran reducidos violentamente y violados antes de que los dejaran sin sangre.

El control mental no funcionaba con todos los humanos. No era efectivo con las personas psicológicamente fuertes, ni tampoco con las que eran muy religiosas o las que llevaban ciertos talismanes. Sin embargo, a los miembros de estas dos últimas categorías no se les permitía la entrada, ni aunque lo suplicaran.

Aoibhe suspiró. Estaba claro que las reglas habían sido creadas por el Príncipe, a pesar de su desprecio por el club. Tenían el sello de su templanza, su autocontrol y de la humanidad que acechaba bajo su piel.

Sonrió.

El Príncipe había dejado que su cuerpo tomara el control esa mañana. Aoibhe disfrutaba enormemente de esos momentos en los que el estirado y contenido Príncipe se entregaba para dar y recibir placer. Era magnífico. Poderoso. Peligroso.

Lo deseaba. Le había demostrado una y otra vez que era un amante excelente, a pesar de su desdén por las relaciones duraderas. El deseo que Aoibhe sentía por él era grande. Incluso le despertaba algo de afecto.

Pero, sobre todo, deseaba su ciudad. Como su consorte, compartirían el poder. Y, cuando el destino inevitable de los de su especie acabara con él,

ella tendría el control absoluto.

Aoibhe se terminó la bebida y le hizo un gesto a una de las camareras para que le sirviera otra.

Evitaba acercarse a André, el barman y director del club, ya que tenía una enfermedad en la sangre. Su condición lo convertía en el perfecto intermediario entre ellos y los humanos. Ninguno de los de su especie se acercaría a él —a menos que se tratara de un salvaje—, ya que su aroma era nauseabundo. No quería ni imaginarse lo asqueroso que debía de ser su sabor.

En ese momento, una chica tropezó y fue a parar a los pies de Aoibhe.

—Piedad —le suplicó, alzando unos ojos azules aterrorizados hacia ella.

Aoibhe dejó el vaso en la mesa. Levantó la barbilla de la chica y vio que tenía sangre en la comisura de los labios. También en el cuello, fluyéndole libremente de una herida. La joven temblaba de miedo. Aterrorizada, se aferró a los zapatos de tacón de Aoibhe.

—Piedad —repitió—. No quiero morir.

Ella cerró los ojos y aspiró su fragancia.

Los humanos no se daban cuenta de cómo sus acciones y emociones afectaban a su aroma. Igual que un perro es capaz de oler el enfado o el miedo en un ser humano, o de detectarle una enfermedad, Aoibhe y los de su especie también podían. Tenían el olfato tan desarrollado que eran capaces de conocer el carácter de la persona sólo por su olor. Algunas prácticas depravadas como la violación o el asesinato volvían el aroma repulsivo. En cambio, las personas buenas y decentes desprendían un perfume —y, lo que era más importante, tenían un sabor— delicioso.

El aroma de esa chica era bastante dulce. Nada que ver con el de la joven que el Príncipe había encontrado, pero ciertamente tentador. Se la veía limpia y, aparentemente, buena. Aoibhe se preguntó qué habría llevado a alguien como ella a entrar en el local.

Una manaza agarró entonces a la chica por el pelo rubio y rizado y le echó la cabeza hacia atrás.

—Vas a pagar por lo que has hecho.

—¡Piedad! —gritó la joven, abrazada a las piernas de Aoibhe—. Por favor.

Ella miró a Maximilian con impaciencia.

—Si vas a saltarte las reglas, hazlo en otro lado, o tendré que denunciarte.

—Que te forniquen, Aoibhe. Yo también soy miembro del Consilium. Y esto no es asunto tuyo.

Cuando levantó a la chica de un tirón, esta empezó a gritar de manera histérica, revolviéndose y tratando de subirse al regazo de Aoibhe.

La irlandesa frunció el ceño al ver que estaban llamando la atención de un grupo de humanos y de sus parejas del inframundo.

—Estáis montando una escena. Contrólala o suéltala.

—¡No, no! —La chica empezó a gritar con más fuerza.

Maximilian parecía estar disfrutando del espectáculo. La abrazó por detrás, a la altura de la cintura, y la pegó a su cuerpo para restregarle la erección por el trasero. Le buscó la herida del cuello y sacó la lengua, dándole lametones a la sangre como si fuera un perro.

Aoibhe resopló fastidiada antes de levantar un dedo y obligar a la chica a mirarla a los ojos.

—Silencio —le ordenó.

La joven dejó de resistirse, a pesar de que Maximilian seguía atacándole el cuello. Abrió mucho los ojos y los fijó en Aoibhe, que seguía hablándole en un tono tranquilizador.

—No tienes miedo. Ya no. Mírame a los ojos y concéntrate en el sonido de mi voz. Ahora soy tu ama.

La muchacha asintió con la cabeza en un movimiento casi imperceptible.

—Aspira hondo y nota cómo tu corazón late más despacio. Buena chica.

—Aoibhe, para —protestó Max, levantando la cabeza y sujetando a su presa con más fuerza.

Ella le respondió sin romper el contacto visual con la joven.

—Demasiado tarde. Te dije que la controlarás.

Aoibhe alzó entonces la mano para llamar a los gorilas que estaban en la puerta.

Max soltó un bramido de ira y trató de retener a su víctima, pero dos hombres de gran tamaño se lo impidieron. Se ocupaban de la seguridad del club y compartían especie con Max y Aoibhe.

Cuando esta última pestañeó, la joven cerró los ojos y se desplomó entre los brazos de Max.

—Tomas, Francesco. Hacedme el favor de acompañar al señor Maximilian a la salida. Ha roto las normas —ordenó mirando a Max con desagrado.

—No puedes hacerme esto. No puedes echarme. —Max se echó hacia delante, pero Aoibhe levantó una mano.

—Un paso más y te echaré personalmente. Soy mayor que tú, por lo menos un siglo. ¿Estás seguro de que quieres desafiarme?

Él resopló con desdén, pero no se movió. Al igual que Aoibhe, sabía que, cuantos más años tenía un ser sobrenatural, más poderoso se volvía. La fuerza y agilidad de Aoibhe eran bien conocidas. Si quisiera matar a Max, no le costaría demasiado. Pero no podía hacerlo dentro de los límites de la ciudad. Al menos, sin una buena causa.

El más grande de los dos guardias señaló a la joven inconsciente.

—¿Qué hacemos con la humana?

Aoibhe hizo un gesto despectivo con la mano.

—Que se la quede.

Max levantó la cabeza sorprendido.

—Tómalo como un regalo de despedida —dijo ella con una sonrisa—. Ya no eres bienvenido aquí. Si vuelves, te denunciaré al Consilium y perderás el cargo.

Max escupió en su dirección, pero Aoibhe apartó la cara rápidamente y la saliva fue a parar a la pared, a su espalda.

Ella volvió la cabeza y le dirigió una sonrisa muy lenta y calmada.

—Disfruta de tu comida para llevar.

Max tomó en brazos a la chica inconsciente y los dos guardias de seguridad lo acompañaron hasta la puerta.

Los que habían hecho una pausa en sus actividades para observar el choque entre los dos seres sobrenaturales volvieron enseguida a distraerse con sus cosas.

Aoibhe se recolocó el vestido. Tener que ocuparse de Max y de otros egos masculinos de tipos como él era agotador. ¿Por qué demonios no podía seguir las reglas?

El Príncipe nunca causaba escándalos públicos, ni siquiera cuando se encontraba con una cosecha tan excepcional como la del otro día. Se había

limitado a llevarse a la humana y a alimentarse de ella en privado. Luego se ocupaba del cadáver con discreción, ya fuera personalmente o encargándoselo a Gregor.

—Parece que te vendría bien un poco de compañía —le dijo una voz suave al oído.

—Ibarra. —Aoibhe dirigió una sonrisa cálida al vasco de gran estatura que se había inclinado sobre ella.

Él la besó en las mejillas y le hizo un gesto a la camarera para que le sirviera una bebida.

—¿Cómo está la hermosa Aoibhe esta noche? —Ibarra se sentó a su lado en el sofá y le rodeó los hombros con el brazo.

—En estos momentos, enfadada. He tenido que expulsar a Max del local. —Suspiró teatralmente.

—Estoy seguro de que se lo merecía.

—Desde luego. Es un idiota insolente.

Cuando las bebidas llegaron, brindaron antes de tomárselas.

—Necesitaremos refuerzos si queremos mantener a raya a los alborotadores como Max —comentó Ibarra dejando el vaso sobre la mesita.

—Mátalo y se acabó el problema.

—No dentro de los límites de la ciudad —replicó él guiñándole el ojo, lo que la hizo reír.

—Pues llévatelo fuera. Te daré lo que quieras si me libras de él. Es la segunda vez en dos semanas que me causa problemas.

—¿Lo que quiera? —Ibarra le acarició el cuello con el dorso de la mano.

Ella apoyó la mejilla en su mano.

—Siempre que sea razonable, Ibarra. Aunque te aseguro que ahora mismo me apetecería ofrecerte carta blanca.

Él le dirigió una mirada hambrienta.

—Lo tendré en cuenta. Se dice por ahí que los problemas de Max fueron con el Príncipe.

—Quien se enemista con el Príncipe se enemista conmigo —replicó ella con dureza.

Ibarra le dirigió una sonrisa triste.

—Vaya, llego demasiado tarde.

—No, no llegas demasiado tarde. —Aoibhe le dio un beso apasionado, pero se apartó antes de que él pudiera devolvérselo—. ¿Qué tal las patrullas?

Él gruñó mientras se secaba la boca con el dorso de la mano.

—Podrías avisarme si vas a hacer eso. Mira cómo me has dejado. —Ibarra se señaló la entrepierna frustrado.

—¿Quieres que busque a alguien que te solucione el problema mientras hablamos? —sugirió ella, volviéndose hacia un grupo de jóvenes sentadas cerca.

Ibarra le colocó una mano en la muñeca.

—Prefiero que me lo soluciones tú.

—Soy demasiado vieja para arrodillarme en público. —Aoibhe liberó su mano, dirigiéndole una mirada glacial.

—¿Quién ha hablado de arrodillarse? Siéntate sobre mí y me aseguraré de que disfrutes.

Ella bajó la vista hacia el regazo del vasco. Ibarra era un tipo muy atractivo. Y el Príncipe siempre respondía con indiferencia a sus acercamientos románticos.

—Tal vez en otro momento. —Aoibhe se pasó la lengua por los labios—. Háblame de las patrullas.

—Te lo recordaré, no lo dudes.

—Hazlo, por favor.

Él gruñó y maldijo en euskera.

—Las patrullas van bien. Nuestras fronteras son seguras.

Aoibhe alzó una ceja.

—¿Qué pasa? —Ibarra frunció el ceño—. Es la verdad.

—Un salvaje se coló en la ciudad sin que las patrullas lo detectaran. Pierre se lo encontró, pero la criatura logró huir.

—Un incidente aislado. Lo estamos buscando. Pronto lo encontraremos.

—Hay rumores de que varios salvajes se han unido. No me apetece nada luchar contra ellos. Son animales.

Ibarra se echó a reír.

—Con todo el respeto, Aoibhe, nosotros también somos animales.

Ella resopló.

—No estoy de acuerdo. Y no te olvides de lo que pasó hace dos años. El

Príncipe tuvo que luchar personalmente contra un grupo de asesinos que lo acorralaron en un hotel.

El vasco ahogó la risa.

—Es un antiguo. Puede cuidar de sí mismo.

—Una manada de salvajes puede acabar con la vida de un antiguo. —La mirada de Aoibhe se perdió en la distancia durante unos instantes—. ¿Cuántos años crees que tiene?

—Yo llevo menos tiempo que tú en Florencia. Dímelo tú.

Ella le dirigió una mirada curiosa.

—Si tuvieras que adivinarlo, ¿qué cifra dirías?

Ibarra se pasó los dedos por el pelo, negro y fuerte.

—Aunque no conociera su historia, sabría que es un antiguo por su gran fuerza y disciplina. Los antiguos tienen, al menos, setecientos años y, teniendo en cuenta que él lleva al frente de este principado desde el siglo XIV, tiene que ser mucho más viejo.

—Debe de estar llegando al fin de sus días —murmuró ella.

—Yo no lo tengo tan claro. No he visto ninguna señal de locura. ¿Y tú?

—No, pero tengo entendido que la locura ataca muy despacio.

Ibarra sacudió la mano en el aire.

—Si realmente es una maldición, ¿cómo es posible que nos afecte a todos? ¿No tendrían que maldecirnos individualmente?

Aoibhe se estremeció, como siempre que alguien mencionaba a sus enemigos.

—No hables de *ellos*.

—Como quieras. Aunque no creo que sean tan poderosos como todo el mundo cree.

—¿Cómo está Venecia? —preguntó ella para cambiar de tema.

—Los venecianos están sorprendentemente tranquilos, dada su trayectoria. Me dicen que prefieren estar bajo el dominio de nuestro príncipe que de Marcus. Lo consideraban un tirano.

—Un tirano extraordinariamente inteligente. Aún no entiendo cómo se le ocurrió lanzar un ataque tan chapucero conociendo el poder de nuestro Príncipe.

Ibarra se encogió de hombros.

—Nuestra ciudad es muy apetecible. Y Marcus quería expandir su territorio.

—El Romano nunca lo habría permitido.

—¿Quién sabe si el Romano aún existe? Si está vivo, ya hace tiempo que superó los mil años. Personalmente creo que fue destruido hace tiempo. Creo que mantienen su nombre vivo y que llaman Romano a quienquiera que esté al mando para preservar el orden.

Aoibhe observó atentamente al vasco para ver si hablaba en serio. Luego se echó a reír.

—Menudas historias inventas.

—No sé de nadie que siga con vida que haya conocido al Romano personalmente. Creo que es el nombre que recibe cualquiera que asuma el control del reino de Italia.

Ella sonrió.

—Llevo mucho tiempo viviendo aquí. Creo que me habría enterado si el Romano hubiera sido derrocado. No vamos a ponernos de acuerdo en eso.

»Quiero convocar una reunión del Consilium desde que Pierre se encontró con el salvaje. Tenemos que aumentar el número de patrullas en las fronteras para protegernos de posibles incursiones. Y eso implica que necesitamos nuevos reclutas para promocionar a los jóvenes.

Ibarra le acarició la mejilla con un dedo.

—No entiendo por qué no eres tú la lugarteniente del Príncipe.

Ella puso los ojos en blanco.

—Porque Lorenzo el Magnífico es un Medici. Nació aquí. Yo sigo siendo una recién llegada.

—El Príncipe es un idiota.

—No voy a discutirlo.

Ibarra alzó su copa.

—A tu salud, Aoibhe. Que vivas eternamente.

Ella también levantó el vaso.

—Eternamente es poco. Quiero vivir más.

8

La mesa de la cocina de Raven estaba abarrotada de carboncillos, gomas de borrar, virutas de lápiz, algodón y papel. Tenía dos dedos de la mano izquierda negros de mezclar los carboncillos. Mientras contemplaba el esbozo que acababa de hacer, mordisqueaba la punta del lápiz.

Era el retrato de un hombre con la mandíbula cuadrada y una mirada atormentada. El pelo le caía descuidadamente sobre la frente, ocultando en parte las arrugas que la recorrían. Tenía unas cejas marcadas y prominentes, la nariz recta y la boca carnosa y de líneas severas.

Le faltaba algo para acabar de capturar su expresión, pero Raven no sabía qué era.

Tras un día desastroso en el trabajo, había ido al orfanato donde colaboraba como voluntaria. Tanto los niños como los empleados del centro se habían sentido muy confusos por su cambio de aspecto, por mucho que ella tratara de justificarlo diciendo que había seguido una dieta relámpago y había hecho una tanda de sesiones de fisioterapia.

Raven le había contado a su amiga Elena, la ayudante del director del orfanato, sus problemas en el museo. Elena se había alarmado mucho y le había dado el nombre y la dirección de uno de sus numerosos primos, que era abogado. Raven se guardó el contacto y le prometió que hablaría con él antes de su próxima entrevista con la policía.

Más tarde se dirigió a la misión franciscana, a preguntar por Angelo.

No estaba allí. Nadie lo había visto desde hacía días.

Convenció al director de la misión para que denunciara su desaparición a la policía, puesto que no le parecía prudente hacerlo ella misma. Al salir de allí, volvió a casa andando.

Su apartamento, que daba a la piazza Santo Spirito, era pequeño, de tan sólo un dormitorio. Cuando abría las persianas de color verde de la habitación, veía la plaza. Había una espléndida vista de la fuente y de la iglesia desde allí.

La cocina, situada a la entrada del apartamento, no tenía ventana. Una de las paredes estaba ocupada por una mesa con cuatro sillas. En las otras dos estaban los electrodomésticos y los muebles de cocina.

Raven guisaba bien, aunque siempre preparaba platos sencillos, ya que el sobrepeso era una de sus preocupaciones constantes. Le gustaban tanto la pasta, el queso y los dulces, y le costaba tanto hacer ejercicio por culpa de su discapacidad, que perder peso le resultaba casi imposible. Y había llegado a aceptarlo de la misma manera que aceptaba su soledad: con callada resignación.

Al abrir la nevera y los armarios de la cocina, no encontró casi nada con lo que prepararse la cena. Debería haber ido a comprar al salir del trabajo, pero había tenido cosas más urgentes de las que ocuparse.

Eran ya casi las nueve cuando se sentó a la mesa para tomar un plato de pasta con salsa pesto —de bote— y una pequeña ensalada hecha con lechuga mustia. Abrió una botella de Chianti y se sirvió un vaso antes de volver a ponerle el corcho. La bebida del color de las uvas pasas la animó, pero apenas pudo comer nada. Seguía muy preocupada por el robo de las ilustraciones, por su súbito cambio de apariencia y por Angelo.

Después de cenar, recogió la mesa y extendió el material de dibujo, ansiosa por obtener un retrato de Angelo. Pero había algo que se lo impedía. Su mano no le respondía. Era como si se negara a dejar una imagen de él para la posteridad, como si fuera un pecado contra la esperanza relegarlo a un dibujo.

Raven puso música y, en vez de a Angelo, comenzó a dibujar la cara de un desconocido. Cuando acabó, se sirvió un segundo vaso de vino, olvidándose por completo de los platos sucios. Eso era muy raro en ella, ya que siempre recogía la cocina cuando acababa de comer. Pero esa noche sentía más necesidad de fortaleza que de limpieza. Por eso bebió el vino a sorbitos y se quedó mirando el esbozo.

El rostro que había dibujado era hermoso y simétrico, con los pómulos

marcados. Esos rasgos de belleza casi femenina contrarrestaban a unas cejas prominentes y una mandíbula muy masculina. Aunque le recordaba ligeramente al cantante Sting cuando era joven, Raven ignoraba quién era el hombre del retrato. Era un desconocido. No sabía de dónde había sacado su imagen ni de dónde le venía esa necesidad de dibujarlo.

A veces las musas hablaban en idiomas desconocidos, y Raven no entendía qué querían decirle.

Estaba bastante satisfecha con el resultado del boceto, aunque sabía que faltaba algo importante. Un impulso la llevó a firmarlo y a escribir la fecha. Luego lo colocó sobre la cómoda, al pie de la cama.

A continuación, como si una de las musas le estuviera susurrando órdenes al oído, encendió el ordenador, se fijó en que ya eran más de las once y buscó «William York» en Google.

Encontró varias entradas que contenían ese nombre. Una de ellas era la historia de un niño de diez años que había asesinado a una niña pequeña. Raven se estremeció y la pasó de largo.

Revisó varias páginas de resultados, pero nada le llamó la atención. Si había un William York viviendo en Florencia, no solía frecuentar actos públicos. Ninguna de las entradas coincidía con su perfil.

Mientras apuraba la copa de vino, recordó las palabras que el profesor Emerson le había dicho al *dottore* Vitali. Lo había descrito como un ermitaño que había donado dinero para restaurar el palazzo Medici Riccardi.

Cuando Raven buscó la web del palazzo, leyó que las reformas se habían llevado a cabo hacía tiempo. Había sido restaurado en 1874, cuando el gobierno local se hizo cargo de su propiedad y su mantenimiento. Posteriormente, se habían hecho otras obras de mantenimiento entre 1911 y 1929. Las mejoras más recientes eran de 1992.

Era poco probable, por no decir imposible, que William York se hubiera hecho cargo de las restauraciones anteriores a 1929, lo que significaba que debía de ser uno de los mecenas de las reformas de 1992. Por aquella época, el *dottore* Vitali ya estaba trabajando en los Uffizi y, evidentemente, conocía a todo el mundo en la ciudad. Sobre todo a los de una cierta posición social. Teniendo en cuenta que no había reconocido el nombre, Raven se imaginó que el profesor se había equivocado.

Sin embargo, parecía absolutamente convencido. Se había indignado cuando Vitali había afirmado no saber de quién le estaba hablando.

Todavía más raro era el hecho de que el profesor hubiera identificado a William York como uno de los mecenas de los Uffizi. Raven estaba segura de que su nombre no aparecía en la lista que el *ispettore* Batelli le había mostrado esa misma mañana.

El palazzo no se hallaba lejos de donde se encontraba. Estaba a escasa distancia del Duomo, en la via Cavour. Podía acercarse hasta allí, echar un vistazo y volver a estar en casa dentro de una hora y media. Claro que sería preferible hacerlo por la mañana, o al salir de la galería, pero llamaría demasiado la atención. Además, su horario de trabajo la mantenía ocupada la mayor parte de la jornada.

Mientras se ponía una sudadera con capucha pensó que, tal vez, podría obtener información de alguno de los guardias de seguridad del palazzo. Lo más normal sería que a esas horas no estuvieran demasiado ocupados. Con un poco de suerte, estarían aburridos. Los guardias de seguridad de los Uffizi eran una fuente inagotable de información, y siempre se mostraban muy sociables si uno se tomaba la molestia de hablar con ellos.

Tal vez fuera la segunda copa de vino que la había desinhibido. O tal vez, sencillamente, la sospecha de que no iba a ser capaz de dormir si no quemaba un poco de energía antes. No obstante, fuera cual fuese la razón, salió de casa con la mochila al hombro y la esperanza de descubrir algo que le devolviera la confianza del *dottore* Vitali.

A pesar de que ya era tarde, las calles estaban llenas de peatones. La gente iba o volvía de visitar amigos o parientes. En la piazza, Raven se cruzó con varias familias jóvenes, que paseaban bebés en cochecitos. Nunca dejaba de sorprenderla que los padres florentinos fueran tan tolerantes con la hora de acostarse de sus hijos.

Al acercarse al puente, respiró hondo y echó a correr. Igual que esa mañana, la embargó una sensación de alegría, como si su cuerpo quisiera estallar de felicidad.

Estaba tan entregada a la experiencia que no se dio cuenta de que, a cierta distancia, la seguía un hombre montado en una Vespa negra. Iba vestido con ropa del mismo color, y su casco también era negro.

Llegó corriendo junto al Duomo, donde se detuvo para echar un vistazo hacia la cúpula de tejas rojas. Raven no tenía manera de saberlo, pero el Príncipe, que contemplaba casi cada puesta de sol desde ese lugar de la ciudad, no estaba en su mirador esa noche. En vez de eso, se había dedicado a asuntos más importantes.

Raven no se sorprendió al comprobar que las puertas del palazzo estaban cerradas, pero, al mirar hacia la primera planta, vio luz en las ventanas. Había alguien trabajando a esas horas.

Sin pensar, dobló la esquina de la via de' Gori, siguiendo el muro exterior del palazzo, y giró a la derecha en la via de' Ginori. Allí encontró la entrada trasera. Las pesadas puertas de madera quedaban enmarcadas por un arco de piedra muy ornamentado.

A ambos lados de la puerta había unas grandes anillas de hierro negras, que Raven supuso que en otra época servían para atar a los caballos.

A la derecha del arco, empotrada en la pared del palazzo, se veía una cajita blanca. Raven sabía que formaba parte del sistema de seguridad. Seguro que la persona que se ocupaba de la seguridad del palazzo por la noche estaría vigilando la puerta. Sólo le llevaría unos instantes responderle unas cuantas preguntas.

Llamó al timbre y esperó.

Y esperó.

Esperó durante lo que le pareció una eternidad, viendo pasar peatones y algún que otro coche. No vio la Vespa detenida en la esquina ni se fijó en el conductor, que fingía estar mirando el móvil. Tampoco vio la misteriosa figura que la estaba observando desde el tejado del edificio vecino.

Suspiró y se volvió para marcharse, pero en ese momento el altavoz hizo un ruido antes de que se oyera una voz.

—Usted dirá.

Raven se inclinó y acercó la boca al interfono.

—Buenas noches.

—Usted dirá —repitió la voz masculina con indiferencia.

—Si... siento molestarlo —titubeó ella, sin saber cómo presentarse—. Sé que debería haber venido más temprano, pero me salieron unos imprevistos. Estoy buscando a..., hum, el *signor* William York. ¿Podría decirme cómo

puedo ponerme en contacto con él?

Raven aguardó la respuesta, arrepintiéndose de haber usado el nombre del ermitaño, pero ya era demasiado tarde para tratar de ser discreta.

Preparó mentalmente una explicación para justificar para qué quería verlo, pero la voz no se lo preguntó. De hecho, no le preguntó nada. Tras un silencio largo y tenso, oyó:

—Un momento.

Raven se quedó de piedra. Como mucho había esperado obtener alguna respuesta de uno de los guardias de seguridad. No tenía la menor esperanza de que reconocieran el nombre de William York, y menos aún de que le proporcionaran información de contacto. ¿Sería posible que el profesor Emerson tuviera razón y que William York fuese uno de los mecenas del palazzo?

Y si Emerson había obtenido esa información de boca de Vitali, ¿por qué lo negaba el director ahora?

Raven se estaba poniendo muy nerviosa. Si realmente el tal William York existía y se tomaba tantas molestias para proteger su identidad, ¿cómo reaccionaría al ver que una desconocida se plantaba en su puerta y empezaba a hacer preguntas sobre él? Y ¿qué pasaría si tenía algo que ver con la desaparición de las ilustraciones?

Retrocedió lentamente, mirando por encima del hombro por si veía acercarse a alguien sospechoso. Pero, al menos de momento, parecía que estaba sola.

Decidió que lo más prudente sería marcharse de allí cuanto antes. Mientras se alejaba, se fijó en que una pequeña cámara negra situada en lo alto del arco de piedra estaba siguiendo sus movimientos.

«Perfecto. Ahora saben cómo soy».

El sonido del intercomunicador la sobresaltó.

—Aquí no hay nadie con ese nombre. Márchese.

No era la misma voz de antes. Era otra persona la que hablaba. La nueva voz era más melódica, pero al mismo tiempo más hostil.

Raven se acercó al aparato.

—Lo siento, no quería molestarlo y...

—Debe marcharse ahora.

Raven no se lo hizo repetir. Empezó a correr en dirección al Duomo tan deprisa como pudo. La Vespa negra arrancó y salió disparada en dirección contraria.

Raven estaba demasiado nerviosa para fijarse en el hombre que conducía la moto. Tampoco se dio cuenta de que, a la altura del Duomo, volvía a aparecer y empezaba a seguirla una vez más.

Y, por supuesto, tampoco se dio cuenta de que había llamado la atención del ser que la observaba desde los tejados, un ser que no tenía nada de humano.

9

Para cuando Raven llegó a su edificio, el corazón le latía furiosamente. Estaba segura de que acababa de ocurrir algo de vital importancia y tenía miedo de las posibles consecuencias.

Abrió la puerta del apartamento y le dio al interruptor de la luz.

Sin embargo, esta no se encendió.

Maldiciendo, cerró la puerta a ciegas. Tras soltar la mochila en el suelo, fue palpando las paredes hasta llegar al lavabo.

Allí también pulsó el interruptor de la luz, pero tampoco obtuvo resultado.

Murmurando entre dientes lo que le iba a decir al casero la próxima vez que lo viera, se dirigió a tientas al dormitorio. Estaba a punto de cruzar el umbral cuando tropezó con algo. Algo que se parecía sospechosamente a un par de pies. Agitando los brazos en el aire, iba a caerse, pero antes de llegar al suelo, un par de brazos fuertes lo impidieron agarrándola por la cintura.

Cuando el intruso entró en contacto con su cuerpo, Raven gritó y, al tratar de soltarse, se cayó de espaldas. A la débil luz que entraba por la ventana, distinguió una figura que la acechaba desde el umbral. Se desplazó sentada, como un cangrejo, dirigiéndose hacia la única salida.

Notó cómo la figura la adelantaba a toda velocidad. Cuando ya estaba a punto de llegar a la puerta de la entrada, volvió a chocar con los pies del hombre.

—Si vuelves a gritar, te haré callar a la fuerza. —Una voz enfadada pero suave como la seda rasgó la oscuridad.

—¿Qué quieres? —Ella trató de que la voz no le temblara, pero no lo consiguió.

—Quiero que respondas a unas cuantas preguntas. Siéntate aquí.

Raven oyó el chirrido de una silla que alguien arrastraba por el suelo y notó que una de las patas se le clavaba en la cadera.

Podía intentar reptar hasta la mochila para hacerse con el móvil, pero las posibilidades de éxito eran muy remotas. Probablemente el hombre la atraparía.

Su corazón latía erráticamente.

—¿Has apagado tú la luz?

—No me des una excusa para hacerte daño. —El hombre golpeó el suelo con la silla, como para dar más énfasis a sus palabras.

Raven se sobresaltó.

Podía gritar pidiendo ayuda, pero su vecina más cercana, Lidia, era dura de oído y probablemente estaba ya dormida. Además, había tanto ruido de tráfico en la piazza y sus alrededores —no paraban de pasar Vespas a todas horas— que no creía que nadie más pudiese oír sus gritos.

—Estoy esperando —gruñó él. Su voz parecía corresponder a un hombre joven, aunque su italiano era tan fluido como anticuado.

Raven se movió muy despacio. Apoyó una mano en la silla y se levantó. Luego se sentó, deslizándose en silencio.

—No tengo dinero.

—Lo que quiero saber es si tienes sentido común —replicó el extraño a su espalda.

Ella se volvió, siguiendo el sonido de su voz.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

—Soy yo el que hace las preguntas. ¿Qué estabas haciendo en el palazzo Riccardi?

A Raven se le cayó el alma a los pies. Tal vez la había estado siguiendo o tal vez la había visto allí por casualidad. En cualquier caso, debía de ser muy rápido. Quizá había venido motorizado para llegar antes que ella.

Se preguntó por qué ocultaba su aspecto entre las sombras.

—Has sido una chica estúpida. No empeores las cosas agotando mi paciencia. —Su tono se volvió amenazador.

Raven respiró hondo para relajarse antes de hablar.

—Ha sido un error. No debería haber ido.

—¿Qué estabas buscando?

—Quería ver a alguien que trabaja allí. Pasé un momento a saludarlo.

—¿A estas horas? ¿En plena noche? —la presionó el hombre.

Ella fingió una risa desenfadada, que sonó como una tos apagada.

—Qué tontería, ¿verdad? He metido la pata.

—¿A quién buscabas?

Raven dudó. El hombre acercó la cara y ella pudo oler su aroma, una mezcla de cítricos y bosque. No era un olor desagradable.

—A William York.

Si el intruso reconoció el nombre o se sorprendió al oírlo, no lo demostró.

—Un nombre curioso para un italiano —replicó en tono desenfadado—.

¿Es un amigo tuyo?

—No, no lo he visto nunca.

—Entonces ¿para qué querías verlo?

—Para nada en concreto.

Raven sintió una mano en el hombro.

—Esa respuesta no es aceptable.

La mano le apretó el hombro muy levemente y ella tuvo que cerrar la boca con fuerza para no gritar.

Un montón de miedos y ansiedades que creía superados se agolparon en su mente. Sintió pánico al pensar que el intruso fuera a violarla o a matarla una vez que obtuviera la información que buscaba.

Pensó en su hermana pequeña, Carolyn, y en la posibilidad de no poder decirle que la quería por última vez.

La mano volvió a apretarle el hombro.

—Ehhh, trabajo en los Uffizi y...

—Eso ya lo sé —la interrumpió el desconocido.

—¿Lo sabes?

—Sé muchas cosas. Continúa.

Raven se revolvió en la silla, a oscuras, preguntándose por qué, de pronto, la voz del intruso le resultaba familiar. No eran ni el agente Savola ni el *ispettore* Batelli, de eso estaba segura, aunque en un rincón de su memoria tenía guardada esa voz. La había oído antes, pero no sabía cuándo.

—Mientras estaba en el trabajo oí que ese hombre, William York, estaba

relacionado con el palazzo Riccardi. No sé más.

La mano le soltó el hombro.

Raven aguzó el oído, tratando de detectar cualquier movimiento.

El hombre se inclinó entonces sobre ella y le pegó la nariz al cuello. La chica dio un brinco, ya que tenía la nariz fría, igual que la mano.

Él inspiró hondo, muy lentamente. Raven intentó apartarse de él, al notar la oleada de náusea que le ascendía por la garganta.

El hombre gruñó y se echó atrás, como si el olor de Raven le resultara repulsivo.

—Sé cuándo mientes. ¿Qué me estás ocultando? ¿Qué más oíste?

—Hum..., que el señor York había donado dinero a los Uffizi a cambio de una invitación a una exposición especial que se inauguró hace un par de años.

—¿Quién lo dijo?

Al ver que no respondía, el desconocido le recorrió el cuello de arriba abajo con un dedo. Ese sencillo gesto hizo que Raven se encogiera.

—Alguien llamado Emerson. No sé con quién estaba hablando.

—Inténtalo otra vez —le susurró él al oído.

—Emerson estaba hablando con el *dottore* Vitali.

Al oír esas palabras, él se incorporó bruscamente.

—¿Vitali? ¿Estás segura?

—Sí.

—¿Has hablado de esto con alguien? ¿Con un amigo quizá? ¿Con los *carabinieri*?

—No.

El intruso guardó silencio.

Raven esperó a que él hiciera algo, pero no fue así. No se movió. No suspiró. Ni siquiera lo oyó respirar.

Al cabo de unos segundos, se revolvió en el asiento inquieta, dando golpecitos en el suelo con el pie. Se preguntó si podría usar la silla como arma. Ese hombre había demostrado que era más rápido que ella, así que, si fallaba el golpe, él se lo haría pagar.

Raven movió el pie más deprisa, preguntándose qué podía hacer.

La voz del intruso le sonó muy cerca del oído.

—Hoy has ido a un orfanato y a una misión. ¿Por qué?

Ella se quedó pasmada.

—¿Me has seguido?

—Responde a la pregunta. Y dime la verdad.

—Soy voluntaria del orfanato. Voy a veces al salir de trabajar. Y ha desaparecido un amigo mío, un indigente. Fui a la misión franciscana para preguntar si estaba allí, pero no estaba.

—¿Un indigente?

—Sí, el que se sienta en el ponte Santa Trinita, al otro lado del río. Es discapacitado, como yo.

Raven notó que el hombre se movía, aunque de manera casi imperceptible.

—Bueno, yo lo era —se corrigió—. Ahora ya no.

—¿Lo habían visto en la Ordo Fratrum Minorum?

—¿Ordo Fatrum Minorum?

—Los franciscanos —aclaró él con impaciencia.

—No, no lo habían visto. Temo que le haya pasado algo.

—¿Te preocupa esa criatura? —El intruso parecía incrédulo.

—No lo lames así —lo reprendió Raven—. Sí, me preocupo por él. La mayoría de la gente lo ignora. Algunos, como tú, lo ridiculizan. Pero es una buena persona, un ser humano hermoso.

—Y supongo que también te preocupas por los huérfanos... —añadió él en tono despectivo.

Raven frunció el ceño.

—Por supuesto.

—Si alguien atacara a tu querido indigente y tratara de matarlo, ¿intervendrías?

Raven titubeó.

—Me daría miedo intervenir, pero tampoco podría quedarme mirando sin hacer nada. Iría a buscar ayuda.

El hombre chasqueó la lengua con disgusto.

—No podría quedarme sin hacer nada —repitió ella, y la voz se le quebró en la última palabra. Un viejo recuerdo luchó por abrirse camino en su mente, pero Raven lo apartó con tozudez.

En ese momento, un ruido como de monedas tintineando en el bolsillo del intruso llamó su atención.

—Si tuvieras que elegir entre la justicia y la misericordia, ¿con cuál te quedarías?

—Con la misericordia —susurró ella.

—Y, si te encontraras cara a cara con los que maltrataron a tu indigente, ¿les ofrecerías misericordia?

Al ver que ella dudaba, el intruso se echó a reír.

—Eso pensaba. Incluso los más magnánimos sólo quieren misericordia para aquellos que se la merecen.

—Nadie se la merece. Es precisamente eso lo que la convierte en misericordia.

El hombre guardó silencio durante tanto tiempo que Raven se preguntó si se habría marchado. Volvió la cabeza y escrutó en la oscuridad.

—¿Qué voy a hacer contigo? —se preguntó el desconocido con voz suave.

—Déjame. Ya he respondido a tus preguntas. No sé nada.

—Cometí un gran error contigo. Y parece que ahora voy a tener que pagar por ello. —Su tono de voz había cambiado. Ahora era más grave, como cargado de resignación.

—Por favor, suéltame —insistió ella—. No te causaré ningún problema.

—¿Crees que no vas a causarme problemas? Pues yo creo que eres un problema andante.

El hombre suspiró. A continuación, Raven oyó un sonido, como si se frotara la cara con fuerza.

—Vete de Florencia y no vuelvas nunca —dijo él.

—Pero este es mi hogar —protestó ella—. Aquí tengo mi vida, mis amigos...

—Los amigos no te servirán de nada si estás en la cárcel o muerta —le soltó él con brusquedad.

—¿Muerta? —Raven se inclinó hacia delante en la silla, dispuesta a echar a correr.

—Has llamado la atención de un grupo más peligroso que los *carabinieri*. De momento, tu vida no corre peligro, pero cuando se den cuenta de quién

eres, te darán caza.

—Pero yo no tengo las ilustraciones. ¡Lo juro!

El intruso se echó a reír amenazadoramente.

—A esa gente no le importa el arte, te lo aseguro. No, su interés en ti será personal.

Raven se tensó.

—¿Por qué?

—Cuanto menos sepas, mejor para ti.

Ella enderezó la espalda.

—No entiendo que nadie pueda estar interesado en mí. No soy en absoluto especial.

—En eso te equivocas.

El intruso la agarró fácilmente por la muñeca a pesar de la oscuridad, como si fuera un fruto maduro colgado de la rama de un árbol. Le apoyó dos dedos sobre las venas cómo si quisiera tomarle el pulso y apretó.

Raven tuvo una visión. Se vio atada a la cama de un hospital. Le estaban haciendo una transfusión, pero la sangre que corría por los tubos era negra.

Gritó y se puso en pie de un salto. Cogió la silla de la cocina y trató de golpear con ella al extraño antes de volverse hacia donde pensaba que estaba la puerta. Logró dar sólo dos pasos antes de que él la agarrara por detrás.

Raven se resistió, chillando y pataleando, pero los brazos del intruso parecían de acero. La sujetó con fuerza contra su pecho y la levantó hasta que sus pies dejaron de tocar el suelo.

—¡Silencio! —siseó.

El corazón de Raven latía como loco. Trató de coger aire, pero los brazos la apretaban con demasiada fuerza.

—No... puedo... respirar —logró decir con un hilo de voz mientras se revolvía desesperadamente.

El hombre aflojó un poco el abrazo, pero siguió manteniéndola lejos del suelo.

Raven inspiró hondo mientras su mente examinaba la situación en la que se encontraba. Ni siquiera después de su drástico cambio de imagen era un peso ligero. Y, a pesar de su metro setenta de estatura, el asaltante la estaba levantando como si fuera una muñeca de trapo. Y no parecía estar

esforzándose mucho.

—He venido a ayudarte —susurró él—. ¿Así me lo pagas?

—¿Ah, sí? ¡Has entrado en mi casa sin permiso y me estás manteniendo prisionera contra mi voluntad!

Raven trató de arañarle los brazos, pero sus uñas toparon con la barrera protectora de lo que parecía ser la chaqueta de un traje.

—Los otros te habrían matado después de jugar contigo.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre ellos?

—Porque soy uno de ellos.

Raven se quedó inmóvil.

Tras saltarse un latido, su corazón volvió a golpearle en el pecho con más intensidad que antes. Se preguntó si estaría a punto de morir.

Soltando una maldición, el extraño la sentó bruscamente en otra silla. Luego la arrastró hasta que quedó pegada a la pared.

Acto seguido, se inclinó sobre ella. Cuando volvió a hablar, su voz se había convertido en un susurro amenazador.

—No me creas si no quieres, pero soy tu aliado. Ahora quédate quieta y calladita o dejaré que te atrapen. ¿Me entiendes?

Raven asintió, tratando de recobrar el aliento una vez más.

—Bien.

En ese momento se dio cuenta de que el intruso debía de estar viéndola.

—¿Llevas gafas de visión nocturna?

—Yo soy la oscuridad hecha visible.

Ella se estremeció.

A continuación, oyó que el extraño comenzaba a recorrer la cocina de punta a punta.

—Aunque te libraras de los otros, seguirías sin estar a salvo. Los *carabinieri* están deseando encontrar un cabeza de turco para su investigación, y tú eres la candidata perfecta.

Raven se abrazó la cintura.

—Yo no me llevé las ilustraciones. No tengo ni idea de qué me ocurrió la semana pasada. Creo que alguien quiere tenderme una trampa.

El intruso se detuvo.

—Yo puedo darte el dinero necesario para que vuelvas a casa. Sal de la

ciudad en tren y dirígete al sur. Coge un barco hasta Grecia. Los agentes de inmigración de la zona del Pireo, cercana a Atenas, son bastante laxos. Desde allí puedes tomar un avión que te devuelva a Estados Unidos. Tienes que salir de Florencia antes de dos semanas. Mientras tanto, estarás a salvo en tu apartamento siempre y cuando no se te ocurra volver a salir de noche.

Raven enderezó la espalda.

—¿Por qué no?

—Primero, porque eres una detective pésima: alguien te ha seguido hasta el palazzo y ahora está vigilándote al otro lado de la piazza. Y, segundo, porque los otros te descubrirán, y supongo que tú no quieres que te descubran.

Ella no respondió. No deseaba marcharse de Florencia.

Oyó que el hombre hacía sonar algo y se acercaba hacia ella.

—Una cosa me ha quedado clara: eres tozuda como una mula.

A continuación, le colocó algo frío y metálico alrededor del cuello. Era una cadena, de la que colgaba algo pesado. Cuando Raven levantó la mano para palparlo, notó un crucifijo de metal que le colgaba entre los pechos.

—¿Qué es esto?

—Una reliquia. De ahora en adelante, debes llevarlo siempre. No te lo quites por nada.

—Pensaba que si me marchaba de Florencia estaría a salvo.

—En Estados Unidos también hay otros.

Raven soltó bruscamente el crucifijo, que le cayó sobre el pecho.

—¿Cómo puede una superstición absurda protegerme de la mafia?

Un gruñido emergió del pecho del intruso, que agarró la cadena.

—Los humanos estúpidos no merecen vivir. Devuélveme el regalo y no volveré a molestarte.

Raven cerró la mano sobre la de él, aterrada.

—No, por favor. Lo quiero.

El hombre tiró con más fuerza de la cadena, hasta que se clavó en el cuello de ella.

—Tal vez cuando hayas tenido más tiempo para reflexionar sobre la situación en la que te encuentras, te muestres más agradecida.

—Gracias —se apresuró a replicar Raven.

—Esta reliquia ofrece protección contra aquellos que desean matarte. O cosas peores.

—¿Me protegerá de ti?

Deseó poder retirar esas palabras en cuanto las hubo pronunciado.

Él soltó la cadena.

—La reliquia no tiene ningún efecto sobre mí. Recuérdalo si en algún momento te sientes tentada de hablarle a la policía sobre mí o sobre el palazzo. —El tono del intruso se endureció para añadir—: No quieres tenerme como enemigo.

Ella apretó los dientes.

—No les contaré nada. Te lo prometo.

—Te doy dos semanas. Si sigues aquí dentro de quince días, te las verás conmigo.

Ella asintió.

El hombre volvió a gruñir, pero ahora parecía mucho menos enfadado.

—Sé que me arrepentiré de esto, pero ya es demasiado tarde.

En la oscuridad, Raven sintió que él le tocaba la cara en una caricia ligera y sorprendentemente dulce.

—La belleza es vana. Aparece y, como el viento, desaparece. Recuérdalo.

—Le acarició la mejilla con el pulgar—. Adiós, Jane.

Antes de que Raven pudiera reaccionar al oír su nombre oficial en boca del intruso, este se alejó.

A continuación, oyó unos pasos y luego el sonido de una ventana que se abría.

Unos segundos más tarde, las luces regresaron.

10

El Príncipe se encontraba en la terraza del último piso del Gallery Hotel Art, perturbado y enfadado. La noche no había salido tal como la había previsto. En vez de poder llevar a cabo sus planes, había tenido que volver a enfrentarse a uno de sus más recientes —y graves— errores. Y había resultado ser un error más atractivo de lo que recordaba.

Cassita vulnerata.

Ahora la alondra herida estaba curada, y el vulnerable era él. Cuando le había prometido que guardaría el secreto, el Príncipe había detectado la sinceridad en su voz, pero a los seres humanos se los engañaba fácilmente. La mente de la mujer era demasiado fuerte para poder controlarla mentalmente sin obligarla antes a beber de él. Y no deseaba convertirla en su esclava.

Si Maximilian o Aoibhe la encontraran...

Se estremeció.

El aroma de Jane quedaba ahora enmascarado por la sangre que le había dado para salvarle la vida. Pero pronto su auténtica cosecha volvería a ser detectable. Le había entregado una de sus posesiones más valiosas, pero era consciente de que el objeto llamaría demasiado la atención. Hasta que se marchara de la ciudad, iba a tener que desempeñar el papel de ángel guardián, pero desde la distancia.

Una vez más le apareció en la mente la visión de una mujer maltratada y ensangrentada.

Fuera cual fuese su compromiso con Cassita, el problema con Vitali y los Emerson seguía sin resolverse. Emerson había recibido una propiedad que alguien había robado de casa del Príncipe muchos años antes y la había mostrado al público. El Príncipe lo consideraba un insulto personal. Además,

la decisión de exponer las ilustraciones había atraído la atención internacional sobre ellas. Vitali era cómplice de haber montado la exposición de la colección en su propia ciudad.

Pero la mente de Vitali era susceptible de ser influenciada. Por eso había podido borrar fácilmente parte de la exposición. El Príncipe no veía la necesidad de acabar con su vida a pesar de su relación con los Emerson. Tener a un director de los Uffizi que fuera fácil de manipular era muy ventajoso.

No obstante, el problema de los Emerson seguía sin resolverse. Tenía que borrar el nombre de William York de sus mentes. Tenía que eliminar cualquier conexión entre ese nombre, los Uffizi y el robo de las ilustraciones. Pero las mentes de Emerson y de su esposa se resistían a ser manipuladas.

Iba a tener que matar a Emerson. Y tendría que causarle un trauma tan grande a su mujer que esta perdiera la memoria.

La puerta que separaba la terraza de la habitación de hotel estaba abierta de par en par, probablemente para que entrara el fresco de la noche. El Príncipe se deslizó en silencio en la habitación oscura.

La cama se encontraba a escasa distancia de la terraza. Emerson estaba tumbado de lado, de espaldas a él.

El Príncipe cerró los ojos e inhaló profundamente.

El aroma de Emerson era muy característico y, sin embargo, algo en él había cambiado desde su anterior encuentro. Ciertamente era mucho más atractivo y deseable ahora que antes.

Se preguntó qué habría pasado para provocar una mejora tan grande.

En ese momento, dos nuevos aromas humanos se unieron al de Emerson. Uno era nuevo y muy agradable; el otro era conocido y desagradable. El olor de la señora Emerson también había cambiado desde la última vez que la había visto. Era un aroma muy dulzón, pero no se había librado de la enfermedad. Fuera lo que fuese el problema de salud que la aquejaba, no se había deshecho de él. Sin embargo, tenía un aspecto saludable. La vio tumbada en la cama, arrebujaada entre los brazos de su marido, que la abrazaba por detrás.

El Príncipe pensó que nunca había disfrutado de esa posición en la cama. Era una postura que simbolizaba la confianza que nacía de la intimidad y el

amor. Nunca había deseado ese grado de intimidad con Aoibhe. Y respecto a las demás...

Los celos avivaron su enfado. Hubo un tiempo en el que habría dado cualquier cosa por tener una esposa y un hijo. Pero le habían arrebatado esa posibilidad.

Gruñó y dejó los dientes al descubierto. Emerson era un tipo muy rico. ¿Por qué tenía que robar?

Al acercarse más a ellos, se sorprendió al encontrar una pequeña estructura de madera adosada a la cama por el otro lado. Era una cuna, donde dormía un bebé tapado con una mantita rosa. Era la fuente del nuevo y agradable aroma.

El Príncipe sintió rechazo, parecido al que sienten algunos humanos ante la carne de ternera.

Inmóvil al pie de la cama, contempló a los padres del bebé. El aroma natural de la esposa de Emerson era ligeramente floral y casi ocultaba el olor de la enfermedad. Aunque el Príncipe admiraba las virtudes que originaban esa fragancia, el perfume le resultaba demasiado dulzón.

Deseó con ansia probar la sangre de la belleza de cabello negro como el plumaje de un cuervo. Mejor dicho, deseó probar el sabor que tenía antes de haberlo contaminado con otras cosechas. Ahora olía a arrogancia vieja y a oscuridad. Su auténtico aroma estaba enmascarado.

Sin embargo, lo que más echaba de menos era la compañía de una mente despierta y de un alma noble. Alguien con quien poder hablar sobre el arte y la belleza. Una compañera y amante.

Se enfureció al recordar las palabras de Aoibhe. Llevaba demasiado tiempo solo. Y acababa de convencer a la única mujer que deseaba para que abandonara la ciudad, es decir, que iba a permanecer solo eternamente.

—Justicia y misericordia —murmuró.

Al ver que Gabriel se movía sobre el colchón, el Príncipe salió a la terraza. Desde allí observó cómo Emerson se sentaba y miraba a su alrededor. Vio que alargaba la mano hacia el interruptor de la lamparita que había junto a la cama.

Se movió un poco para que Emerson no pudiera verlo y esperó mientras este recorría la habitación, maldiciendo entre dientes. Luego lo oyó cerrar las

puertas de la terraza y correr el pestillo.

Estrictamente hablando, una puerta cerrada no era suficiente para evitar que el Príncipe entrara si quería hacerlo, pero la presencia del bebé había alterado sus planes.

Mientras permanecía en las sombras, recordó la noche en que conoció a los Emerson. Había quedado tan impresionado por las virtudes de la esposa que había decidido no matarla. Sin embargo, no había sentido ningún reparo a la hora de decidir la muerte del marido. Que tuviera en su poder una propiedad robada implicaba una sentencia de muerte.

El Príncipe trató de convencer a sus pies para que regresaran a la habitación, pero estos no le obedecieron.

Lo sorprendió mucho comprobar que era incapaz de matar a Emerson delante de su hija, aunque era apenas un bebé.

Le había pasado algo. Algo en él estaba cambiando.

Tal vez fuera cosa de Jane. Había entrado en su vida como un caballo de Troya, trayendo consigo la misericordia. Él odiaba la misericordia; le parecía una muestra de debilidad.

¿Qué otra explicación podía darle a ese súbito cambio de actitud? Primero había sido incapaz de matar al bebé y a la madre enferma. Y ahora resultaba que tampoco podía dar los pasos necesarios para matar al padre de la criatura.

Emerson se lo merecía. Se merecía morir. Aparte del robo, había pecado de orgullo, lo que le daba a su sangre un aroma acre. Por no mencionar el pequeño detalle de William York...

El Príncipe no podía tolerar la debilidad. Sobre todo la propia. Y no iba a perdonarle la vida a Gabriel Emerson.

Mientras se dejaba caer de un salto hasta la calle, se dijo que perdonaría la vida del bebé y de la esposa de Emerson, manteniendo en secreto su identidad de otra manera. Esperaría a que Cassita se marchara de la ciudad para matar al profesor. Así no vería la repulsión en sus ojos verdes.

¡Y al diablo la misericordia!

11

Justo antes de que saliera el sol, Raven se sentó en la cama, abrazada a un almohadón. El piso estaba bañado en luz eléctrica, ya que tenía todas las lámparas encendidas. La puerta y las ventanas estaban cerradas a cal y canto, al igual que las persianas que las cubrían. Un viejo alce de felpa que tenía desde que era pequeña estaba sentado a su lado, como si fuera un centinela.

Había dormido, pero poco. El miedo y la ansiedad se habían apoderado de su mente y de sus sueños.

La noche anterior, cuando se hubo recuperado un poco del *shock*, se planteó ponerse en contacto con la policía, pero al mirar por la ventana cambió de opinión rápidamente. Tal como le había dicho el intruso, vio al hombre que la acechaba.

No sabía quién era ese hombre. Podía ser un cómplice suyo, y no pensaba llamar su atención avisando a la policía.

El intruso en cuestión, quienquiera que fuese, parecía conocerla, o al menos se había pasado el día siguiéndola. Sabía que trabajaba en los Uffizi. Sabía que la habían entrevistado los *carabinieri*. Sabía que había ido de visita al orfanato y a la misión franciscana.

Y, de algún modo, le había llegado también la información de su visita al palazzo Riccardi. No sabía si la había visto con sus propios ojos o si tenía un informador. En cualquier caso, debía de haber corrido mucho para llegar al apartamento antes que ella. Supuso que se había desplazado en coche o en Vespa, ganando así unos minutos que le habían permitido allanar su vivienda, cortar la electricidad y esperarla.

Había salido del apartamento situado en la primera planta por una de las ventanas del dormitorio, así que Raven supuso que había entrado por el

mismo sitio. Tal vez fuera un escalador. Eso explicaría que pudiera entrar y salir del piso por la ventana sin hacerse daño.

Siempre cerraba las ventanas cuando se iba de casa, pero esa mañana, con los nervios, seguro que había olvidado hacerlo. No volvería a cometer el mismo error.

Si cerraba los ojos, aún podía oír la voz del intruso. Aunque le resultaba familiar, no era capaz de identificarla. Sin embargo, recordaba su olor.

«Para lo que me va a servir... ¿Qué le diría a la policía? ¿Arresten a los sospechosos y déjenme olfatearlos?».

Abrió los ojos y miró hacia la cómoda. El boceto que había acabado la noche anterior no estaba donde lo había dejado, lo que significaba que el intruso debía de habérselo llevado. Pero ¿por qué?

No había tocado los objetos de valor, como el ordenador portátil o las joyas.

Tal vez la razón fuera muy absurda. Tal vez se lo hubiera llevado para tomar las huellas digitales. Aunque le serviría de bien poco: Patrick le había contado esa misma mañana que los investigadores no habían encontrado huellas dactilares en la sala de exposiciones.

Raven vio su bastón apoyado en la pared, junto a la cómoda. No recordaba haberlo visto allí, aunque tal vez no se había fijado. ¿Para qué iba a cambiarlo de sitio el intruso?

Y, aparte de esas anomalías, estaban los regalos.

El desconocido había dejado un fajo de dinero en la mesa de la cocina. Cuando se calmó lo suficiente como para poder contar, Raven descubrió que ascendía a varios miles de euros.

Y no era lo único que le había regalado.

Levantó el crucifijo que le colgaba del cuello. Parecía estar hecho de oro. El metal era fino y estaba trabajado desde la parte inferior para crear la figura de Jesús en relieve. El diseño era bastante primitivo, y los rasgos de Jesús apenas eran reconocibles, lo que la llevó a pensar que se trataba de una pieza prerrenacentista, probablemente medieval.

De cada extremo de la cruz pendían dos argollas, como si hubiera sido diseñado para colgar de algún sitio. La cadena dorada a la que iba unida daba la impresión de ser mucho más nueva que el crucifijo, y también parecía de

oro auténtico.

Raven sabía un poco sobre reliquias. Su educación había tenido base católica, ya que había estudiado los primeros años de carrera en la Universidad de Barry. También había mantenido contacto con el padre Kavanaugh, el sacerdote que las había ayudado a ella y a Carolyn cuando habían tenido dificultades. Sin embargo, el amor y el respeto que sentía hacia él no llegaban hasta el punto de compartir sus creencias. Y, desde luego, Raven no creía que un trozo de metal fuera a serle de ninguna utilidad, sin importar la forma que alguien le hubiera dado.

No entendía que el intruso pudiera creer realmente que un pedazo de oro la fuera a proteger de «los otros», fueran quienes fuesen.

«No va a hacerme ningún daño llevar la cruz puesta, por si acaso. Tal vez funcione porque los otros le tengan miedo, no porque posea ningún poder mágico. Pero no pienso irme de Florencia. No después de haber trabajado tanto para crearme una vida aquí. Me da igual lo que diga ese hombre».

Raven se cubrió los hombros con su mantita de cuadros escoceses.

El intruso era amenazador y asombrosamente fuerte. Su orden de que abandonara la ciudad había sido inequívoca. Lo que no entendía era por qué era tan importante que se marchara antes de dos semanas.

«Tal vez tenga un informador dentro de la policía y sabe cómo van las investigaciones».

Había reconocido el nombre del *dottore* Vitali, aunque había parecido sorprendido al oírlo. No obstante, aparentemente la persona que más le interesaba era el tal William York. A Raven le pareció muy raro.

Tan raro como su manera de hablar. Había llamado a los franciscanos *Ordo Fratrum Minorum*. Por internet, Raven había descubierto que ese era su nombre en latín. Y la había advertido de que no debía salir después de que anocheciera.

Ella no tenía ni idea de la razón que lo había llevado a prohibirle salir. Y lo que aún le costaba más comprender era que le hubiera regalado la reliquia si quería que se marchase de la ciudad. El regalo en sí era raro, pero su actitud aún lo era más. Primero estaba enfadado, pero luego la había acariciado con dulzura.

Y lo más extraño de todo era que la había llamado Jane.

El nombre oficial de Raven sólo aparecía en su pasaporte, en el visado de trabajo y en el *permesso di soggiorno*, o lo que era lo mismo, el permiso de residencia. Y todos esos documentos permanecían en su mochila. No sabía cómo lo había obtenido el intruso, pero no había sido registrando el piso.

También aparecía en su expediente laboral, así que tal vez lo hubiera encontrado a través de los Uffizi. Aunque a Raven le extrañaba mucho, ya que en la galería todo el mundo la llamaba por su apodo, que era el nombre que aparecía en su acreditación. Nadie la llamaba Jane desde que tenía doce años.

«Así que o está conectado con los Uffizi o con la policía».

Batelli y Savola conocían su nombre legal, pero habían visto su acreditación y sabían que todo el mundo la llamaba Raven.

Sin embargo, el intruso le había parecido de los que prefieren mantenerse a distancia de la policía. No podía haber descubierto su nombre verdadero gracias a ninguno de sus conocidos. Al menos, no gracias a ninguno de los italianos. Los de Florida ya eran otra historia.

Sintió una punzada de terror.

«¿Y si ha hablado con...?».

No pudo acabar de formar el pensamiento en su cabeza. No, no tenía sentido pensar en ello. Florida estaba muy lejos, igual que cualquier rastro de su vida anterior. Incluso en sus diplomas universitarios aparecía su nuevo nombre. Si el intruso hubiera abierto el cajón inferior de la cómoda los habría encontrado allí, protegidos por fundas de plástico.

Dejó a un lado la manta y el almohadón; se levantó y, desde el centro de la habitación, echó un vistazo a su alrededor. Los cajones de la cómoda estaban cerrados, igual que la puerta del armario ropero. Nada parecía fuera de lugar, con la excepción del boceto que el tipo se había llevado y de...

Raven se fijó en la mesilla de noche, en la que guardaba varios de sus libros favoritos. Se dio cuenta de que el volumen de obras completas de Edgar Allan Poe había dejado de estar debajo del todo y ahora estaba el primero del montón. *El león, la bruja y el armario* de C. S. Lewis había perdido una posición. Ahora era el segundo.

Se preguntó si lo habría movido ella sin darse cuenta. No se le ocurrió preguntarse qué tendría el intruso contra los leones, las brujas y/o los

armarios.

Se frotó los ojos frustrada. Tenía que volver al trabajo al cabo de pocas horas, pero estaba demasiado alterada para dormirse de nuevo.

Con un suspiro de resignación, se sentó a la mesa y conectó el portátil, dispuesta a poner al día el correo electrónico, que tenía muy descuidado. Cuando el programa se abrió, vio que tenía bastantes mensajes nuevos, incluido uno de su hermana.

Hola, Rave:

He intentado hablar contigo por FaceTime, pero no contestas. ¿Me estás evitando?

La boda de mamá fue muy bonita. Qué lástima que te la perdieras.

Stephen es muy majo. Antes de que se jubilara, era cirujano plástico. Mamá y él acaban de mudarse a una gran casa frente al mar.

Raven dejó de leer y puso los ojos en blanco.

Como no respondes a los correos de mamá, me ha pedido que te invite yo a pasar tu cumpleaños en casa. Dice que te paga el billete, y puedes quedarte en casa, conmigo y con Dan. ¿Te comenté que estamos viviendo juntos? No me acuerdo.

Mamá quiere presentarte a Stephen y a sus hijos. Son mayores que nosotras. Están casados y tienen hijos. El hijo es médico y la hija es dentista.

Ven a visitarnos. Te echamos de menos. Podemos celebrar tu cumpleaños, y te enseñaré todos los sitios que valen la pena de Miami.

Llevas años sin ver a mamá. Creo que ya es hora de que las dos dejéis el pasado atrás. Stephen me gusta mucho y la hace feliz. Creo que a ti también te gustaría si le dieras una oportunidad.

Dan está planeando llevarme a Europa para celebrar nuestro segundo aniversario. Calculo que iremos a mediados de junio. Nos alojaremos en un hotel, por supuesto, pero me gustaría verte en Florencia. No es seguro que vayamos, así que igualmente me alegraría mucho que vinieras a Miami por tu cumpleaños.

Eh, ¿qué pasó con aquel tipo que te gustaba? No me acuerdo de cómo se llamaba. ¿Lo invitaste a cenar al final?

Hablamos pronto.

Te quiero,

Cara

Besos y abrazos

Raven se echó hacia atrás, resistiéndose al impulso de escribir una respuesta concisa y enfadada.

Quería a su hermana más que a nadie en el mundo, pero habían llevado vidas radicalmente opuestas. Carolyn era siete años menor que ella, por lo que no recordaba a su padre ni lo felices que habían sido juntos cuando vivían en New Hampshire. Y, por supuesto, no se acordaba del accidente.

Reflexionó durante un buen rato sobre el hecho de que siempre usaba un eufemismo para referirse al acontecimiento que la había dejado discapacitada. Movi6 los pies por debajo de la mesa para recordarse que, lo llamara como lo llamase, sus efectos habían desaparecido. Eso hizo que se sintiera un poco más dispuesta a volver a ver a su madre, pero sólo un poco.

Cuando su hermana creció, Raven le contó lo que había pasado. Carolyn, al menos, la había escuchado con atención. Pero sus recuerdos sobre lo que había sucedido eran tan distintos de los suyos que le costaba mucho creer la versión de su hermana.

Por un lado, la falta de memoria de Carolyn le parecía una bendición, así que Raven no insistió. Continuó guardando silencio, a pesar de lo mucho que le molestaba la versión revisionista de su madre.

Sin embargo, se había negado a verla, a hablar con ella, e incluso a estar en la misma habitación que ella hasta que reconociera la verdad. Lo que implicaba que no había visto a su madre desde que se había ido de casa para estudiar en la universidad. Y de eso habían pasado ya diez años.

Y acerca de la pregunta de Carolyn sobre Bruno, el nieto de su vecina, era evidente que la cosa había quedado en nada. Ya casi se había olvidado de él, con todo lo que le había pasado.

Hola, Cara:

Me alegro de saber de ti.

Pensaré acerca de lo de ir a Miami pero, si voy, me pagaré yo misma el billete. Y no pienso ver a mamá. Ella sabe por qué. Es tontería volver a sacar el tema.

Sobre tu visita, me encantará verte. No obstante, en estos momentos estoy a tope de trabajo. Lo hablamos más adelante, ¿vale? Estoy en la oficina, liadísima.

Te quiero,

Rave

Envi6 el *email* y cerr6 el portátil, sin molestarse en revisar el resto de los mensajes que se acumulaban en la bandeja de entrada.

Fue al lavabo, tratando de olvidarse de su problemática vida familiar.

Se preguntó por qué un grupo de gente sin nombre se habría interesado en ella. No tenía intención de abandonar todo lo que había logrado en la vida con tanto esfuerzo sólo porque un misterioso criminal ligado a una organización secreta le ordenara marcharse de la ciudad.

Se sulfuró al recordar que el intruso se había burlado de sus dotes detectivescas. Iba a tener que redoblar sus esfuerzos para averiguar la conexión entre William York y el palazzo Riccardi. Tenía que encontrar algo que convenciera a la policía de que ella no era cómplice de la desaparición de las ilustraciones.

Mientras se lavaba los dientes, empezó a idear un plan. De momento guardaría el dinero en una caja de zapatos. Más adelante lo donaría a la misión franciscana.

Tras enjuagarse la boca, se contempló en el espejo. Todavía le costaba asimilar que la atractiva mujer que le devolvía la mirada fuera ella y no producto de un sueño.

Bajó la vista hacia la reliquia que le colgaba del cuello. Iba a tener que llevarla oculta bajo la ropa.

Tras soltar unos cuantos tacos, fue a elegir el atuendo para vestirse.

12

—Ha llegado el momento. ¡Hemos de actuar ahora! —Maximilian alzó la voz. Su impresionante figura avanzó en la oscuridad que precedía al alba.

Su compañero y él estaban discutiendo en lo alto del palazzo Vecchio. Su interlocutor levantó una mano para detenerlo.

—Paciencia.

—Ya hemos tenido demasiada paciencia. Yo digo que lo matemos esta noche.

Su compañero suspiró teatralmente.

—¿No has aprendido nada de los venecianos? Hace falta una fuerza más poderosa que la nuestra para acabar con el Príncipe, sobre todo si uno de los otros está con él.

Maximilian empuñó su espada.

—No somos precisamente unos jovencuelos. Y ¿qué te hace pensar que los otros lo defenderán? Probablemente tengan tantas ganas como nosotros de arrebatarse el control.

—Pues precisamente por eso debemos tener mucho cuidado con las alianzas que establecemos. Ahora no es buen momento. ¿No te das cuenta de que estás a punto de perder los nervios, Max? Si te enfureces, te vuelves temerario. Y no puedes permitirte si piensas enfrentarte con el Príncipe. Es mucho más poderoso de lo que te imaginas.

Max maldijo, sacudiendo la espada en el aire.

—¡No estoy de acuerdo!

—Pues entonces es que eres idiota. Ni siquiera yo sé hasta dónde llega su poder. Y no pienso descubrirlo a cambio de perder la cabeza.

—¿Tenemos que esperar a que cumpla los mil años?

—No seas pesimista. Me equivoqué conspirando con los venecianos. Ahora estoy cultivando la amistad de aliados más fuertes. Y siempre podemos contar con los salvajes y los cazadores.

Max envainó la espada.

—¿Qué tonterías dices? Los salvajes son incontrolables. Y ¿para qué ibas a colaborar con los cazadores?

Su compañero le dirigió una sonrisa perezosa.

—El Príncipe es viejo. A los cazadores les encantaría derramar su sangre. Probablemente se avendrían a firmar un tratado si se lo entregáramos. Así dejarían la ciudad en paz.

»Nuestras fronteras han sido un poco porosas últimamente. Si apareciera una manada de salvajes, crearía el caos. Y el Consilium lo culparía a él. Por no mencionar los errores que ha cometido nuestro noble Príncipe últimamente; errores que amenazan con dejarlo expuesto.

Max apoyó su manaza en la empuñadura de la espada.

—El Consilium está plagado de sus aliados.

—Pero también de sus rivales. Saben que su reinado no durará eternamente. Lo único que les falta es un líder que lo deponga del cargo y un poco de motivación.

»Ten paciencia, Max. La ciudad será nuestra pronto.

13

Raven suspiró al sentarse frente al ordenador de los archivos de los Uffizi. La habían degradado.

El profesor Urbano le había dado la bienvenida tras una semana de ausencia, pero no había permitido que siguiera trabajando en la restauración de *El nacimiento de Venus*. Tal vez esa fuera su manera de demostrarle su escepticismo por su cambio de apariencia, a pesar de que habían verificado sus huellas dactilares.

El día anterior la habían relegado a chica de los recados. Y ese día la habían enviado a ver a la jefa del archivo para ponerse a sus órdenes. Había otra persona ocupando su lugar en el laboratorio de restauración, usando sus pinceles para cubrir la obra maestra de Botticelli con barniz protector.

El profesor Urbano le había asegurado que sería ella la encargada de aplicar la segunda y la tercera capa, después de que Anja Pahlsmeyer, una posdoctorada de Berlín, hubiera acabado de dar la primera. No quería interrumpir el trabajo que Anja había empezado en su ausencia. O eso le dijo.

Raven intentaba no estar resentida, pero no lo conseguía.

La jefa del archivo le encomendó la misión de organizar los informes — tanto los impresos como los digitales— que el equipo de restauración había hecho sobre *El nacimiento de Venus*. Luego tenía que escanear todos los informes impresos y enviárselos a Patrick para que él los introdujera en la base de datos del archivo.

La archivera le había dado instrucciones a Raven de que se familiarizara con los archivos sobre la restauración de *La primavera* para luego organizar los nuevos de la misma manera. Mientras estaba revisando las radiografías del cuadro, algo le llamó la atención.

Las radiografías son fotografías tomadas por una máquina de rayos X que revelan detalles sobre la pintura que no resultan apreciables a simple vista. En este caso, lo que captó la atención de Raven fueron las radiografías que mostraban los *pentimenti*, es decir, los bocetos de las figuras que Botticelli había dibujado antes de empezar a pintar.

Cuando amplió una radiografía de Mercurio, descubrió algo sorprendente: el boceto original de Botticelli tenía el pelo mucho más corto.

Raven había pasado mucho tiempo estudiando *La primavera* y su proceso de restauración antes de empezar a trabajar en *El nacimiento de Venus*. Y nunca había oído que nadie hiciera ningún comentario sobre el cambio de longitud del cabello.

Sorprendida, abrió otro documento. Era una reflectografía infrarroja de la misma imagen. Aquí también eran visibles las capas de pintura. Quedaba claro que Botticelli no había cambiado sólo la longitud del cabello, sino también su color, oscureciéndolo.

«Mercurio era rubio», se dijo.

Se echó hacia atrás en la silla, mirando fijamente la pantalla del ordenador.

El cambio en sí no era trascendente. Los artistas en general, y Botticelli en particular, solían hacer modificaciones en sus cuadros a medida que iban avanzando en la obra. Los equipos de restauración habían hecho numerosas anotaciones sobre otros cambios. Pero Raven no recordaba haber leído ni un solo comentario sobre la alteración del pelo de Mercurio.

El descubrimiento le había picado la curiosidad, así que abrió varios documentos escritos por el equipo de restauración. Tardó un poco en leerlo todo, pero acabó llegando a la misma conclusión: al parecer, nadie se había dado cuenta del cambio de apariencia del pelo de Mercurio. Y eso era muy sorprendente, ya que la alteración era fácilmente visible en las radiografías.

Perdida en sus pensamientos, Raven abrió una copia digital de la obra terminada y la amplió, centrándose en la cabeza y los hombros de Mercurio. Luego volvió a observar la radiografía.

Trató de imaginarse el aspecto que tendría Mercurio con el pelo rubio y más corto.

Un descubrimiento como el que acababa de hacer podía suponer el

lanzamiento de su carrera profesional como historiadora del arte. Pero antes de lanzarse a escribir un artículo para compartir su descubrimiento con el mundo, iba a tener que estudiar los informes mucho más a fondo. También tendría que asegurarse de que nadie hubiera escrito sobre el tema antes que ella.

Tras mirar por encima del hombro para comprobar que nadie la estuviera observando, sacó un *pendrive* de su mochila y copió rápidamente las imágenes más relevantes. Estaba tan emocionada con su descubrimiento que no podía parar de mover la pierna.

Justo cuando acababa de guardar el *pendrive* en el bolsillo de la mochila, sintió que alguien le apoyaba una mano en el hombro.

—¿Estás bien? —le preguntó alguien en inglés.

Raven dio un brinco en la silla y soltó una exclamación.

—¡Chis! —exclamó la archivera, dirigiéndole una dura mirada por encima de las gafas desde el otro extremo.

Ella asintió, compungida, antes de levantar la vista hacia los ojos culpables de su amigo Patrick.

—Lo siento —susurró él.

—¿Qué haces aquí? —murmuró Raven, cerrando rápidamente los archivos que tenía abiertos en el ordenador.

—Eso mismo quería preguntarte yo —replicó él, señalando con la barbilla la pantalla.

Raven miró a la jefa del archivo antes de volverse hacia su amigo.

—A lo mejor no es nada.

Patrick también le echó un vistazo a la mujer antes de hablar.

—Gina quiere que vengas a cenar con nosotros esta noche.

Raven buscó con la mirada a su amiga común, Gina, que estaba trabajando en el otro extremo de la sala. Cuando sus ojos se cruzaron, la chica la saludó con la mano.

—¿Eso quiere decir que ya sois oficialmente «nosotros»?

Patrick sonrió.

—Sí.

—Me alegro mucho por ti. Me encantará cenar con vosotros, pero tengo que ir a buscar unas cuantas cosas al salir del trabajo.

—Claro, ningún problema. ¿Tienes la Vespa?

—Debo ir a buscarla al taller.

—Puedo llevarte allí cuando salgamos del trabajo y nos reunimos en casa de Gina a la hora de cenar, ¿te parece bien?

—Gracias —respondió ella con una sonrisa.

Patrick tomó un trozo de papel, escribió algo y lo dejó junto al ordenador antes de volver a su mesa.

Raven leyó la nota:

Te has olvidado de las cámaras.

—Mierda —murmuró.

Arrugó el papel y lo metió en la mochila.

Luego miró a su alrededor tratando de disimular. Efectivamente había una cámara de seguridad en cada uno de los cuatro extremos de la sala.

Se había emocionado tanto con su potencial hallazgo que se había olvidado de ellas. Y ahora la galería tenía imágenes de ella cargando archivos del museo en un dispositivo de almacenaje personal sin permiso. Era un delito grave. Y, en vista de sus recientes circunstancias, dudaba mucho que el *dottore* Vitali fuera indulgente.

Se volvió hacia Patrick, que negó con la cabeza. Parecía tan preocupado como ella.

Su amigo levantó el móvil y empezó a teclear. Instantes después, Raven recibió un mensaje.

Q estás haciendo?

Ella le respondió igual de deprisa.

Me olvidé de las cámaras.

Raven oyó su gruñido de desaprobación desde el otro extremo de la sala. Se volvió hacia la archivera, que parecía estar concentrada en su trabajo.

Entonces, su teléfono volvió a alertarla de la llegada de un mensaje:

Debes andar con más cuidado.

Tenía toda la razón. Raven estaba a punto de redactar una respuesta lo bastante arrepentida cuando el teléfono de la archivera comenzó a sonar.

La chica se volvió hacia ella, como a cámara lenta.

La jefa del archivo estaba asintiendo. Cuando finalizó su corta conversación, le hizo una señal a Raven para que se acercara.

Ella se dirigió a su escritorio lentamente.

—El *dottore* Vitali quiere verte en su despacho. Ahora —le ordenó en tono brusco—. Anota dónde te has quedado y cierra la sesión en el ordenador.

«Estoy en un lío de los gordos».

Raven regresó a su mesa apretando los dientes. Con unos cuantos golpes de ratón, cerró la sesión en el ordenador. Luego cogió un folio en blanco y anotó los avances que había realizado esa mañana.

Se cargó la mochila al hombro y le entregó el folio a la archivera.

—Raven, espera —la llamó Patrick.

Cuando llegó a su lado, la acompañó hasta la puerta.

—Dame el *pen* —le dijo alargando la mano.

—¿Qué?

—Es para que nos vean bien. —Con un rápido movimiento de los ojos, señaló hacia la cámara que había sobre la puerta de la entrada.

Ella negó con la cabeza.

—Te vas a meter en líos.

—Tú ya estás metida hasta el fondo. —Levantó la mano un poco más.

Raven miró hacia la archivera, que no les quitaba el ojo de encima.

—Te estás jugando el trabajo, Patrick.

—Un trabajo que conservo porque tú me salvaste el culo cuando me olvidé de archivar las radiografías. Ahora estamos en paz. —Subió la mano hasta ponerla a la altura de su nariz—. Dame el *pen*.

Raven maldijo entre dientes y abrió el bolsillo de su mochila. Sacó el *pendrive* y se lo entregó.

—Gracias, te lo agradezco mucho —dijo él, en voz demasiado alta.

La archivera los mandó callar una vez más.

A continuación, Patrick se inclinó hacia su amiga y le susurró al oído:

—Dile a Vitali que yo te pedí que los copiaras. Y, si te confiscan el *pendrive*, me encargaré de conseguirte los archivos de otra manera.

—Espero que sepas lo que estás haciendo. —Raven lo miró con preocupación antes de salir de los archivos.

—Yo también —replicó él haciendo una mueca.

Mientras Raven subía a la primera planta, iba pensando en una explicación alternativa a lo que había pasado —algo que exculpara a Patrick—, pero no se le ocurrió nada. Ni siquiera podía hablar de William York ni de su conexión con el palazzo Riccardi.

No podía soportar que alguien a quien apreciaba sufriera. Esa era su auténtica esencia. Había cometido un error, así que asumiría su responsabilidad, aunque eso supusiera perder el empleo en la galería.

Se acercó al despacho del *dottore* Vitali, preparándose mentalmente para el encuentro, pero el fuerte sonido de una voz femenina que hablaba en inglés retumbó por el pasillo.

—¡Sandeces! He caminado por las calles de Florencia desde antes de que tú nacieras. A Clare y a mí no nos va a suceder nada por pasar un par de horas paseando.

Raven se detuvo frente a la puerta del despacho. Le sudaban las manos, así que se las secó en los ajustados pantalones de yoga.

—Katherine, la ciudad no es segura. —El profesor Emerson parecía exasperado.

—No lo creo —replicó la mujer.

Raven respiró hondo y llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Vitali en italiano.

Al entrar en la habitación, Raven encontró a los Emerson hablando con una mujer más mayor, que tenía el pelo corto y cano y unos brillantes ojos entre azules y grises. Empujaba un carrito en el que estaba sentada la pequeña Clare, que jugaba con un conejito de peluche, sin prestar atención a la tensión que la rodeaba.

—Julianne puede ir a la visita guiada; tú discutes la situación con Vitali, y

yo, mientras tanto, doy un paseo con Clare. Hace un día precioso. Y la niña necesita que le dé el aire. —La mujer maniobró con el cochecito y se dirigió a la puerta.

—¡No! —La voz del profesor resonó en el despacho.

Todo el mundo se lo quedó mirando. Sus ojos azules como zafiros brillaban tras los cristales de las gafas de montura negra. Tenía los puños apretados y miraba a Katherine con expresión amenazadora.

Pero, en contra de lo que pudiera parecer, el profesor no estaba enfadado.

Al fijarse con más atención, Raven se dio cuenta, sorprendida, de que en realidad estaba asustado.

—Katherine, no es seguro. No soporto perderos de vista, ni a ti, ni a Julianne ni a Clare. —Y, volviéndose hacia su esposa, añadió—: Tú puedes ir a la visita guiada, pero Katherine y Clare se quedan en la galería.

Cuando la mujer de Emerson lo agarró por el codo, él aflojó los puños y su cuerpo se relajó.

Ligeramente.

—Gabriel, todo va bien. Estamos seguras —le dijo su esposa, con una sonrisa que él no le devolvió.

—Y así vais a seguir.

Raven volvió a secarse el sudor de las manos en los pantalones y permaneció mirándose los pies.

Estaba en medio de algo que no comprendía; una conversación privada entre un padre y esposo protector y su familia. Algo en la intensidad del hombre la emocionaba. Llevaba mucho tiempo sin saber lo que era que alguien la protegiera de esa manera. Llevaba mucho tiempo sin padre.

—Podemos dar un paseo dentro del museo. —La mujer a la que llamaban Katherine se volvió hacia Vitali—. Tal vez nos podría proporcionar un guía. ¿Te parece aceptable, Gabriel?

Por el tono de voz, se notaba que la mujer estaba enfadada pero no tenía intención de discutir con él.

Raven alzó los ojos a tiempo de ver cómo Gabriel asentía con un leve movimiento de la cabeza.

—Entonces, tema resuelto. Y ahora, si fuera tan amable de buscarnos un guía, llevaré a Clare a dar un paseo. —Katherine dirigió a Vitali una mirada

impaciente, como si estuviera hablando con un conserje y no con el director de la galería de los Uffizi.

A Raven no le habría extrañado verla dar golpecitos en el suelo con el pie, que llevaba calzado con unos zapatos muy discretos.

Vitali le hizo un gesto a la chica para que se acercara.

—A la señora Emerson le gustaría visitar el laboratorio de restauración. Por favor, acompáñela y presénteles al profesor Urbano. La está esperando.

Raven pestañeó.

El director entornó los ojos.

—¿Señorita Wood?

Ella, cuya ansiedad se había disparado al pensar que el director la llamaba por haber copiado documentos sin autorización, empezó a calmarse.

Se aclaró la garganta.

—¿Una visita? Sí, claro. Por supuesto. Gracias —respondió.

Permaneció expectante, por si Vitali sacaba el tema del *pendrive* o hacía alguna referencia al robo. Se preguntó si se habría enterado de su visita nocturna al palazzo Riccardi.

Vitali se echó hacia atrás en la silla y levantó el auricular del teléfono para pedirle a su secretaria que mandara llamar a uno de los guardias de seguridad, ya que un visitante muy importante necesitaba escolta.

Raven soltó el aire aliviada.

Julia besó a su esposo y le dio unas palmaditas en el brazo antes de colgarse el bolso al hombro y acercarse a ella. Gabriel siguió los movimientos de su mujer con una mirada de preocupación. Sus largos dedos volvieron a curvarse hasta convertirse de nuevo en puños.

Vitali despidió a Raven con un movimiento de la cabeza y anunció que el escolta de Katherine llegaría enseguida.

Raven no tenía ningún interés en alargar la conversación, así que guio a Julia hasta el pasillo. Ella la siguió cojeando.

Raven se detuvo a esperarla.

—¿Te has hecho daño?

—No. Cuando tuve a Clare, me pusieron la epidural. Y desde entonces he tenido problemas con los nervios de la pierna y el pie. Hoy me molesta más que otros días. —Aunque Julia se obligó a sonreír, parecía preocupada.

Raven se acercó a ella y le miró los pies. Llevaba zapatos planos, que parecían muy cómodos.

—¿Quieres que vaya a buscar una silla de ruedas?

—No, no es para tanto. Tengo el pie como adormecido, por eso me cuesta caminar.

—Lo siento —replicó Raven, solidarizándose con ella—. Hace años me rompí la pierna y se me dañaron varios nervios. Siempre que cambia el tiempo, me duele.

—Vaya. Lo siento. —Julia volvió a ponerse en marcha lentamente—. Por suerte, no me ocurre todos los días. Además, me dijeron que el problema acabaría resolviéndose por sí solo.

—Bajaremos en ascensor. —Raven señaló el final del pasillo.

—Sé que debería haber pedido la visita con más tiempo, pero quería ver el proceso de restauración antes de irnos —comentó Julia, bajando el tono de voz al cruzarse con un grupo reducido de personas en el pasillo.

—Ningún problema. —Raven la miró de reojo—. Pensaba que ibais a quedaros una semana.

—Ha habido cambio de planes. —La expresión de Julia se ensombreció—. Esta misma tarde nos vamos a Umbría.

—Umbría es precioso —comentó Raven distraída.

Todavía estaba dándole vueltas a lo sucedido en el archivo. Tal vez los guardias de seguridad no se hubieran dado cuenta de lo que había hecho. Tal vez había implicado a Patrick sin necesidad. Tendría que avisarlo.

—¿Has oído algún rumor sobre el Gallery Hotel Art? —La voz de Julia se coló en sus pensamientos—. ¿Sabes si está encantado?

—¿Encantado? No. Siempre me ha extrañado que sirvan comida japonesa, pero no he oído nada sobre fantasmas. ¿Por qué lo preguntas?

Julia jugueteó con la correa de su bolso.

—Sé que suena raro, pero mi marido cree que hay un fantasma en el hotel. Por eso nos vamos.

Raven alzó mucho las cejas.

—¿Un fantasma? ¿Qué le hace pensar eso?

—Anoche se despertó convencido de que había alguien en la habitación. No vio a nadie, pero sintió... una presencia oscura.

A Raven se le aceleró el corazón.

—¿Entró alguien a robar?

—No. No se llevaron nada. De hecho, no llegó a ver a nadie. Pero tuvo la sensación de que había alguien aparte de nosotros. Y las puertas de la terraza estaban abiertas. —Julia se acomodó el pelo detrás de las orejas—. Si se tratara de otra persona, no le daría mayor importancia. Pero Gabriel ha visto y sentido cosas extrañas antes.

Raven se mordió la lengua. Se moría de ganas de preguntarle a qué cosas extrañas se refería, pero estaba hablando con una importante mecenas del museo, a la que apenas conocía. No quería parecer una entrometida.

—No creo en fantasmas, pero tal vez alguien entrase en la habitación. Los hurtos son frecuentes en la ciudad. Y, como ya sabes, en ese hotel suelen alojarse clientes adinerados.

—Supongo que tienes razón.

—No quiero molestarte, pero no puedo evitar pensar que tal vez el robo de las ilustraciones esté ligado de alguna forma a lo que ocurrió en la habitación.

Julia se volvió hacia ella mientras entraban en el ascensor.

—¿Por qué piensas eso?

—Tu nombre y el de tu marido están ligados a la galería. Si alguien ha descubierto que estáis en la ciudad, tal vez crean que lleváis encima joyas o antigüedades valiosas.

—Tiene sentido. Pero, aunque sólo se trate de un ladrón, prefiero no seguir durmiendo en esa habitación. Y es una lástima, porque no era la primera vez que nos alojábamos allí. —Julia parecía melancólica.

—¿Tu marido le ha hablado a Vitali del intento de robo?

—Sí, no ha mencionado el tema del fantasma a nadie. Sólo ha dicho que estaba preocupado por la seguridad del hotel. Ha citado algunos artículos que leyó en la prensa en los que hablaban de gente desaparecida y cuerpos encontrados río abajo. —Julia se estremeció—. Ojalá no me lo hubiera contado.

Raven jugueteó con la acreditación que llevaba colgando del cuello, resistiendo el impulso de tocar la reliquia que ocultaba bajo la camisa.

—No había oído nada —repuso.

—Salió en un artículo de *La Nazione* de ayer. Encontraron varios cuerpos a orillas del Arno. La policía no ha facilitado los detalles.

—¿Eran hombres o mujeres? —quiso saber Raven, pensando en Angelo.

—Hombres. —Julia se acercó a ella—. ¿Te encuentras bien? Estás muy pálida.

—Sí, estoy bien. Odio hablar de esto, pero ya que os vais hoy mismo, te comento que en Florencia hubo un asesino en serie que actuó durante décadas. Espero que no haya vuelto. —Raven salió del ascensor y le sostuvo la puerta abierta a Julia.

—Pensaba que lo habían capturado.

—Yo también.

Julia suspiró.

—Este viaje a Umbría no llega en buen momento. Queremos adoptar a una niña del orfanato de los franciscanos. Deseábamos pasar tiempo con ella.

Raven se detuvo en seco.

—Yo soy voluntaria del orfanato. ¿A cuál de las niñas?

Julia le dirigió una amplia sonrisa.

—A Maria. Tiene cinco años.

El corazón de Raven le dio un vuelco en el pecho.

—La conozco. ¿Vais a adoptarla?

—Nos gustaría. No podemos iniciar los trámites hasta que llevemos tres años casados, y no los cumplimos hasta enero. Pero nos gustaría conocerla mejor y que ella nos conociese a nosotros. La primera vez que la vimos, hace dos años, no hablaba. Pero gracias a las visitas de un terapeuta, ya habla.

—Ayudo a los más pequeños que están aprendiendo a leer y a contar. Trabajo a veces con Maria.

Julia le apoyó la mano en el brazo.

—Pues muchas gracias. Ha cambiado mucho en estos dos años. Parece una niña distinta de la que dejamos.

Raven no pudo responder. Tragó saliva, intentando librarse del nudo que se le había formado en la garganta.

—De nada —logró decir.

Con una enorme sonrisa, Julianne la siguió por el largo pasillo que conducía al gran laboratorio de restauración.

Antes de entrar, Raven se detuvo.

Tenía la sensación de que debía hablarle a Julia sobre el intruso que había allanado su casa, pero tenía miedo de las posibles repercusiones. Julia tenía un bebé, ¿y si el desconocido los seguía a Umbría y alguien resultaba herido?

Se aclaró la garganta.

—Espero que no haya ninguna conexión entre lo que pasó en el hotel y el robo de la galería, pero tened cuidado. En Umbría también. El que robó las ilustraciones no dejó ningún rastro. Por lo que yo sé, la policía no ha localizado aún a ningún sospechoso. Por favor, tened mucho cuidado.

—Lo tendremos. —Julia le dirigió una mirada agradecida antes de que abriera la puerta del laboratorio.

La mañana llegó a su fin. Raven siguió trabajando en el archivo y nadie mencionó el *pendrive*. De hecho, la archivera la animó a marcharse al mediodía, ya que tenía cita con su doctora.

La médica de Raven se quedó asombrada por su repentina transformación. Tras la visita, le programó una serie de radiografías para ver qué le había pasado a la pierna.

Le pidió muestras de sangre y de orina para determinar si alguien la había drogado. Pero le advirtió que, aunque hubiera sido así, tal vez las sustancias ya hubiesen desaparecido de su organismo. Dependía de cuándo le hubieran suministrado las drogas y de lo que le hubieran dado. Por ejemplo, el rohypnol sólo aparecía en los análisis de orina durante las primeras sesenta horas después de la ingesta.

Tras hacerse los análisis y las radiografías, Raven comió cualquier cosa en una cafetería antes de volver al museo.

Cuando vio al *ispettore* Batelli en la entrada, se le cayó el alma a los pies. El policía echó un vistazo a su reloj de pulsera y la miró sin disimular el enfado que sentía.

—¿Una comida copiosa, *signorina*? —le preguntó con desprecio.

—Estoy trabajando en el archivo, y la archivera me dio permiso para ir al médico.

—Interesante. ¿Hay algo que quiera compartir conmigo?

—No.

Raven se abrió paso para entrar y sintió los ojos del inspector clavados en ella mientras se alejaba.

Trabajar en los archivos era bastante aburrido. Patrick le devolvió el *pendrive* en el vestíbulo, lejos de las cámaras de seguridad, y Raven volvió a guardarlo en la mochila.

—Bonito accesorio —dijo él señalando el crucifijo que llevaba al cuello.

Ella bajó la vista hacia la reliquia. Se había olvidado de que lo llevaba puesto.

—Ah, ¿esto? —Lo levantó y se lo quedó mirando unos segundos.

—¿Puedo? —preguntó Patrick señalando la cruz.

—Claro.

La examinó minuciosamente, contemplando la figura en relieve a la luz del sol que entraba por uno de los ventanales.

—Es una antigüedad. ¿De dónde lo has sacado?

—De un amigo.

Patrick soltó la cruz.

—Debe de ser un buen amigo. Esta pieza podría estar en un museo.

Raven volvió a esconderlo debajo de la camisa.

—Si yo fuera tú, no dejaría que los *carabinieri* la vieran —añadió Patrick bajando la voz.

—¿Por qué no?

—Lo más probable sería que la confiscaran y enviaran la imagen a la base de datos de la Interpol para asegurarse de que no sea robada.

—¡No es robada! —replicó ella indignada.

—Y hablando del rey de Roma...

En ese momento, el *ispettore* Batelli y el agente Savola entraron en el edificio. Ambos se quedaron mirando a Raven y a Patrick antes de seguir andando pasillo abajo.

Patrick negó con la cabeza.

—Intenta mantener un perfil bajo, ¿vale? Hablamos esta noche en casa de Gina.

—Gracias. —Raven le dirigió una sonrisa discreta.

Él le revolvió el pelo.

—¿Cuándo voy a conocer a ese novio que te regala piezas de museo?

Raven puso los ojos en blanco.

—Después de que lo conozca yo.

Su amigo se echó a reír y la acompañó a los archivos.

Cuando acabaron la jornada laboral, Patrick la llevó al taller a recoger la Vespa.

Luego él fue a casa de Gina y Raven se dirigió a una de las superficies comerciales situadas cerca del Duomo. Uno podía comprar ropa de Prada o de Salvatore Ferragamo en el puente Santa Trinita, pero la beca de investigación de Raven no daba para adquirir ese tipo de prendas.

Hacía dos días que llevaba los mismos pantalones de yoga porque era la única pieza de su antiguo vestuario que no se le caía. Tenía que comprar prendas nuevas para ir a trabajar, y también necesitaba ropa interior y un pijama.

Se lo pasó mucho mejor de lo que se había imaginado.

Generalmente odiaba ir de compras. Su peso y el sistema de tallas europeo parecían conspirar en su contra. Le costaba mucho encontrar ropa de su medida y, cuando lo hacía, toda era carísima. Pero esta vez fue distinto.

Al haber adelgazado tanto, halló ropa de su talla sin ningún problema. Poco después, se había gastado ya varios cientos de euros en prendas básicas. Y se compró también algunas piezas de lencería.

Cuando acabó la sesión de *shopping*, llevaba puesto un vestido veraniego de color negro, una chaqueta de color amarillo pálido, sandalias de plataforma, también negras, y ropa interior rosa muy atractiva. También se compró unas gafas de sol negras, muy grandes.

Y tiró la ropa vieja a la basura.

Con el vestido, no le resultó tan fácil ocultar la reliquia como con la camisa.

Se planteó la idea de meter el crucifijo en la mochila, pero el desconocido había insistido mucho en que lo llevara puesto. Y, después de enterarse de lo

que les había pasado a los Emerson, y del reportaje sobre los cuerpos aparecidos en el Arno, no le pareció tan grave hacer caso a supersticiones ajenas.

Se compró un pañuelo de seda floreado y se lo anudó al cuello de tal manera que le cubriera la cadena y la cruz, esperando que nadie se diera cuenta de lo que ocultaba.

Su aspecto era francamente sofisticado. Nunca se había sentido tan segura de sí misma. Antes de marcharse del centro comercial, compró algo de comer y una botella de vino para llevar a la cena. Pasó por casa para dejar las compras y se dirigió al piso de Gina. Le apetecía mucho pasar una noche relajada entre amigos.

Cuando se marchó de casa de su amiga, eran ya las once pasadas. La cena se había alargado mientras charlaban tomando unas copas y algo de postre. Había sido una agradable noche de música y conversación.

Los cielos se habían abierto y estaba lloviendo a cántaros. Como de costumbre, por las calles mojadas aún quedaban unos cuantos peatones y conductores. El resto se había metido en sus casas para protegerse de la lluvia.

O eso parecía.

Raven se alegró de tener un chubasquero guardado bajo el asiento de la Vespa. Se lo puso y salió conduciendo hacia su casa, haciendo una mueca de dolor cada vez que una gota de agua le caía en las sandalias nuevas.

Cuando llegó a Santo Spirito, vio que la piazza estaba desierta.

Normalmente siempre había clientes sentados en las terrazas de los bares. La piazza en sí solía estar llena de estudiantes. Varias universidades norteamericanas tenían programas de estudio en el extranjero, y los estudiantes se albergaban cerca de allí. Sin embargo, con la lluvia que estaba cayendo, no era raro que la piazza estuviera vacía.

Cuando hubo aparcado la Vespa y guardado el casco en el espacio que quedaba bajo el asiento, oyó algo. Era un sonido extraño, una mezcla de rugido y gruñido.

Se volvió bruscamente y advirtió que algo se acercaba desde el extremo

opuesto de la piazza.

La lluvia que seguía cayendo y la oscuridad dificultaban en gran medida la visión. Raven logró distinguir algo grande y negro que se dirigía hacia ella.

A medida que la figura se acercaba, se dio cuenta de que era demasiado grande para tratarse de un perro. Se desplazaba a tanta velocidad que los bordes se desdibujaban.

Dio media vuelta y echó a correr, pero los adoquines mojados del suelo la hicieron resbalar. Cayó de espaldas y se dio un fuerte golpe.

Cuando se recuperó, vio que el animal, que ahora corría sobre dos patas, se estaba acercando a toda prisa. Los gruñidos y rugidos resonaban por toda la piazza.

Raven trató de levantarse, pero las suelas de sus zapatos nuevos resbalaban. Las fuertes pisadas del animal le retumbaban en los oídos.

Logró ponerse en pie, pero estaba a punto de echar a correr hacia su edificio cuando se le cayeron las llaves al suelo.

—¡Mierda!

Se agachó para recogerlas.

Y en ese momento, la criatura rugió.

14

Raven se esperaba lo peor. Esperaba que la criatura —fuera lo que fuese— se abalanzara sobre ella.

Lanzó una mirada de reproche a la reliquia que le colgaba del cuello. No tenía tiempo para entretenerse echándole en cara al intruso que su amuleto no hubiera servido de nada. Las supersticiones tontas nunca habían ayudado a nadie. Y, desde luego, a ella no le habían hecho ningún bien.

Se preparó para el impacto. Con ese suelo resbaladizo era inútil correr.

«No puedo hacer nada.

»Me va a matar».

Oyó cómo alguien resbalaba sobre los adoquines y los arañaba, como si quisiera detenerse demasiado bruscamente.

Raven volvió la cabeza justo en el momento en que la oscura criatura se detenía a poca distancia. Rugió y movió los brazos hacia ella, pero los pies permanecieron clavados en el suelo.

—¡Joder! ¡Quítate esa cosa! ¡Quítatela! —gritó en italiano.

Raven forzó los ojos entre la lluvia y se dio cuenta de que la criatura era un hombre. Iba vestido totalmente de negro. Tenía la ropa muy sucia, igual que el pelo, que llevaba largo. Cuando se movió, un olor nauseabundo alcanzó su nariz. Parecía que el tipo no se hubiera lavado en mucho tiempo.

Pero lo que más llamó la atención de Raven fueron sus ojos. Eran muy oscuros. Daba la sensación de que las pupilas se habían expandido tanto que habían ocupado todo el espacio de la esclerótica, lo que le daba a su cara una apariencia de insecto. Cuando la criatura abrió la boca, dejó al descubierto un par de grandes colmillos en medio de unos dientes amarillentos.

Raven echó a correr una vez más y, de nuevo, sus ridículos zapatos

resbalaron y volvió a caer de espaldas.

La criatura no dejaba de lanzar insultos e improperios. Sacudía los brazos y se movía de un lado a otro, pero mantenía la distancia.

—¡Putas! ¡Quítate esa jodida cosa! —bramó—. Te arrancaré la cabeza y te dejaré sin sangre. Te follaré hasta matarte. ¡Quítatelo!

Raven dio un paso atrás, poniendo más distancia entre ellos mientras el hombre seguía despotricando de manera casi incoherente.

Luego empezó a soltar insultos en latín, que ella apenas entendía. Estaba hablando de un hombre, al que llamaba pedófilo y perverso. La acusó de ser la puta del pedófilo y amenazó con matarla una vez más.

Pero, por extraño que pareciera, no se acercó más a ella. Se limitaba a caminar de lado a lado, como si fuese un león en una jaula, gruñendo y haciendo rechinar los dientes.

Raven se incorporó y estaba a punto de huir hacia su casa cuando oyó unos nuevos pasos que se acercaban desde la iglesia, que quedaba a su derecha.

—¡Policía! —gritó una voz—. Las manos sobre la cabeza.

Raven vio que una figura vestida de negro corría hacia ellos, apuntando al loco con una pistola. Estaba oscuro y no había parado de llover, por lo que no pudo distinguir los rasgos del agente.

Un instante después, el loco dio un salto. Tras arrebatarse la pistola de la mano, sujetó la cabeza del policía por el pelo y la echó hacia atrás bruscamente, dejándole el cuello al descubierto.

Cuando el tipo se inclinó sobre él, Raven oyó el ruido de algo desgarrándose y vio la sangre manar a borbotones.

Apartó la vista horrorizada cuando el loco acercó la boca a la herida del cuello del policía.

A continuación, sin mirar atrás, corrió hasta la puerta de su edificio y la abrió con manos temblorosas. Cerró de un golpe y subió la escalera tan deprisa como pudo.

Cuando finalmente estuvo en el interior del apartamento, con la puerta cerrada con llave y todas las luces encendidas, se sentó en el suelo, aferrándose con fuerza a la cruz que llevaba al cuello.

Aoibhe cerró los ojos e inspiró hondo.

—Sangre —dijo dejando al descubierto los colmillos—. Vamos, Ibarra. Huele deliciosa.

Juntos saltaron de tejado en tejado desde donde habían estado hablando —bajo la *loggia*, cerca de los Uffizi— hasta Santo Spirito. Una vez allí, bajaron de un brinco a la calle y se dirigieron hacia el puente.

De pronto, Aoibhe se detuvo en seco.

—¿Hueles eso? —preguntó, agarrando la mano de Ibarra mientras la lluvia los empapaba.

El vasco inhaló y le cambió la cara.

—Un salvaje.

—¡Corre!

La pareja volvió a trepar a los tejados y siguió su carrera. Cuando llegaron a la piazza, se asomaron con precaución y examinaron el espacio a sus pies.

Localizaron al salvaje sin problemas. Se estaba alimentando de un humano a la vista de todo el mundo. Por el aroma que les llegaba, dedujeron que al humano ya casi no le quedaba sangre.

—¿Cómo ha podido entrar sin que lo detectaran las patrullas? —Aoibhe le dirigió una mirada furiosa a su compañero.

—Debe de ser el que mencionó Pierre.

La irlandesa examinó las ventanas de los edificios a lado y lado de la piazza. Muchas de ellas estaban iluminadas.

—Es imposible que no lo hayan visto.

—Ya es tarde para preocuparnos por eso. Hay demasiados testigos. —Ibarra se volvió hacia ella—. ¿Sabrías decir cuántos años tiene?

Aoibhe arrugó la nariz.

—No es lo bastante viejo como para suponer una amenaza. Si sólo hay uno, podemos liquidarlo. ¿Te fías de tus patrullas?

—Tengo plena fe en ellos —respondió Ibarra mirándola a los ojos.

—Bien. Yo iré por delante. Tú ve por detrás. Lo atacaremos y lo arrastraremos hasta uno de los callejones.

El vasco asintió y se desplazó a toda velocidad sobre los tejados para sorprender al salvaje por detrás, mientras Aoibhe aterrizaba delante de él

sobre el adoquinado mojado y se incorporaba lentamente.

Los salvajes eran muy fuertes, además de impredecibles. Eran unos marginados. Rehuían formar parte de la sociedad, y preferían vivir y cazar en los bosques. Muchos estaban locos y se comportaban como animales, aunque algunos conservaban vestigios de racionalidad.

Aoibhe empezó a correr hacia el salvaje. Puede que el ser la viera o tal vez sólo la oliera. El caso es que soltó a su presa de inmediato.

Se agachó, disponiéndose a atacar, y le mostró los dientes manchados de sangre.

Aoibhe cambió de dirección, pero el salvaje se abalanzó sobre ella a toda velocidad con las garras extendidas en dirección a su cabeza.

Ella lo sorprendió al saltarle por encima del hombro. Luego le apoyó la rodilla en la espalda y le agarró la cabeza con las dos manos. Con un movimiento brusco y un crujido, le separó la cabeza del cuerpo antes de volver a apoyar los pies en el suelo.

El salvaje continuó moviéndose. Sus piernas y sus brazos se sacudían espasmódicamente mientras le manaba sangre negra del cuello.

Aoibhe alargó el brazo para que no le mordiera. Arrugó la nariz cuando le llegó la peste que despedía.

—Iba a hacerlo yo —dijo Ibarra apareciendo a su lado.

Ella se echó a reír.

—La próxima vez. Pero tendrás que ser más rápido.

Sacudió la cabeza sosteniéndola por el pelo, como si fuera un gato con un ratón, hasta que cerró los ojos y dejó de moverse.

—Menuda porquería. —Aoibhe soltó la cabeza y se limpió las manos en la combinación blanca que llevaba bajo la falda—. Y qué peste. Huele fatal.

Ibarra tosió, como si no pudiera estar más de acuerdo.

—Y ¿ahora qué hacemos?

—Tú recoge al humano. Yo me encargo del salvaje y de su cabeza. Nos encontraremos en el callejón. —Aoibhe señaló con la cabeza el extremo contrario de la piazza.

Ibarra hizo lo que le decían. Recogió del suelo al humano y su pistola, se lo cargó al hombro y corrió bajo la lluvia. Cuando llegó al callejón, soltó el fardo en el suelo y se dio cuenta de que al hombre se le caía algo del bolsillo.

Era una billetera de cuero negro.

El vasco estuvo a punto de tirarla lejos. El dinero no le interesaba, a no ser que fuera en grandes cantidades. Pero cuando la levantó del suelo, se dio cuenta de un hecho alarmante.

—¿Qué pasa? —Aoibhe le dirigió una mirada curiosa por encima del hombro.

Él señaló la identificación que había dentro de la cartera.

—Interpol.

—¡Maldita sea! —Aoibhe le dio una patada al cuerpo decapitado—. No sólo invade nuestras fronteras, ¡sino que se alimenta en público de un jodido policía!

Ibarra tiró la cartera al suelo.

—Y ¿qué hacemos ahora?

Ella le dirigió una mirada furiosa.

—¿Qué hacemos ahora? Ya te diré yo lo que hacemos ahora. Tus patrullas y tú vais a responder delante del Consilium. Y, si no tienes una razón que explique por qué alguien ha cruzado nuestras fronteras sin que nadie se entere, os mataré a todos.

Ibarra dio un paso atrás con las manos levantadas.

—Aoibhe, tranquilízate. Investiguemos qué ha pasado antes de involucrar al Consilium.

—¡Demasiado tarde! A estas horas, los humanos ya estarán denunciando a la policía lo que han visto, incluida nuestra... pequeña maniobra. El salvaje ha derramado sangre en el suelo. La plaza estará llena de agentes dentro de nada. ¿No lo entiendes?

Ibarra bajó los brazos y entornó sus ojos negros.

—No me hables como si fuera idiota, Aoibhe. Claro que lo entiendo.

Ella lo miró furiosa.

—Pues ayúdame a limpiar todo esto antes de que lleguen.

Maldiciendo entre dientes, el vasco hizo lo que le ordenaban.

15

El Príncipe estaba inquieto.

Su equipo de espías lo había informado de que los Emerson se habían marchado de la ciudad con destino a Umbría. En realidad, su marcha no suponía un problema grave. No había ningún lugar en el mundo al que él no pudiera acceder. Simplemente, unos lugares eran más prácticos que otros.

Umbría no le quedaba muy lejos.

Debería pedir permiso a la princesa de aquella región para cazar en su territorio, pero su relación llevaba años siendo buena. Dudaba que le negara el beneplácito, aunque quizá le pidiera a cambio un favor sexual, tal como había hecho alguna vez en el pasado.

La princesa era muy hermosa y deseable, pero al Príncipe no le apetecía nada acostarse con ella, ya que en su cabeza sólo había espacio para una mujer de pelo color azabache y grandes ojos verdes.

Su campaña de venganza contra el profesor iba a tener que esperar. Tenía cosas más acuciantes de las que ocuparse.

Había estado vigilando a la mujer desde lejos, esperando que lo obedeciera y se marchara de la ciudad.

No lo había hecho.

Había ido a trabajar. Había ido a la consulta de la doctora. Había ido de compras.

El Príncipe soltó una maldición.

Sí, le había dado dos semanas de plazo, pero eso había sido una concesión. Esa mujer necesitaba una motivación más fuerte. Tenía que mostrarle lo que era el auténtico peligro.

El Príncipe se alimentó en su villa. Se dio el capricho de degustar sangre

humana fresca, seguida por una cosecha especial que había recolectado hacía varios siglos. Era uno de sus secretos mejor guardados.

A lo largo de los años, había ido bebiendo sangre de los antiguos, sangre que había extraído cuidadosamente o que había obtenido mediante otros métodos. Su contención al no bebérsela toda de golpe se veía recompensada cada vez que se permitía dar un sorbo. Sentía las fuerzas renovadas, la mente más aguda, los sentidos más afilados.

Alimentarse de sangre saciaba un deseo, pero despertaba otro. Esa noche sentía la necesidad de poseer a una mujer humana, joven y tierna. Quería besarla en la boca y clavarse en su interior. Quería mirarla a los ojos y ver reflejada en ellos confianza, no miedo. Quería que durmiera entre sus brazos como la esposa de Emerson dormía entre los suyos.

Quería a Cassita.

Pero, por varias razones, no podía tenerla. Y eso significaba que debería ir a buscar una sustituta adecuada.

La noche se había quedado lluviosa, lo que hacía que las calles estuvieran casi desiertas. No le iba a resultar fácil encontrar a una mujer que cumpliera con sus expectativas.

Y así fue como se encontró a la puerta de Teatro, un lugar que llevaba más de un siglo sin visitar.

Cuando entró en el club, los que lo reconocieron guardaron silencio. El barman y sus ciudadanos lo saludaron con entusiasmo cauteloso. Se inclinaron ante él y le cedieron sus asientos.

La música no había dejado de sonar. El Príncipe hizo una mueca. Sin duda la palabra *música* se usaba de manera poco adecuada para referirse a la disonancia rítmica que zumbaba en el sistema de sonido. No le resultaba entretenida en absoluto. Y no disfrutaba con ella.

Al revés. Se sentía excitado, impaciente, y esa música no hacía más que empeorar su mal humor.

Por suerte, los humanos lo ignoraron. Para ellos, el Príncipe era uno más. Lo veían atractivo, pero no se daban cuenta de su auténtica fuerza ni de su poder.

Aceptó uno de los asientos que le ofrecían y una copa de sangre tibia, y se sentó a observar a la multitud. Ya que no podía tener a la alondra, al menos

elegiría a alguien que se le pareciera. Aunque dudaba mucho que nadie tuviera un aroma tan dulce como el suyo.

Minutos más tarde había encontrado a una mujer de pelo oscuro y piel aceitunada que presumía de tener una figura que parecía un reloj de arena y unos brillantes ojos azules.

«Serviré», se dijo.

—Buenas noches, señor.

El Príncipe se olvidó de sus cavilaciones al ver que una mujer se inclinaba ante él. Llevaba un vestido de satén rojo y el pelo rubio recogido en un moño alto, que dejaba al descubierto unos hombros pálidos y un cuello elegante.

Controlando la irritación que le causaba que lo interrumpieran, asintió bruscamente y dejó la copa en la mesa.

—¿Puedo servirlo, señor?

—Servirme, ¿cómo?

—Como usted prefiera. —La mujer se arrodilló ante él y le apoyó las manos en las rodillas.

Él le deshizo el recogido y se enroscó la melena de la mujer alrededor de la muñeca.

—¿Tu nombre?

—Svetlana, señor —respondió ella, buscando aprobación con la mirada.

La expresión del Príncipe no cambió.

—¿Tu edad?

—Me transformaron hace cincuenta años, señor, durante una visita. Soy rusa. —Los labios de la mujer se abrieron expectantes.

—Una neófita. —El Príncipe le soltó el pelo y le apartó las manos bruscamente—. Levántate.

La cara de la neófita reflejó la sorpresa que sentía mientras se incorporaba.

Él tiró de las mangas de su camisa negra con impaciencia.

—Te perdono esta impertinencia, pero sólo porque eres una neófita. En el futuro no olvides que yo soy el cazador, nunca la presa —le advirtió entornando sus ojos grises.

—Perdón. —La rusa agachó la cabeza—. Su presencia es un gran honor.

Sólo quería mostrarle mi respeto.

El Príncipe alzó una ceja, escéptico.

—Estoy seguro de que algunos miembros del Consilium te agradecerían tu... generosidad. Pero no todos somos iguales. Si quieres llegar a vieja, harás bien en recordarlo.

Y, con una inclinación de la cabeza, la despidió.

La mujer hizo una reverencia y se alejó, desapareciendo entre la multitud.

Él frunció el ceño.

No siempre se había comportado así. Durante el tiempo que había seguido a su conversión, se había entregado a menudo a los placeres de la carne. Pero las cadenas que lo habían atado en vida eran difíciles de romper. Incluso ahora, después de tantos siglos, continuaba arrastrándolas. Tal vez fuera el único de su especie que seguía teniendo escrúpulos en lo que al sexo se refería.

Se cuidaba mucho de demostrarlo en público, y esa era la razón por la que se mantenía alejado de Teatro.

Lo que Aoibhe le había dicho era la pura verdad. Como príncipe, podía acostarse con cualquiera de sus súbditos. Pero lo que él deseaba hacer era yacer con una humana, no con un súcubo.

Se frotó la cara con las manos. Tal vez debería irse a casa.

Pero en casa lo asaltarían los recuerdos de Cassita, de su cuerpo destrozado deslizándose peligrosamente hacia la muerte. No era el sitio adecuado para olvidarse de ella.

Se le formó un nudo en el pecho a causa del enfado. Se acabó la bebida de un trago, decidido a conseguir la satisfacción que había ido a buscar allí.

Escrutó la multitud hasta que encontró a la mujer morena a la que había admirado hacía un rato. Era lo suficientemente atractiva para justificar un poco de culpabilidad.

Se levantó y se ajustó las mangas de su chaqueta.

Con los ojos fijos en la mujer, se dirigió hacia ella.

Tanto los seres humanos como los sobrenaturales se apartaban a su paso por igual. Pronto estuvo en el centro de la pista de baile. La mujer le daba la espalda.

Se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—Buenas noches.

Ella se estremeció.

—Hola.

Cuando volvió la cara, el Príncipe se sintió decepcionado al comprobar lo distintos que eran sus rasgos de los de Jane. Esta mujer era más hermosa, pero el hecho de que no fuera quien él deseaba en realidad le quitaba buena parte de su atractivo. Casi todo.

Cerró los ojos e inspiró. Su aroma era tentador.

Y estaba receptiva. Su pulso se había acelerado, al igual que su respiración, en el mismo momento en que habían establecido contacto visual.

El Príncipe le apoyó una mano en la cadera y la atrajo hacia sí. Ignorando por completo la música martilleante, empezó a moverse con ella de un lado a otro, siguiendo su propio ritmo sensual.

Ella le deslizó las manos bajo las solapas de la chaqueta, trazando las líneas de sus pectorales con sus dedos adornados con uñas pintadas de rosa.

—Eres muy fuerte. ¿Eres atleta? —preguntó alzando la voz para hacerse oír por encima de la música. No tenía que haberse molestado. El oído del Príncipe era excelente.

—Algo parecido. ¿Qué te trae por aquí? —Él la observó, sonriendo y examinando su reacción.

Ella le devolvió la sonrisa y se acercó un poco más.

—He venido buscando placer.

El Príncipe le apretó la cadera con más fuerza.

—Y ¿lo has encontrado ya?

Ella negó con la cabeza.

Él le rodeó entonces la cintura con las dos manos y la atrajo hacia sí hasta que sus cuerpos entraron en contacto. Cuando los pechos de la mujer le rozaron el torso, sintió que se le despertaba el deseo.

—Eres muy atractiva.

Ella sonrió con más ganas.

—Gracias. Tú también.

Cuando el Príncipe se echó a reír, ella lo imitó.

Él le retiró el pelo por detrás del hombro y le acarició la mejilla con el pulgar. Luego le acercó los labios al cuello.

Al momento oyó que el corazón de la mujer se aceleraba. La sangre le bombeaba a toda velocidad por las venas. Ella deslizó las manos hacia arriba, acariciándole el pecho y ascendiendo por el cuello hasta llegar a su pelo. Le rascó la nuca con suavidad.

Él le acarició el cuello con la nariz y luego lo besó apasionadamente, con cuidado de no marcárselo con los dientes. Ya habría tiempo para eso. La satisfacción siempre era mayor cuando se hacía esperar un poco. Y él siempre se había enorgullecido de ser un maestro de la satisfacción.

La mujer suspiró entre sus brazos, pegándose más a él.

El Príncipe siguió besándola, disfrutando de sus gemidos entusiastas. Cuando el aroma de su excitación fue demasiado fuerte para soportarlo, se separó de ella.

—¿Por qué paras?

—Quiero ser el único que oiga tus gemidos cuando te pruebe.

Ella le mordisqueó el pulgar con los ojos brillantes.

—Sí, por favor.

El Príncipe le dio la mano y tiró de ella.

—Vamos.

La sacó de la pista de baile y se dirigieron a uno de los pasillos. Un neófito, que trabajaba de guardián de seguridad, se inclinó ante el Príncipe y se hizo a un lado para permitirles el paso.

Pero, en ese momento, alguien se interpuso en su camino.

—Lorenzo. —El Príncipe saludó a su hombre de confianza, agarrando la mano de la mujer con más fuerza.

Lorenzo era italiano de nacimiento y primo lejano de la familia Medici. Había nacido en el siglo XVI y lo habían transformado cuando tenía veinte años. Tenía los ojos castaño claro y el pelo moreno y rizado. Los rizos le llegaban casi hasta los hombros. Era casi del mismo tamaño que el Príncipe, aunque más joven y mucho menos poderoso.

—Disculpe la interrupción, mi Príncipe. —Los ojos de Lorenzo se dirigieron un momento a la mujer antes de seguir hablando—. Pero hay una situación imprevista que requiere de su atención.

El Príncipe maldijo en voz alta.

—¿No puede esperar?

Lorenzo levantó una mano para mostrarle un teléfono móvil.

—Me temo que no.

El Príncipe dirigió una mirada asesina hacia el aparato. Los odiaba. Por razones de seguridad, no se permitía que nadie entrara con móvil en Teatro.

Si Lorenzo lo estaba usando, la situación tenía que ser grave.

Se volvió hacia el guardia.

—Acompáñala a una de las habitaciones y asegúrate de que nadie la molesta —le indicó.

Luego se llevó la mano de la mujer a los labios y le plantó un beso en el dorso.

—Estaré contigo enseguida. Hay bebidas en la habitación. Disfruta de la estancia mientras me esperas.

Ella sonrió y asintió antes de seguir al guardia pasillo abajo.

El Príncipe contempló las curvas de su trasero mientras se alejaba moviendo las caderas, embutidas en un ajustado vestido azul.

—¿Qué es tan importante que obliga a interrumpir mi entretenimiento? —preguntó dirigiéndole una mirada enfadada a su lugarteniente.

—Un incidente en Santo Spirito.

La mención del lugar hizo que el Príncipe se olvidara de su enfado.

«Cassita».

—¿Qué clase de incidente?

—Tal vez deberíamos seguir esta conversación en un sitio menos concurrido.

El Príncipe se dirigió furioso hacia la salida del club, apartando de su camino a humanos y no humanos por igual mientras cruzaba la pista de baile. Abrió la puerta de un empujón y salió al callejón. Estaba lloviendo.

Lorenzo lo siguió y cerró la puerta cuidadosamente tras de sí.

—Necesitamos hablar en privado —le dijo Lorenzo al guardia, que asintió y se retiró al otro extremo del callejón.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el Príncipe, apoyándose las manos en las caderas y bajando la voz.

—Un salvaje ha aparecido en Santo Spirito. Ha matado a un agente de la Interpol.

Él frunció mucho los labios.

—¿Algún testigo?

—Por lo visto, más de uno. Por suerte para nosotros, el agente iba de paisano.

—¿Alguna baja más?

—Sólo el salvaje. Ibarra y Aoibhe lo mataron y han reclutado a varios neófitos para que los ayuden a deshacerse de los cadáveres y a limpiar la escena del crimen.

—¿Qué se sabe de las patrullas de la frontera?

Lorenzo negó con la cabeza.

—Nadie ha denunciado una invasión.

El Príncipe frunció el ceño.

—Dobla la cantidad de patrullas inmediatamente y convoca una reunión del Consilium al alba.

—La policía local ha recibido denuncias por teléfono. Ya han enviado agentes al lugar del crimen, pero nuestro contacto ha conseguido aplazar las entrevistas.

—¿Qué es lo que han denunciado exactamente?

—Los testigos vieron a un hombre vestido de negro amenazando a una mujer. Esta escapó y se metió en una de las casas. Luego el hombre atacó a otro hombre y lo mató. Alguien denunció también la aparición de Aoibhe e Ibarra, pero esas denuncias han desaparecido misteriosamente. —Lorenzo sonrió.

El Príncipe se tomó unos momentos para procesar la información.

—¿El salvaje amenazó a la mujer?

—Eso he oído.

Las cejas del Príncipe se unieron hasta formar una sola línea.

—Y ¿por qué no está muerta?

—Los testigos afirman que no se le acercó. Probablemente llevara un amuleto.

El Príncipe se frotó la barbilla pensativo.

—¿Tenemos los nombres de los testigos?

—Sí.

—No podemos borrar del todo el rastro de lo sucedido sin despertar sospechas. Pídele a nuestro contacto que se ocupe de la investigación

personalmente. Recuérdale que compruebe si hay implicadas cámaras o teléfonos con los que puedan haberse tomado imágenes. Puede alterar los informes si es necesario.

Lorenzo hizo una reverencia.

—Sí, señor. ¿Y la mujer?

El Príncipe tuvo que hacer un esfuerzo para no demostrar ninguna emoción.

—Si lleva un amuleto, nadie podrá acercarse a ella. Me ocuparé del asunto personalmente.

Su lugarteniente lo contempló con curiosidad.

—¿Y el policía muerto?

—Probablemente Aoibhe haya quemado ya su cadáver. Dile a nuestro contacto que centre la atención pública en la investigación sobre la desaparición que ya debe de haberse puesto en marcha. Dile también que coloque algunas pruebas que impliquen al crimen organizado. Es una explicación plausible. Los informes de los testigos y las pruebas físicas pueden referirse a navajazos, no a heridas de colmillo. Y si algún testigo díscolo tiene que desaparecer... —El Príncipe se encogió de hombros.

—¿Y la otra mujer?

—¿Qué otra mujer?

—La que lo espera en el club. —Lorenzo señaló hacia la puerta.

El Príncipe se sobresaltó, puesto que se había olvidado de ella.

—Averigua su nombre y su dirección y ordena a uno de los guardias que la acompañe a casa. Que no la toque nadie.

—Como desee.

El Príncipe despidió a su lugarteniente y le ordenó al guardia de seguridad que volviera a ocupar su lugar. Luego echó a correr en dirección a Santo Spirito como si las fuerzas del propio infierno lo estuvieran persiguiendo.

16

La experiencia le decía al Príncipe que las coincidencias eran muy raras. Por eso se dirigía a toda velocidad a casa de Jane.

Era posible que otra mujer hubiera eludido el ataque del salvaje gracias a un amuleto. Era posible que el policía muerto no fuera el mismo hombre que había visto siguiéndola.

Quería asegurarse de que estaba bien, aunque tuvo mucho cuidado de que nadie lo viera. No quería llamar más la atención. Y, desde luego, no quería que se supiera que algunas reliquias no tenían efecto sobre él.

Maximilian y sus aliados habrían pensado que su actitud era paranoica e innecesaria. Pero había una razón por la que su grupo había durado tanto. No era casualidad que su principado fuera un lugar seguro mientras que otros vecinos estaban amenazados o habían sido destruidos. Y la razón era que él no compartía sus secretos con nadie.

Los humanos no podían tratar de combatir algo que no sabían que existía. Y no podían ponerse en contacto con los enemigos del grupo si no sabían que ese grupo existía.

Hubo un tiempo en que el Príncipe y los suyos eran muy conocidos en Europa y no escondían su existencia. Pero luego llegó la peste negra y envenenó sus reservas de comida. Su grupo se había visto muy mermado: algunos habían sido destruidos a causa de la debilidad que les provocaba el hambre; otros habían abandonado Europa, en busca de lugares libres de la peste.

Después apareció la Curia. Era un grupo misterioso, formado por seres humanos que poseían poderes sobrenaturales limitados. Habían iniciado una guerra para tratar de eliminar a los de su especie. Cuando esta acabó, ninguna

de las dos partes había ganado, aunque ambos bandos afirmaron haber sido los vencedores. La incómoda tregua que se estableció entre la Curia y los principados europeos obligó a los grupos a vivir en la clandestinidad, en sociedades secretas y misteriosas. Cualquier exposición pública era un peligro.

Con el auge de la Ilustración y el triunfo de la ciencia sobre lo sobrenatural, los encuentros que algunas personas mantuvieron con seres de su especie se convirtieron en historias, y las historias pronto se transformaron en mitos. La Curia únicamente intervenía para proteger a la gente del peligro que vivía entre ellos cuando se sentían provocados. Por eso los grupos trataban de pasar desapercibidos, para no llamar la atención.

El Príncipe protegía celosamente su ciudad, hasta el punto de matar si era necesario. El salvaje y los testigos humanos eran una amenaza para su mundo. Los que escapaban con vida del ataque de un salvaje también suponían una amenaza.

Y si la víctima había sido Cassita...

Examinó la piazza desde el edificio vecino.

Podría haber elegido un observatorio mejor, como, por ejemplo, el tejado de la iglesia. Pero, aunque podía penetrar en terreno sagrado, cuando lo hacía pagaba un precio, y solía evitar el dolor que le causaba siempre que podía. Las únicas excepciones acostumbraban ser las escaladas triunfales a la cúpula de Brunelleschi. Y sólo subía antes de que el sol se ocultara y los suyos se despertasen.

Desde su punto de vigilancia podía ver los movimientos de la policía. Habían acordonado un área delante de casa de Jane y habían levantado unas tiendas para proteger la zona de la lluvia. Vio que uno de los agentes arrastraba una Vespa negra hacia la tienda. La moto le resultaba familiar.

Manteniéndose siempre en las sombras, el Príncipe saltó al suelo por la parte de atrás del edificio y se dirigió a casa de Raven. Abrió la puerta trasera y entró sigilosamente, librándose al fin de la lluvia. La escalera estaba iluminada, pero no había nadie.

Al secarse las gotas de lluvia de la cara y del pelo rubio, contuvo el aliento. La vecina de Jane tenía cáncer. Lo había olido la última vez que había estado allí, y era de lo más desagradable. No le apetecía nada tener que

volver a olerlo.

Miró hacia arriba y se planteó cortar la electricidad del piso de Jane.

Quería hablar con ella, pero, al mismo tiempo, no quería.

Deseaba sacudirla hasta que entendiera que debía marcharse de la ciudad. Pero también quería asegurarse de que estaba a salvo y de que no le había contado nada a la policía. Y sería difícil enterarse sin preguntárselo directamente... y sin asustarla un poco, admitió a regañadientes.

Cuando le salvó la vida aquella noche —hacía ya más de una semana—, no tenía ni idea de que aquel acto iba a cambiarle la vida. No se imaginaba que iba a tener que salvarla una y otra vez.

Debía abandonar Florencia cuanto antes. Por su propia seguridad, pero también por la de la ciudad. Tenía que marcharse de allí y no volver jamás.

Instantes después, había cortado la luz de casa de Jane y se había colado en su apartamento tras abrir la cerradura con facilidad.

Se movió por la cocina haciendo algo de ruido. Quería anunciarle su llegada para que no se asustara demasiado. Oía su pulso y su respiración, así que sabía que estaba despierta.

Al acercarse al dormitorio, ella empezó a moverse.

—¿Estás herida? —le susurró en italiano.

Sabía que no lo estaba. Podía oler su sangre, por supuesto, pero el aroma era débil. No tenía ninguna herida abierta por la que se escapara la sangre. Y, más sorprendente todavía, no había derramado lágrimas.

Su Cassita no había llorado. Se sintió orgulloso de ella.

Se quedó inmóvil un momento y la oyó esforzarse por respirar sin hacer ruido. Pero era inútil: la oía igualmente.

El Príncipe entró en la habitación.

En el preciso momento en que cruzó el umbral, ella salió de detrás de la puerta y trató de golpearlo con algo a la altura de las rodillas.

Él saltó, evitando el objeto.

Raven maldijo y siguió golpeando a ciegas, inclinándose hacia delante y tambaleándose.

Cuando él volvió a poner los pies en el suelo, le quitó lo que resultó ser su bastón y lo rompió en dos trozos con un ruido sordo. Lanzó los dos pedazos al otro extremo de la habitación, ignorando el ruido que hicieron al chocar

contra la pared. Luego agarró a Raven y la atrajo hacia sí hasta que sus pechos entraron en contacto.

Durante unos instantes se la quedó mirando. Tenerla entre sus brazos resultó ser una distracción muy palpable, igual que sus grandes ojos verdes, que lo miraban sin verlo.

—¡Suéltame! —Ella trató de liberarse dándole un empujón en los hombros.

—He venido a comprobar si estabas herida. Ya veo que no.

—¡He dicho que me sueltes! —exclamó ella sin parar de empujarlo y de darle patadas.

Él maldijo y la sujetó con más fuerza hasta levantarla del suelo.

Estaban muy cerca. Tanto que el Príncipe notaba el aliento en su cara. Si se acercaba un par de centímetros más, se apoderaría de sus labios.

Instintivamente, se aproximó a su boca.

—Has vuelto —dijo ella, respirando agitadamente.

—Sí, Jane.

—Me estás haciendo daño.

El Príncipe se quedó inmóvil, con la mirada fija en su preciosa boca.

La dejó en el suelo y aflojó el abrazo, pero no la soltó del todo. Sus brazos seguían rodeándola, por lo que sus cuerpos continuaban en contacto desde los hombros hasta los muslos.

Él le retiró el pelo de la cara.

Raven volvió la cabeza.

—No me toques.

Esta vez, la soltó.

Raven intentó alejarse de él tanto como pudo. Desorientada por la oscuridad, tropezó y se cayó.

El Príncipe vio horrorizado cómo su frente impactaba con el borde metálico de la cama.

El olor penetrante de la sangre impregnó la habitación.

Raven soltó un grito de dolor.

Él se plantó a su lado rápidamente y se agachó hasta quedar a su altura.

—Déjame ver.

Raven se llevó la mano a la frente en silencio.

Él le apartó los dedos y maldijo.

—No te muevas.

Se sacó un pañuelo del bolsillo y fue al baño a empaparlo de agua. Al volver, ella seguía sentada en el mismo sitio, aturdida.

—Esto te irá bien. —El Príncipe le puso la tela mojada en la frente.

Ella hizo una mueca al notar el frío.

—Me he dado en la cabeza.

—Sí, ya lo he visto.

—Bueno, es que no todos podemos ver en la oscuridad, ¿sabes? —replicó ella molesta.

—Empiezo a darme cuenta.

El Príncipe no pudo evitar inhalar su aroma. No le resultó especialmente atractivo. La dulce cosecha de Jane estaba mezclada con la sangre de los antiguos que le había suministrado, y nunca le había gustado mucho ese aroma.

—Te curarás más rápido de lo habitual, pero igualmente mañana te quedará marca.

—¿Por qué me curaré más rápido?

Él apretó los labios antes de responder.

—Tienes problemas más graves de los que preocuparte —dijo.

—La salud es mi mayor preocupación. Dime por qué tardaré menos en curarme.

—Vete de la ciudad y te lo contaré.

El Príncipe levantó el pañuelo para examinar la herida y sacudió la cabeza.

El pulso y la respiración de Raven se habían serenado un poco, pero seguía oliendo a miedo. Tenía ojeras. Parecía agotada.

—No pretendía que pasara nada de esto —le dijo con suavidad.

—Estoy bien. —Raven trató de apartarle la mano, pero él la mantuvo firme presionando la tela sobre la herida.

—Tal vez te quede una cicatriz.

—Vaya, ya no podré ser Miss América.

—¿Cómo?

—Déjalo.

—Me desconciertas —susurró él, casi para sí.

Con delicadeza extrema, subió la otra mano y le acarició la mejilla.

A Raven le sorprendió lo reconfortante que era su contacto. Lo racionalizó diciéndose que estaba alterada por el golpe y que, en realidad, su tacto no tenía nada de particular. Era como el de cualquier otro hombre. Podría ser la caricia de cualquier buen samaritano.

Sin previo aviso, él la ayudó a levantarse y la llevó hasta la cama. Hizo que se sentara y se aseguró de que se apretase el pañuelo contra la herida.

—Esta noche ha pasado algo en la piazza. ¿Lo has visto? —El Príncipe trató de parecer despreocupado.

Ella se estremeció.

—Sí.

—¿Has tenido miedo?

El corazón de Raven se saltó un latido, lo que le dio la respuesta afirmativa que estaba buscando.

—¿Vas a matarme? —susurró ella.

Él sonrió.

—Si hubiera querido matarte, ya estarías muerta. Y no me habría molestado en darte la reliquia. Ni mi pañuelo. Puedes quedártelo.

Raven se quitó el pañuelo de la frente y le dio vueltas entre las manos. No lo veía, pero al tacto le pareció de lino.

Volvió a colocárselo sobre la herida.

—El hombre que mató al otro hombre... ¿Era con él con quien debía tener cuidado?

—No era un hombre —se apresuró a responder el Príncipe—. Y no, no esperaba que una criatura como esa entrara en mi ciudad.

—¿*Tu* ciudad?

—*La* ciudad —rectificó él rápidamente.

—Si no era un hombre, ¿qué era?

—Los llamamos *salvajes*. Y, como has comprobado, son muy peligrosos.

—¿Hay más?

—Sí, pero los mantenemos fuera de la ciudad. No sé cómo, este logró colarse por la frontera.

—Pero entonces ¿no era él con quien debía tener cuidado?

El Príncipe apretó los dientes.

—No.

A Raven se le disparó la adrenalina. El Príncipe la olió y notó cómo se le aceleraba el pulso.

—Era un caníbal —dijo ella, haciendo un esfuerzo.

—Es una manera de decirlo.

—Me vio primero a mí. ¿Por qué no me atacó?

Él frunció el ceño.

—Es obvio, ¿no? Por la protección que te proporciona lo que llevas colgando del cuello.

Raven se quitó el pañuelo de la frente.

—Tonterías.

—Ignorancia —replicó él enfadado—. Vosotros, la gente moderna, vivís en vuestra propia versión de la Edad Media. Rechazáis lo que no podéis entender. Si no lo detuvo la reliquia, ¿qué fue?

Raven cerró la boca. No sabía qué decir.

El Príncipe relajó la postura y bajó el tono de voz.

—¿Te duele?

—Estoy bien.

—Lo dudo. Corres peligro; un peligro muy real. Hoy has visto a un salvaje alimentándose y no te has puesto histérica —comentó él con un leve tono de admiración—. Pensaba que no eras consciente del riesgo al que te enfrentabas, pero ahora sé que no es verdad. Empiezo a creer que eres valiente.

Ella buscó una almohada a ciegas y, cuando la encontró, la abrazó con fuerza.

—¿Para qué has venido?

Al Príncipe se le borró la sonrisa de la cara.

—Ya te lo he dicho: he venido a asegurarme de que estabas bien.

—¿Por qué?

—¿Importa eso? —preguntó él con frialdad.

—¿Por qué cortas la luz del apartamento cada vez que vienes?

—¿Por qué no haces lo que te digo y te marchas de la ciudad?

—Me diste dos semanas. Esperaba que cumplieras tu palabra.

—Eso fue antes de que un policía muriera a manos de un salvaje justo enfrente de tu casa. ¿Qué más tiene que pasar para que te decidas a irte?

Al Príncipe se le había acabado la paciencia. Le dio la espalda y se dirigió hacia la puerta.

—Es posible que fuera el mismo hombre que vi siguiéndote, pero no estoy seguro —declaró.

Raven abrazó la almohada con más fuerza.

—Vio que el otro hombre me gritaba. Vino a ayudarme.

—Los policías tienen esa costumbre —replicó él con suficiencia.

Ella dirigió una mirada despectiva en dirección a la voz.

—Te da igual, ¿verdad? No te importa que muriera por protegerme.

—No, no me importa. No necesitabas su protección. Yo te estaba protegiendo con la reliquia.

—¿Por qué?

—Buena pregunta.

—Tiene que haber una razón. —Raven se volvió hacia la ventana, que estaba cerrada—. No tengo dinero. No tengo nada de valor. ¿Qué quieres de mí?

Al Príncipe le vinieron varias respuestas a la mente, pero no tenía ninguna intención de compartirlas con ella. Ni de darles muchas vueltas en la cabeza.

Se acercó a la cama y adoptó un tono más amable.

—Tal vez tus ojos verdes me hayan cautivado.

Ella pestañeó en la oscuridad.

—Ahora sí sé que me estás mintiendo. ¿Por qué no me dices de una vez quién eres y qué quieres de mí?

El Príncipe le dirigió una mirada tan acerada que Raven casi pudo sentirla.

—Quiero que abandones la ciudad.

—Pareces estar muy al día de todo lo que sucede en Florencia. A mí me ocurrió algo la semana pasada. Perdí la memoria y... todo cambió.

—Lo sé —murmuró él.

—Cuéntame lo que sucedió. —Raven dejó la almohada a un lado y se acercó al borde de la cama—. Por favor.

Él apretó los dientes.

—No.

—Tengo derecho a saberlo. Tienes que decírmelo —suplicó ella con una expresión que le retorció las entrañas.

—Prométeme que te marcharás de la ciudad y te contaré todo lo que quieras saber —insistió él.

Ella se sentó sobre las rodillas.

—Si la reliquia funciona, ¿por qué tengo que irme?

—¿Estás loca?

—¿El hombre que atacó al policía es el mismo que mató a los otros?

El Príncipe se quedó de piedra.

—¿Qué otros?

—*La Nazione* dice que encontraron varios cadáveres río abajo.

Él entornó mucho los ojos.

—¿Cuándo?

—Salió en el periódico de ayer, pero aún no he podido leer el artículo.

El Príncipe se alejó todo lo que pudo, dirigiéndose al extremo opuesto de la habitación. Su mente funcionaba a toda velocidad. No sabía nada de esos cadáveres, y el enfado que le causaba que algo escapara a su control era enorme.

Raven lo oyó moverse y se hizo a un lado en la cama.

—¿Por qué no acudes a la policía? —inquirió—. La Interpol está en la ciudad investigando el robo de los Uffizi. ¿Por qué no denuncias a esa gente tan peligrosa?

—Porque no puedo.

—¿Por qué no?

—¡No pretendas dar consejos sobre cosas que no entiendes!

Sin amilanarse por su mal genio, ella insistió:

—¿No quieres denunciarlos pero serías capaz de atacarlos para defenderme? ¿Por qué debería creerte?

—No tienes por qué creerme. —El Príncipe bajó el tono de voz hasta convertirlo casi en un gruñido y añadió—: Con que te vayas de la ciudad, bastará.

—Me diste la reliquia para ayudarme. Me advertiste de que tuviera cuidado con los otros. Esta noche, cuando te has enterado del ataque del

salvaje, has venido a ver si estaba bien. Es evidente que no quieres hacerme daño. Y si eres lo bastante poderoso como para saber lo que se cuece en la ciudad, también tienes que serlo para ayudarme.

»Por favor, no me obligues a marcharme —añadió Raven en un susurro—. Florencia es el único sitio donde he sido feliz.

Él permaneció en silencio. Cerró los ojos y se frotó la frente antes de hablar.

—Hace mucho tiempo, vine aquí buscando la felicidad.

—Y ¿la encontraste?

—No.

—Yo sí. —El tono de Raven demostraba que era sincera—. Me marché de Estados Unidos para empezar una nueva vida. Si me obligas a volver, no me quedará nada.

En la oscuridad, el Príncipe observó su rostro elevado hacia él. Su piel impecable, sus rasgos perfectos, la larga melena oscura. Era preciosa, inteligente y valiente. Algo muy parecido a la admiración había encendido una hoguera en su pecho que no hacía más que crecer.

Negó con la cabeza. No había ido a su casa para admirarla. Cualquier contacto que estableciera con ella sólo podía acabar llevándolo a la oscuridad.

Cambió de tema bruscamente.

—¿Conoces la historia de Cupido y Psique?

—Y eso ¿a qué viene ahora? —preguntó ella con un deje de irritación.

—Aprende de los errores de Psique y haz lo que te digo.

—¿Así que tú eres Cupido?

Él se acercó y respondió con un susurro:

—Yo soy el monstruo que se oculta en la oscuridad.

—Dudo que un monstruo se dedique a ir repartiendo artefactos religiosos a damas en apuros.

—Por si aún no te has dado cuenta, no los voy repartiendo por ahí. Y te di dinero. Úsalo para volver a Estados Unidos.

—Está en una caja de zapatos en mi armario. No lo quiero.

—Lo vas a necesitar.

Raven levantó las manos.

—Todo esto tiene que tener una explicación razonable. El hombre que

mató al otro estaba perturbado. No es muy amable por tu parte llamarlo salvaje. Y tú y los demás formáis parte de una organización criminal. Es obvio —acabó diciendo, con una nota de esperanza en la voz.

—Tu capacidad de negar la realidad es divertida, pero no cambiará nada.
—El Príncipe se cruzó de brazos.

—Te agradezco tu ayuda. No sé por qué a ese hombre le molestó tanto el crucifijo, pero me alegro de que fuera así. Podría haberme matado. Sin embargo, te equivocas con respecto al peligro. Te lo prometo: no soy nadie especial. Trabajo en la galería, salgo con mis amigos, dibujo y pinto. No conozco ningún secreto de Estado, ni tengo acceso a la seguridad del museo. Sólo soy una aburrida profesora adjunta que está haciendo su trabajo de investigación posdoctoral. Nada más.

—No estoy de acuerdo. Pero ya llevo demasiado tiempo aquí. Si los acontecimientos de esta noche no te animan a marcharte, ya no sé qué te convencerá. Te he advertido dos veces. Lo que pase a partir de ahora ya es responsabilidad tuya —dijo él con frialdad.

—No me iré de la ciudad.

—¿Aunque te cueste la vida? —La expresión del Príncipe mostraba su enfado.

Raven se volvió hacia él con tozudez.

—Eso no va a pasar —replicó.

—Muy bien.

El Príncipe maldijo antes de levantar los brazos ante él con las palmas hacia arriba y declarar:

—*Innocens ego sum a sanguine.*

A continuación, dejó caer las manos y se dirigió hacia la puerta.

—Cuando vengas a suplicarme ayuda, te recordaré este momento —añadió—. Te pediré algo a cambio. Y tú me lo darás.

—No iré a buscarte. Y, por descontado, no pienso suplicarte —replicó ella desdeñosa.

Él regresó junto a la cama.

—Sí lo harás. —Le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. No tienes ni idea de lo que has hecho.

El Príncipe se perdió unos instantes en la suavidad de su piel y en la

belleza de sus ojos.

Cuando volvió la luz, Raven estaba sola.

17

Bajo la ciudad de Florencia yace un laberinto de túneles, pasadizos secretos y catacumbas. Los ciudadanos del inframundo usaban los túneles, sobre todo durante el día, cuando no podían salir al exterior.

Todos ellos convergían en el gran salón situado bajo el palazzo Riccardi, que se usaba para reuniones del Consilium y otros actos oficiales de Estado. Los muros del salón se hallaban decorados con tapices y pinturas sobre tabla que ilustraban la historia de la ciudad. También se exhibían varias armaduras, espadas y otro tipo de armas.

La sala estaba a oscuras. El cableado eléctrico no había llegado al inframundo, por lo que el cavernoso salón se iluminaba con antorchas que colgaban de las paredes, así como con elaborados candelabros de pie. Las sombras danzaban sobre los rostros de los seres que se habían reunido allí.

No dejaba de ser curioso que las ratas no se acercaran nunca a esos túneles.

—Que comience la reunión del Consilium —anunció Lorenzo, golpeando el suelo con la alta vara adornada con una flor de lis dorada en la parte superior.

Al oírlo, los otros cinco miembros del consejo se acercaron y se sentaron en las sillas de madera, de respaldo alto y tapizadas de terciopelo rojo. Estas se hallaban colocadas de tres en tres, mirando hacia la cabecera de la sala, a lado y lado de un pasillo central cubierto por una alfombra también roja.

Instantes después, el Príncipe cruzó las grandes puertas de la sala con la capa de terciopelo negro ondeando tras él. Recorrió a buen paso el pasillo hasta llegar al gran trono dorado situado sobre una plataforma elevada.

No parecía contento.

Mientras los miembros del Consilium iban vestidos con ropa formal de la época renacentista, con mantos de terciopelo rojo, el Príncipe llevaba un atuendo moderno, con la excepción de la capa. Como siempre, iba vestido de negro de la cabeza a los pies.

Los miembros del consejo se habían levantado al verlo entrar y, cuando hubo ocupado su lugar en el trono, se inclinaron ante él. Él respondió con impaciencia, indicándoles que se sentaran con un gesto de la mano antes de volverse hacia su lugarteniente.

—Despeja la sala —ordenó—. Ofrece mis disculpas a los ciudadanos y asegúrate de que haya comida para todos.

Lorenzo volvió a inclinarse para ocultar su disgusto e inmediatamente dio órdenes a los centinelas de que invitaran a los ciudadanos a salir de la sala. Luego dio instrucciones a Gregor, el asistente del Príncipe, con respecto a la comida.

Era costumbre mantener a varios humanos en reserva durante las reuniones del consejo por si a alguien se le abría el apetito.

(Al parecer, esta vez los miembros del Consilium iban a quedarse sin *catering*).

El Príncipe paseó una mirada de fría indiferencia sobre los miembros del consejo. Sus ojos grises iban saltando de cara en cara.

Todos estaban sentados por orden de rango. Lorenzo ocupaba el lugar de honor, a la derecha del Príncipe. Niccolò, un famoso florentino que había sido canciller de la ciudad cuando era humano, se sentaba junto al lugarteniente. Aoibhe estaba a la derecha de Niccolò.

Al otro lado del pasillo, a la izquierda del Príncipe, se sentaban Maximilian, Pierre e Ibarra.

—Hemos de tratar unos cuantos temas importantes —anunció el Príncipe con brusquedad—, así que los asuntos ordinarios deberán esperar a la siguiente reunión.

Buscó a Aoibhe y le sostuvo la mirada.

—Aoibhe.

Ella se levantó.

—Sí, señor.

—Cuéntame lo del salvaje.

Los ojos marrones de la irlandesa buscaron los de Ibarra, que le devolvió la mirada durante un segundo.

—Anoche Ibarra y yo nos encontramos con un salvaje en Santo Spirito.

A pesar de las inquietantes noticias, sus colegas guardaron silencio, porque la aparición del salvaje ya había llegado a sus oídos.

—Cuéntanos qué pasó, para que se enteren los miembros del consejo. — El Príncipe tenía la vista fija en Ibarra, al que estaba observando con severidad.

—El salvaje mató a un humano en la piazza. Cuando nos acercamos, nos atacó. Lo decapité y luego nos llevamos su cuerpo y el del humano fuera de la ciudad y los quemamos.

—Pierre. —El Príncipe se volvió hacia el miembro del Consilium que estaba a cargo de la inteligencia humana.

El francés se levantó e hizo una reverencia.

—Sí, mi Príncipe.

—¿Qué se sabe del policía?

—El humano muerto era un agente de la Interpol que estaba investigando a una mujer que vive en Santo Spirito. Por lo que sé, ella está relacionada con un caso de robo en los Uffizi.

Al oír eso, los miembros del Consilium empezaron a murmurar entre sí.

—¿Y? —lo espoleó el Príncipe.

—La investigación se dirige actualmente hacia el crimen organizado, siguiendo nuestra sugerencia de que el agente en realidad fue apuñalado. Creen que se llevaron el cadáver. La policía tiene previsto entrevistar a la mujer para establecer si sabe algo sobre su desaparición.

El Príncipe controló cuidadosamente su reacción.

—Retira el expediente de la mujer de la investigación e implica a los rusos. En los últimos años se han vuelto demasiado grandes y arrogantes. Será divertido ver cómo salen corriendo en desbandada. Y una guerra entre la mafia y los rusos distraerá la atención de la policía.

»¿Qué hay de los testigos humanos?

—Nos hemos ocupado de ellos, señor. Todos han declarado ante la policía que el ataque fue un apuñalamiento. Y los que se resistieron al control mental ya están fuera de circulación.

—¿Estás seguro?

Pierre miró al Príncipe confundido.

—Claro, señor.

—No tenemos margen de error —le advirtió él.

—Por supuesto que no, señor.

—Es obvio que este conflicto se podría haber evitado si el salvaje no hubiera cruzado la frontera. —El Príncipe fulminó con la mirada a Ibarra antes de volver a dirigirse a Pierre—: ¿Se supone que el salvaje que mató Aoibhe es el mismo que viste la otra noche?

—No puedo afirmarlo con seguridad, señor, pero nadie ha visto a ningún otro salvaje en la zona y tampoco ha habido más muertes inexplicables.

El Príncipe alzó las cejas.

—¿Ninguna? Ha salido en el periódico que han encontrado varios cuerpos río abajo. ¿Qué hay de eso?

Los ojos azules de Pierre se abrieron como platos.

—¿Varios cuerpos? —repitió.

El Príncipe asintió con brusquedad.

—Lo siento, señor. No he oído nada sobre eso. Hablaré con mis contactos en cuanto salga de aquí y les preguntaré qué saben al respecto.

—Mal asunto que no sepas lo que se cuece dentro de la comisaría, Pierre.

—Pondré remedio a la situación de inmediato. Me ocuparé de nuestro informador personalmente. —Pierre hizo una profunda reverencia y regresó a su asiento.

—¿Y mi lugarteniente? ¿Sabías algo de los cuerpos?

Lorenzo se levantó y agachó la cabeza.

—No, mi Príncipe.

Él resopló frustrado.

—¿Voy a tener que disolver el consejo a la vista de estos fracasos?

Los miembros del Consilium se revolviéron incómodos en sus sillas.

Volviéndose hacia el jefe de seguridad, el Príncipe preguntó a continuación:

—Ibarra, ¿qué se ha hecho para localizar al salvaje que vio Pierre?

El vasco se levantó, muy tenso.

—Incrementamos el número de patrullas. También se han llevado a cabo

partidas de búsqueda tanto en la ciudad como en las catacumbas. No hemos encontrado nada, lo que me lleva a pensar que era el mismo salvaje que eliminamos.

—Una conclusión muy cómoda. ¿Y las fronteras?

—He hablado con todos los que estaban de guardia anoche. No hubo ningún avistamiento de salvajes ni hay señales de que nadie haya cruzado las fronteras sin permiso. El salvaje debía de estar ya dentro de la ciudad, escondido. Tal vez fuera él el responsable de los cadáveres que aparecieron.

—Tal vez —repitió el Príncipe enfadado—. Como Consilium, os habéis relajado demasiado. —Se volvió hacia Ibarra—. Nuestras fronteras fueron violadas por los venecianos en tiempos de tu predecesor, y en la actualidad sus cenizas fertilizan nuestros campos. Ahora han vuelto a ser violadas por, al menos, un salvaje, si no más. Y, sin embargo, tus patrullas no sabían nada.

Ibarra apretó los puños.

—Con el debido respeto, esa conclusión es precipitada, señor. No sabemos si el salvaje cruzó la frontera. Con una investigación a fondo puedo...

—No puedes hacer nada —lo cortó el Príncipe—. Te relevo de tus funciones y de tu puesto en el Consilium.

Los demás miembros del consejo intercambiaron miradas y cuchichearon entre sí.

—Silencio —espetó el Príncipe—. La seguridad es esencial si queremos sobrevivir. La ciudad corre peligro por culpa del fracaso de Ibarra. Niccolò asumirá el control de las fronteras y de las patrullas, simultáneamente con sus otras obligaciones como jefe de inteligencia, a partir de este momento.

Al oírlo, el florentino se levantó y el Príncipe se dirigió a él.

—Quiero que incrementes el número de patrullas; que varíen los horarios, y quiero que me pases informes diarios. Espero que no me decepciones.

Niccolò hizo una reverencia.

—Sí, Príncipe.

El líder siguió soltando instrucciones.

—Maximilian, redobla los esfuerzos entrenando a los neófitos. Aoibhe, ocúpate de que se transformen más humanos para expandir nuestras tropas. —Y, señalando con la barbilla a Pierre, añadió—: Espero una investigación y

un informe detallado de los cuerpos encontrados.

—¿Me está relevando por culpa de un salvaje? —protestó Ibarra dando un paso hacia el Príncipe—. Podría llevar décadas en la ciudad. O podría ser uno de los nuestros, que se ha vuelto loco.

—Ah, ¿lo reconociste? —se burló el Príncipe.

El vasco no respondió, pero su cara dejaba ver la furia que sentía.

—No era uno de nosotros —se apresuró a replicar Aoibhe—. Era un salvaje antiguo. No podía llevar demasiado tiempo en Florencia. Habría llenado la ciudad de cadáveres.

Ibarra maldijo a Aoibhe en euskera, usando palabras muy despectivas.

—¡Ya basta! —bramó el Príncipe—. Ibarra de los Euskaldunak, quedas desterrado de la ciudad de Florencia desde este mismo momento.

»Aoibhe, Niccolò, escoltad a Ibarra. Sacadlo de la sala del Consilium y permaneced con él hasta la puesta de sol. Llevaos un destacamento con vosotros y acompañadlo hasta la frontera. Si se resiste, matadlo.

El Príncipe los despidió con un gesto de la mano y se volvió luego hacia Lorenzo.

—Ocúpate de que todos los ciudadanos se enteren del destierro y de que este se cumpla a rajatabla.

Niccolò y Aoibhe intercambiaron una mirada antes de colocarse a lado y lado de Ibarra.

—No ha habido ninguna violación de las fronteras —insistió Ibarra con los dientes apretados—. Me habría enterado. Me habrían informado.

El Príncipe no se molestó en mirarlo.

—Si vuelves, serás ejecutado.

El vasco soltó una maldición.

—Las fronteras son seguras. Y las patrullas están siempre alerta. Las entrené personalmente. Si el salvaje vino del exterior, alguien debió de ayudarlo a entrar.

—Eso es ridículo. ¿Quién iba a hacer una cosa así?

Ibarra le dirigió una mirada implacable.

—El informador veneciano. Nunca acabamos de descubrir quién vendió los secretos de nuestro viejo sistema de seguridad. Seguro que sigue en la ciudad, creando el caos. ¿Cómo, si no, iba a cruzar la frontera el salvaje?

—Una excusa muy apropiada —comentó Lorenzo—. ¿Tienes pruebas?

—No, pero las encontraré.

El Príncipe levantó una mano y todos guardaron silencio.

—Ibarra, has tenido dos años para averiguar la identidad del traidor. Has investigado a todos los que tenían algún tipo de relación con los sistemas de seguridad y has sido incapaz de encontrarlo. Nada me hace pensar que vayas a conseguirlo ahora. Has fracasado en el desempeño de tus funciones. Tienes suerte de marcharte de la ciudad con la cabeza sobre los hombros. Fuera de mi vista.

El Príncipe hizo una leve inclinación de cabeza en dirección a Aoibhe y a Niccolò, que se llevaron a Ibarra hacia la salida.

El vasco iba soltando maldiciones mientras se alejaba, mostrando su disgusto con el Príncipe y los miembros del Consilium.

Cuando ya se estaban acercando a las puertas, dio un salto hasta la pared más cercana y se hizo con una de las espadas que colgaban del muro. Blandiéndola con ambas manos, corrió hacia el trono.

El Príncipe se levantó al instante.

—Si das un paso más, será el último que des.

Ibarra desoyó la advertencia y siguió corriendo hacia el viejo Príncipe con la espada en alto.

Lorenzo tomó una espada parecida que formaba parte de una armadura y se la lanzó a su señor.

Este la recibió y la capa le cayó de los hombros al levantar la espada en el preciso momento que Ibarra trataba de cortarle la cabeza.

Mientras los dos seres sobrenaturales luchaban, el sonido del metal de las armas al colisionar inundaba la sala.

Al principio, el Príncipe contaba con la ventaja de la posición, ya que la plataforma estaba elevada, pero pronto la abandonó y fue descendiendo por la escalera, soltando un mandoble tras otro.

Ibarra era fuerte, pero no podía hacer frente a alguien como él. Atacó una y otra vez, buscando una abertura, pero el líder neutralizaba sus golpes con facilidad.

Cuando el vasco lanzó un ataque a las piernas del Príncipe, este dio un salto y aterrizó a la espalda del vasco. Antes de que Ibarra supiera lo que

estaba pasando, el Príncipe le cortó la cabeza de un golpe. El sonido del metal reverberó unos instantes en el aire.

La cabeza de Ibarra se separó de sus hombros y cayó al suelo, donde fue rodando hasta llegar a los pies de Aoibhe.

Esta suspiró al mirar a los ojos del que había sido uno de sus últimos amantes.

El Príncipe levantó la espada ensangrentada para que todos la vieran antes de clavarla con fuerza en el suelo.

—Que se quede aquí, como advertencia para futuros traidores.

Volvió a la plataforma y se limpió las manos en la capa antes de tirarla a un lado con desdén.

—Lorenzo, toma la cabeza del traidor y clávala en una pica. Déjala al lado de la espada y haz que los ciudadanos entren a ver las dos cosas. Maximilian, tú y Pierre llevad el cuerpo fuera de la ciudad y quemadlo.

El Príncipe miró a los ojos del resto de los miembros del Consilium.

—Al próximo que me traicione no lo mataré tan deprisa.

18

Raven creía en la ciencia, en el testimonio de los sentidos, en el poder de la razón humana y en la veracidad de sus propias percepciones. No creía en la religión ni en los textos sagrados, como tampoco en lo sobrenatural ni en la vida después de la muerte.

Por eso creía que el intruso era un miembro del crimen organizado y que el supuesto salvaje era en realidad un enfermo mental necesitado de ayuda.

Tres días después de que se diera el golpe en la cabeza, la herida ya estaba curada. Sólo le quedaba una discreta cicatriz, blanca y brillante. Seguía buscando una explicación científica y razonable que explicara ese hecho, y otra que justificara el trozo de metal que seguía clavado en la pared de su habitación como si fuera un dardo en una diana.

Conocía lo suficiente las leyes de la física de Newton como para llegar a la conclusión de que el intruso debía de tener una fuerza increíble. El bastón estaba clavado en la pared, pero no era una pared moderna, de yeso. El metal estaba hincado varios centímetros en el interior de la piedra.

(Tal vez tomara esteroides).

Y ¿cómo justificar las palabras que le había dicho en latín?

«Yo soy de sangre inocente».

Raven no tenía ni idea de qué había querido decir con eso, pero la verdad era que la había asustado bastante. Como también la asustaba su propia reacción a la delicada caricia del extraño.

Al bajar las piernas para levantarse de la cama, se estremeció al darse cuenta de lo pobre que era su vida social. Si estaba tan sola como para disfrutar con el roce de un desconocido, es que necesitaba desesperadamente contacto humano.

Pero es que el desconocido tenía algo. Su inquietud por la herida que se había hecho en la cabeza parecía sincera. Si se preocupaba por lo que había visto en la piazza hasta el punto de ir a su casa para comprobar si estaba bien y si se preocupaba por la herida, no podía ser un criminal despiadado, ¿no?

«Y dijo que tenía los ojos bonitos».

Raven había recibido muy pocos piropos en su vida, sobre todo referidos a su aspecto físico. Sabía que corría el riesgo de conceder al piropo del intruso más importancia de la que tenía en realidad.

Por suerte, esa noche tenía una cita.

Bruno era el nieto de Lidia. Era más o menos de la misma estatura que Raven; tenía el pelo moreno y ondulado y unos grandes ojos marrones. Era un tipo atlético además de inteligente, y a Raven le había gustado desde la primera vez que lo había visto. Por eso su hermana le había preguntado por él cuando le había escrito.

Bruno visitaba a su abuela regularmente. Solía pasarse por su casa a desayunar con ella antes de ir a trabajar. Hasta el día anterior siempre se había mostrado educado pero distante con ella, a pesar de los intentos de su abuela por hacer de celestina entre ambos.

Cuando vio salir a Raven de su apartamento el jueves por la mañana, no la reconoció. Ella se había presentado (otra vez) y él se la había quedado mirando boquiabierto, recorriéndola de arriba abajo. Al parecer, le gustaba la nueva apariencia que le daba el vestido amarillo. O tal vez no fuera por el vestido. El caso es que le había gustado lo que veía y así se lo había hecho saber.

Instantes después, Raven había aceptado salir a cenar sushi con él el viernes por la noche. Y Bruno la había besado en las dos mejillas mientras le decía lo contento que estaba de haberla visto al fin.

Raven le había escrito a su hermana contándole el cambio de actitud de Bruno y se había alegrado mucho cuando había recibido su respuesta entusiasta. Por supuesto, no le comentó a Cara que el cambio de actitud de Bruno había venido precedido por una remarcable transformación en su aspecto físico. No quería que su hermana pensara que era un chico superficial.

«Ya sé que sólo quiere salir conmigo porque ahora soy bonita —se dijo

—, pero me da igual. Me merezco un poco de felicidad».

Al apoyar los pies en el suelo, el rostro se le contrajo en una mueca de sufrimiento al sentir un dolor intenso que le subía por la pierna derecha.

Volvió a sentarse y el dolor quedó reducido a un eco sordo. Podía mover la pierna, aunque estaba algo agarrotada. Se inclinó para masajear los músculos tensos, bajando hasta el tobillo.

Al echar un vistazo a la piel de la zona, se dio cuenta de algo: la cicatriz que tenía en la pierna derecha desde el accidente había regresado. Era menos evidente que antes. La marca era más pálida y brillante. Pero estaba segura de que el día anterior no era visible. Ni el anterior ni ningún otro día desde que se había despertado transformada el lunes por la mañana.

Se le hizo un nudo en el estómago. No tenía sentido. Sobre todo, si lo comparaba con la evolución de la cicatriz de la frente.

Pero no estaba alucinando. Se pellizcó el brazo para asegurarse.

Cogió su móvil de la mesilla y buscó las fotos que había hecho esa misma semana. Comparó las imágenes con la apariencia actual de la pierna. Los cambios se notaban a simple vista. La cicatriz volvía a ser visible y el pie comenzaba a torcerse hacia fuera. Sin embargo, todavía estaban muy lejos de llegar al nivel de antes.

Dejó el teléfono, apoyó los pies en el suelo y se levantó. Aunque fue capaz de caminar sin cojear, el dolor durante los primeros pasos fue muy agudo.

Al mirarse en el espejo del lavabo, el reflejo la sorprendió. El pelo no le brillaba tanto. Tenía la cara un poco más redonda y unas leves ojeras.

Era como si llevara una temporada sin cuidarse. El cambio respecto al día anterior era notable, pero no lo suficiente como para volver a su aspecto de antes. Era como si las transformaciones hubieran empezado a revertirse pero no lo hubieran hecho del todo.

Se arregló para ir a trabajar. Se duchó usando su jabón favorito, con aroma a rosas. Se lavó el pelo y se lo secó. Tuvo dificultades para entrar en su vestido verde. La tela de lino le marcaba el vientre, un tanto protuberante, y las caderas suavemente redondeadas.

Se preguntó cómo era posible que el vestido hubiera encogido en el armario, y cómo podía haber ganado tanto peso como para tener el vientre

redondeado en pocas horas.

«Si alguien pretende que piense que estoy loca, está haciendo un buen trabajo».

Pero al menos las fotografías no mentían. Tenía fotos de cómo era antes de perder la memoria. También se había hecho varios *selfies* después de la gran transformación. Sacó varias imágenes de los cambios más recientes.

Era innegable: su cuerpo cambiaba.

El dolor de la pierna podía deberse a que la había forzado demasiado. Tal vez el ejercicio de los últimos días le estaba pasando factura. Pero eso no justificaba la reaparición de la cicatriz.

Raven no encontraba ninguna explicación lógica que justificara los descubrimientos que había hecho esa mañana, así que los ignoró y se tomó dos analgésicos con el desayuno.

Como un acto de desprecio por la superstición en general y por las del intruso en particular, se quitó el amuleto que llevaba al cuello y lo guardó en la mochila. Cerró los ojos y se mantuvo atenta unos segundos a cualquier cambio físico o emocional.

Volvió a abrirlos. Se sentía exactamente igual que antes. Sin embargo, no se atrevía a dejar el amuleto en casa, ya que cada vez que cerraba los ojos veía al presunto salvaje acercarse a ella maldiciendo. Entre los cadáveres que habían aparecido en el Arno y el asesinato de la piazza, necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir, por lo que se llevó la reliquia al trabajo, guardada en la mochila.

Permaneció todo el día en los archivos, haciendo tareas de poca responsabilidad y tratando de pasar desapercibida.

La doctora la llamó para contarle que los análisis no ofrecían información concluyente, ya que la muestra estaba contaminada con dos sustancias de origen indeterminado. Por desgracia, ya no podría culpar a las drogas de su falta de memoria. La médica se excusó en nombre del laboratorio por el gran error de manejo que había causado la contaminación de la muestra de sangre, pero le dijo que sería inútil repetir el análisis después de tantos días.

El tema de las radiografías era distinto. Obviamente, las imágenes que le habían llegado a la doctora pertenecían a otra persona, ya que en ellas no se apreciaba ni rastro de las fracturas en la pierna y el tobillo que se había hecho

cuando tenía doce años. Así pues, le sugirió que volviera a hacérselas.

Raven se excusó diciendo que estaba muy ocupada. Le aseguró que volvería a pedir cita cuando las cosas en la galería se calmaran un poco.

No se molestó en explicarle que probablemente su lesión estaba reapareciendo de manera espontánea. No le apetecía nada que la doctora le examinara la pierna y viera que la cicatriz que el martes había desaparecido volvía a ser ahora visible.

En vista de la cantidad de acontecimientos raros e inexplicables que le rondaban por la cabeza, el trabajo le proporcionaba una distracción muy bienvenida. Raven pasó la tarde recopilando archivos de la base de datos digital y observando de vez en cuando una imagen de *La primavera*.

Quería preguntarle al profesor Urbano, una de las personas que se habían encargado de la restauración del cuadro, si no se había dado cuenta de que Mercurio estaba cambiado. Pero dado que, al menos de momento, no era bien recibida en el laboratorio de restauración, no lo hizo.

Se entretuvo examinando con detenimiento las imágenes de Cupido y de Venus, recordando los comentarios del intruso sobre el mito de Cupido y de Psique. Según este, Céfiro —que planeaba sobre el campo de naranjos a la derecha del cuadro de Botticelli— había ayudado a Psique cuando ella estaba en apuros.

«Yo soy el monstruo que se oculta en la oscuridad», le había susurrado el intruso.

Raven se preguntó si se parecería a Céfiro.

Se alegraba de haber estudiado mitología griega y romana en la facultad, ya que esos conocimientos le permitían apreciar mejor el trabajo de Botticelli. Sabía, por ejemplo, que Maya y Júpiter eran los padres de Mercurio, y que Atlas era su abuelo.

Sabía que Céfiro había violado a Cloris, pero luego se había arrepentido de su acto y se había casado con ella, dándole el nombre de Flora. Ovidio, que narró su historia en la obra *Fastos*, aseguraba que Flora no había vuelto a tener ninguna queja en el dormitorio, por lo que deducía que Céfiro se había comportado con amabilidad con ella tras su brutalidad inicial.

Raven se preguntó si el intruso sería también así, un hombre que cometía actos brutales, pero que luego lo lamentaba y se arrepentía.

Contempló el rostro de Céfiro y se estremeció recordando la delicadeza del desconocido al acariciarla.

Luego cerró la página que estaba viendo y abrió el correo electrónico. Tras pasar de largo varios mensajes sin leer, encontró un *email* del padre Jack Kavanaugh.

Querida Raven:

Espero que, cuando recibas este correo, estés bien.

Me han transferido a Roma. El traslado se hará efectivo el 1 de julio.

Es una historia larga, muy jesuítica. Para resumirla te diré que he tenido que renunciar a mi cargo en la Covenant House de Orlando. No te preocupes: dejo la casa en buenas manos y seguiré colaborando con ellos en todo lo que pueda.

Me gustaría visitar Florencia y que me cuentes todo lo que estás haciendo en la galería de los Uffizi.

¿Cómo está tu hermana?

¿Cómo está tu madre?

Siempre me acuerdo de ti y de tu familia en mis oraciones. Pido que encontréis la paz, el perdón y la esperanza en el derroche de amor de Dios.

Padre Jack

Raven se echó hacia atrás en su silla.

Menuda sorpresa. No había esperado recibir esa noticia.

Hacía años que conocía al padre Kavanaugh. Les había echado una mano a ella y a su hermana cuando pasaron por un mal momento. Luego la ayudó a entrar en la Universidad de Barry y a conseguir una beca que pagara las clases y el alojamiento. Incluso ahora, mucho después de haberse graduado, seguía tratando de ayudarla rezando por ella a un dios en el que Raven no creía.

El padre Kavanaugh era un hombre santo. Era pío y bondadoso. Había trabajado con la Madre Teresa en Calcuta y había fundado escuelas y orfanatos en Uganda.

Pero, por encima de todo eso, era la única persona en el mundo que no la había decepcionado nunca. Raven sabía con certeza que, si se encontrara en apuros y acudiera a él en busca de ayuda, haría todo lo que estuviera en su mano para ayudarla sin esperar nada a cambio.

Se preguntó qué diría cuando viera su nuevo aspecto. Y qué explicación milagrosa le daría a su experiencia con la reliquia.

Sin embargo, aunque lo respetaba, e incluso podría decirse que lo quería, no le apetecía nada hablar con él de esas cosas. Pero pasaría bastante tiempo antes de que estuviera instalado en Roma y pudiera viajar a verla. Tendría tiempo de prepararse mentalmente para escucharlo y no responderle con palabras cínicas ni ofensivas.

Raven suspiró ante la perspectiva.

—No tienes buen aspecto.

La voz de Patrick la sobresaltó, sacándola de sus pensamientos. Estaba a su lado, de pie, y la miraba con preocupación.

—Muchas gracias —replicó ella, haciendo una mueca.

—No lo decía en ese sentido. —Patrick le tocó el hombro—. ¿Estás enferma?

Ella negó con la cabeza.

—Tienes ojeras. Están muy oscuras. ¿No duermes bien?

—La verdad es que no —Raven desvió la mirada hacia la archivera antes de volver a mirar a su amigo a los ojos—, pero no puedo hablar aquí.

—Lo entiendo. Tengo que hacer unas fotocopias y escanear unas cosas. ¿Me ayudas?

—¿Qué dirá la archivera?

—Yo hablo con ella. Espera.

Patrick se acercó al escritorio de la jefa del archivo. Mientras tanto, Raven cerró todos los programas que tenía abiertos y apagó el ordenador.

Cuando la archivera la miró, ella le dirigió una sonrisa contenida.

—Cuenta, ¿qué pasa? —le preguntó Patrick mientras caminaban por el pasillo en dirección al cuartito de las fotocopias.

—Todavía no he superado el asalto de Santo Spirito.

Patrick hizo una mueca.

—No me extraña. ¿Ha pasado algo más?

—No, pero cada vez que cierro los ojos, lo revivo todo.

Él negó con la cabeza.

—Empiezo a pensar que la ciudad no es tan segura como antes.

—No lo dudes.

Siguieron andando y Patrick bajó la vista a los pies de Raven.

—¿Estás cojeando?

—Un poco. Me he despertado con la pierna agarrotada.

—¿Necesitas el bastón?

—No creo.

Él la miró con desconfianza.

—Pensaba que tenías la pierna mejor.

—Y está mejor. —Raven la enderezó para dejar de cojear y apretó los dientes para resistir el dolor—. ¿Has mirado alguna vez las radiografías de la figura de Mercurio en *La primavera*?

—Las he estudiado en detalle. ¿Por qué?

—Parece que Botticelli cambió el color del pelo de Mercurio.

Patrick la miró sorprendido.

—¿Que le cambió el pelo? ¿Cómo?

—Al principio tenía el pelo corto y rubio. Hay una imagen fantasma bajo el cuadro definitivo.

—No había oído ningún comentario al respecto.

—Yo tampoco. Por eso copié los archivos en el *pendrive*. Quería mirarlos tranquilamente en casa.

—Y ¿lo hiciste?

—Sí, los amplié todo lo posible, aunque la pantalla de mi portátil no tiene mucha resolución. Pero puede verse el fantasma.

Patrick soltó un silbido de admiración.

—¡Menudo hallazgo! ¿Cómo puede ser que nadie se haya dado cuenta antes?

—No lo sé. Tal vez no lo esté mirando bien. Tengo que hablar con el profesor Urbano.

Entraron en el cuartito de las fotocopias y cerraron la puerta.

Patrick dio las instrucciones a la impresora rápidamente para poder seguir hablando con su amiga mientras tanto.

—¿Qué tal la vida en el archivo?

Raven encorvó un poco los hombros, desanimada.

—No muy bien. Espero que Urbano me deje volver a mi sitio el lunes. Me dijo que dependía de mi sustituta.

—Y ¿qué tal con Vitali?

Ella negó con la cabeza.

—Esta semana me ha tenido de conejillo de Indias, yendo de aquí para allá.

—Pensaba que no había conejillos de Indias en Italia.

Raven puso los ojos en blanco.

—Ahora sí.

De regreso al archivo, Patrick y Raven se desviaron un momento para ir a ver *La primavera* a la segunda planta.

—No se me ocurre por qué razón Botticelli le cambió el pelo a Mercurio. Se supone que se inspiró en Lorenzo de Medici, que tenía el pelo largo y castaño. —Patrick se acercó un poco más al cuadro.

—Tal vez fuera un encargo de otro mecenas, que luego cambió de idea y se negó a pagar. Esas cosas pasaban a menudo —señaló Raven, que de pronto se sintió atraída por la figura de Céforo, en el otro extremo del cuadro.

—Podría ser —convino él—. Aunque dudo que Botticelli empezara el cuadro sin que le pagaran un buen anticipo y sin firmar un contrato. Tal vez se pelease con la persona que se lo había encargado.

Raven asintió.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que el *ispettore* Batelli estaba en la puerta, observándolos.

19

Cuando Raven salió de los Uffizi después de trabajar, se encontró a Bruno, que la esperaba. Iba vestido de manera distinta: llevaba traje gris y corbata azul.

Raven estaba cansada y le dolía la pierna. Pero hizo de tripas corazón y se dirigió hacia él con la mochila al hombro y la cabeza alta.

Bruno la saludó con una sonrisa, aunque esta fue perdiendo brillo a medida que ella se acercaba.

Raven se tocó la cicatriz de la frente, avergonzada, antes de apretar el puño y bajar la mano. Al parecer, él ya se había dado cuenta de su cambio de aspecto. Y estaba sorprendido, por no decir decepcionado.

—Hola. —Bruno la besó en las mejillas y le señaló la cicatriz—. ¿Estás bien?

—Sí, me caí, pero estoy bien. ¿Y tú?

—También. ¿Y tu bastón? ¿No lo necesitas? —Bruno bajó la mirada hacia sus piernas y reparó en la cicatriz.

—No. —Raven hizo un movimiento forzado para cambiar el peso de pie.

Él volvió a mirarla a los ojos.

—Hueles de maravilla. A rosas.

—Es jabón Jo Malone. Me lo envía mi hermana.

Él cerró los ojos e inspiró con fuerza.

—Es tremendo.

—¿Cómo está tu abuela? Hace días que no la veo.

Él abrió los ojos.

—No está muy bien. Pasa mucho tiempo en la cama y apenas come. Mi madre está con ella.

—Lo siento. Siempre es muy amable conmigo. Cuando llegué, se apiadó de mí y me enseñó a cocinar. Si hay algo que pueda hacer, avísame.

—Gracias. —Bruno le dirigió una mirada sensual—. ¿Te apetece que vayamos a tomar una copa al museo Gucci antes de cenar?

—Sí, me encantaría.

Él la tomó de la mano y cruzaron la piazza della Signoria en dirección al museo Gucci, que tenía una terraza al aire libre. Se sentaron en los bancos corridos, que eran muy cómodos, y disfrutaron del prosecco mientras Raven le hablaba a Bruno de su trabajo en el laboratorio de restauración.

Si Bruno seguía sintiéndose decepcionado por su aspecto, lo disimulaba bien.

No obstante, Raven no estaba a gusto. Su falta de interés cuando la conoció y la manera en que su sonrisa se había desvanecido al verla esa tarde la preocupaban.

Su opinión tenía mucho peso para ella, ya que llevaba tiempo admirándolo desde la distancia, sabiendo que estaba fuera de su alcance. Haber captado su atención para perderla una vez más iba a resultar doloroso. Sin embargo, empezó a prepararse psicológicamente para esa posibilidad.

La conversación entre ellos era tan fluida que pasaron un par de horas antes de que se decidieran a desplazarse hasta el Gallery Hotel Art. Fusion, el restaurante del hotel, servía el mejor sushi de la ciudad.

Aunque Raven había pasado por delante del establecimiento en muchas ocasiones, nunca había entrado, y le hacía mucha ilusión.

Estaba tan emocionada que se olvidó de que ese era precisamente el hotel donde el profesor Emerson había sentido una presencia fantasmal.

Durante la cena, Bruno fue atento y encantador. No la aburrió hablándole de su trabajo en el banco Monte dei Paschi di Siena. Tampoco insistió mucho en el tema de su abuela, aunque admitió que la anciana había tratado de emparejarlo con ella desde que Raven se había mudado al edificio.

No, la conversación giró básicamente en torno a ella.

Bruno le hacía preguntas y escuchaba con atención sus respuestas. Se reía cuando ella decía algo gracioso y se mostraba empático cuando contaba algo

triste. Pidieron varios platos y los compartieron. Además, Bruno eligió una cara botella de vino Brunello di Montalcino para acompañar.

En resumen, fue la mejor cita que Raven había tenido en su vida. Pero también fue la peor.

Bruno no la invitó a conocer su apartamento ni le propuso que se quedara a pasar la noche con él. En vez de eso, le sugirió que dieran un paseo por el centro antes de volver a casa.

Era una primera cita. Raven probablemente no habría pasado la noche con él, pero no pudo evitar pensar que su falta de iniciativa se debía a su nuevo aspecto físico.

Bruno la tomó de la mano mientras paseaban por las calles de la ciudad, pero sin apretar mucho.

Ella pensaba en lo guapo y caballeroso que era para olvidarse de las punzadas de dolor que sentía en la pierna y el tobillo. Y, de paso, también se olvidaba de su pérdida de estatus en los Uffizi y del extraño descubrimiento que había hecho en *La primavera*, y de los salvajes, de los misteriosos intrusos y de la reliquia que llevaba en el fondo de la mochila.

Juntos admiraron la cúpula iluminada del Duomo, que se recortaba contra el cielo nocturno. Se sentaron en los escalones junto a los turistas. Hablaron del verano que se acercaba y de las celebraciones populares que había previstas.

Casi a medianoche, él le propuso acompañarla a casa. Cuando entraron en un callejón desierto, le quitó la mochila del hombro y la dejó en el suelo. Luego la hizo girar en círculos, una y otra vez, como si estuvieran bailando. Cuando llegaron al otro extremo del callejón, la abrazó.

Le susurró al oído lo bien que se lo había pasado.

Ella respondió que era mutuo.

Bruno sonrió, mirándole los labios.

Se inclinó hacia delante.

Raven cerró los ojos.

Notó que él le frotaba la nariz con la suya mientras murmuraba lo tentadora que era su boca.

Cerca se oyó una risa.

Bruno se separó de ella y miró hacia la entrada del callejón. Cuando vio a

un hombre de gran tamaño, vestido de manera extraña, que se había detenido no muy lejos de ellos, colocó a Raven a su espalda.

—A mí lo que me tiente no es su boca. —El hombre, que recordaba a un oso por su gran tamaño, pelo largo y barba poblada, cerró los ojos y aspiró—. ¿Quiénes son tus amos? —preguntó con la vista clavada en Raven.

—Vamos. —Bruno la tomó de la mano y la alejó del desconocido. Tiró de ella en dirección a la mochila, asegurándose de mantenerla siempre protegida detrás de su cuerpo.

Pero el hombre dio un salto tan grande que pareció volar por encima de sus cabezas. Aterrizó delante de Raven, bloqueándoles el paso.

Ella le echó un vistazo a la mochila y se dio cuenta de que el hombre trataba de impedir que la recuperara.

Lo miró a los ojos.

—Oh, ¿querías lo que está dentro de la mochila? —Señaló con el pulgar por encima del hombro—. Pues ven a buscarla.

Cuando Bruno tiró de ella para llevársela de allí, el hombre dio un paso adelante.

—Te he hecho una pregunta —insistió con la vista clavada en Raven—. Tienes tres sangres en tu interior. Dime el nombre de tus amos.

—No tengo ningún amo.

El desconocido sonrió, dejando al descubierto unos dientes afilados y amarillentos.

—Justo lo que imaginaba. Ningún amo sería tan idiota como para permitirte llevar un amuleto.

En cuanto acabó de decir esas palabras, dio un salto hacia delante.

Bruno empujó a Raven, que cayó al suelo de espaldas.

A continuación, el hombre lo agarró por la chaqueta y lo lanzó por los aires. Un ruido aterrador resonó en el callejón cuando el cuerpo de Bruno chocó contra una pared y se deslizó hacia el suelo. La sangre brotaba de la herida que se había hecho en un lado de la cabeza.

Olvidándose de la reliquia por completo, Raven corrió hacia él.

—Bruno, levántate.

Le rodeó la cintura con el brazo y lo ayudó a ponerse en pie.

Bruno se tambaleó y se apoyó en ella, manchándole de sangre el hombro

y la fina tira del vestido.

De dos zancadas, el hombre se plantó ante ellos. Volvió a agarrar a Bruno y lo arrojó de nuevo contra la pared. Esta vez, el chico se quedó inmóvil en el suelo.

—Voy a buscar ayuda —le dijo Raven, aunque no sabía si podía oírla.

Trató de correr en dirección a la mochila, pero el hombre volvió a bloquearle el paso. Raven se dio la vuelta a toda prisa y se apresuró en dirección contraria.

Sólo había dado tres pasos cuando el tipo la alcanzó. Cuando la agarró del brazo y tiró de ella hacia atrás, sintió como si le hubiera dislocado el hombro y soltó un aullido de dolor.

—Ahora eres mía. —El hombre la hizo girar bruscamente—. Tengo hambre.

Raven alargó el otro brazo y lo empujó en el pecho, tratando de liberarse.

—Pareces totalmente incapaz de obedecer las normas estos días, Max —dijo alguien de pronto—. ¿De verdad estás cazando la mascota de otro?

Raven se volvió hacia la voz y vio a una atractiva pelirroja que se mantenía a una distancia prudencial de la mochila.

Su aparición debió de sorprender al hombre, ya que soltó su brazo como si quemara.

Tambaleándose y tropezando, Raven trató de poner el máximo de distancia entre ellos. Cuando recobró el equilibrio, echó a correr tan deprisa como pudo.

—¡No interfieras en mis asuntos! —rugió Max.

La pelirroja se plantó ante él.

—Como miembro del Consilium, mi obligación es hacer cumplir las normas. Igual que la tuya. Guardé el secreto de lo que pasó en Teatro, pero no pienso seguir cubriéndote las espaldas, joder.

Max trató de agarrar a la recién llegada, pero la mujer era demasiado rápida. Se aferró a la pared de uno de los edificios del callejón y trepó hasta desaparecer.

Max maldijo y salió corriendo tras su presa.

La distracción fue corta, pero permitió a Raven meterse en otro callejón y desaparecer de la vista de su perseguidor. Siguió corriendo hasta el Duomo,

sin hacer caso del dolor de la pierna.

El sonido de pasos y de gruñidos fue haciéndose cada vez más fuerte a medida que el gigante se acercaba a gran velocidad.

Raven se deslizó en un rincón oscuro junto a la entrada lateral del Duomo. Oculta en las sombras, miró a su alrededor.

El hombre se había detenido a poca distancia y la estaba mirando fijamente a pesar de la oscuridad. La noche no la protegía.

Entonces vio movimiento en la distancia. La mujer pelirroja estaba descendiendo por la fachada de uno de los edificios situados detrás de su perseguidor. El último tramo lo recorrió de un elegante salto hasta el suelo.

Raven se los quedó mirando, fascinada por la fuerza y por el aspecto físico de la pareja. Tuvo la sensación de haberlos visto antes, tal vez en un sueño.

—¡Lárgate de aquí, zorra! —bramó el hombre.

Raven se apretó con más fuerza contra la pared, tratando de fundirse con las sombras, pero la pareja seguía mirando en su dirección.

—¡Oh, qué encanto! Mira, Max, la has perdido. —La pelirroja aplaudió. Luego levantó la mano para saludar a Raven antes de preguntarle—: Tus amos, sean quienes sean, te tienen bien enseñada. Lo que no entiendo es que te dejen llevar un amuleto. ¿Tú qué crees, Max? ¿Crees que ha sido una mascota traviesa?

Las referencias a la reliquia hicieron que Raven se sintiera esperanzada. Lo que no entendía eran sus referencias a los amos. Un escalofrío de miedo le recorrió la espalda. Se preguntó si la pareja tendría alguna relación con una red de trata de personas. ¿Tal vez se pareciera a alguien que mantenían esclavizado?

Buscó con la mirada a algún transeúnte a quien pedir ayuda, pero no encontró a nadie. Los turistas sentados en los escalones del Duomo no podían verla desde donde estaban. Y no podía pedir ayuda por teléfono, ya que lo había guardado en la mochila.

—Diles a tus amos que este granuja se llama Maximilian. Ellos se ocuparán de él —dijo la mujer, echándose a reír.

Sin volverse hacia ella, Max levantó una mano que parecía una zarpa y asestó un golpe en dirección a su cabeza.

Ella lo esquivó. Mientras estaba agachada, le dio un puñetazo a la altura de los riñones.

—Tienes suerte de que sus amos no estén por aquí, Max. Es propiedad de dos antiguos. Huelo sus cosechas desde aquí.

Él gritó enfurecido y se dirigió hacia la mujer, como si quisiera atacarla.

En ese momento se oyeron sirenas en la distancia.

Entonces el hombre maldijo a Raven y escupió antes de salir huyendo. Escaló uno de los edificios cercanos. Rápidamente llegó al tejado y desapareció.

La mujer se levantó las faldas y salió corriendo hacia la parte de atrás del Duomo, donde también desapareció.

Raven se apoyó contra el muro, soltando un suspiro de alivio. Las sirenas le ofrecían el consuelo de que la ayuda estaba en camino.

Esperaba que Bruno siguiera con vida. Salió de su escondite entre las sombras y se dirigió hacia el callejón donde lo había dejado.

De repente, una gran motocicleta marca Triumph se le acercó desde la fachada principal del Duomo. Marcando una amplia curva, se detuvo ante ella.

—¡Sube! —le gritó el conductor en italiano.

20

El motorista llevaba una cazadora de cuero negro, vaqueros negros y botas del mismo color. El casco, que tenía el visor opaco, también era negro.

Raven se preguntó si sería un policía encargado de seguirla.

Sin embargo, no se molestó en averiguarlo. Echó a correr y sorteó la moto para volver junto a Bruno.

—Tenemos que irnos. ¡Ahora mismo! —gritó el motorista.

Raven aumentó el ritmo de la carrera, luchando contra el dolor de su pierna, al oír que se acercaban varias sirenas.

Cuando llegó al callejón, vio que Bruno seguía tirado en el suelo. Tenía sangre en la cara, así como en un charco oscuro que se había formado en los adoquines, bajo su cabeza. No se movía.

Un coche de policía se detuvo a la entrada, a pocos metros de distancia. Una ambulancia lo seguía de cerca.

Raven estaba a punto de echar a correr hacia su amigo cuando un brazo la apresó por la cintura y tiró de ella hacia atrás. El motorista se la llevó auestas, gritando y pataleando, sin dejar de conducir.

Era evidente que era un tipo muy fuerte, pero igualmente Raven no entendía cómo podía conducir la moto con una sola mano mientras agarraba a una mujer que no dejaba de resistirse con el otro brazo. Cerca del Duomo, el motorista se detuvo.

—Si te encuentra la policía, te arrestará —le dijo sin quitarse el casco—. ¿Es eso lo que quieres?

—¡Yo no he hecho nada! Un hombre nos atacó.

—No te creerán. Y tienes sangre de ese chico en la ropa —le dijo señalándole el vestido.

—Tengo que ayudarlo. —Raven trató de liberarse—. Y tengo que recuperar la mochila.

Él la sujetó por los hombros con fuerza, clavándole sus dedos enguantados.

—Jane, sube a la moto.

Al oír su nombre de pila, Raven dejó de resistirse. No veía la cara del motorista detrás del casco. Además, la voz le llegaba amortiguada, por lo que no podía asegurar que se tratara del intruso.

Pero, si fuera un policía, no le diría que se alejara de sus compañeros. Y no conocía a nadie más en aquella ciudad que la llamara Jane.

Antes de que le diera tiempo a responder, el motorista le puso un casco en la cabeza y la obligó a sentarse a su espalda. Tiró de sus brazos para que le rodeara con ellos la cintura, pero ella se resistió y se tocó el hombro derecho.

—¿Estás herida? —Él se volvió para examinarla.

—El hombre que nos atacó me dislocó el hombro. —Raven siguió masajeándolo con los ojos cerrados por el dolor.

—Te lo colocaré luego, cuando estemos a salvo.

—¿Eres el intruso que entró en mi casa?

—Por supuesto —respondió él con impaciencia—. ¿Quién más iba a venir a ayudarte?

—Suéltame. Tengo que ayudar a mi amigo.

—No le servirás de ayuda si te encierran.

De pronto, Raven se acordó de Amanda Knox.

Aunque temía que acabaría arrepintiéndose de su decisión, respiró hondo y se abrazó a la cintura del motorista.

—Agárrate fuerte —le ordenó él.

La moto salió disparada y Raven estuvo a punto de caerse cuando tomó una curva muy cerrada a la izquierda para esquivar el Duomo.

El sonido de una nueva sirena rasgó el aire cuando un coche de policía, aparcado cerca de allí, comenzó a perseguirlos.

Raven cerró los ojos mientras el motorista sorteaba vehículos, se saltaba semáforos en rojo y estaba a punto de atropellar a más de un peatón.

Pero el coche patrulla seguía pisándoles los talones. Entonces, un segundo coche de policía se unió al primero.

Con un brusco acelerón, la motocicleta entró en uno de los grandes puentes para vehículos que cruzaban el Arno. Al llegar al final enfiló la carretera de curvas que conducía al piazzale Michelangelo. Los árboles y las casas pasaban a toda prisa ante los ojos de Raven, que empezaba a marearse. Pero el conductor no frenaba, ni siquiera en las curvas.

Atravesaron el piazzale a toda velocidad. Al tomar una curva cerrada, perdieron de vista a la policía durante unos momentos. El motorista aprovechó para meterse en el camino de entrada a una casa. Subió una colina y quedó definitivamente fuera del campo de visión de la policía.

El sonido de las sirenas se acercó un poco más antes de alejarse cuando los coches patrulla siguieron su camino por la carretera principal.

Raven hizo un gran esfuerzo por controlar las ganas de vomitar que sentía.

El conductor aminoró un poco la velocidad para tomar las últimas curvas que faltaban antes de llegar a unas verjas metálicas. Tras pulsar varios botones, las puertas se abrieron.

Cruzaron la verja, que se cerró a su espalda, y siguieron avanzando por un camino asfaltado entre lo que parecían ser árboles frutales.

Finalmente se detuvieron frente a un garaje con tres puertas, que estaba en un edificio independiente de la casa principal.

Raven se aferraba con tanta fuerza al conductor que le costó soltarse, y él tuvo que ayudarla separando los dedos uno por uno.

—Dentro. ¡Ya! —ordenó él, señalando con la cabeza hacia la gran casa palaciega visible a la luz de las farolas que iluminaban el camino y el jardín—. Ambrogio se ocupará de ti.

La ayudó a bajar de la moto y le quitó el casco.

—Está herida en el brazo y el hombro derechos. Encárgate de ella —le pidió a un hombre que rondaba por allí cerca.

A continuación, el motociclista le dio la espalda y guardó la moto en el garaje.

—*Signorina*, por favor. —El hombre, que Raven supuso que debía de ser Ambrogio, señaló un camino empedrado que cruzaba el jardín y llevaba hasta la puerta trasera de la mansión.

Cuando trató de dar un paso, Raven vomitó todo lo que había cenado en

los relucientes zapatos y los pantalones del traje de Ambrogio.

21

Ambrogio no dijo ni una palabra mientras el vómito de Raven le salpicaba los pies y las piernas. Se limitó a rodearle la cintura con un brazo para sostenerla. Ella arrojó hasta que no le quedó nada en el estómago.

—Lo siento —se excusó con la voz ronca, secándose la boca con el dorso de la mano temblorosa.

—*Signorina*, entre. —El tono de voz del hombre era calmado, demasiado calmado, como si verla vomitando y con sangre en la ropa fuera lo más normal del mundo.

Raven lo miró con curiosidad.

Era más o menos de su altura, tenía el pelo gris y los ojos oscuros. Parecía tener unos sesenta años y vestía elegantemente, con un traje oscuro y bien cortado. A Raven su conducta le resultó inquietante, pero no supo decir por qué.

Apartando la vista de la expresión impasible de Ambrogio, se volvió hacia el garaje.

—Mi amigo Bruno está herido —dijo—. Tengo que ir a ayudarlo. Tal vez esté muerto.

Él la volvió ágilmente hacia la casa.

—Nos ocuparemos de todo.

—No tengo el móvil. Ni la cartera. La mochila se ha quedado en el callejón, al lado de Bruno.

—Por aquí, por favor.

Raven se volvió hacia el garaje una vez más, esperando ver al intruso.

—Pero...

—Lo mejor será que entre en la casa —la interrumpió Ambrogio con un

tono ligeramente amenazador.

Tras una última e inútil mirada, Raven echó a andar con piernas temblorosas, permitiendo que el hombre la guiara hasta la puerta trasera de la casa.

Cruzaron una moderna cocina *office* y un opulento y espacioso comedor antes de llegar al inmenso vestíbulo central. Una amplia escalera de madera conducía a la primera planta. Una enorme lámpara de araña brillaba en el techo.

Pero fueron las obras de arte las que captaron su atención.

De las paredes, pintadas de un rojo intenso, colgaban cuadros al óleo de tamaños y composiciones muy variados. Todos ellos estaban protegidas por cristales.

Raven se las quedó mirando boquiabierta unos segundos y luego murmuró unas cuantas exclamaciones de incredulidad.

Había pasado años estudiando arte renacentista y restauración. La colección que tenía ante sus ojos mostraba obras de ese período que no había visto antes. Allí había cuadros de Rafael, de Botticelli, de Caravaggio —y algo que se parecía sorprendentemente a un Miguel Ángel— mirándola orgullosos desde sus marcos ornamentados.

Levantó un dedo tembloroso y señaló hacia una pintura de tamaño mediano que colgaba de la pared del fondo.

—¿Eso es...? No puede ser. ¿Lo es? —tartamudeó.

—Miguel Ángel, sí. Es *Adán y Eva antes de la caída*. —Una mujer de pelo cano, vestida con un elegante traje de falda y chaqueta azul marino, se acercó a Raven.

—Pero Miguel Ángel sólo pintó un cuadro completo y se guarda en los Uffizi... —replicó ella—. Hay un cuadro incompleto que se le atribuye, pero está en la National Gallery de Londres.

La mujer ignoró sus protestas.

—Soy Lucia.

—Raven —respondió ella, cruzando el vestíbulo para ver mejor el supuesto Miguel Ángel.

—Pensaba que se llamaba usted Jane. Jane Wood. —Lucia la siguió con el cejo fruncido.

Raven continuó con la vista clavada en el cuadro. Lo miró desde un lado, tratando de distinguir las pinceladas.

—El intruso me llama Jane, pero me llamo Raven.

La pareja pareció sorprendida por sus palabras, pero no hizo ningún comentario.

Ambrogio le contó a Lucia que Raven estaba herida. Luego, con una reverencia, anunció que iba a interesarse por el estado de Bruno y que trataría de recuperar su mochila antes de retirarse en dirección al comedor.

Lucia señaló hacia la escalera.

—Su habitación está arriba.

—Este cuadro —dijo Raven sin apartar la mirada de la pintura—, ¿de dónde ha salido?

—Forma parte de la extensa colección de lord William. Pero las mejores piezas están allí. —La mujer señaló con la cabeza hacia una gran puerta de doble hoja situada a la izquierda de la escalera.

A regañadientes, Raven apartó la vista del cuadro y se quedó mirando las puertas cerradas.

Luego sacudió la cabeza como si quisiera aclararse las ideas.

—¿Ha dicho lord William? —susurró—. ¿William York?

—Por supuesto —respondió Lucia extrañada.

—¿El intruso es William York?

—No tengo ni idea de quién es el intruso. Lord William York es un caballero, además del dueño de esta finca. Ha sido él quien la ha traído aquí. —Lucia dio un paso hacia Raven para examinarla más de cerca—. Mandaré venir a un doctor.

—No, estoy bien. Es que me he mareado un poco en la moto. —Raven se limpió la boca avergonzada—. ¿Puede decirme si lord William ha adquirido alguna pieza del estilo de Botticelli? ¿Alguna ilustración?

—Ha sangrado —insistió Lucia, ignorando sus preguntas y señalando la sangre seca que tenía en el hombro y el vestido.

—No es mía —dijo Raven—. Es de Bruno, mi amigo. —Trató de contener las lágrimas—. Temo que esté muerto. Necesito verlo.

—Ambrogio se ocupará de todo.

Raven se quedó mirando a Lucia con desconfianza. Se preguntó por qué

estaba repitiendo las palabras del intruso.

—Tengo que irme, de verdad. Si pudiera hacerme el favor de avisar a un taxi, me iré.

—Es más de la una. Al señor le gustaría que se lavara y descansara —replicó Lucia, que no parecía dispuesta a aceptar una negativa.

Raven se dirigió hacia la puerta principal, que estaba cerca de donde se encontraban.

—No quiero ser una molestia —repuso—. Han sido todos muy amables.

—Quieta. —La fachada de educación de Lucia se desmoronó por un momento—. Las órdenes de su alteza se obedecen siempre —añadió con una mirada glacial.

—Sólo quiero irme a mi casa...

En ese momento, Ambrogio volvió y se plantó delante de la puerta, impidiéndole la salida.

Raven buscó a Lucia con la mirada.

—Tiene que obedecer las órdenes de su alteza —insistió la criada, señalando la escalera—. Ha estado esperando su regreso.

—¿Mi regreso? Yo no había estado aquí antes.

—Por aquí, por favor —la invitó a subir la mujer, ignorando sus palabras una vez más.

Raven levantó un pie del suelo con cuidado, preguntándose si podría llegar a la puerta trasera antes que Lucia y Ambrogio. Aunque lo más probable fuera que el intruso siguiese hasta allí y la persiguiera.

Y no quería imaginarse qué podría pasar si la alcanzaba.

Con una sonrisa de compromiso, siguió a la mujer escaleras arriba.

—Una ducha y un buen descanso suenan muy bien, la verdad. Gracias.

Lucia pareció relajarse visiblemente mientras subían a la habitación. Guio a Raven por un largo pasillo principal y se detuvo frente a una gran puerta de madera.

—Por aquí, por favor —dijo mientras la abría.

Como el resto de la villa, el espacioso dormitorio tenía suelos de madera oscura cubiertos en parte por alfombras antiguas con diseños elaborados. Una gran cama con dosel envuelta en cortinas de terciopelo rojo dominaba la pared de la izquierda.

Los muros estaban pintados del mismo color que las cortinas. El resto de los muebles de la estancia eran de madera oscura, muy pulida. La única excepción era un diván situado cerca de lo que parecía ser la puerta del baño. Estaba tapizado en terciopelo color vino y tenía un solo cojín, de damasco dorado.

Al cruzar el umbral, Raven sintió un cosquilleo en la nuca. La habitación le resultaba familiar, pero no sabía por qué.

Sin escuchar a Lucia, se dirigió a la cama. Vio que había un albornoz blanco de algodón turco a los pies, junto a un par de zapatillas nuevas. Sobre el edredón, que también era de damasco dorado, había un camisón de seda azul.

—Si se sienta, le examinaré el hombro —le propuso Lucia, señalando hacia el diván.

Cuando Raven se sentó en un extremo, vio el cuadro.

Estaba en la pared de enfrente de la puerta, pero quedaba oculto de la vista por las cortinas corridas de la cama con dosel. Era una pintura al óleo de gran tamaño, protegida también por un cristal.

Se volvió hacia la derecha y alargó el cuello para verlo mejor.

Y los ojos se le abrieron como platos.

Sin una palabra, apartó a Lucia de un empujón para ir a ver el cuadro más de cerca.

La composición era similar, casi idéntica, a la de *La primavera* de Botticelli, pero a menor escala. Y había también otras tres diferencias notables. La figura de Flora estaba ausente en esta versión. Y tanto Mercurio como Céfiro tenían un aspecto muy distinto del de sus colegas de los Uffizi.

Este Mercurio tenía los ojos grises y una corona de pelo corto y rubio.

Al fijarse en la cara, Raven se acordó del dibujo que había hecho días antes. El esbozo que había desaparecido misteriosamente tras la primera visita del intruso.

Y luego, en la parte derecha del cuadro, estaba la figura de Céfiro. Iba vestido con ropajes de color azul, pero tenía la cara y el cuerpo color carne, tal vez un poco más pálida que la del resto de las figuras. Y él también era rubio.

Raven paseó la vista entre Céfiro y Mercurio varias veces. Las dos figuras

eran prácticamente idénticas, con la única diferencia de que la piel de Céfiro era algo más pálida y que tenía el cuerpo un poco más musculoso. Además, sus rasgos refinados hacían que fuera más hermoso que Mercurio.

Quienquiera que hubiese pintado ese cuadro había usado el mismo modelo para Mercurio y para Céfiro. Y la cara del modelo le resultaba familiar.

Para acabar de confundirla, este Mercurio con su pelo corto y rubio se parecía mucho a la figura fantasma que había descubierto en la radiografía de *La primavera*. Era como si Botticelli hubiera visto este cuadro, hubiera copiado el aspecto de Mercurio y luego hubiera pintado encima, cambiándole el color del pelo, de rubio a castaño.

Raven sintió un vahído.

—Debería sentarse. —Lucia la llevó de vuelta hasta el diván, hizo que tomara asiento y procedió a examinarle el brazo y el hombro.

—No lo entiendo —murmuró ella, sin poder apartar la vista del cuadro.

—Este hombro no está dislocado. ¿Quiere que le traiga una bolsa de hielo?

Raven se volvió hacia la mujer, que la estaba mirando con desconfianza.

Negó con la cabeza. Trató de mantener la calma, pero la mente le iba a mil por hora.

«¿Cómo es posible que William York tenga una reproducción de *La primavera* de la que no he oído hablar nunca? Y ¿cómo puede ser una reproducción, si es igual que el original de Botticelli?».

—Puedo prepararle un baño o, si lo prefiere, puede ducharse. Aunque tal vez debería esperar hasta que haya comido algo. Le traeré un té y unas tostadas.

Raven volvió a mirar a Lucia.

—Tengo que quitarme esta ropa —dijo—. Apesta.

—Enseguida vuelvo. —Lucia señaló una cuerda que colgaba del techo, junto a la cama—. Si me necesita, tire de la cuerda.

Ella asintió antes de volverse hacia el cuadro una vez más.

—¿Ha preparado esta habitación especialmente para mí? —preguntó cuando Lucia estaba a punto de llegar a la puerta.

—El señor ha ordenado que la instalara aquí, en su dormitorio —

respondió ella, y, acto seguido, desapareció.

22

Aunque a Raven le habría gustado tener la oportunidad de examinar tranquilamente la falsa copia de *La primavera* y el supuesto cuadro de Miguel Ángel, tampoco era cuestión de anteponer el amor por el arte a su propia seguridad personal.

Y, desde luego, no tenía ninguna intención de pasar la noche en la habitación del señor de la villa.

No era tonta, así que sabía que tenía que esperar a que llegara el momento adecuado para escapar. El servicio de la mansión era inquietantemente leal a su amo.

Tras el ligero choque con Ambrogio y Lucia en la planta baja, Raven había llegado a la conclusión de que la mejor estrategia sería seguirles la corriente durante un tiempo. Le habían devuelto la mochila, aunque sin el teléfono y sin la reliquia. No protestó demasiado, ya que tenía previsto largarse de allí en cuanto todos se durmieran.

Se alegró mucho cuando le dijeron que Bruno seguía con vida. Le contaron que estaba en el hospital, en coma inducido, a la espera de que le bajara la inflamación del cerebro. Aún era demasiado pronto para determinar si sobreviviría.

Al oír eso, Raven tuvo ganas de llorar, pero se contuvo y no lo hizo hasta quedarse a solas en la relativa intimidad de la ducha.

Lucia había permanecido en la habitación mientras se duchaba, como si estuviera montando guardia.

Raven se lavó el cuerpo y el pelo con un jabón florentino finamente elaborado con aroma de limón. Lo había encontrado dentro de una caja muy decorativa encima de la cómoda. Lo reconoció: era el aroma del intruso. Pero

como no había ningún otro jabón a la vista, no pudo elegir.

Se secó el pelo y se puso el camisón de seda y el suave albornoz. Luego se tomó una infusión de menta y se tragó a regañadientes una tostada y un par de aspirinas.

Fingiendo estar exhausta, le anunció a Lucia que iba a acostarse. Por suerte, la mujer se retiró tras desearle buenas noches.

Raven cerró la puerta del dormitorio con llave.

A las cuatro de la mañana, se levantó y fue hasta el armario. Se quitó el camisón y se puso un vestido verde que le iba justo a la medida. Cuando se agachó para ponerse unas bailarinas negras, se quedó de piedra.

En el suelo del armario, junto a varios pares de zapatos y botas que parecían de su número, vio sus propias zapatillas deportivas. Cogió una y la examinó de cerca. Eran las Adidas negras que llevaba casi a diario y que no había vuelto a ver desde el día de la fiesta de Gina.

«¿Por qué me robaría las zapatillas el intruso?».

Tomó la otra y le dio vueltas entre las manos. Encontró un par de manchas que parecían de óxido en la zona del pulgar. Pero no era óxido.

De pronto, sintió una gran inquietud al pensar en quién podía ser el dueño de la sangre que le había manchado las zapatillas.

Se las metió en la mochila y se puso las bailarinas. Ya se preocuparía de las manchas de sangre más tarde.

Se colgó la mochila del hombro no dolorido y se desplazó por el pasillo sin hacer ruido hasta llegar a la escalera.

Su plan era huir de la casa cuanto antes y sin llamar la atención. Bajaría hasta el Arno andando, aunque tardara horas. Entraría en uno de los hoteles de la zona, pediría que le dejaran usar el teléfono y llamaría a la policía.

Porque no había teléfono en la habitación. En realidad, no había visto ninguno en toda la casa.

Sin duda, el *ispettore* Batelli se alegraría mucho cuando se enterara de que había localizado a William York y de que había visto personalmente su gran colección privada de obras de arte.

No, no había visto las ilustraciones, pero teniendo en cuenta los otros tesoros que poseía, no le extrañaría que estuvieran en su poder. Y también le parecía muy posible que las ilustraciones no fueran las únicas piezas robadas

de su colección. Probablemente, con eso la policía tuviera suficiente información como para dejar de recelar de ella y dirigir sus sospechas hacia alguien que las merecía más: lord William York.

Descendió la escalera lentamente, tratando de no hacer ruido. El vestíbulo, igual que el pasillo de la primera planta, estaba totalmente a oscuras, aunque los cristales de la puerta dejaban pasar un poco de claridad de las luces que iluminaban la fachada principal.

Al llegar a la planta baja, se dio cuenta de que las puertas que conducían a la sala donde se guardaba la colección de arte de William York estaban abiertas.

La curiosidad se apoderó de Raven. Si pudiera ver las ilustraciones de Botticelli con sus propios ojos, su acusación ganaría mucho peso.

Se acercó a la entrada caminando de puntillas.

La oscuridad de la habitación era absoluta.

Apoyó la mano en el quicio de la puerta y asomó la cabeza.

—Psique se ha despertado —dijo una voz grave desde el interior de la estancia.

Sobresaltada, ella saltó hacia atrás.

—Me sorprende que hayas tardado tanto en tratar de escapar —siguió diciendo el intruso en italiano.

Raven se volvió, dispuesta a echar a correr.

—Yo de ti no lo haría.

Ella se detuvo. Aunque la pierna y el brazo no le dolían tanto como hacía un rato, sabía que no podría huir de él corriendo.

Y eso la desanimó.

—Ya estoy bastante furioso contigo —añadió él—. No me hagas enfadar más y entra de una vez.

—Y ¿qué derecho tienes a estar enfadado? Soy yo la secuestrada —replicó Raven, aferrándose a su mochila con fuerza.

—Tú eres la rescatada. Si no te hubiera rescatado de la escena del crimen, ahora mismo estarías acusada de asesinato y te estarías pudriendo en el calabozo. Aunque si prefieres estar en compañía de la policía, la comisaría no está lejos de aquí.

Raven resopló. No quería tener que enfrentarse de nuevo a la policía. Al

parecer, su única opción en esos momentos era mantener una charla con el intruso.

Alzó la barbilla y cruzó el umbral de la habitación.

Parecía tratarse de una estancia amplia, aunque no podía asegurarlo, ya que la luz de la calle no lograba penetrar en las espesas sombras.

El intruso tenía ventaja, ya que veía perfectamente en la oscuridad.

Raven dio un paso más y se detuvo.

—Así que eres William York.

—En cierto modo.

—¿En qué modo?

—Es un nombre que uso a veces, en determinados círculos. Pero York es mi ciudad de origen, no mi apellido.

—Y ¿cuál es tu nombre real?

—¿De verdad quieres perder el tiempo hablando de cosas tan intrascendentes? —preguntó él con impaciencia.

—Para mí no son intrascendentes. —Raven se recolocó la mochila—. Quiero irme a casa. Por favor, ¿puedes pedirme un taxi?

Él se echó a reír, pero su risa no era un sonido feliz.

—¿Te crees que me he tomado todas estas molestias para mandarte ahora a casa en un taxi? —replicó—. Pues te equivocas.

A Raven se le aceleró el corazón.

—Los policías que investigan el robo de los Uffizi te siguen la pista. Si me dejas marchar, no tendrán que añadir el secuestro a tu lista de cargos.

—El secuestro es el menor de mis problemas. Y de los tuyos también.

Raven se tensó.

—Eres tú quien ha elegido traerme aquí. Supongo que tenías previsto decirme quién eras. ¿Por qué no me dejas verte la cara?

—«Oh, Psique... La cruel fortuna te amenaza, corres un grave peligro. Te ruego que actúes con mucha cautela o me causarás un gran dolor y, lo que es más grave, morirás. No te dejes vencer por el deseo de verme. No vaya a ser que la curiosidad te prive de disfrutar de unos bienes tan valiosos y te deje sin nada más...».

—¿Estás citando a Apuleyo? —preguntó Raven sin dar crédito a lo que oía.

—Me ha parecido apropiado. Psique no estaba satisfecha con lo que tenía y nunca obedecía las instrucciones que le daban.

Ella enderezó la espalda.

—No soy un perro para ir siguiendo tus instrucciones. No necesito que nadie me diga cuándo sentarme o cuándo tumbarme.

—Es obvio —replicó él arisco.

—Además, Psique amaba a Cupido. Quería conocer a la persona a la que amaba.

A Raven le pareció que el intruso se acercaba a ella.

—Era una humana que se enamoró de un dios.

—¿Me estás diciendo que tú eres un dios?

—¿Me estás diciendo que estás enamorada de mí? —le preguntó él burlón—. No, supongo que estás enamorada del chico que está ingresado en el hospital.

Raven hizo una mueca de dolor.

—No soy tan estúpida como para enamorarme de un hombre que sólo se siente atraído por las mujeres hermosas.

—Se siente atraído por las mujeres hermosas, ergo se siente atraído por ti.

Raven frunció el ceño.

—No tiene gracia.

—Pronto descubrirás que no soy bromista. ¿Te dijo él que no eres hermosa?

Ella se revolvió incómoda.

—No lo dijo con palabras, pero lo conozco desde hace un tiempo y sólo me hizo caso después de que mi apariencia cambiara.

—Si es tan idiota como para pensar que la belleza está en la piel y no en el corazón, espero que muera pronto y libre a la humanidad de su estupidez.

—¿Cómo te atreves? ¡Es mi amigo! —Ella dio un paso al frente, a ciegas.

—Pues está claro que deberías elegir mejor tus amistades.

El sonido de una cerilla al encenderse captó la atención de Raven.

Se volvió hacia el sonido y distinguió una vela en un candelabro individual. Estaba en una mesa colocada en el centro de la habitación, junto a una butaca tapizada en color vino.

Tras la mesa había un hombre.

Raven se lo quedó mirando.

Cuando recuperó un poco la compostura pestañeó varias veces, tratando que los ojos se le acostumbraran a la escasa luz.

Era más joven de lo que se había imaginado. Raven tenía casi treinta y él parecía ser unos cinco años más joven que ella. Tenía el pelo rubio y los ojos grises. Su rostro era atractivo, incluso podía definirse como hermoso. Tenía los labios carnosos y la nariz recta.

A Raven le costó identificar más rasgos de su apariencia, ya que iba vestido completamente de negro y la habitación seguía en penumbra. De todos modos, tuvo la impresión de que era de estatura y peso medios.

Aunque sabía que, bajo esa engañosa apariencia de normalidad, sus músculos eran mucho más fuertes de lo que parecían.

Pero Raven tenía la mirada fija en su rostro.

Intentó tragar saliva, pero la boca se le había secado.

Era la cara del hombre misterioso que había dibujado esa misma semana. Imaginó que esa había sido la razón por la que él había sustraído el boceto.

Raven se llevó una mano al cuello como para ayudarse a tragar saliva. La cara del intruso le resultaba muy familiar, y no sólo por el boceto. Se parecía mucho a las figuras de Mercurio y de Céfiro que acababa de ver en el cuadro de la habitación.

Y no entendía cómo era posible.

—Siéntate —le ordenó él en inglés con acento británico, señalando hacia la butaca, que ahora estaba vacía.

Algo en su voz, ahora que le hablaba en inglés, reavivó los recuerdos de Raven.

Se sentó en la silla abrazando con fuerza la mochila, que se colocó sobre el regazo.

William señaló una botella de vino y un vaso que había sobre la mesa.

—¿Te apetece beber algo?

Ella negó con la cabeza antes de alzar la vista para examinarlo en detalle.

Llevaba una camisa de vestir negra con los dos botones superiores desabrochados y unos vaqueros del mismo color. Se había quitado las botas de motorista y se las había cambiado por unos zapatos también negros. Llevaba las mangas de la camisa ligeramente arremangadas, lo que dejaba al

descubierto unos antebrazos musculosos y pálidos, ligeramente cubiertos de vello rubio.

En resumen, era probablemente el hombre más guapo que había visto en su vida.

—¿Quieres que sigamos discutiendo o prefieres admirar mi colección antes? —dijo él entonces, señalando con orgullo a su alrededor.

No era fácil distinguir nada a la luz de una simple vela, pero Raven miró las paredes. Vio cuadros renacentistas y esculturas de mármol situadas en varios rincones.

En la pared del fondo, justo enfrente de ella, distinguió un complejo despliegue de ilustraciones, todas ellas protegidas por cristales.

Dejó la mochila en el suelo y se acercó a la pared.

Sus sospechas eran correctas. William tenía las ilustraciones de Botticelli colgadas de la pared de su casa, con todo el descaro.

—Las robaste tú —susurró.

—Por supuesto que no —replicó él indignado.

Raven se volvió a mirarlo.

—Detalles semánticos. ¿Prefieres que diga que pagaste a alguien para que las robara?

William señaló las ilustraciones, perfectamente expuestas.

—Me las robaron hace años. Me he limitado a recuperarlas.

—El doctor Vitali dijo que habían pertenecido a una familia suiza durante generaciones antes de que los Emerson las adquirieran.

William entornó los ojos.

—Es una historia muy larga y no tengo ningún interés en contarla. Siéntate.

Raven permaneció donde estaba, obstinadamente.

—¿Cómo hicieron tus empleados para burlar los sistemas de seguridad?

Él hizo un gesto con la mano, quitándole importancia a su pregunta.

—Deja de hacerme perder el tiempo con nimiedades y dime por qué no llevas puesta la reliquia que te di.

—Ya te dije que no creía en esas mierdas.

—Eso a lo que tú llamas *mierda* con tanta ignorancia habría salvado la vida de tu precioso amigo. Pero ahora está en el hospital por tu culpa. Y, por

si fuera poco, la policía encontró tu mochila junto a su cuerpo, lo que te convertía en sospechosa.

—Das mucha importancia a objetos inanimados —replicó Raven, volviéndose hacia la mochila—. Y si es la mochila de una sospechosa, ¿cómo es que la has recuperado?

—Mediante sobornos y amenazas. Y te advierto de que me estoy cansando de emplear tantos recursos y energías en tu persona.

William sonaba tan sincero que Raven lo creyó y se quedó sin palabras durante unos momentos.

Él la miró con los ojos entornados.

—Te advertí que no salieras de casa después de que anoheciera. Esta noche llamaste la atención de Maximilian y sólo escapaste de él gracias a un milagro de santuario.

—¿A qué te refieres? No entré en la iglesia.

—¿Y qué? ¿De dónde crees que proviene el poder de santuario de las iglesias? Pues del terreno sagrado donde están edificadas. Y, como estabas en terreno sagrado, no pudieron seguirte.

—¿Cómo sabes que había más de uno?

Él hizo una mueca de enfado.

—Procuro estar al corriente de todo lo que sucede en la ciudad, especialmente si tú estás implicada.

Raven soltó el aire ruidosamente.

—Nunca he solicitado tu ayuda. Ni siquiera te conozco.

William se acercó a ella.

—Nos conocemos, pero no lo recuerdas.

—Lo recordaría —replicó Raven, ruborizándose ligeramente.

Al darse cuenta de su reacción, él ladeó la cabeza, como si le resultara curioso.

—¿Me encuentras atractivo?

—Soy discapacitada, pero no tengo ninguna deficiencia visual —respondió ella con descaro.

El rostro de William se transformó, enfadado.

—Nadie me habla nunca como tú acabas de hacerlo. A no ser que quieran perder la cabeza.

Raven se ruborizó con más fuerza y bajó la mirada.

—No pretendía ser maleducada. Me ayudaste cuando me metí en líos. Gracias.

Tras acomodarse el pelo detrás de las orejas, añadió:

—Es que soy muy sensible con el tema de mi aspecto físico y mi discapacidad.

William bajó la mirada hacia su pierna.

—¿Te duele?

—No mucho. —Ella dobló el tobillo e hizo girar el pie, como si quisiera eliminar el dolor mediante el movimiento.

No lo logró.

—Un momento. —Raven hizo una pausa y lo examinó con atención—. ¿Cómo has sabido cuál era mi pierna herida?

—Muy buena pregunta —replicó él, dirigiéndole una mirada cómplice.

—Y ¿piensas contestarla?

—Tal vez.

Raven estaba a punto de soltar un comentario ofensivo, pero se contuvo y adoptó lo que esperaba que fuera una expresión conciliadora.

—El hombre al que has mencionado..., Maximilian, me preguntó quién era mi amo. Y dijo algo acerca de mi sangre.

—Puedo explicártelo —dijo William en voz baja—. Y si me preguntaras educadamente por qué perdiste la memoria, también te lo explicaría. —Se la quedó mirando expectante.

Raven dio un paso hacia él.

—Te lo pido educadamente. Por favor, cuéntame lo que pasó. Me he estado volviendo loca tratando de entenderlo.

—Como quieras. —William se metió las manos en los bolsillos.

Permaneció en silencio, como si estuviera decidiendo por dónde empezar.

—Hace unos días, por la noche, me hallaba en el centro de la ciudad y me encontré con tres hombres que estaban atacando a una joven. La habían golpeado y arrastrado hasta un callejón para violarla.

»No era la primera vez que me encontraba con una situación parecida, pero hasta ese momento siempre había pasado de largo.

Raven le dirigió una mirada reprobatoria.

Él se la devolvió.

—No es mi trabajo librar al mundo de este tipo de animales. Pero eso era distinto. Sabía que la joven era buena. Sabía que su vida no había sido fácil, pero que la había afrontado con valentía. Más tarde descubriría que esos hombres la estaban atacando porque ella había visto que le estaban dando una paliza a un indigente y había intervenido.

Raven sintió un dolor muy agudo en la nuca. Era un dolor tan intenso y la pilló tan por sorpresa que ni siquiera le llamó la atención que William afirmara tener percepción moral.

Más tarde se daría cuenta.

Raven oyó unos pasos firmes y rápidos que se acercaban y se detenían ante ella, a escasa distancia.

—¿Estás bien?

Ella se frotó la nuca.

—Me duele la cabeza.

—Ven. —Él la tomó del brazo y la acompañó hasta la butaca—. ¿Quieres beber algo?

—No. —Raven se dejó caer pesadamente en el asiento—. ¿Qué le pasó a la chica?

—Se estaba muriendo. Le habían golpeado la cabeza contra la pared y eso le había provocado daños cerebrales.

Raven sintió náuseas.

—¿La violaron? —susurró.

—Los maté antes de que pudieran hacerlo.

Ella hizo una mueca horrorizada.

—¿Los mataste?

—Sí.

—¿Por qué no llamaste a la policía?

—No necesito a la policía.

—No hacía falta que los mataras —dijo ella con voz temblorosa.

Los ojos de William brillaron como si fueran de frío acero.

—¿Habrías preferido que los dejara con vida para que pudieran atacar a otra víctima? ¿Otra mujer? ¿Un indigente? ¿Un niño?

—No, pero la muerte es definitiva, inapelable.

—En algunos casos. —Él le dirigió una mirada que decía mucho más que sus palabras.

Raven se dio cuenta de que había muchos detalles que no le estaba contando. Sintió que empezaba a perder muchas de las cosas que conocía, como si hubiera estado aferrándose a un salvavidas y ahora alguien se lo hubiera arrebatado de las manos.

Lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo podría la muerte no ser definitiva?

—No es buen momento para temas teológicos. —William caminó de un lado a otro de la habitación y prosiguió—: Me encontré con una mujer a punto de fallecer. Tuve que tomar una decisión. Podía dejarla morir, podía acelerar su muerte o podía salvarla.

En ese punto, se detuvo y luego continuó hablando:

—Estaba decidido a acabar con su sufrimiento, pero no pude hacerlo. Ella no había hecho nada malo. No se lo merecía. Su muerte habría sido una tragedia.

»La traje aquí, a mi casa. Estuvo a punto de morir entre mis brazos. No daba tiempo de llamar a un médico y, aunque hubiera llegado, dudo que hubiera podido hacer nada por ella. Así que hice lo que pude.

Raven se estremeció.

—Y ¿qué fue lo que hiciste?

William se volvió hacia las ilustraciones y ella disfrutó de un buen plano de su espalda, desde los anchos hombros hasta la estrecha cintura. Él guardó silencio, como si estuviera buscando la respuesta a la pregunta de Raven en las ilustraciones de Dante y Beatriz.

—Usé... la alquimia.

Ella permaneció con la vista clavada en su espalda.

—¿Como cuando conviertes los metales en oro? —sugirió.

—No exactamente. Llevó tiempo y cuidados, pero se recuperó y se convirtió en mi invitada. Me ocupé de ella. La bañé, la vestí, la alimenté. —William se volvió hacia Raven—. ¿Entiendes lo que es ofrecer tu amistad a un huésped? ¿Conoces las reglas de la hospitalidad?

Ella bajó la vista hacia su regazo.

—Hum, creo que Homero la describe. Las reglas de la hospitalidad

establecen cómo el anfitrión debe tratar a sus huéspedes. —Se agarró con fuerza a los brazos de la butaca, hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. Y, como eres mi anfitrión, debes protegerme y mantenerme a salvo.

Los ojos de William la buscaron en la penumbra y se clavaron en ella.

—Exactamente.

Se apartó el pelo de la cara con las dos manos, echándose los mechones rubios hacia atrás.

—¿Qué le pasó a tu invitada? —preguntó Raven, revolviéndose inquieta en la silla.

William se metió las manos en los bolsillos.

—La devolví a su vida anterior, pero la memoria le quedó afectada por el golpe en la cabeza. Estaba seguro de que no me recordaría, ni recordaría el ataque, y pensé que sería lo mejor para todos. Su cuerpo se curaría y, gracias a la amnesia, el alma se le curaría también.

—El alma no existe.

—Llámalo *mente*, si lo prefieres —refunfuñó él—. En cualquier caso, esperaba que, tras mi buena obra, ella siguiera adelante con su vida, y no volver a verla.

—Pero no fue así —apostilló Raven, sin soltarse de la silla.

—No. La mujer empezó a llamar la atención. Y, si se fijaban en ella, llegarían hasta mí. Traté de convencerla para que cambiara de actitud, pero ella persistió.

Raven pestañeó.

—¿Llamar la atención?

—Sí. Fuiste al palazzo Riccardi y preguntaste por mí.

—Pero ¡eso fue una coincidencia! Oí al profesor Emerson pronunciar tu nombre. Si no hubiera faltado una semana al trabajo, la policía no me habría interrogado. Y, si no me hubieran asustado, yo no habría ido a buscarte pensando que estabas implicado en el robo.

Los ojos de William brillaron de furia, pero Raven lo ignoró.

—Entraste en la galería de los Uffizi y robaste obras de arte de valor incalculable. El único culpable de lo que ha pasado eres tú, no yo.

William levantó la mirada hacia el techo y empezó a hablar con él:

—Un ejemplo más de lo intratable que es esa mujer. No escucha; no hace

caso de los consejos de nadie. —Alzó los brazos frustrado—. ¿Qué hago ahora, eh? Dime. ¿La mato y violo las reglas de la hospitalidad? ¿O trato de hacerla entrar en razón? Otra vez.

Raven contuvo el aliento.

William se dirigió entonces hacia ella, con la cara contraída por la ira.

—Te dije que te marcharas de la ciudad y te negaste.

—Asaltaste mi casa. No me dijiste quién eras. Habría sido una locura hacer caso a un extraño.

Él se inclinó sobre su rostro y la miró fijamente.

—Te di un objeto para protegerte y tú lo llamaste *mierda*. Esta noche has llamado la atención de dos personas que me vieron contigo después de que aquellos hombres te atacaran. Pronto se darán cuenta de que no te dejé morir. Mi buena obra saldrá a la luz, y con ella quedará al descubierto mi debilidad.

—¿Qué debilidad? —susurró Raven, sin poder apartar la mirada de sus ojos.

—Tú. —William levantó la mano y le acarició la mejilla.

Raven ignoró el contacto de su piel y buscó la puerta con la mirada. Sentía pánico, como si estuviera al borde de un precipicio. En cualquier momento, su anfitrión podía empujarla y hacerla caer.

Y no podía escapar.

Se preguntó qué pasaría si usara el candelabro como arma. ¿Sería capaz de lesionarlo para huir? ¿O de distraerlo lanzando la vela sobre un cuadro, aun a riesgo de destrozar una valiosísima obra de arte?

William se dio cuenta de su reacción y bajó la mano.

—¿Qué voy a hacer contigo, Jane?

Raven se volvió hacia él.

La estaba mirando con una expresión torturada.

—¿Voy a tener que demostrar que carezco de honor matando a una invitada en mi propia casa?

—Has dicho que yo soy tu debilidad. —Raven temblaba tanto que la voz se le rompió en la última palabra.

—Lo eres.

Ella se aclaró la garganta.

—Si me matas, todos tus esfuerzos habrán sido en vano.

William entornó los ojos de manera casi imperceptible.

Ella se llevó un dedo a la frente y se tocó la cicatriz.

—Me dijiste que no querías hacerme daño. Me limpiaste la sangre con tu pañuelo.

William le miró la marca de la herida.

—Por favor —rogó ella, sabiendo que su vida pendía de un hilo—. Si lo que me has contado es verdad, impediste que me violaran y me asesinaran. Y, después de todo eso, ¿me matarás?

Él cerró los ojos.

—*Cassita vulnerata* —susurró.

Al oír esas palabras, la mente de Raven se llenó de imágenes. Vio el rostro de William, acompañado por los del hombre y la mujer que la habían perseguido en el Duomo.

Se vio a sí misma en el callejón oscuro, con las manos llenas de sangre.

Se vio en la habitación de William, tumbada en la cama mientras él la contemplaba con una expresión torturada.

Oyó su voz, murmurando en inglés y en latín.

—«Alondra herida» —tradujo, mirándolo maravillada.

William esbozó una sonrisa.

—La alondra herida de los grandes ojos verdes y esa alma valiente que me saca de quicio.

Raven apartó la mirada mientras trataba de asimilar las imágenes que acababa de ver en su cabeza. A menos que él fuera un hipnotista y un maestro en el arte de la sugestión, había empezado a recordar lo que le había pasado. Y, sorprendentemente, las imágenes coincidían con la historia que él le había contado.

Se abrazó la cintura para controlar el miedo y la sorpresa que se habían apoderado de ella.

—Aquella noche fui a una fiesta —reflexionó en voz alta—. Pero no recuerdo qué pasó después.

—Sufriste daños cerebrales.

Ella lo miró a los ojos para preguntarle:

—¿Por eso estaban mis zapatillas en tu armario?

Él asintió sin inmutarse.

—El resto de tu ropa hubo que tirarla. Estaba toda llena de sangre.

A Raven se le formó un nudo en el estómago.

—El indigente del que has hablado, ¿era Angelo? ¿El hombre que siempre estaba sentado junto al puente Santa Trinita?

—No sé su nombre, pero allí fue donde encontramos su cuerpo.

A Raven se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Nunca le hizo daño a nadie. Lo único que hacía era dibujar ángeles y pedir la voluntad.

Mientras contemplaba la reacción de Raven, William sintió una emoción muy poco habitual en el pecho.

—Por lo que he oído, viste que atacaban al indigente y trataste de impedirlo. Por eso se volvieron contra ti. Eres noble, pero muy imprudente.

—Y ¿qué querías que hiciera? —Los ojos verdes de Raven se encendieron como una antorcha—. ¿Quedarme mirando de brazos cruzados?

William señaló su mochila.

—Llevabas tu teléfono. ¿Por qué no lo usaste?

—No me acuerdo. Supongo que pensé que la policía no llegaría a tiempo.

—Exacto. —Él le lanzó una mirada cargada de complicidad.

Raven se frotó los ojos.

—¿Recuperaré la memoria por completo?

—No lo sé —respondió él con franqueza—. Pero, a veces, la falta de memoria es una bendición.

Ella asintió, ausente.

Pasados unos momentos, se le ocurrió algo.

—Antes has dicho que soy buena y que eso te empujó a intervenir. ¿Cómo puedes saber si alguien es bueno o no sólo por su aspecto?

—Es una habilidad que he ido adquiriendo a lo largo del tiempo. Y tiempo no me ha faltado, lo he tenido en abundancia.

—No eres tan mayor. De hecho, yo debo de ser mayor que tú. ¿Cómo lo haces? ¿Usas la alquimia? —Raven no le quitó el ojo de encima para no perder detalle de su reacción.

La postura de William era informal, demasiado informal.

—Sí, alquimia o algo parecido. Aunque en realidad el juicio se establece gracias a las percepciones. Y tu carácter me resultó evidente incluso mientras

te estabas muriendo.

Raven se volvió de lado, con el estómago revuelto.

—¿Qué me diste para salvarme la vida?

William abrió la boca para responder, pero se detuvo al darse cuenta de que estaba muy tensa. Tenía los ojos húmedos y se agarraba a la silla con desesperación.

—Creo que ya has tenido suficiente por una noche —le dijo en voz baja y pausada—. Vete a la cama. Seguiremos hablando por la mañana.

—Quiero saber más cosas sobre la alquimia. Quiero saber por qué la herida se me curó tan rápidamente. —Se señaló la frente.

Él alargó la mano para acariciarle la cicatriz con mucha delicadeza.

—Es una tragedia —replicó con una voz tan cargada de dramatismo que Raven supo que se estaba refiriendo a algo más que a la cicatriz. Por su expresión, por su mirada y por la delicadeza con la que la acariciaba, empezaba a creer que no quería hacerle daño.

William apartó la mano.

—Te di algo para que las heridas se te curaran, pero el cambio de la pierna es temporal. Está empezando a revertir.

Ella lo miró horrorizada.

—¿Temporal?

—A menos que repitamos el tratamiento —respondió él, examinando su reacción cuidadosamente.

—Y la lesión cerebral ¿también volverá? ¿Voy a morir? —El corazón de Raven se desbocó.

William le deslizó una mano bajo la melena y la sujetó por la nuca.

—Mírame —le ordenó. La autoridad de su voz contrastó con la suavidad de sus dedos.

Acercó la cara a la de su invitada forzosa.

—Las heridas mortales ya están curadas, pero tu aspecto y la herida antigua de la pierna volverán a ser como antes. Tal vez con alguna pequeña variación.

Raven bajó la vista hacia sus labios.

—¿Cómo es posible?

—¿Cómo es posible que una reliquia detenga a un salvaje y que el terreno

sagrado repela a Maximilian y a Aoibhe?

—¿Eres un asesino? —Raven cambió de tema bruscamente.

—Sí —respondió él sin pestañear.

—Y un ladrón.

William le soltó la nuca y se enderezó.

—Por lo que respecta a las ilustraciones, lo único que hice fue recuperarlas.

—Pero viniste a comprobar si estaba asustada después de que mataran al policía.

Él asintió secamente.

—Y has vuelto esta noche, pensando que corría peligro. Además, acabo de descubrir que mataste a tres hombres para salvarme la vida, a pesar de que no me conocías de nada. —Raven se lo quedó mirando asombrada.

Él le apoyó la mano en la mejilla.

—Te conozco. Sé que vives sola y que tienes pocos amigos. Sé que caminas con ayuda de un bastón por culpa de las lesiones en el pie y en la pierna.

»Sé que lloras por un indigente y que arriesgaste tu vida por salvarlo.

»Sé que, a pesar de que llevas una vida tranquila y solitaria, has sido más feliz en Florencia que en cualquier otra parte.

Le acarició la mejilla formando un círculo con el dedo antes de bajar la mano hasta su mandíbula.

—Eres mi mayor virtud y mi vicio más profundo —añadió.

A continuación, se inclinó hacia delante y unió sus labios en un beso.

La angustia y el deseo lucharon por adueñarse de su pecho cuando su boca rozó la de ella. El beso se volvió firme e insistente. Mientras le acariciaba el cuello con el pulgar, trazando una tentadora línea descendente, William soltó un gruñido gutural y lascivo.

A Raven le costó reaccionar por la sorpresa. Al principio se quedó inmóvil, tratando de asimilar lo que estaba pasando. Al oír su jadeo, que interpretó como una muestra de deseo genuino, se relajó y se dejó caer hacia él.

Tenía una boca sensual. Sus labios eran más suaves de lo que Raven esperaba. Y besaba con la intensidad de un condenado a muerte.

De repente, William rompió el beso y se apartó.

—Buenas noches, Cassita. —Sus palabras no eran una sugerencia, sino una orden.

Le dio la espalda y caminó hasta el fondo de la estancia, donde colgaban las ilustraciones de Botticelli.

Raven quería hacerle más preguntas. Quería saber por qué la había besado. Y por qué había cambiado de idea y había dejado de hacerlo.

Quería conocer más sobre la medicina que había usado para salvarla.

Pero era evidente que su estado de ánimo había cambiado. Si no enfadado, se notaba que estaba irritado, y Raven no acababa de fiarse de él.

Y fue esa desconfianza la que la empujó a obedecer su orden y a olvidarse de escapar, al menos de momento. Tenía demasiadas preguntas sin respuesta para irse entonces.

Sin decir nada más, recogió la mochila y salió de la habitación, llevándose un dedo a los labios como si no acabara de creerse lo que acababa de vivir.

23

William se dirigió a la biblioteca y cerró la puerta desde dentro. Las estanterías cubrían las paredes por completo, desde el suelo hasta el techo abovedado. Una escalera metálica que se deslizaba sobre un raíl trazaba una curva sobre el suelo, lo que permitía al lector llegar hasta el estante más alto.

Aunque a William no le hacía ninguna falta.

A través de los inmensos ventanales que formaban el techo, veía la luna y las estrellas. Año tras año, siglo tras siglo, contemplaba el mismo cielo. Y su respuesta siempre era la misma: una hermosa pero fría indiferencia.

Igual que Dios.

La idea lo hizo gruñir.

Él no había elegido esa vida. Le había venido impuesta.

«Estoy harto de oír hablar de la justicia que gobierna el universo. Dante era un idiota por creer en esos mitos. Algunos de nosotros quedamos condenados por los actos de otros y nos exilian al infierno sin haber hecho nada para merecerlo».

William no acostumbraba a perderse en ese tipo de reflexiones, ya que solían enfurecerlo y hacerle perder el control. Pero esa noche no pudo evitarlo.

Había servido a Dios, incluso después de que Dios le arrebatara su tesoro más preciado. Y, además, lo había hecho de un modo retorcido.

Y luego había seguido arrebatándole cosas.

Dos veces había sido testigo de cómo la bondad desaparecía de la Tierra. Había sufrido contemplando cómo la vida se le escurría entre los dedos. Ninguna de las dos veces había podido hacer nada para evitarlo. Pero la tercera vez, cuando se encontró con Cassita, las cosas habían cambiado.

Tenía el poder de evitarlo.

Y eso fue lo que hizo.

Curiosamente, la bondad de Cassita no era ni tan fría ni tan indiferente como su tardía respuesta al beso podría hacer pensar.

El recuerdo de esa respuesta lo abrasó.

Se sentó tras el escritorio de madera y abrió el cajón central, de donde sacó una cajita de terciopelo negro.

La abrió.

Una preciosa cara lo miró desde detrás de un cristal.

Era el rostro de una mujer joven y guapa, con unos grandes ojos azules y una abundante melena de rizos cobrizos.

Mientras acariciaba la mejilla de la imagen, William recordó el viejo enfado, que ya había enterrado hacía tiempo. Recordó los siglos de desesperación y desesperanza que había soportado hasta la noche en que encontró a la mujer de ojos verdes tirada en un callejón.

Con su imagen grabada en la mente, cerró la caja y volvió a dejarla en su sitio dentro del cajón.

A la mañana siguiente, Raven se despertó tarde. Se había pasado la noche dando vueltas, pues su mente estaba muy activa a causa de la preocupación.

En la mesilla de noche encontró una tarjeta que decía que llamara a Lucia cuando quisiera desayunar. La tarjeta en sí no tenía nada de particular. Lo que le llamó la atención fue que tuvo que entornar mucho los ojos para poder leer la elegante letra de la criada.

El alma se le cayó a los pies al darse cuenta de que la vista —igual que el resto de los cambios que había experimentado su cuerpo— estaba volviendo a su estado anterior al rescate de William.

Si es que podía hablarse de rescate.

A la luz del nuevo día, comenzaba a dudar de su historia. Le había dicho que había sufrido daños cerebrales, pero aparte de algún dolor de cabeza y de la pérdida de memoria no había ninguna otra evidencia física que lo demostrara.

Y luego estaba el extraño asunto de su cambio de apariencia. Se preguntó

cómo lo habría logrado William.

«William...».

El nombre era engañoso, igual que su dueño. Su atractivo aspecto exterior y su elegante nombre ocultaban a un criminal con tendencia a la violencia.

El hombre que la había besado la noche anterior.

Raven tenía poca experiencia en lo que a besos se refería, pero ese hombre era obviamente un experto. La constatación vino acompañada por una oleada de culpabilidad.

William era guapo y, cuando quería, podía resultar encantador. La había ayudado en más de una ocasión. Pero era un ladrón de arte, un miembro de la ralea más vil de la humanidad.

«Y yo dejé que me besara».

Raven se dijo que no se había resistido porque había estado alterada emocionalmente. Estaba asustada; era imposible que se sintiera atraída por un delincuente.

O, para ser más exactos, no iba a permitirse sentirse atraída por un delincuente. Haría lo que hiciera falta para impedir que eso sucediera.

Se puso el albornoz para recibir a Lucia y se alegró mucho al ver que la mujer le servía el *brunch* en la terraza de la habitación.

Raven agradeció que le hubieran dejado un par de aspirinas en la bandeja, ya que la pierna y el tobillo le seguían doliendo. Si el dolor empeoraba, tendría que volver a tomarse su medicación habitual.

Suspiró ante esa idea.

Mientras disfrutaba del sol del mediodía, su mente voló a la noche anterior.

William York estaba detrás del robo de las ilustraciones de la galería de los Uffizi. Raven no podía saber si habían sido de su propiedad en el pasado o no, pero su historia no coincidía con la que habían contado los Emerson.

Además, William le parecía demasiado joven para ser un coleccionista de arte de ese nivel. La colección que había reunido rivalizaba con la de muchos museos, si no en cantidad, al menos sí en calidad. Le resultaba más coherente pensar que era una colección reunida por la familia York a lo largo de décadas, por no decir siglos.

El hecho de que el profesor Emerson hubiera nombrado a William la

llevaba a pensar que estaba entre los sospechosos. Probablemente ya lo habían investigado. Y, ahora que sabía que era culpable, no entendía por qué no había huido del país y había vuelto a Inglaterra.

Raven bajó la vista hacia el bollo que tenía en la mano. De pronto se había quedado sin apetito.

William afirmaba que le había salvado la vida y que, para hacerlo, había tenido que matar a tres personas. Aunque era posible que le hubiera contado una mentira, no lograba explicarse las extrañas imágenes que le inundaban la conciencia. Eran imágenes de un callejón oscuro, sangre y las caras del hombre y la mujer a los que había visto la noche anterior.

Y luego estaba el tema del boceto. Había dibujado la cara de William antes de conocerlo. Lo más probable era que lo hubiera visto con anterioridad.

Si había matado para protegerla, desde luego lo había hecho sin su aprobación, pero sabía que a la policía le costaría creer su historia. Ya estaba metida en un lío sin necesidad de más complicaciones.

Podía tratar de convencer a William de que devolviera las ilustraciones para que todo el mundo pudiera disfrutar de ellas y no quedaran olvidadas en una oscura habitación de su villa privada. Aunque por su actitud y por la forma en que se refería a ellas, no iba a ser fácil.

Una sombra se cernió de pronto sobre la mesa de la terraza.

—Buenos días —la saludó William—. ¿Has descansado bien?

—Me ha costado dormir. —Raven se cerró el albornoz—. ¿Te apetece acompañarme?

—Ya he comido.

William se apartó del sol. Regresó al dormitorio y se quedó en la puerta de la terraza.

A Raven le llamó la atención el movimiento.

—¿No te apetece sentarte al sol?

—No particularmente —respondió él, un poco estirado.

Ella le señaló la cara. Tenía la piel muy clara.

—¿Te quemas con facilidad?

—El sol me molesta. Suelo evitarlo, si puedo. ¿El desayuno es de tu agrado?

—Sí, gracias.

Raven estaba un poco incómoda comiendo delante de él, sobre todo porque había vuelto a ganar peso en la cintura de la noche a la mañana. Apartó un poco la bandeja y bebió lentamente el café mientras contemplaba los grandes jardines y los árboles de la parte trasera de la villa.

—Tienes una casa preciosa.

—Gracias.

Raven cambió de postura para verlo mejor. Iba impecablemente vestido, aunque parecía llevar la misma ropa que la noche anterior: una camisa negra y unos vaqueros del mismo color.

Supuso que se había cambiado, pero se había puesto ropa del mismo estilo.

—¿Siempre vistes de negro?

Él pareció sorprendido por la pregunta.

—Eh..., sí.

—Hace un día soleado. ¿No tienes calor?

—Pues no especialmente. —William se tensó.

La cercanía le recordó a Raven el beso que habían compartido la noche anterior. Pero también se acordó de que él había estado tentado de matarla. Tenía que librarse de esa situación cuanto antes.

—Gracias por tu hospitalidad y por rescatarme anoche, pero debería irme ya —dijo—. Me gustaría ir a visitar a Bruno al hospital. —Depositó la taza de café en la bandeja y le dirigió una sonrisa con la que pretendía dejarlo sin argumentos.

—Me temo que no puedo consentirlo —replicó él.

Raven se sintió alarmada.

—¿Por qué no?

—Todavía tenemos muchas cosas de las que hablar. Te dejo sola para que te vistas. Reúnete conmigo abajo dentro de una hora.

Ella lo observó mientras cruzaba la estancia en dirección a la puerta. Tenía la espalda tiesa como un palo.

—No quiero esperar —lo llamó Raven—. Hablemos ahora.

William se detuvo un momento antes de volverse hacia ella. No parecía contento.

—No podemos hablar aquí.

—¿Por qué?

Se acercó a ella tan deprisa que Raven lo vio borroso.

—Porque estar tan cerca de mi cama me recuerda todas las cosas que preferiría estar haciendo contigo.

Raven se quedó boquiabierta.

William permaneció inmóvil, ordenándole a su cuerpo que obedeciera las instrucciones de su mente.

—Vístete y baja —repitió.

A continuación, regresó a la puerta y la cerró con un golpe.

Raven permaneció sentada, atónita.

No estaba acostumbrada a despertar el interés de los hombres. Normalmente la trataban como si fuera un mueble o un objeto decorativo.

En la universidad había tenido dos novios. El primero era cariñoso, pero no especialmente apasionado. El segundo era un hipócrita. Ninguno de los dos la había contemplado nunca como William acababa de mirarla, ni siquiera en los momentos más íntimos.

William la había visto y la había deseado desde el primer momento. Sabía que no tenía las medidas de una modelo de pasarela y, a pesar de todo, seguía queriéndola en su cama.

Trató de conjugar en su mente al William lujurioso con la ternura con la que la había besado la noche anterior. Y con la que la llamaba Cassita.

«Ni siquiera sabe cómo me llamo».

Esa idea bastó para frenar sus especulaciones sobre el deseo de William y su presumible talento en la cama. No estaba lo suficientemente sola ni desesperada como para renunciar al respeto que se merecía como persona —y al respeto que se merecía su nombre— a cambio de una tarde de placer.

«Placer con un criminal; no lo olvides».

Debía recordárselo a menudo.

Y luego estaba el pequeño detalle del enfado de William. Parecía que deseársela lo ponía de muy mal humor.

Se preguntó si el enfado se debería a que estaba alterando su ordenada vida criminal o si tendría otras causas. Probablemente le diese rabia sentirse atraído por ella, cuando había tantas mujeres florentinas dispuestas a lanzarse

a sus brazos.

Raven pensó que no ganaba nada dándole vueltas al tema. Ya hacía tiempo que había abandonado la creencia de que todos los misterios del universo se podían resolver. Algunos no tenían solución, y mucho se temía que William era de ese tipo de misterios.

Los conflictos internos de un criminal no eran su problema.

Se acercó al armario caminando con dificultad. Mientras examinaba la ropa que colgaba de las perchas y la que había en los cajones y en los estantes, se dio cuenta de que había prendas de varias tallas. Desde la talla que usaba cuando llegó a la casa hasta la que necesitaba antes de perder la memoria.

O le había comprado ropa la otra vez, cuando le había salvado la vida, o ya había previsto que recuperaría su talla anterior. Raven no sabía qué pensar de ninguna de las dos opciones.

Eligió un vestido de tirantes de color frambuesa, que contrastaba con el verde de sus ojos, una chaqueta blanca y unas sencillas sandalias planas. Luego se encerró en el baño para arreglarse.

Cuando bajó al vestíbulo, se encontró con Lucia, que la estaba esperando. La acompañó hasta una de las habitaciones, al fondo del pasillo. Mientras abría la puerta, le aclaró que se trataba de la biblioteca. Luego se marchó, dejándola en compañía de William.

A Raven le pareció que llamarla *biblioteca* se quedaba corto. La estancia era más grande que el archivo central de los Uffizi. Se quedó mirando los libros boquiabierto, dando vueltas sobre sí misma para apreciar la enormidad y la variedad de la colección.

Le sorprendía mucho que alguien tan joven hubiera logrado reunir una biblioteca tan extensa. ¡Qué no habría dado ella por poder pasar horas y horas examinando el contenido de las estanterías!

William estaba en el extremo opuesto de la habitación, frente a un gran ventanal que llegaba desde el suelo hasta prácticamente el techo abovedado y daba a los jardines. No se volvió al oír la entrar.

Los acordes de uno de los conciertos para piano de Rachmaninoff

resonaban en la estancia. Raven reconoció la música, que parecía provenir de todas partes a la vez pero de ninguna en concreto. Miró a su alrededor buscando la fuente del sonido, pero no la encontró.

Caminó tan derecha como pudo, resistiendo el impulso de cojear. Al llegar al escritorio se sentó en una silla que había delante, reprimiendo una exclamación de dolor.

—¿Te duele? —le preguntó William, que seguía mirando por la ventana.

—Un poco, pero las aspirinas me han venido bien.

—Yo podría hacer que no volvieras a sentir dolor.

—¿Cómo?

—Usando la alquimia.

Ella arrugó la nariz.

—¿Qué implica esa alquimia?

—Prepárate para que tu universo se expanda, Jane.

Ella se tensó al oír que la llamaba por su antiguo nombre.

William apoyó la cadera en el gran escritorio y se cruzó de brazos.

—Anoche dijiste que las almas no existen. Pero tu escepticismo no niega la realidad.

—Y tus creencias, por muy fantásticas que sean, no crean la realidad.

La expresión de él se endureció.

—Tu ignorancia acabará matándote.

—Pues ilumíname. —Raven imitó su postura—. Llevas días dando rodeos esotéricos y hablando mediante acertijos. Es la hora de la verdad. ¿Quién eres y en qué estás metido? Y ¿por qué tus líos suponen una amenaza para mi integridad?

Los ojos de William lanzaron llamaradas de fuego gris.

—Viste al salvaje con tus propios ojos. Y anoche te encontraste con Maximilian. Cualquiera de ellos podría haberte sorbido la vida en minutos.

—Pensaba que Florencia era relativamente segura por las noches. Tendré más cuidado en el futuro.

—Tienes que dejar de ser tan dogmática y abrir los ojos, maldita sea —estalló él—. Gracias a la reliquia que llevabas, el salvaje te dejó en paz. Cuando entraste en territorio sagrado, Maximilian dejó de perseguirte. ¿No te parecen pruebas lo suficientemente empíricas como para demostrar la

existencia de lo sobrenatural?

Ella abrió la boca para protestar, pero fue incapaz de formular una respuesta inteligente.

William negó con la cabeza.

—Usa tu raciocinio y tus poderes de observación. No se alejaron de ti por voluntad propia. Lo hicieron por obligación. ¿Qué más pruebas necesitas?

—Tienes razón, se apartaron de mí, pero la cuestión es por qué. Tal vez la reliquia y el santuario tengan un poder especial, pero también podría tratarse de un efecto placebo.

Él separó la cadera del escritorio y gruñó.

Raven se echó hacia atrás en la silla.

El sonido que salía del pecho de William era inconfundible. Estaba gruñendo como un animal. No supo qué pensar.

Él rodeó la mesa y se acercó un poco.

—Tu pierna se curó temporalmente y cambiaste de aspecto físico. ¿Qué explicación científica le das a eso?

—No tengo ninguna. Escucha, William, creo que me merezco una explicación honesta. Me ha pasado algo muy raro. Tengo recuerdos muy borrosos de esos días. Dime qué me diste para poder ir al médico.

—Un médico no sabría qué hacer contigo. Te sacaría sangre, la examinaría y descubriría que contiene sustancias que son totalmente ajenas a la biología humana.

Raven se sobresaltó, visiblemente alterada por lo que acababa de oír. Recordó los comentarios de su doctora acerca de sus análisis y la incompetencia de los laboratorios. Le había dicho que la muestra de sangre se había contaminado allí.

—¿Qué me diste?

—Estás eligiendo mal las preguntas. Deberías estar preguntándome quién soy.

Raven apretó los labios con fuerza.

—Sé quién eres. Eres el ladrón que se llevó las ilustraciones de los Uffizi.

—Ya te he dicho que yo no las robé. Me las robaron a mí.

—El *dottore* Vitali dijo que habían pertenecido a una familia suiza desde el siglo XIX.

William ladeó la cabeza.

—Y ¿a quién se las compraron ellos?

Raven se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Exacto. Aparecieron en Suiza después de que me las robaran a mí.

—¿Antes del siglo XIX? —Raven se echó a reír—. Pero entonces deberías tener más de...

—Sí.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Qué relación tienes con el palazzo Riccardi?

—No es asunto tuyo.

—¿Quién es el autor del cuadro que tienes en la habitación?

William la clavó a la silla con una mirada tan penetrante que Raven la sintió en sus carnes.

—Ya sabes quién es.

—Nunca había visto ese cuadro.

—De hecho, sí. Lo viste cuando te traje aquí para salvarte la vida. El pintor, por supuesto, es Botticelli.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Por Mercurio y por Céfiro. Sus caras... —Dejó de hablar, confusa.

—No es imposible. Emplea tu capacidad de deducción.

—Es lo que estoy haciendo. Y es imposible. Conozco todas las obras de Botticelli. Y no he visto ese cuadro en ninguna parte.

Él sonrió.

—Porque hace muchos años que está en mi poder y nunca se lo he mostrado a nadie.

—¿Cuánto tiempo hace que lo tienes?

William apretó la mandíbula antes de responder:

—Desde que fue pintado.

Raven se echó a reír a carcajadas.

—Ya, buen intento, vejestorio —le dijo burlona—. Botticelli murió en 1510.

—Y estuvo a punto de morir antes. Cuando descubrí que había pintado mi

retrato en uno de sus cuadros, decidí matarlo. Pero cambié de idea cuando me ofreció unas cuantas cosas.

Raven se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Tus delirios no me resultan divertidos; al contrario, me dan mucha pena —replicó—. Creo que necesitas ayuda. Y yo tengo que irme a casa.

William pasó por su lado desdibujado por la velocidad y se plantó frente a la puerta, impidiéndole el paso.

Raven abrió mucho los ojos atónita.

—¿Cómo has hecho eso?

—Soy rápido. —Se dirigió hacia ella a grandes zancadas.

Ella retrocedió y levantó la mano para mantenerlo a distancia.

—Estás mal de la cabeza. Déjame marchar.

William siguió avanzando hacia ella con decisión.

—Si te dejas marchar, todos mis esfuerzos habrán sido en vano. Alguien como Max te encontrará y te matará. O algo peor.

Raven se detuvo bruscamente.

—¿Como qué?

Él se detuvo cuando sus pies estaban ya a punto de tocarse.

—Como convertirte en su mascota hasta que se canse de ti.

William estaba tan cerca que Raven podía sentir su aliento en la cara.

La joven clavó la vista en la puerta, intentando que su cercanía no la distrajera.

De pronto, comprendió la gravedad de la situación.

—Eres un traficante de seres humanos. —Lo miró a los ojos—. Los vendes como esclavos sexuales.

La expresión de William pasó rápidamente del enfado a la sorpresa, y de ahí a la diversión.

—No exactamente.

—¿Quién, si no, tiene a seres humanos como si fueran mascotas?

—Los que se alimentan de ellos.

—¿Se alimentan? —Sin apartar la vista de él, Raven retrocedió—. ¿Eres un caníbal?

William irguió la espalda y, de pronto, a Raven le pareció mucho más alto.

—No —declaró—. Soy un vampiro.

24

Si el tiempo se midiera por los granos de sal que fluyen en un reloj de arena, podría haberse formado un pequeño castillo y en la base antes de que Raven procesara la información de William y reaccionara.

—Estás enfermo.

(Su fantástica declaración la había dejado tan asombrada que no logró encontrar palabras más descriptivas).

—No, no lo estoy —replicó él, claramente irritado—. Estoy perfectamente.

—Creo que el canibalismo se considera una enfermedad mental. Y no me estoy burlando de ti. Creo que el tema es muy serio. Necesitas ayuda médica. Y un dietista.

Raven no pretendía hacerse la graciosa, pero se le escapó la risa, por los nervios.

A William, en cambio, no le hizo ninguna gracia.

Pasó junto a ella, rodeó el escritorio y abrió uno de los cajones laterales.

Raven debería haber aprovechado la oportunidad para huir de la biblioteca, pero la curiosidad fue más fuerte que ella. Hasta que se dio cuenta de que William había sacado una daga del cajón.

Era antigua y no precisamente pequeña. El mango era dorado.

—¿Para qué quieres eso? —Raven volvió a dirigirse hacia la puerta.

—Para desafiar tu opinión acerca de lo sobrenatural. Te recomiendo que te quedes. Esto te va a interesar.

Ella siguió retrocediendo lentamente en dirección a la salida, aunque tenía los ojos clavados en él.

William se acercó a uno de los estantes y retiró uno de los volúmenes,

grande y de aspecto pesado. Raven vio que se trataba de una copia de la *Divina comedia* de Dante.

Dejó el libro en el centro del escritorio y la miró mientras la música aumentaba de intensidad.

Raven había llegado a la puerta. Tiró del pomo, ansiosa por salir de allí.

Por desgracia, la puerta no se abrió.

Volvió a intentarlo con más fuerza, pero estaba cerrada con llave.

—Jane.

Estaba a punto de aporrear la puerta y de llamar a Lucia a gritos cuando vio que William ponía la mano sobre el libro.

Sin dejar de mirarla, levantó la daga y se la clavó en el dorso de la mano.

Raven soltó un grito.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué has hecho?

Sin pensar en su propia seguridad, echó a correr hacia él, sin importarle el dolor de la pierna.

Vio que le brotaba un fluido negruzco de la herida. No tenía muy claro si era sangre.

—Estás bien, William. Todo va a salir bien. Sólo es un corte —mintió ella mientras se quitaba la chaqueta blanca—. Te llevaremos al hospital. — Con la chaqueta, rodeó la daga, que seguía clavada en la mano de William, manteniéndola sujeta al pesado libro.

Él permanecía impasible.

No había gritado; ni siquiera había pestañado.

Con parsimonia, retiró la chaqueta y, de un tirón, se arrancó la daga de la mano.

El sonido que hizo fue espeluznante.

—¿Por qué has hecho eso? ¡Vas a desangrarte! —exclamó Raven, tratando de cubrirle la herida con la chaqueta.

Pero, una vez más, él la apartó. Con un pañuelo, se secó la sustancia negruzca de la palma y la levantó para mostrársela.

El agujero que se había hecho en la mano era tan grande que ella pudo ver el otro lado a través de él.

Debía de haber roto algún hueso con la daga. O tal vez había pasado entre dos huesos. Raven no estaba segura.

—¡Joder! —exclamó soltando la chaqueta, que fue a parar al suelo.

William rodeó el escritorio y se le acercó. Se detuvo frente a Raven con la mano levantada a la altura de sus ojos.

—Mira con atención —le ordenó en un tono siniestro.

Un instante después, la herida empezó a cerrarse. Raven vio que se formaba una película lechosa sobre el boquete. Ante sus ojos comenzó a regenerarse el músculo y, poco después, la piel.

William movió la mano para que ella viera tanto la palma como el dorso. La herida había desaparecido.

Para descartar que se tratara de una ilusión óptica, Raven le tomó la mano y la examinó de cerca.

Le resiguió la piel de la palma con un dedo. Tenía tacto de carne, no de prótesis, pero no había ni rastro de la herida. Ni siquiera le había quedado cicatriz.

El libro permanecía sobre el escritorio, con una gran incisión que no había desaparecido.

Raven lo miró a los ojos.

—¿Cómo has hecho eso?

—Si quieres, puedo repetir el experimento. Puedo hacerlo mil veces si lo deseas. Pero el resultado seguirá siendo el mismo. No soy humano. Soy un vampiro.

Raven le soltó la mano y de nuevo trató de salir huyendo hacia la puerta, pero él se lo impidió interponiéndose en su camino.

Alzó las manos mostrándole las palmas.

—Jane.

Ella retrocedió hacia la escalera metálica y trepó hasta lo más alto, gritando mientras subía:

—¡Socorro! ¡Ayuda!

—Nadie va a acudir en tu ayuda. Lucia, Ambrogio y los demás hacen siempre lo que les mando, sin excepción. —William se había detenido al pie de la escalera. No parecía contento—. Baja de ahí antes de que te hagas daño.

—¡No te acerques a mí! —Raven alargó el brazo y cogió un pesado atlas de uno de los estantes.

—*Sard!* —maldijo él soltando el pañuelo ensangrentado, que fue a parar

cerca de la chaqueta—. Entiendo que la revelación haya sido una sorpresa, dadas tus ideas preconcebidas, pero me gustaría que recordaras que no he hecho más que ayudarte desde que te conocí.

—Deja que me vaya.

Él enderezó los hombros.

—No puedo hacer eso.

—Sí puedes. No te he hecho nada. Déjame marchar.

William se la quedó mirando con expresión reflexiva.

—Piensas que soy un caníbal, pero me has ayudado. Y has sacrificado tu chaqueta blanca por mi herida.

—¡Estabas sangrando, por el amor de Dios! Por supuesto que te he ayudado.

—De «por supuesto», nada. Durante estos últimos siglos muy pocos han movido un dedo para ayudarme. Y los que lo hicieron fue siempre por interés. No es que me hayas sorprendido; me has impresionado. Y no es fácil impresionarme.

William se dirigió a una mesa cercana y sirvió un líquido de un color morado intenso en una copa.

—Necesitas un trago —le dijo, alzando la copa hacia ella.

—No, no necesito un trago. —Raven se cambió el atlas de mano—. Necesito salir de aquí y alejarme de ti.

—Parece que empiezas a recobrar el sentido común.

William se acercó al pie de la escalera. Caminó muy lentamente, como si estuviera relajado, y apoyó una mano en la barandilla.

—Si bajas de la rama, pajarillo, te contaré más cosas.

—Tú y tu gente sois una panda de enfermos.

—Estrictamente hablando, no somos gente, ya que no somos personas. Somos vampiros.

—Lo que tú digas.

William sonrió, dejando al descubierto una hilera de dientes blancos y muy rectos.

—Ya has conocido a varios vampiros aparte de mí.

Raven se inquietó.

—¿A quién?

—El salvaje. Y Maximilian y Aoibhe.

—¿Quién es Aoibhe?

—La mujer que te persiguió en el Duomo.

—¿Es decir, que sois tres?

William apretó mucho los labios.

—Nuestro nombre es Legión, porque somos muchos.

—¿Cuántos? —quiso saber ella con los ojos muy abiertos.

—Estamos por todo el mundo. Normalmente nos congregamos en las ciudades. Algunos de nosotros viven como salvajes, solos, perdidos en los bosques.

Raven se aferró a la barandilla.

—Vi cómo el salvaje mataba al policía. ¿Tú haces lo mismo?

—No. Los salvajes han perdido la razón y viven como animales. Los civilizados nos alimentamos de humanos, pero tratamos de no matarlos. Los humanos son una fuente de energía renovable.

—Como los árboles —replicó Raven con un hilo de voz.

—¿Qué has dicho?

Ella cerró los ojos.

—El salvaje me dijo que era la puta de un pedófilo. Me dijo que me follaría hasta matarme. ¿Eres pedófilo?

Al abrir los ojos, vio que la expresión de William se alteraba rápidamente.

Con un rugido furioso, levantó una botella de vino y la lanzó contra las puertas macizas. La botella se rompió por el impacto, pero la parte superior quedó clavada en la madera.

Raven abrazó el atlas con una mano mientras con la otra se aferraba a la barandilla con todas sus fuerzas.

William se frotó la cara con las dos manos. Guardó silencio unos instantes antes de volverse hacia ella.

—No sabía que había hablado contigo. Espero que nunca vuelvas a pasar por esa experiencia, pero, si alguna vez te encuentras con un salvaje, no hagas caso de lo que diga. No razonan y son totalmente oscuros.

—¿Oscuros?

William se movió de lado a lado.

—Hay algo oscuro dentro de todos nosotros, pero en los salvajes la oscuridad se apodera de ellos por completo. El resultado es lo que viste que pasó con el policía.

»Sin embargo, todavía les funcionan los sentidos. Ese salvaje se dio cuenta de que llevabas una reliquia. Y debió de adivinar de dónde procedía. Por eso insultó a su antiguo dueño y a ti.

—¿Me diste una reliquia que había pertenecido a un pedófilo?

—No era un pedófilo —gruñó William, mostrándole los dientes—. Era un santo. Sólo un salvaje podría afirmar lo contrario.

Raven se encogió asustada, pero un minuto después la curiosidad volvió a apoderarse de ella.

—¿Qué santo?

Él le señaló la silla donde había estado antes.

—Siéntate antes de que te caigas. —Al ver que ella no se movía, añadió —: No me acercaré a ti. Me quedaré junto a la puerta.

—No bajaré hasta que me digas lo que me diste.

William cumplió su palabra y, caminando con cuidado entre trozos de cristal roto y charcos de chianti, se quedó junto a la puerta.

—Para salvarte la vida, te di sangre de vampiro.

—¿Qué? —exclamó Raven.

Él alzó las manos para tranquilizarla.

—Tiene ciertas propiedades que pueden mantener con vida a un humano.

—No es posible. —Raven se balanceó en la escalera y volvió a cambiarse el atlas de lado—. Esto tiene que ser una pesadilla.

Sin darse cuenta de cómo lo había hecho, se encontró con que William estaba a su lado. Había cruzado la habitación y había subido la escalera en un instante.

Le quitó el atlas de la mano y volvió a dejarlo en su sitio.

—Cassita —le dijo con firmeza, rodeándole la cintura con un brazo—, quédate conmigo.

Ella lo miró fijamente.

—¿Cómo has hecho eso? No te he visto subir.

—La velocidad y la agilidad son dos de nuestras habilidades. Y, ahora, baja.

Raven trató de apartarlo de un empujón, pero era inamovible.

—Mírame —le ordenó él en voz baja, clavándole la mirada—. No te haré daño. Lo juro por la reliquia.

Su voz y su expresión parecían sinceras. Ciertamente, le otorgaba un gran valor a la reliquia, fuera cual fuese su poder, si es que tenía alguno. ¿Sería capaz de jurar sobre ella y mentir intencionadamente?

Raven no estaba segura. Tras considerar su situación, se dio cuenta de que no podía permanecer en la escalera eternamente. La única salida de la habitación era la puerta. Al menos, si bajaba, estaría más cerca de ella.

William le dio la mano y la condujo hasta la silla con mucha paciencia.

—Toma, bebe esto, te calmará los nervios. —Le ofreció la copa con lo poco que quedaba de la botella de chianti.

Raven observó el contenido.

—No es sangre, ¿verdad?

—Claro que no —respondió él, que parecía ofendido—. Es vino.

Ella olfateó el líquido antes de probarlo. El vino era bueno, pero apenas lo notó porque se lo bebió de un trago para que el alcohol le diera fuerzas.

—Pensaba que los vampiros eran fríos al tacto —comentó devolviéndole la copa vacía, que él dejó sobre la mesa—. Tu piel está más fresca que la mía, pero yo no diría que está fría.

—Algunas de las leyendas que corren sobre nosotros fueron propagadas por nuestros enemigos. Otras las hemos hecho correr nosotros mismos, con la intención de despistarlos.

—Me cuesta imaginarme a Bram Stoker como al enemigo de alguien.

—Probablemente porque fue un propagandista a sueldo.

Raven le miró la boca.

—No tienes colmillos.

Él frunció el ceño.

—Nuestros dientes son lo bastante afilados, te lo aseguro.

—Así que tenéis enemigos.

—Todo depredador es presa de alguien.

—¿De qué podrías ser presa tú?

—La pregunta no sería «de qué», sino «de quién». Pero esa ya es otra historia —respondió él perdiendo la paciencia.

—Pareces humano.

—Fui humano una vez. Mi cuerpo es más perfecto ahora. Soy más rápido, más fuerte y no envejeczo. Tengo que alimentarme y que respirar, pero puedo pasar mucho tiempo sin aire. Y, como has visto, mis heridas se curan muy deprisa.

Raven levantó las manos y las dejó caer de nuevo sobre el regazo.

—Pero ¿cómo puede ser?

—El problema es que piensas que lo sobrenatural existe sin causa. Pero eso no es verdad. Obedece ciertas normas y sigue determinados patrones. En resumen, las propiedades sobrenaturales de los vampiros provienen de la oscuridad.

Ella se frotó los ojos.

—Las explicaciones metafóricas no sirven de nada. Si no eres humano, ¿por qué tienes aspecto de humano? ¿Por qué no tienes un cuerpo distinto?

—¿Por qué los elementos de la eucaristía mantienen sus propiedades físicas tras la transustanciación que se lleva a cabo en la misa? —preguntó William, cada vez más impaciente.

Raven hizo una mueca.

—No tocamos el tema de la transustanciación de humano a vampiro en las clases de catequesis... Supongo que en mi parroquia eran demasiado conservadores.

La expresión de William se suavizó. Primero sonrió y acabó echándose a reír.

—Hacía mucho tiempo que no reía. —Le dirigió una mirada cargada de admiración.

Raven estuvo a punto de poner los ojos en blanco, pero se contuvo. En ese momento se le ocurrió algo terrible, algo muy peligroso.

—Si me diste sangre de vampiro, ¿significa eso que voy a convertirme yo también? —preguntó mirándolo con preocupación.

—No, de ese modo no te conviertes. La sangre que te di procedía de la cosecha de dos vampiros que ya no están vivos. Tiene que ser un vampiro vivo quien te convierta en uno de nosotros.

—Pensaba que los vampiros eran inmortales.

—No exactamente.

—¿Cómo se puede matar a un vampiro?

A William se le borró la sonrisa de la cara.

—No hablamos de esas cosas.

—El hombre que se me acercó anoche mencionó la palabra *amos*. ¿A qué se refería?

Él murmuró algo entre dientes.

—Todavía tienes sangre de vampiro en las venas. Max debió de imaginar que eres propiedad de dos vampiros y que ambos te habían dejado alimentarte de ellos como recompensa.

—Eso no suena a recompensa. —Raven hizo un mohín de asco.

—Lo es cuando te estás muriendo —fue la seca réplica de William—. La sangre de vampiro revierte el proceso de envejecimiento y modifica la naturaleza. Por eso cambiaste de aspecto y se te curó la herida de la cabeza.

»Está claro que la lesión de la pierna es antigua; por eso está regresando. Cuanto más antigua es una lesión, más sangre necesita para curarse y menos duradero es el cambio. ¿Cómo te rompiste la pierna?

—Esa es otra historia. —Raven le devolvió sus palabras, en el mismo tono irritado, y bajó la vista hacia las manos, que tenía apretadas con fuerza sobre el regazo—. Entonces ¿mi pierna volverá a estar como antes?

—Sí, para que se te curara permanentemente, tendrías que convertirte en vampiresa. Pero podrías curarla temporalmente si siguieras bebiendo sangre de vampiro.

La expresión de William había vuelto a cambiar. Parecía pensativo; como si estuviera buscando una solución.

Raven sintió una punzada de desesperanza. Había disfrutado de su cambio de apariencia. Le gustaba ser bonita y delgada. Y, sobre todo, había disfrutado mucho de tener una pierna que funcionara correctamente y no le doliera.

Le había gustado tanto que había estado a punto de pedirle a William que le diera lo que hiciera falta para volver a curarla.

Al darse cuenta de ello, se quedó petrificada.

—¿Qué le pasó al hombre que atacó a Bruno?

—Maximilian no es un hombre. Y no le ha pasado nada. Sin duda está descansando en algún lugar discreto. Los vampiros no pueden sobrevivir a la

luz del sol.

—Pero tú sí. Estuviste al sol cuando viniste a buscarme a la habitación.

William se inclinó hacia ella y bajó la voz.

—Es una excepción, y te recomiendo que lo olvides.

Raven volvió la cara para no mirarlo a los ojos.

—¿Y Bruno? ¿Cómo está?

—No ha habido cambios en su estado. Los médicos no saben si se recuperará.

—Quiero verlo.

—Me temo que no puedo dejarte marchar. Es por tu seguridad.

Raven se puso en pie asustada.

—Pero tengo que irme. Tengo que ver a Bruno.

William la fulminó con la mirada.

—Te pedí un montón de veces que te marcharas de la ciudad. Te negaste. Te advertí que acabarías viniendo a pedirme ayuda. Y aquí estás.

—¡Fuiste tú quien me trajo aquí!

—Para salvarte la vida. —Se plantó junto a ella de dos zancadas—. Te he ofrecido ayuda muchas veces y la has rechazado. Podrías estar ya fuera de la ciudad, pero no has querido.

—No habría sido muy racional por mi parte irme del país siguiendo el consejo de un desconocido que asaltó mi casa.

—Siempre te aconsejé de buena fe. Pero me ignoraste. Y ahora has llamado la atención de dos de mis socios. Por tanto, has entrado a formar parte de mi mundo, lo quieras o no.

—Y ¿eso qué significa?

Él enderezó la espalda y adoptó una pose orgullosa.

—Significa, Jane, que te ofrezco mi protección. A cambio, me darás lo que quiero.

—Y ¿qué quieres?

William le dirigió una mirada sensual.

—A ti.

25

—¿Disculpa? —Raven no estaba segura de haberlo oído bien.

Pero la expresión de William, que la estaba mirando de arriba abajo, no dejaba lugar a dudas.

—Te advertí que me cobraría un precio. Pues el precio eres tú. Estarás a salvo viviendo aquí. Y, si quieres, continuaré suministrándote sangre para que tu pierna siga estando sana.

»Tengo la colección privada de arte renacentista más grande del mundo. Y buena parte de ella no ha sido restaurada nunca. Te doy carta blanca para que la valores y para que la restaures. Incluso he mandado construir un laboratorio sólo para ti. Está allí fuera —añadió señalando los jardines que se extendían tras la ventana de la biblioteca.

—¿Viviría aquí como tu restauradora personal?

Él frunció los labios.

—Tengo otras aspiraciones personales reservadas para ti.

—¿Sexo? —La voz de Raven sonó más aguda que de costumbre.

—Por supuesto.

—¿Por qué?

Él pareció sorprendido por la pregunta.

Le acarició la mejilla y la miró con cariño.

—Porque me interesas. Y hacía muchísimos años que nadie captaba mi atención.

Raven no podía negar que le gustaba su voz suave y su modo de acariciarla, como si la encontrara agradable a la vista y al tacto.

No lo conocía lo suficiente como para saber si estaba mintiendo o no. Tal vez eso no fuera más que un juego retorcido y ella únicamente fuese un peón

en una partida a mayor escala.

El beso de la noche anterior le había parecido sincero, pero la habían engañado en el pasado y no se fiaba demasiado de sus sentimientos.

Deseó estar más acostumbrada a recibir atenciones masculinas. Tal vez entonces no la afectaría tanto. Se sentía muy vulnerable.

—El sexo... ¿es igual para los vampiros? —preguntó alejándose de él.

William dejó caer la mano y frunció el ceño.

—¿Igual que qué?

—Igual que cuando erais humanos.

—No sabría decírtelo —replicó él secamente.

Su lenguaje corporal no invitaba a seguir con el interrogatorio, así que Raven no le pidió explicaciones sobre la ambigüedad de su respuesta, pero tomó nota mental para preguntárselo en otro momento.

William se pasó el pulgar por el labio inferior.

—Cuando un vampiro se alimenta de un humano, el deseo de realizar el coito es casi irresistible. El sexo y el comer van de la mano. Es una realidad universal.

Raven arrugó la nariz asqueada.

—¿Los vampiros practican sexo entre sí?

—En algunos casos.

—Y ¿se alimentan el uno del otro?

—A veces, pero necesitan sangre humana para no perder la salud.

Raven decidió que lo mejor sería seguir haciendo preguntas para distraer la atención de William. Tal vez así se le ocurriría un plan para escapar. Fingió estar muy interesada.

—Entonces ¿por qué se alimentan de otros vampiros a veces?

—Por el vínculo que se crea entre los dos. Puede ser por razones políticas o de conveniencia. La sangre de un vampiro más viejo puede fortalecer a uno más joven.

—¿Y tú? ¿Estás vinculado a alguien?

—No. —William se apartó de ella abruptamente—. Debes saber que, cuando un vampiro se acuesta con un humano, este queda tan sobrecogido por la experiencia que se vuelve adicto. En algunos casos, el humano suplica que lo conviertan en vampiro. Pero, en otros, al vampiro se le va la mano y lo

mata.

Hizo una pausa para no perder detalle de la reacción de Raven.

Estaba boquiabierta, mirándolo horrorizada.

Él se apresuró a explicarse.

—Debes saber que yo soy uno de los llamados antiguos. Llevo siglos convertido en vampiro. Soy más poderoso que los demás y tengo mucho más autocontrol. No se me irá la mano cuando me alimente de ti. Conmigo estás a salvo.

Ella se echó a reír, aunque el asunto no tenía ninguna gracia.

—¿A salvo? Nada de lo que me has dicho hasta ahora me hace sentir segura. Y, gracias por la invitación, pero no estoy interesada en acostarme contigo.

William le dirigió una sonrisa lenta y sensual.

—Eso es lo que tú dices, pero tu cuerpo me asegura otra cosa. Tu corazón se acelera cada vez que te toco. Contienes el aliento. Las pupilas se te dilatan y te sube la temperatura. Es fácil pensar que estás excitada.

Raven se ruborizó.

—No puedo controlar mis reacciones biológicas.

—Yo tampoco —replicó él acercándose.

—¿Son misóginos todos los vampiros? No tenía ni idea.

Él alzó las cejas.

—No soy misógino. De hecho, soy un gran admirador de las mujeres. Sólo constato algo que tu cuerpo ya ha reconocido: que te sientes atraída por mí.

—Búscate otra restauradora de arte si te apetece un aperitivo.

William se acercó, clavándole la mirada.

—No tienes ni idea del placer que soy capaz de darte. No sabes cuánta gente suplicaría ser mi amante aunque sólo fuera por una noche.

Raven bajó la vista hasta su boca.

Él se pasó la lengua por los labios.

Ella sacudió la cabeza, como si quisiera salir de un trance.

—En ese caso, no te costará mucho encontrar a alguien dispuesto a acostarse contigo voluntariamente —dijo enfatizando la última palabra—. Y, ahora, si me disculpas...

William se interpuso en su camino.

—Dentro de pocos días, las dos sangres que te administré desaparecerán de tu organismo por completo y al fin podré disfrutar de tu propia cosecha. Llevo un tiempo deseando probarla.

—¿Serías capaz de beber mi sangre?

Él le dirigió una sonrisa socarrona.

—Los vampiros tenemos tendencia a hacer eso, sí.

—Antes, la muerte.

—¿Qué? —El tono de William era hostil y también ligeramente incrédulo.

—Robaste las ilustraciones de los Uffizi y me has secuestrado. Me importa un bledo lo que seas. No pienso quedarme contigo, ni como esclava sexual, ni como dispensador de bebidas, ¡ni como nada de nada!

Él la miró molesto.

—No serías una esclava. Serías una aristócrata. Miembro de la realeza.

—Has dicho que estaría bajo tu control.

—He dicho que eso es lo habitual. Pero a estas alturas ya deberías haberte dado cuenta de que te sales de lo habitual. De hecho, eres tan testaruda que estoy seguro de que serías capaz de mantener cierto grado de autonomía aunque mantuvieras una relación sexual conmigo.

—Un cierto grado de autonomía no es lo mismo que la libertad.

—Ser mi amante te daría la libertad. —William alargó un dedo para acariciarle las clavículas desde un hombro hasta el otro—. La libertad de disfrutar del placer que te proporcionaría. La libertad de olvidarte de todas las preocupaciones y de entregarte a una vida de placeres sensuales.

—Eso no es un aliciente para mí. —Raven apretó los dientes con fuerza—. Prefiero matarme antes que dejar que alguien me toque contra mi voluntad.

Él abrió mucho los ojos.

—No soy un violador.

—Si tú lo dices.

—Impedí que te violaran. Tuve que matar a tres hombres para evitarlo —dijo William con los dientes apretados.

—Tal vez quisieras acabar lo que ellos empezaron.

—*Cave* —le advirtió. Estaba peligrosamente cerca de perder el control. Haciendo un gran esfuerzo, logró contenerse—. ¿Pondrías fin a tu vida para evitarlo? —preguntó con la mandíbula en tensión.

Raven alzó la barbilla.

—Sí.

—¿Sabes lo que les pasa a los suicidas cuando mueren?

Ella se encogió de hombros.

—Duermen y no se despiertan nunca más.

—No es verdad. El suicidio es lo peor que puede hacer un ser humano. No deberías ni siquiera pensar en ello. —La miró fijamente a los ojos—. Dices que no me deseas, pero he visto cómo te ruborizas. Quieres que te toque. Quieres estar en mi cama.

—¡No! —replicó ella desafiante.

—Convénceme.

Los ojos grises de William descendieron buscando los labios de ella.

Se acercó a Raven hasta que entre sus cuerpos no cupo ni un alfiler, pero no la tocó. Tan sólo permaneció casi pegado a su boca.

Raven aguardó, esperando a que la besara.

No lo hizo.

Ella inspiró hondo.

Él permaneció inmóvil.

—Cassita —murmuró. El movimiento de sus labios hizo que sus bocas entraran en contacto durante un instante.

Finalmente, William se abalanzó sobre ella y la besó.

Le recorrió la larga melena con los dedos y la sujetó por la nuca. La distancia entre ambos desapareció por completo.

Luego él redujo el ritmo del beso. Sus movimientos parecían ir a cámara lenta. Presionó el cuerpo contra el de ella, mientras le acariciaba los labios en un beso tan lento que la distancia entre ambos extremos parecía interminable. Era como si tuvieran todo el tiempo del mundo a su disposición.

Raven no lo apartó, pero tampoco participó del beso. Permanecía tan quieta como una estatua, inmóvil entre sus brazos.

De repente, los labios de William la abandonaron.

Ella abrió los ojos y vio que él estaba mirando hacia la puerta.

—Están a punto de interrumpirnos.

—¿Interrumpirnos?

Acababa de decirlo cuando alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo William.

Se oyó el sonido de una llave abriendo la cerradura.

—Lo siento, señor —dijo Ambrogio tras abrir la puerta—. Ha llegado un mensaje urgente.

—Déjalo en la mesa.

Si a Ambrogio le sorprendió ver los trozos de cristal roto y los charcos de vino que tuvo que saltar para llegar a la mesa, lo ocultó bien. Dejó un sobre blanco junto a la copa de vino de Raven.

—¿Necesita alguna cosa, señor? —preguntó, ignorando a Raven y mirando solamente a William.

—No, eso es todo.

Ambrogio hizo una reverencia y se retiró, cerrando la puerta tras de sí.

William soltó a Raven y se acercó a la mesa. Tras romper el sobre, leyó el contenido de la carta.

—*Sard* —maldijo, volviendo a meter la carta dentro.

—¿Qué significa eso?

—Significa «joder».

—¿En qué idioma?

—En inglés antiguo. —Dejó la carta sobre la mesa—. Tenía previsto pasar el día contigo. Por desgracia para los dos, los negocios se interponen entre nosotros. Seguiremos con esta conversación más tarde. Mientras tanto, la casa está a tu entera disposición. Lucia se encarga de las comidas. Si necesitas algo, pídeselo. Te buscaré cuando vuelva, aunque tal vez no llegue hasta mañana.

Con una inclinación de la cabeza, se dirigió hacia la puerta.

Raven lo siguió.

—Espera. ¿Qué le pasará a Bruno?

William frunció el ceño.

—¿Por qué tanto interés en él?

—Porque su abuela es mi vecina. Y tal vez muera por mi culpa.

—No tendrás que preocuparte por ella durante mucho tiempo —dijo

William solemne—. Tiene cáncer. Morirá pronto.

—¿Qué? —A Raven se le rompió la voz.

—Cuando fui a tu casa olí el cáncer desde el vestíbulo. Está muy avanzado.

—¿Cómo puedes oler el cáncer?

Él frunció los labios.

—Es uno de nuestros talentos. Podemos oler las enfermedades. Y la muerte.

Raven se apoyó en el respaldo de la silla más cercana.

—¿Por qué no me lo contó Bruno?

—Tal vez no lo sepa. No olí ningún tipo de medicamento en el organismo de tu vecina. Quizá se haya negado a recibir tratamiento.

—¿Puedes ayudarla?

—Podría, pero no lo haré —respondió él con seguridad.

—¿Por qué no?

—Usar sangre de vampiro para salvarte ya me ha delatado ante los demás. No pienso volver a hacerlo.

—¿Y si yo te lo pido?

William apretó los dientes con fuerza.

—La respuesta sigue siendo no. La sangre le curaría el cáncer, pero tendría que darle tanta cantidad que acabaría convertida en una jovencita. Llamaría demasiado la atención.

—Podrías darle una pequeña cantidad, para al menos aliviarle el sufrimiento.

—Lo único que puede aliviarla es la muerte.

Raven gimió angustiada.

—Por favor.

—No interferimos en las vidas de los seres humanos. Tú fuiste una excepción.

Los ojos grises de William adquirieron un brillo frío, metalizado. Dio media vuelta y alargó la mano hacia el pomo.

Raven tragó saliva para mantener a raya las lágrimas que se agolpaban tras sus ojos.

—William, espera. —Se aclaró la garganta—. ¿Y si te lo ruego?

Él continuó dándole la espalda.

—Mi respuesta será la misma.

—Traté de proteger a Cara —susurró Raven—, pero fracasé.

Esta vez, William se volvió.

—¿Quién es Cara?

—No pienso quedarme observando sin hacer nada.

Él soltó el aire con fuerza.

—No es responsabilidad tuya salvar al mundo. Deja que la gente se salve sola.

Pero el sonido que salió de la boca de Raven seguía siendo de angustia.

—Si lo que dijiste sobre la reliquia es verdad, entonces es culpa mía que hirieran a Bruno. Si no me la hubiera quitado, nadie nos habría molestado.

—Es tarde para lamentaciones. —William volvió a agarrar el pomo.

—No, no lo es. —Raven se acercó a él y se detuvo a poca distancia de su espalda—. Dijiste que vendrías a ti y que te rogaría que me ayudaras. —Alzó la barbilla—. Pensaba que era demasiado orgullosa para suplicar, pero no lo soy. Te suplico que salves las vidas de Bruno y de su abuela.

William permaneció inmóvil, mirando hacia la puerta.

—No.

—Por favor, William. Por favor.

Él exhaló con fuerza.

—Aunque te cueste entenderlo, tratamos de no llamar la atención de nadie. Me estás pidiendo que me exponga.

—Me quedaré contigo.

Él se volvió rápidamente y la miró a los ojos.

—¿Qué?

—Si curas a Bruno y ayudas a su abuela, me quedaré contigo. Trabajaré en tu colección de arte. Puede que también haga... otras cosas, con el tiempo. Lo único que te pido es que no me obligues.

William le dirigió una mirada inexpresiva.

—Por favor —repitió Raven—, ayúdalos.

Él permaneció inmóvil tanto tiempo que Raven temió que hubiera entrado en una especie de trance.

Se retorció las manos; la ansiedad no la dejaba estar quieta.

William bajó la vista hacia las manos de su invitada antes de volver a mirarla a la cara.

—¿Vivirías conmigo hasta que te dejara marchar? ¿Podrían pasar décadas antes de que decidiera hacerlo?

Ella asintió.

—No puedo ayudar a tu vecina: el riesgo sería demasiado grande. Pero podría ayudar al chico.

—Tiene que ser a los dos.

William le dirigió una mirada agresiva.

—No pienso gastar mi valiosa bodega en una anciana. A él le daré algo que le salvará la vida. Pero tampoco me arriesgaré a curarlo por completo.

Raven estudió sus posibilidades, que eran limitadas.

La expresión de William cambió gradualmente. A ella le preocupó que pudiera cambiar de idea.

—De acuerdo —accedió, encorvando los hombros.

William se acercó a ella sin hacer caso del ruido que hacía al pisar los cristales rotos.

—Ofreces tu vida y tu puesto en la galería a cambio de la vida de ese muchacho ridículo. Apenas te conoce.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Raven.

—No quiero verlo morir sabiendo que podría haber hecho algo para impedirlo.

William resopló exasperado.

—No es digno de ti. Tú misma dijiste que nunca se había fijado en ti hasta que cambiaste de aspecto.

Ella se secó la lágrima con el dorso de la mano.

—No tenías ninguna intención de dejarme escapar. Al menos, así he sacado algo de todo esto.

William le tomó la cara entre las manos.

—¿Eres consciente de lo que me estás ofreciendo?

Ella cerró los ojos.

—Sí.

Él permaneció inmóvil durante lo que a Raven le pareció una eternidad.

—Haces que me avergüence.

Ella abrió los ojos.

Él le rozó los labios en un beso suave.

—Hacía mucho que no sentía vergüenza.

Por un momento pareció inseguro, y Raven temió que fuera a retirar su ofrecimiento.

En un impulso, se puso de puntillas y lo besó.

William pareció sorprendido, pero en el buen sentido. Presionó su boca cerrada contra la de ella, como si no quisiera romper el contacto.

Cuando él tomó el control del beso, Raven sintió que perdía el equilibrio y se agarró con fuerza de sus bíceps.

Él la empujó y Raven tuvo que andar hacia atrás, casi como si estuvieran bailando un vals, hasta que chocó contra una de las estanterías. Ni siquiera entonces William rompió el beso.

Deslizó una mano entre el estante y la cabeza de ella, como acunándola, protegiéndola.

Raven lo percibió así, y separó los labios.

Instantáneamente, la lengua de William empezó a jugar con sus labios. Los probó y los lamió muy despacio, pero no entró más allá.

Le resiguió la mandíbula con el pulgar mientras la besaba y la provocaba, tentándola a seguirle el juego.

Cuando ella deslizó la lengua en la boca de William, él la acarició suavemente con la suya, mientras un profundo suspiro se le escapaba del pecho.

«Su sabor es distinto», pensó Raven. Su boca era fresca. Se movía con parsimonia pero con decisión al mismo tiempo.

Cuando ella se retiró, William le dio un último beso suave y apoyó la frente contra la suya.

Luego esperó a que Raven abriera los ojos antes de hablar.

—¿Sabes lo poco frecuente que es encontrarse a alguien que se sacrifique por los demás? ¿Sabes lo grandiosa que eres?

Ella agachó la cabeza. Se estaba vendiendo como esclava; no estaba salvando a la humanidad precisamente.

Él jugueteó con su pelo.

—Disfruta de mi colección de arte —dijo—. Trataré de reunirme contigo

esta noche.

Raven siguió con la vista clavada en el suelo.

William le dio un beso de despedida antes de salir de la habitación.

Ella oyó que la puerta se abría y se cerraba.

Se sentó en el primer peldaño de la escalera de mano y enterró la cara entre los dedos. La oscura melena le cayó sobre la cara, cubriéndole parte de los hombros, de los brazos y del vestido de color frambuesa.

No lloró. Pero el corazón le dolió mucho.

Dejó de lado los pensamientos sobre su destino para pensar en su vecina Lidia.

Quería a esa anciana. Y estaba muy enferma.

Raven suspiró angustiada.

26

William dio tres pasos pasillo abajo antes de darse cuenta de que se había dejado la carta que le había llevado Ambrogio en la biblioteca. Regresó para recuperarla.

Al entrar en la habitación, vio a Cassita hecha un ovillo en la escalera. Tenía la cara oculta entre las manos y los hombros le temblaban. Estaba llorando.

Se le formó un nudo en el pecho. Cassita le había dicho que se había marchado de Estados Unidos buscando la felicidad. Le había contado que en Florencia la había encontrado.

Y ahora acababa de renunciar a esa felicidad y a un trabajo que le encantaba para salvar las vidas de sus amigos. Y él se había negado a concedérselo. Sólo había aceptado salvar al chico.

El nudo en su pecho se apretó más aún. Era una sensación parecida al dolor.

Un sentimiento extraño.

Cogió la carta y se la metió en el bolsillo de la chaqueta, dispuesto a dejarla entregada al llanto. Pero, al bajar la vista hacia el suelo, vio dos objetos muy cerca el uno del otro: uno era la chaqueta blanca, y el otro, su pañuelo.

La chaqueta ya no estaba inmaculada. Al igual que el pañuelo, estaba manchada por negra sangre de vampiro.

Los ojos de William se pasearon de la chaqueta hasta su dueña, que seguía hecha un ovillo para protegerse de la crueldad del mundo.

Verla así no le gustaba. En absoluto.

Hacía mucho que los sentimientos de los seres humanos no le

importaban. La naturaleza de la transformación vampírica hacía que casi todos los recuerdos y emociones humanas desaparecieran tras el cambio.

Pero William recordó la sensación de pérdida. Y el dolor que acompañaba a la ansiedad por alguien a quien amabas, aunque él llevaba siglos sin amar a nadie. De hecho, estaba convencido de que los de su especie eran incapaces de sentir amor.

Aunque tenía la empatía muy desentrenada, la experimentó en ese momento al observar a la hermosa y valiente Cassita llorando por sus amigos. Y, tal vez, por sí misma.

Y, lo que era más importante. William estableció con certeza qué tipo de persona era.

Cassita era una protectora.

Era de esas personas que se preocupan tanto por los demás —indigentes y vecinos incluidos— que haría cualquier cosa por ayudarlos. Y eso incluía sacrificarse.

No se había dado cuenta antes, pero, en cuanto se le ocurrió, no le cupo ninguna duda. Supo que era uno de los rasgos predominantes de su personalidad, y que lo llevaba grabado en lo más hondo de su ser.

En ese aspecto, igual que en varios más, le recordaba a la joven cuya imagen guardaba cuidadosamente oculta en su escritorio. William le había fallado, muchísimos años antes, y ella había acabado pagando las consecuencias.

Los remordimientos por lo que le había ocurrido a ella fueron la causa de que hiciera una excepción con Cassita y decidiera salvarle la vida. Y él se había apoderado de aquella alondra herida y había manipulado su nobleza y su bondad. Y ¿para qué? ¿Para sus propios objetivos egoístas? ¿Para acostarse con ella?

Bajó la vista hacia la chaqueta blanca que había usado para detener su hemorragia y despreció la sangre que la ensuciaba. Ella había acudido en su ayuda sabiendo que era un vampiro. Y ahora estaba sentada en su biblioteca, llorando, porque él la había obligado a entregar su vida a cambio de la de sus amigos.

William sintió desprecio por sí mismo.

—Cassita —susurró.

Cuando ella levantó la cabeza, esperó verle las mejillas cubiertas de lágrimas, pero sólo estaban moteadas de rojo. Tenía los ojos húmedos y un aspecto muy desgraciado. Tenía el aspecto de alguien muy desdichado y arrepentido.

William sintió una punzada de dolor más intensa en el pecho.

—He cambiado de idea.

—¡No! —exclamó Raven, presa del pánico. Se levantó rápidamente y se plantó ante él—. Por favor, has dado tu palabra. Por favor.

Él negó con la cabeza y alzó una mano para tranquilizarla.

—He decidido dejarte marchar.

—¡No puedes! Hemos hecho un trato. Has dicho que lo ayudarías.

—Eso he dicho. —William la miró fijamente con la que esperaba que fuera una expresión de sinceridad—. Y cumpliré mi promesa. Ayudaré a ese chico y le pediré a Ambrogio que busque ayuda médica para tu vecina. Es lo máximo que puedo hacer por ella.

Raven entornó los ojos con desconfianza.

—¿Dónde está el truco?

Él negó con la cabeza.

—No hay truco. Te ofrezco estas cosas como un regalo.

—Me has traído aquí como prisionera. Y ¿ahora vas a soltarme y vas a darme todo lo que te he pedido a cambio de nada? No te creo. —Raven se abrazó la cintura con las manos.

La expresión de William se tornó pensativa.

—Has hecho que me avergüence al ofrecer tu vida a cambio de las de tus amigos. Lo único que hago es recuperar mi honor.

Ella lo miró con escepticismo, pero no dijo nada.

William levantó una mano y le acarició la cara.

—Un ave enjaulada nunca es tan hermosa como una en libertad, Cassita. Ya te han herido demasiado. No pienso ser yo quien te haga daño ahora.

Y, con una rígida reverencia, se volvió para marcharse.

Ella lo agarró del brazo.

—¿Puedo irme a casa?

William miró la mano que lo sujetaba y, desde allí, su mirada ascendió hasta llegar a los ojos de Raven, que lo observaban esperanzados.

Esa esperanza le dolió como si le estuviera marcando la piel a fuego.

—Estarías más segura aquí, a mi lado, pero no te retendré contra tu voluntad.

Ella le soltó el brazo y se llevó la mano a la boca, sintiendo un gran alivio.

Él alzó una mano pidiéndole cautela.

—Pero debes prometerme algo.

—¿Qué?

—Que aceptarás mi protección. Te aseguro que es por tu seguridad.

—De acuerdo. Si así puedo irme a casa.

Él bajó la mano.

—Cuando regrese, te presentaré a mis colaboradores más cercanos.

Raven abrió la boca para protestar, pero William la interrumpió.

—Maximilian y Aoibhe ya te han visto. Si vuelven a verte, te capturarán. Cuando haya establecido mi protección y haya dictado unas cuantas medidas de seguridad, nadie se atreverá a tocarte. Sólo entonces te llevaré a casa.

—Preferiría irme ahora mismo.

La expresión de William se endureció.

—Esta condición no es negociable. La aceptas o no.

—La acepto —se apresuró a replicar ella.

—Bien.

Cuando William le retiró un mechón de pelo de la cara, Raven vio una tristeza ancestral en sus ojos.

—Disfruta del día, Jane —dijo él.

Luego se dirigió hacia la puerta.

Ella lo observó dar unos cuantos pasos antes de replicar:

—Me llamo Raven.

27

La visión del mundo de Raven se había alterado por completo. Comparó el cambio con el que se había producido cuando se pasó de una visión geocéntrica a una visión heliocéntrica del universo. Con la diferencia de que su visión heliocéntrica incluía criaturas sobrenaturales cuyas heridas de arma blanca se curaban en segundos y que se alimentaban de seres humanos.

Había experimentado un sinfín de emociones: miedo, asombro, alivio, enfado y, en algún momento, también deseo. Cuando William se marchó, Raven estaba agotada. Subió al dormitorio principal y se acostó en la enorme cama, hecha un ovillo. Poco después, estaba profundamente dormida.

Cuando despertó, se sintió mucho mejor. William le había prometido que la dejaría marchar, y también le había prometido que la protegería de los demás vampiros.

Ya la había protegido en el pasado, pero a Raven le inquietaba un poco pensar en qué consistiría esa nueva protección. Ya le había revelado que la llevaría a conocer a Maximilian y a Aoibhe. Y la perspectiva de una presentación formal no le resultaba muy atractiva.

Para ser sincera, debía reconocer que se sentía muy atraída por William. Sus ojos, su aspecto, su boca... Era guapo y tenía un magnetismo muy especial. Y, cuando la besaba, lo hacía con tanta dedicación que era fácil creer que lo que sentía por ella era más que una simple atracción.

Al menos había logrado hacerle cambiar de idea, lo que no era moco de pavo.

La colección de arte que se guardaba en la casa proporcionó a Raven la excusa perfecta para olvidarse de lo que había sucedido entre ambos y de la amenazadora perspectiva de conocer a los colegas de William.

Comió tarde y después les pidió a Lucia y a Ambrogio que la ayudaran a examinar dos de las obras de arte: el Miguel Ángel del vestíbulo y la versión de *La primavera* del dormitorio.

Descolgaron las obras de la pared y las depositaron cuidadosamente sobre la mesa del comedor, que previamente habían cubierto con una sábana blanca.

Antes de tocarlas, Raven se puso unos guantes de algodón blancos que le facilitó Ambrogio. Examinó cada centímetro de la pieza con ayuda de una lupa, dictando todos los daños que detectaba a Lucia, que no paraba de tomar notas.

Al no poder usar un equipo sofisticado para determinar la antigüedad de la pintura, Raven sólo pudo hacer una estimación aproximada. Aparentemente, ambas eran auténticas.

Deseó poder pedirle opinión al profesor Urbano, especialmente respecto al supuesto Miguel Ángel. Si fuera auténtico, esa obra supondría una revolución en la historia del arte.

Se creía que Miguel Ángel sólo había completado un cuadro sobre tela en toda su vida. Había hecho bosquejos en tiza y tinta, y había pintado sobre tabla, pero su carrera se había centrado en la escultura y, por supuesto, en los frescos de la capilla Sixtina.

Durante la tarde, Raven trató de dar conversación a Lucia y a Ambrogio. Ambos eran muy educados, pero se mantuvieron distantes y completamente inexpresivos.

Les preguntó varias veces sobre William, pero o bien guardaban silencio o cambiaban de tema. Los criados hicieron un relato respetable sobre los orígenes aristocráticos y británicos del dueño de la casa, así como de su gran amor por la ciudad de Florencia. Evitaron cualquier tema que no fuera correcto y formal.

Raven se preguntó si conocerían sus actividades sobrenaturales. Se preguntó también si habrían participado en algún programa de entrenamiento para criados perfectos, como sucedía en aquella película en la que salía Nicole Kidman: *Las mujeres perfectas*.

En cualquier caso, a Raven le quedó muy claro que los criados de William nunca desvelarían sus secretos ni desobedecerían sus órdenes.

28

Esa noche, a las diez, Raven y William iban sentados en un Mercedes negro conducido por un hombretón llamado Luka. El coche tenía las lunas tintadas, lo que los protegía de las miradas indiscretas.

Cuando William había regresado a la villa, dos horas antes, le había dado instrucciones para que se vistiera de negro y se cubriera tanto como fuese posible. Cuando ella le preguntó la razón, él le explicó pacientemente que iba a llevarla a que conociera a algunos miembros de su especie.

(Su explicación no fue muy informativa, porque eso ya lo sabía).

Raven estaba aterrorizada, pero se daba ánimos pensando que, tras la reunión, la llevaría a su casa.

Aunque agradecería mucho recobrar la libertad, la apenaba perder de vista su colección de arte. Esperaba poder volver algún día para examinar, y tal vez restaurar, alguna de las obras. Y, bueno, el dueño también le había picado un poco la curiosidad. Más que un poco, para ser sincera. Se preguntó si tal vez, cuando las cosas se hubieran calmado, le contaría cómo era vivir en el Renacimiento.

La idea resultaba muy intrigante.

Mientras recorrían la carretera de curvas que descendía hacia la ciudad, Raven se bajó un poco el vestido de seda negro para que le cubriera las rodillas. Se había puesto unas medias negras y, para completar el conjunto, llevaba unos zapatos de tacón también negros, ridículamente caros.

William había insistido tanto en que se cubriera el cuello que Lucia había ido a buscar un antiguo pañuelo negro de Hermès con un estampado muy discreto, y Raven se lo había anudado cuidadosamente.

(Empezaba a sospechar que a su alteza lo excitaba el color negro).

Iba tapada de arriba abajo, con la excepción de las manos y la cara. Se toqueteó las uñas, incapaz de permanecer quieta.

William le tomó la mano y la mantuvo sujeta con fuerza.

—Lo siento. Estoy nerviosa.

—Es una reacción adecuada. ¿Te gusta el vestido?

—Mucho, gracias.

Él sonrió.

—Estás preciosa.

Raven le apretó la mano como gesto de agradecimiento, pero no se lo creyó. La tela del vestido era muy bonita, pero la seda se le pegaba al cuerpo porque le quedaba un poco justo. Aunque Lucia le había dado ropa interior que le estilizaba la figura, sabía que tenía el vientre, las caderas y el trasero demasiado prominentes, y que esa tela enfatizaba su volumen.

«Las ansias de sangre de William deben de estar nublándole la visión», se dijo.

—Lucia me contó que habías elegido el vestido personalmente.

—Lo compró ella, pero siguiendo mis instrucciones, es cierto. —La mirada de William recorrió el vestido de arriba abajo, desplazándose desde su cara hasta sus piernas, que permaneció observando con admiración—. Me gusta rodearme de belleza —agregó.

Raven se contuvo para no resoplar, burlona.

—Me sorprende que los vampiros se desplacen en coche. O en moto —comentó mirándolo de reojo.

—Este coche proporciona cierta seguridad. Y, respecto a la moto, me gusta la velocidad. —Le dirigió una sonrisa seductora—. Y bien, hermosa Jane, ¿por qué me dijiste que tu nombre era Raven? Raven significa «cuervo» en inglés, y los cuervos son animales carroñeros. Se alimentan de carroña.

Ella se volvió y miró por la ventana.

—Da igual. Ese es mi nombre.

Él le tiró de la mano.

—Cuéntame por qué quieres que te llamen Raven.

—Porque los cuervos son inteligentes. Son independientes. —Hizo una pausa—. Son unos supervivientes.

William le acarició el dorso de la mano con el pulgar.

—Y ¿a qué has tenido que sobrevivir, pequeño cuervo?

Su tono de voz, grave e inquisitivo, hizo que ella lo mirara a los ojos. Él la observaba con preocupación, como si su respuesta fuera importante.

—No quiero hablar de ello. Y esta noche menos. —Se libró de su mano y, sin pretenderlo, la vista se le desvió hacia la pierna derecha.

William siguió el recorrido de sus ojos y frunció el ceño.

—Algo te hizo fuerte. La sangre de vampiro suele tener ese efecto en los humanos, pero creo que la resiliencia es tuya. —Tras una pausa, añadió—: ¿Quién es Cara?

—Mi hermana —susurró ella.

—Yo tuve una hermana.

Raven se volvió hacia él con interés.

—¿Mayor que tú o más pequeña?

—Más pequeña. Yo era el mayor. Éramos seis hermanos: cuatro chicos y dos chicas.

—Siempre quise tener un hermano.

—¿Sólo sois Cara y tú?

Ella asintió.

William se la quedó mirando. Su rostro era una máscara impenetrable.

Bajo su escrutinio, Raven se sintió cada vez más nerviosa. Se acomodó el pelo detrás de las orejas.

—Deja de observarme —dijo.

—¿Por qué? Me gusta mirar cosas hermosas.

—Eso dices.

—Y hacía mucho tiempo que no veía algo tan fascinante como tú. Pero eres una alondra, no un cuervo.

—Tengo una gran cantidad de euros que te pertenecen. —Raven cambió de tema sin ninguna sutileza.

—Guárdalos. Son para un caso de emergencia.

Ella quiso discutirse, pero llegó a la conclusión de que sería inútil.

—¿Estás incómodo a mi lado?

William la miró sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—Cuando estás a mi lado..., ¿se te abre el apetito?

Raven se contuvo para no hacer una mueca al pronunciar las últimas palabras. No le gustaba pensar en sus hábitos alimentarios.

—Ya me he alimentado. Y tu auténtica cosecha está enmascarada todavía por la sangre que te di hace una semana. Sin embargo, dentro de unos cuantos días... —dejó la frase a medias y le dirigió una mirada seductora.

Ella lo miró asqueada.

—Si se hace con cuidado, no duele. —William pegó su cara a la suya—. Te llevaría a mi cama y nos entregaríamos a todos los placeres sensuales que hacen las delicias de los amantes. Te tocaría, te probaría, te daría placer. Los vampiros pueden mantener relaciones sexuales durante horas. Te prometo proporcionarte el placer más grande de tu vida. Y sólo cuando estuvieras entregada al orgasmo me alimentaría de ti. Te resultaría muy placentero, muy erótico.

A Raven empezó a subirle la temperatura al oír las palabras que salían de sus labios perfectos y sensuales.

Cerró los ojos para romper el tirón magnético que ejercía sobre ella su boca y su modo de pronunciar las palabras *orgasmo* y *erótico*.

El coche llegó al pie de la colina y giró.

Raven miró por la ventana.

—¿Adónde vamos?

La expresión de William se ensombreció.

—Vamos al hospital. Tu chico ha empeorado. Tengo que verlo inmediatamente.

—¿Puedes ayudarlo?

—Sí, pero sólo le daré lo imprescindible para mantenerlo con vida. Así ganaremos tiempo para programar otra visita a una hora más discreta. Me expongo demasiado yendo al hospital.

—Gracias. —Raven buscó el contacto visual para que viera que estaba francamente agradecida.

—De nada. Mientras esté en el hospital, te quedarás con Luka. No puedes salir del coche bajo ninguna circunstancia, ¿está claro?

—¿Y si Luka decide ir a echar una siesta con los peces? —preguntó ella tratando de disimular la risa.

Pero no lo logró.

William frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

Raven lo observó durante unos instantes. No, no estaba bromeando.

—¿No has visto *El padrino*?

William la miró sin comprender.

—Ya sabes..., la película.

Él se aclaró la garganta.

—Las películas me resultan... banales.

Ella se echó a reír.

—Me lo creo. Pero un día de estos tienes que ver *El padrino*. Es la mejor película de todos los tiempos, junto con *Casablanca*.

—¿Las verías conmigo?

Ella pestañeó sorprendida.

—¿Te gustaría que lo hiciera?

Él le acarició la muñeca con los dedos.

—Me cuesta imaginarme algo más agradable que pasar una velada en tu compañía, aunque sea viendo una película.

Pero Raven estaba distraída por lo que los dedos de William le estaban haciendo en la muñeca. Era una sensación... increíble.

—De acuerdo, pero con una condición.

Él dejó de acariciarla.

—¿Cuál?

—Que me dejes examinar tu colección de arte.

—¿Sólo eso? —William frunció el ceño.

—Quiero ver toda tu colección y evaluar la condición de cada pieza. Yo luego te diría qué actuaciones hay que hacer para restaurarlas.

—Y, a cambio de ese trabajo, que no será pequeño dado el tamaño de mi colección, te ofreces a ver películas conmigo.

Ella lo imitó, frunciendo el ceño igual que él.

—También quiero que me asegures que no me retendrás en tu casa. Quiero entrar y salir con libertad.

—Ya te he dado mi palabra. —William parecía ofendido.

Se ajustó los gemelos de su camisa negra de vestir. Raven se dio cuenta de que tenían forma de flor de lis. Eran de oro, o al menos lo parecían.

—Daré la orden de que te dejen acceder libremente a la finca —dijo él y, con una mirada apasionada, añadió—: Tal vez con el tiempo llegues a desear mi compañía por otras razones.

—Me hiciste una oferta que no pude rechazar —murmuró ella, volviendo a mirar por la ventana.

—¿Qué oferta?

—No, nada.

William entornó los ojos, pero, aunque por un momento pareció que iba a reprenderla, lo pensó mejor.

—Cuando salgamos del hospital, te llevaré a conocer a mi gente. Ellos no te esperan. Pase lo que pase, actúa como si te pareciera lo más normal del mundo lo que digan y lo que hagan.

A Raven se le formó un nudo en el estómago. Ahora sí que estaba asustada de verdad.

Él le levantó la barbilla con un dedo y le volvió la cabeza para poder verle los ojos.

—Estoy a punto de llevarte a conocer el inframundo, Perséfone. ¿Tendrás el valor necesario?

Ella tragó saliva.

—Creo que sí.

—Estoy seguro de que sí. —Él hizo un amago de sonrisa y le pasó el pulgar por el labio inferior—. Sólo una cosita más.

Ella ladeó la cabeza.

Los ojos grises de William brillaron mientras se llevaba el pulgar a la boca y probaba su sabor.

—Tienes que fingir que has pasado las últimas veinticuatro horas en la cama conmigo y que has perdido la cabeza de placer.

A Raven le daba pánico conocer a los socios de William. Esperaba no tener que presenciar cómo se alimentaban frenéticamente de humanos o algo igual de horrible. Dudaba mucho que pudiera mantener la fachada de valentía bajo esas circunstancias.

William no pasó mucho rato en el hospital. Al salir le contó que había

podido entrar en la habitación de Bruno y administrarle una pequeña cantidad de sangre de vampiro, la necesaria para estabilizarlo. Un contacto que tenía en el hospital lo mantendría informado si había novedades. Y él se ocuparía de compartirlas con Raven.

Cuando el Mercedes se acercó al centro de la ciudad, William se sacó una tira de seda negra del bolsillo y le hizo un gesto a Raven para que le diera la espalda.

Ella observó el pañuelo alarmada.

—¿Por qué?

—La venda me permitirá introducirte con más facilidad en la experiencia.

—No creo que haya nada fácil en que te venden los ojos —replicó ella con desconfianza.

William deslizó la seda negra entre sus dedos.

Voy a llevarte a un lugar donde no deberías entrar. La venda te protegerá y te ayudará a permanecer calmada.

Raven siguió observando la tela sin moverse.

Él ladeó la cabeza mientras oía el latido del corazón de Raven, cada vez más acelerado, y su respiración alterada. Podía oler la ansiedad en su piel.

Se colgó la venda de la rodilla y le rodeó los hombros con un brazo, acercándola a su cuerpo.

—Raven.

El sonido de su auténtico nombre en boca de William le llamó la atención. Lo miró a los ojos.

—Necesito que seas valiente y que mantengas la calma. La venda te ayudará. Si te niegas a ponértela, tendré que usar el control mental.

—¿Control mental? —repitió ella.

—Los vampiros tenemos la habilidad de manipular a los seres humanos, pero no sirve con todos. Dudo que funcionara contigo. Tu mente es demasiado fuerte. Aunque, si no cooperas, tendré que intentarlo.

—¿Es como un truco mental jedi? —Raven hizo un gesto en el aire—. «Estos no son los androides que buscáis».

Él le dirigió una mirada enfadada.

—¿Puedes olvidarte un rato de incongruencias y *non sequitur*? Lo que estamos a punto de hacer es peligroso. No soy yo quien acabará muerto si

algo sale mal.

—Sólo trataba de ser graciosa.

—Los vampiros no somos muy aficionados a la comedia. ¿Vas a ponerte la venda de una vez o no? —William pasó rápidamente de la impaciencia al enfado.

—Me la pondré. —Raven se volvió de espaldas.

A continuación, él le cubrió los ojos con la venda y se la anudó cerca de la nuca. Luego le apoyó una mano en el hombro.

—Sé valiente, Raven.

No se sentía valiente, pero no le quedaba más remedio que fingir que lo era. Se concentró en su respiración, tratando de inspirar y espirar profundamente. El coche siguió rodando un rato hasta que giró y pareció entrar en el interior de un edificio. Poco después, el vehículo se detuvo.

William la ayudó a descender del coche y la sujetó por el codo mientras la ayudaba a cruzar una puerta. El suelo que pisaba parecía de piedra, lo que le dijo que probablemente se encontrarán en uno de los viejos edificios de Florencia.

Se preguntó si estarían en el palazzo Riccardi.

William la guio a lo largo de varios pasillos y puertas, y luego la hizo descender por una escalera de caracol que parecía no tener fin. Raven empezó a sospechar que estaban viajando al centro de la Tierra.

Cuando llegaron abajo, cruzaron otra puerta y recorrieron un nuevo pasillo, largo, que tenía eco. Oyó voces masculinas y femeninas, aunque no oyó a ningún niño. Percibió retazos de conversación en varios idiomas, algunos de los cuales no pudo identificar.

También percibió risas y los clásicos sonidos y gemidos propios de los encuentros sexuales.

Ruborizándose, se preguntó si el inframundo sería en realidad un club de contactos para vampiros. Se preguntó también si esos gruñidos serían el sonido que hacían los humanos mientras daban su sangre en medio de un orgasmo.

—Tranquila —le susurró William.

Le acarició el brazo, bajando hasta la mano y apretándosela antes de volver a sujetarla por el codo.

Raven respiró hondo, tratando de no temblar.

El aire que los rodeaba era húmedo. El ligero olor a moho la hizo toser.

—Sé valiente. Y, oigas lo que oigas, mantente en silencio. —William la agarró con más fuerza.

Raven sintió náuseas.

Se abrió una puerta y entraron en lo que debía de ser una gran sala de reuniones o un teatro. Raven oyó sonidos metálicos, gruñidos y algún grito.

Alzó la barbilla lentamente.

A pesar de los esfuerzos de William, la venda se le había movido de sitio y tenía un pequeño campo de visión a la derecha de la nariz. Si movía la cabeza, podía ver.

Y lo que vio la abrumó.

Se encontraban en un anfiteatro con vistas a una estancia enorme, que le recordó a un gimnasio. Hombres y mujeres luchaban en la parte inferior de la sala. Usaban distintas técnicas. Unos peleaban con armas. Otros usaban sólo sus cuerpos.

Mientras hacía un gran esfuerzo para permanecer inmóvil, vio que varios de los luchadores saltaban y parecían volar por los aires. También vio que se infligían heridas que le parecieron mortales, aunque las víctimas ni se inmutaban.

Sin poder reprimirse, soltó una maldición.

—Silencio. —William le apretó el brazo con fuerza.

Lo que acababa de ver era imposible. Desafiaba la ley de la gravedad. Desafiaba todo lo que había creído hasta ese momento sobre los seres humanos y sus habilidades.

Y le confirmó lo que ya empezaba a aceptar. Que William y los de su especie, fueran lo que fuesen, no eran humanos.

Él le hizo cruzar otra puerta y la guio por otro pasillo. Estaba oscuro, iluminado apenas por unas cuantas antorchas que colgaban de las paredes.

Mientras avanzaban, Raven se dio cuenta de que el inframundo estaba tallado en piedra.

Oyó voces en la distancia, pero no se cruzaron con nadie.

Se detuvieron y Raven notó que se abría otra puerta. William la hizo entrar en una habitación pequeña y oscura.

Oyó que alguien encendía una cerilla y le llegó olor a humo. Una lucecita se encendió a poca distancia.

Debía de haber encendido una vela.

—Tómame un momento para calmarte.

Raven respiró hondo.

Oyó que abrían una botella y que alguien vertía líquido. William le colocó un objeto frío y suave en la mano y le cerró los dedos para que lo agarrara con fuerza.

—Es vin santo. Bébelo despacio, pero acábatelo todo. Te relajará.

Ella se llevó el vaso a la nariz y aspiró. Luego se lo llevó a los labios y bebió.

—Los humanos tienen prohibido entrar aquí a menos que lo hagan bajo control mental, en calidad de reserva alimenticia. Tienes que fingir que tu voluntad es esclava de la mía. Y no podrás revelar nunca lo que has visto aquí. De lo contrario, me veré forzado a hacer callar a la alondra a la que he llegado a admirar.

29

—¿Qué significa esto? ¿Para qué nos ha hecho venir? —Aoibhe entró en la sala del Consilium, bajo el palazzo Riccardi. Estaba de mal humor.

Pierre se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. La orden vino directamente del Príncipe y no admitía demora.

—Pero ¿cuál es el propósito de la reunión? —le preguntó a Lorenzo, que negó con la cabeza.

—Ha llegado un informe de la red de inteligencia humana, pero se lo han enviado directamente al Príncipe. No lo he visto.

Aoibhe frunció el ceño.

—Qué raro. Tú eres su mano derecha.

Lorenzo abrió la boca para hacer un comentario, pero la cerró casi inmediatamente.

—¿Dónde está Max? —Aoibhe miró a su alrededor.

—Ya lo hemos avisado. —El lugarteniente ocupó su lugar en la primera fila del salón, sosteniendo la vara de mando de la ciudad a un lado.

Aoibhe se acercó a Niccolò, que ya estaba sentado.

—¿Ha habido algún problema con las patrullas?

—En absoluto. Todo va según lo previsto. —El tono de Niccolò era hostil.

Aoibhe aplaudió con parsimonia.

—Te apetece conservar la cabeza, ¿eh, Nick?

—Es que la tengo pegada al cuerpo.

—De momento —murmuró ella.

—*Perché la fortuna è donna, et è necessario, volendola tenere sotto,*

batterla et urtarla —citó Niccolò, dirigiéndole una mirada burlona.

Ella dio un amenazador paso adelante.

—¿Tras quinientos años, sigues repitiendo las mismas ridiculeces? Ya te daré yo una buena paliza, cretino.

—Aoibhe. —Lorenzo la interrumpió bruscamente—. Deja de discutir con el señor Maquiavelo.

Ella abrió la boca para protestar, pero en ese momento Max entró en la sala, seguido por Gregor.

Aoibhe se sentó en su sitio a regañadientes, pero no antes de soltar unos cuantos insultos dirigidos a Niccolò.

—Que comience la reunión del Consilium. —Lorenzo golpeó el suelo con la vara de mando.

Los miembros del consejo se levantaron cuando el Príncipe entró en la sala.

En cuanto vieron a la joven que caminaba a su lado, una serie de gruñidos resonaron en la habitación. Los seis vampiros inhalaron su aroma embriagador y se volvieron hambrientos hacia ella.

30

A Raven le costaba caminar. La pierna le molestaba, pero se negaba a cojear. Andaba despacio, avanzando sobre el suelo de piedra con los zapatos de tacón como si fuera un gato sobre una superficie caliente.

William seguía sujetándola por el brazo, pero su proximidad no impedía que estuviera muy asustada. Oía gruñidos y sonidos propios de animales que retumbaban en las paredes de piedra y parecían rodearla por completo.

Durante unos instantes se desesperó pensando que William la había llevado hasta allí para acabar con su vida.

Al seguir avanzando, vio a su derecha una silla y dos pares de pies, cubiertos por zapatos de hombre negros. William la colocó delante de los pies, al lado de unos escalones.

Cuando le soltó el brazo, Raven tuvo que hacer un gran esfuerzo para no ir tras él.

Con el corazón desbocado, pensó que la estaba abandonando.

Notaba la cercanía de los dos hombres a su espalda. Sentía cómo le clavaban los ojos en la nuca.

Cerró los párpados bajo la venda y se ordenó no mostrar ninguna reacción.

—Ha surgido un imprevisto que requiere de nuestra atención inmediata. —La autoritaria voz de William hablando en italiano interrumpió los pensamientos de Raven, que ladeó la cabeza en su dirección—. Pero primero he de hacer un anuncio.

El Príncipe hizo una pausa y señaló en dirección a Raven.

—He adoptado una mascota. Nadie tiene permiso para acercarse a ella, hablarle ni tocarla. Este anuncio será compartido con la plebe y no admite

ninguna excepción.

Raven oyó movimiento a su izquierda.

—Discúlpeme, mi Príncipe. Siento tener que recordárselo, pero los seres humanos tienen prohibido el acceso al inframundo con la excepción del club Teatro, a menos que formen parte del catering. —La voz masculina era respetuosa pero firme.

—Sí, Niccolò, soy consciente de las normas, ya que fui yo quien las estableció. —El tono de voz de William era frío y distante.

Raven se sorprendió mucho. Lucia y Ambrogio se habían referido a él como *el señor* o *su alteza*, pero ahora acababan de llamarlo *príncipe*.

Se mordió la lengua, mientras su mente iba a toda velocidad.

William siguió hablando.

—Como podéis ver, ya he tomado precauciones. Y me gustaría que constara que esta visita no habría sido necesaria de no ser por Maximilian.

Un coro de murmullos alcanzó los oídos de Raven.

—Maximilian se acercó a mi mascota, habló con ella y trató de llevársela. Y tengo entendido que Aoibhe también habló con ella. —El tono de William era glacial.

—Mis disculpas, señor. No tenía ni idea de que fuera suya. —Raven reconoció la voz de la guapa mujer de la noche anterior. Y fue como música para sus oídos.

—¿La mascota lo acompañará a todas partes, Príncipe? —preguntó una voz joven.

—Me complace darle un poco de libertad de movimientos, Lorenzo. Estoy muy ocupado con los asuntos de Estado y no puedo pasarme el día fornicando.

Se oyeron unas cuantas risas.

Raven se ruborizó.

—¿La marcará? —preguntó Lorenzo.

—Por supuesto. Y, para evitar malentendidos, también voy a regalarle esto.

Raven oyó pasos que se acercaban.

—Arrodíllate —ordenó William, a poca distancia de su cara.

Ella levantó los brazos exageradamente, como si estuviera ciega, antes de

dejarse caer de rodillas sobre el suelo, que estaba duro y húmedo.

Él le levantó la mano y le deslizó algo frío por la muñeca.

Por el hueco que dejaba la venda, Raven vio que se trataba de una pulsera formada por tres hebras de oro entrelazadas. Una flor de lis, también de oro, adornaba el centro de la misma.

Se fijó en que esta hacía juego con las que William llevaba en los gemelos de la camisa.

—Mientras lleve el símbolo del principado, será mía. Y todo aquel que interfiera con lo que es mío será destruido. —William hizo una pausa dramática—. No olvidéis el destino de Ibarra.

La mano de William rozó la de Raven en una ligerísima caricia antes de volver a alejarse. Ella halló consuelo en el breve contacto.

«Parece preocupado por mí», se dijo.

—Puedes levantarte —le ordenó él.

Raven se levantó con cuidado y a continuación oyó que él se alejaba.

—No puede reclamar una mascota que ya tiene dueño.

Raven reconoció la voz baja y grave del hombre que había atacado a Bruno. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda al darse cuenta de que era uno de los que estaban detrás de ella.

Hizo un gran esfuerzo por permanecer inmóvil, ya que el instinto le ordenaba que se encogiera o saliera huyendo.

—Explícate —ordenó Lorenzo.

—Me encontré con ella anoche. Hay dos sangres en su interior, aparte de la suya propia. Ya ha sido la mascota de alguien.

—Silencio —rugió William.

En la habitación se hizo un silencio absoluto. Raven afinó el oído en busca de cualquier sonido.

—Sí, tuvo dos amos anteriormente, pero los destruí —dijo William, que parecía impaciente.

—Llevaba un amuleto. ¿Cómo pudo apoderarse de una mascota que llevaba uno?

De nuevo se oyeron murmullos en el salón.

—Tuve la suerte, Maximilian, de que la apartaras del amuleto. Eso me permitió reclamarla. Y, como he acabado con sus antiguos amos, ahora me

pertenece. A menos que prefieras desafiarme. —William aguardó un instante antes de dirigirse al grupo en general—. ¿Alguien más tiene alguna objeción? Hay bastantes espadas en la sala para acabar con todos vosotros.

El silencio fue la única respuesta.

—Vamos, no perdamos el tiempo. Me gustaría acabar con este tema para poder disfrutar de mi nueva mascota.

Al ver que nadie decía nada, William añadió:

—Tu actitud me parece preocupante, Maximilian. Será la última vez que me preocupe por ti.

Raven oyó movimiento a su espalda, pero no supo reconocer de qué se trataba.

—Ya que no hay más preguntas, procederemos con la reunión. Gregor, acompaña a mi mascota a la salita adjunta. Cierra la puerta y monta guardia ante ella. Destruye a cualquiera que se acerque. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor.

Raven notó que alguien se desplazaba hasta ella y la sujetaba del brazo con delicadeza. Le dio la vuelta y le hizo dar varios pasos antes de salir por una puerta.

Luego oyó el sonido de una llave y de otra puerta que se abría. Gregor la animó a dar varios pasos más y a continuación le hizo apoyar la mano en el respaldo de una silla.

Se retiró, dejándola a oscuras.

Ella notó que la puerta se cerraba y que algo pesado caía del otro lado. Sólo entonces se permitió dejarse llevar por el miedo.

31

—Esta tarde he recibido un mensaje de la red de inteligencia humana. Esta mañana se ha avistado a un grupo de cazadores a las afueras de la ciudad. — En la sala, los miembros del Consilium murmuraron sus reacciones al anuncio del Príncipe—. La red de inteligencia los interceptó cuando trataban de entrar en la ciudad. Los interrogaron y los destruyeron. Por desgracia, parece que formaban parte de un grupo más grande, y que alguno de ellos logró entrar por la otra puerta.

—¿Eran miembros de la Curia, señor? —preguntó Niccolò.

—No.

Los miembros del consejo emitieron un suspiro colectivo de alivio.

El Príncipe levantó las manos.

—Los que formaban parte de las patrullas de hoy han sido destruidos por su fracaso. También he mandado eliminar a su jefe. Ya han sido reemplazados. El jefe de la red de inteligencia me ha asegurado que no volverá a pasar. Pero, con cazadores sueltos en la ciudad, todos corremos peligro. Lorenzo, asegúrate de que la noticia llega a la plebe.

»Niccolò, llévate a Max, a Aoibhe y a tus mejores patrullas y rastrea la ciudad. Regístradlo todo, edificio por edificio. Quiero que los eliminéis a todos, excepto a dos. Quiero interrogarlos personalmente.

Lorenzo y Niccolò hicieron una reverencia para mostrar su conformidad.

—Príncipe, un mensajero ha traído una misiva de la princesa de Umbría.

El lugarteniente sacó un sobre anticuado, sellado con cera, de debajo de su túnica.

El Príncipe rompió el sello y abrió la carta. Tras leer el contenido, asintió con la cabeza.

—La princesa nos manda saludos. Confirma que todo va bien y que nuestra alianza permanece intacta. —El Príncipe volvió a meter la carta en el sobre y se la guardó en el bolsillo interno de la americana, ignorando las miradas incrédulas que le dirigían los miembros del consejo—. Niccolò y Lorenzo, quiero que la ciudad resulte impenetrable. Que el ejército esté en guardia. Es posible que esto no sea más que una incursión preparatoria para una operación a mayor escala.

El Príncipe se levantó del trono y el resto del consejo lo imitó. Todos se inclinaron a su paso mientras recorría el pasillo.

Antes de que llegara a la puerta, Aoibhe se acercó a él.

—¿Podemos hablar un momento en privado, mi Príncipe?

Él se volvió y le examinó el rostro. No mostraba inquietud, sino curiosidad. Satisfecho, le señaló un rincón de la sala.

—Ya veo que has seguido mi consejo. —Aoibhe sonrió, pero sus ojos no mostraron alegría.

William se tensó.

—La quiero como diversión, no como consorte.

—En ese caso, en tu cama sigue habiendo sitio para mí.

William la miró fijamente, sin responder. Aoibhe lo observó con la cabeza ladeada.

—Ya imagino que tardarás un poco en cansarte de tu nueva mascota. Soy una mujer paciente. ¿La tienes bajo control mental? No sabría decirlo.

—¿Esta conversación va a llegar a alguna parte?

Aoibhe se apartó la larga melena pelirroja de la cara.

—El aroma de tu mascota está enmascarado. ¿Era virgen?

William apretó los dientes.

—Ten cuidado esta noche, Aoibhe. Los cazadores te encontrarían irresistible.

—Supongo que eso significa que no lo era. —La irlandesa se llevó un dedo a los labios y tamborileó con él, como si estuviera concentrada—. Y, si no era virgen, me extraña que te tomes tantas molestias. Dime, ¿es dulce?

Él la fulminó con la mirada. Estaba a punto de marcharse cuando algo situado sobre el hombro de Aoibhe captó su atención. El resto de los miembros del consejo los estaban observando abiertamente.

El Príncipe volvió a mirar a Aoibhe a los ojos.

Con fingida naturalidad, levantó la mano y le acarició el labio inferior con el pulgar.

Los ojos negros de ella se abrieron por la sorpresa. Se metió el pulgar de William en la boca y lo succionó.

—Es una mascota. Nada más. —El Príncipe la besó con agresividad y ella le devolvió el beso, mordiéndole el labio inferior.

William se apartó de ella, molesto, y se llevó la mano a los labios. Por suerte, no sangraba.

Aoibhe le guiñó el ojo.

—Me alegro de haber aclarado las cosas. Ya sabes dónde encontrarme cuando te canses de tu mascota.

Se dirigió hacia el lugar donde estaba el resto de los miembros del Consilium, pero antes de llegar se volvió y le dijo por encima del hombro:

—Estaré esperándote.

32

El trayecto de vuelta por la escalera de caracol se le hizo mucho más largo de subida que de bajada. Raven iba pegada a William, ansiosa por dejar atrás el extraño mundo que habitaba.

«Habitaba».

Le dio vueltas a esa palabra. William no se limitaba a habitar el inframundo: era su líder. Y, a juzgar por la deferencia que había oído en las voces de los reunidos, le tenían miedo.

Raven había imaginado que formaba parte de un grupo de vampiros, pero no que fuera su jefe supremo. Si ya antes le daba miedo, ahora lo sentía por triplicado.

«Soy su mascota», se dijo.

Hizo una mueca. La palabra, al igual que el concepto al que se refería, era degradante. Si no hubiera estado tan asustada, habría protestado. Vivamente.

Su confianza en las leyes de la naturaleza —en lo que era físicamente posible y lo que no— se había visto debilitado. Había visto y oído demasiadas cosas, tanto encima como debajo de la misteriosa escalera de caracol. No podía quitarse de la cabeza los movimientos de los hombres y las mujeres que se entrenaban en el gimnasio.

Se preguntó por qué los vampiros no dominaban el mundo.

Raven tropezó, y William la agarró del codo con mano de hierro.

—Sigue andando —le susurró.

Ella no sabía si los demás podían verlos. No se oían pasos a su espalda.

El corazón le latía a toda velocidad. Estaba segura de que tenía que agradecerle a la adrenalina que no notara el dolor que le causaban los zapatos de tacón en los pies.

William no dijo nada más, pero le rodeó la cintura con el brazo, y de inmediato se sintió mejor.

Poco después dejaron atrás la escalera. Recorrieron pasillos y cruzaron puertas. William la ayudó a entrar en un coche y se sentó a su lado. Le quitó la venda de los ojos y se la guardó en el bolsillo de la americana mientras el vehículo circulaba por las calles de la ciudad.

Raven suspiró aliviada.

Él la observó con atención.

—Es posible que los míos nos sigan, pero se quedarán en la verja. No pueden entrar en mi propiedad.

—¿Por qué no? —preguntó ella con la voz ronca. Tenía la garganta muy seca.

Luka, el chófer, les alcanzó un botellín de agua. William se la ofreció a Raven, que bebió agradecida.

—Digamos que poseo varios objetos que impiden que los demás entren a molestar.

—No me dijiste que eras príncipe.

—El título va con el cargo. —William la observó mientras se bebía media botella de golpe—. El líder de los vampiros de un principado recibe el nombre de *príncipe*. Por tanto, soy el príncipe de Florencia.

—¿Cuánto tiempo hace que eres príncipe?

—Desde el siglo XIV.

Raven se atragantó y comenzó a toser mientras William la miraba con impotencia.

—¿Estás bien? ¿Qué puedo hacer?

Ella le dio una palmada en la mano para que la dejara en paz mientras seguía tosiendo para expulsar el agua de los pulmones.

—Luka, para el coche.

—No —logró decir ella, aunque continuaba tosiendo—. No hace falta. Estoy bien.

—No, no estás bien. —William le pasó el brazo por los hombros.

Ella tosió varias veces más.

—Estoy bien.

Con cuidado, bebió otro sorbo de agua. Luego inspiró hondo y soltó el

aire.

—¿Ya estás bien del todo? —insistió él, frunciendo sus rubias cejas.

—Sí, sí, seguro, gracias.

—Tienes que ser más prudente.

—No sabía que beber agua mientras vas en coche fuera una actividad de riesgo. —Raven le dirigió una mirada de reproche—. Si te convertiste en Príncipe en el siglo XIV, eso quiere decir que naciste antes.

Él asintió.

—¿Cuánto tiempo antes?

—Mantengo mi edad en secreto, por varias razones.

Ella lo miró confusa.

—¿Qué clase de razones?

La mirada que él le devolvió tenía como objetivo acabar con el interrogatorio.

Raven cambió de tema, pero siguió preguntando.

—¿Cómo llega uno a convertirse en Príncipe?

—Normalmente, eliminando a tu predecesor —respondió él en tono desenfadado. Demasiado desenfadado.

Ella se quedó helada.

—Nunca he eliminado a nadie que no se lo mereciera —añadió William—. Tenlo en cuenta antes de condenarme.

Le retiró el brazo de los hombros y se volvió a contemplar el paisaje nocturno de la ciudad.

Sin saber cómo replicar a eso, Raven bebió otro trago de agua.

William no estaba acostumbrado a tener que justificar sus actos. Desde que se había convertido en príncipe, no había tenido que hacerlo.

Pero mientras le daba explicaciones a la joven sentada a su lado, sintió una emoción nueva. Se obligó a apartarla de la mente. No quería pensar en ello en ese momento.

—Has sido muy valiente ahí abajo —declaró—. Me habría gustado recompensarte mostrándote las maravillas de mi ciudad, pero hay cazadores sueltos. El tour tendrá que esperar.

Raven dejó la botella a un lado.

—¿Quién estaría lo bastante loco como para tratar de darte caza?

—Hay dos grupos, de hecho. El que está en la ciudad ahora es el más débil. Algunos de sus miembros cazan por diversión, pero la mayoría lo hacen para recolectar sangre.

—¿Sangre de vampiro?

—Los humanos muy ricos la usan por cuestiones de salud, pero también para combatir el envejecimiento. Es muy difícil matarnos, y eso hace que nuestra sangre sea escasa y muy valiosa. Tan valiosa que a veces cazan a los salvajes.

—¿Su sangre es similar a la vuestra?

—La sangre de los salvajes provoca locura.

Raven tragó saliva.

—Si alguien bebiese sangre de salvaje pensando que tomaba sangre de vampiro, ¿se volvería loco?

—La esencia del salvaje está en la sangre. La oscuridad que lo mueve se desplaza a cualquiera que la ingiera. —William alzó la vista y se quedó mirando la ciudad, por encima del hombro de Raven—. Es parecido a la posesión.

Ella se frotó las sienes para alejar el dolor de cabeza que amenazaba con aparecer. A su cuerpo no le resultaba fácil adaptarse a una revelación tras otra.

—Si aquel salvaje me hubiera mordido la otra noche, ¿me habría vuelto loca?

—Si te hubiera transferido la suficiente cantidad de sangre, sí.

Raven cerró los ojos, tratando con todas sus fuerzas de mantener las emociones bajo control. El corazón le latía con fuerza en el pecho y sintió que la piel se le cubría de sudor frío.

William le dio la mano.

—¿Vas a vomitar?

—No lo sé.

—Luka, para el coche.

El chófer hizo lo que le ordenaban y se detuvo en un callejón.

William se volvió hacia Raven, dedicándole toda su atención.

—Si fuiste a catequesis en tu parroquia, habrás oído hablar de ángeles, demonios y de acontecimientos sobrenaturales.

—Dejé de creer en esas gilipollecas a los doce años.

—¿Por qué?

La respuesta de Raven fue apoyarse en el reposacabezas y respirar profundamente con los ojos cerrados.

—Sí creíste en ellos una vez, puedes volver a creer. Lo único que tienes que hacer es añadir vampiros y salvajes a la lista de los ángeles y demonios.

—¿Me estás diciendo que los ángeles y los demonios existen?

—Sin duda.

Raven maldijo.

William se acercó un poco más.

—Los salvajes matan, no hieren. Si un salvaje te atacara, estarías muerta en segundos. Se alimentaría de ti después de matarte. Los vampiros, en cambio, prefieren alimentarse de presas vivas.

—Pues no me estás consolando mucho. Qué raro.

Él la abrazó y bajó la voz.

—Consuélate pensando que estás bajo la protección del vampiro más poderoso del reino de Italia, con la única excepción del Romano.

Raven abrió los ojos.

—¿Quién es el Romano?

—Es el líder supremo del principado de Roma. Desde la Antigüedad, se ha considerado que el cargo del Romano incluía también el título de rey de los principados que ahora forman Italia.

—¿Es más poderoso que tú?

—Mucho.

Raven soltó el aire ruidosamente.

—¿De dónde proviene tu poder?

Él tiró de un mechón de su pelo.

—No tan deprisa, Dalila. No voy a revelarte todos mis secretos.

—No sabía que los vampiros fueran a catequesis los domingos.

A William se le congeló la sonrisa en los labios.

—Cuanto menos hablemos sobre eso, mejor. Aunque mi entrenamiento y mi formación no me han servido para nada.

Raven notó su ira. Parecía brotar por todos los poros de su piel, pero no iba dirigida hacia ella.

—Lucia ha hecho el equipaje con tus cosas y Ambrogio las ha llevado a tu apartamento. Si se han olvidado de algo, avisa y Ambrogio te lo llevará.

—Las cosas que había en tu casa no eran mías. Yo llegué sólo con esto — aclaró ella, señalando la mochila que estaba a sus pies.

—Mandé comprar toda esa ropa para ti.

—No deberías haberlo hecho —protestó ruborizándose—. Hay cosas que no son de mi talla.

—La pérdida de peso es un efecto indeseado que provoca ingerir sangre de vampiro. Pronto recuperarás tu figura saludable.

Raven se quedó boquiabierta.

Iba a protestar, o al menos a pedirle que le aclarara sus palabras, pero él siguió hablando.

—Ambrogio se ha llevado la reliquia que había en tu piso.

Raven se olvidó del tema del peso inmediatamente.

—Pero si ya te la habías llevado. ¿No te acuerdas? Estaba en la mochila cuando atacaron a Bruno.

—Había dejado otra en tu casa la noche que te acompañé.

—No la vi.

—La dejé escondida debajo de tu cama. No tenía intención de volver a verte. Dejé una reliquia para protegerte.

Raven lo miró con curiosidad.

—Muy... muy amable de tu parte. Y ¿por qué te la llevas ahora?

—Los míos tendrán curiosidad. Encontrarán tu apartamento. Y, cuando lo hagan, la reliquia no puede seguir allí. Tampoco te devolveré la que llevabas al cuello.

—Pero ¿por qué?

—Porque se supone que eres mi mascota. Y las reliquias impiden que los de mi especie nos acerquemos a vosotros —respondió él secamente.

—Pero a ti no te lo impiden.

William le dirigió una mirada tan amenazadora que Raven se apartó de él inconscientemente.

—No te preocupes. No se lo contaré a nadie.

—Eso espero. Por tu bien.

—La mascota de un vampiro no puede llevar reliquias porque

mantendrían a su amo alejado.

—Exacto.

—Y ¿qué pasa con Maximilian? Él sabe que llevaba una reliquia en la mochila. Estoy segura.

—No te preocupes por Max —replicó él cortante.

—Así que los de tu especie no saben que las reliquias no te afectan. —Raven lo miró con otros ojos—. ¿Por qué lo mantienes en secreto? ¿No quieres que sepan lo poderoso que eres?

—El poder alcanza su máximo potencial cuando es desconocido. —El rostro de William se ensombreció, igual que su voz.

—De acuerdo —susurró ella.

—¿Vas a vomitar?

—No.

Él se volvió hacia el conductor.

—Luka, podemos continuar.

Cruzaron el Arno en silencio. William apoyó las manos en las rodillas y tamborileó con los dedos sobre la lana de los pantalones.

Raven tenía la sensación de que estaba nervioso e impaciente por alguna razón que se le escapaba.

Mientras se acercaban a la piazza Santo Spirito y al apartamento de ella, William volvió a hablar.

—Te prometí que ayudaría al muchacho y lo haré hasta que se recupere. Y también me ocuparé de aliviar el sufrimiento de tu vecina.

—Gracias.

—La profundidad de tus sentimientos por tus semejantes me sorprendió mucho. —William se interrumpió y clavó la mirada en un edificio—. Y no suelo sorprenderme con facilidad.

No parecía estar esperando una réplica, así que Raven guardó silencio. Se inclinó para coger la mochila y se la puso sobre el regazo.

Luka aparcó cerca de su edificio y a continuación se apresuró a salir del coche. Cerró la portezuela y se quedó en la parte trasera del vehículo, en actitud vigilante.

—Soy consciente de que te ofreciste a quedarte conmigo para ayudar a tus amigos, pero espero que algún día... —William se interrumpió. Su tono

de voz se había vuelto anhelante.

—¿Qué esperas? —Raven trató de establecer contacto visual con él.

—Nada. —William permaneció con la vista clavada en la calle—. No espero nada, porque la esperanza es vana.

Ella jugueteó con su mochila.

—La desesperación es la ausencia de esperanza.

—No te atrevas a darme lecciones sobre la desesperación —saltó él.

Raven se retorció los dedos.

—Lo siento.

William se volvió hacia ella y le levantó la barbilla con un dedo.

—Eres el único rayo de esperanza que he visto desde 1274. Eres la única razón que ha hecho que mi corazón vuelva a latir.

Por un instante, Raven vio en sus ojos algo que iba mucho más allá del simple deseo físico. No sabía qué era, pero lo sintió, brillando en el aire entre los dos.

Súbitamente, él le cubrió la boca con la suya y trazó el contorno de sus labios con la lengua.

Raven se abrió a él.

William apartó la mochila a un lado y la abrazó.

Su lengua penetró en la boca de Raven y buscó la suya mientras le sujetaba la nuca con una mano.

Con dedos ágiles, el Príncipe le desató el pañuelo de seda y le llevó los labios al cuello.

Ella abrió mucho los ojos.

Él le mordisqueó la piel antes de darle un lametón. Repitió la secuencia de movimientos una y otra vez mientras el corazón de Raven se le desbocaba en el pecho.

Cruzó las piernas al notar que se le encendía una hoguera en el vientre que se extendía hacia abajo. Con cautela, le acarició el pelo, echándole los rubios mechones del flequillo hacia atrás. Él siguió jugueteando con los labios sobre su cuello.

Se metió un trozo de carne en la boca y la succionó.

Raven ahogó un grito.

William aflojó los labios. Le besó la zona y le acarició la piel suavemente

con la lengua.

Le besó el hueco situado en la base del cuello varias veces antes de acariciarlo con los labios.

—¿Me has mordido? —susurró.

William se echó hacia atrás.

—No.

Ella se tocó el cuello. La piel estaba intacta.

Se examinó la mano. No tenía sangre.

Él se inclinó para recuperar el pañuelo, que se había caído a sus pies, y lo dejó sobre el regazo de Raven.

—Nunca me alimentaría de ti sin que me lo ofrecieras.

—¿No es eso lo que hacen los vampiros?

—No me tientes —le advirtió él con frialdad.

—No te comprendo. —Raven negó con la cabeza.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Cómo puedes ser tan frío y besar así.

Él sonrió y la abrazó.

—Soy anterior al nacimiento de la psicología, Cassita. No puedo ofrecerte ese tipo de psicoanálisis.

Raven le apoyó la cabeza en el hombro con cautela y él la recompensó rodeándole la cintura con el otro brazo.

—Sé que eres peligroso —le confesó—. Pero también sé que sigo viva gracias a ti y te doy las gracias por ello.

—La gratitud es un comienzo —musitó él.

—La abuela de Bruno fue amable conmigo cuando me mudé a Florencia. Gracias por ayudarla y por salvarlo también a él.

William asintió con la cabeza pegada a su pelo.

Ella le apoyó la mano en el pecho, junto a su corazón.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto. No te prometo contestarte, pero puedes preguntar.

—Cuando estábamos con tu gente, oí que alguien mencionaba algo sobre una marca. ¿De qué hablaba?

—Si fueras mi mascota, ya me habría alimentado de ti. —Le señaló el cuello—. Y verían algo más que un chupetón. De ahora en adelante deberás

llevar siempre el cuello tapado cuando estés en público.

—No hay ningún problema. Me gustan los pañuelos.

—Puedes quedarte con este. Lucia ya se comprará otro.

Raven alzó la cara.

—¿No querrá recuperarlo?

—No, si yo le ordeno no hacerlo.

Ella prefirió no discutirsele. Ya le devolvería el pañuelo a Lucia en otro momento.

William miró hacia el apartamento de Raven sin poder ocultar su disgusto.

—Estarías mucho más segura en la villa. Como ya te he dicho, los vampiros no pueden cruzar la verja, y mi equipo de seguridad mantiene alejados a los humanos. Pero te prometí que te llevaría a tu casa y aquí estás.

»Esta noche vamos a cazar cazadores. En cuanto nos hayamos librado de ellos, tendrás más libertad de movimientos. Hasta entonces, Luka no te perderá de vista. Te seguirá al trabajo el lunes por la mañana y se mantendrá cerca de ti durante todo el día.

—¿Te parece necesario?

—Los cazadores son humanos. Si reciben la noticia de que tengo una mascota, podrían abusar de ti.

—Espera, espera..., ¿cómo? —Raven lo empujó para liberarse de su abrazo—. ¿Cómo puede cazarte un ser humano?

—Usan armas y herramientas variadas. También usan trucos, y por eso quiero que seas muy prudente.

—¿Crees que pueden venir a por mí?

—Es posible. Pero un vampiro raramente saldría de su escondite para salvar a una mascota. Las mascotas son reemplazables.

Raven se encogió.

—Tú no eres reemplazable, Cassita, te lo aseguro. —William le dio un suave beso—. Pero estarás más segura si nadie se entera de esto.

»En todo caso, dudo que los cazadores vengan a por mí. Los cazadores sensatos saben que es más fácil capturar a los vampiros más jóvenes, a los que llamamos *neófitos*. Pero la sangre joven no es tan poderosa como la antigua. Por eso los vampiros más antiguos son un trofeo más valioso.

—Vives en un mundo muy extraño.

—No más extraño que el tuyo. Con la excepción de que, en el mío, todos somos villanos.

Siglos de traiciones y desconfianza pasaron ante los ojos de William. Aunque respetaba a los miembros del Consilium y contaba con su colaboración para ciertas cosas, no se fiaba de ellos.

No. La joven que estaba entre sus brazos era la única persona digna de confianza que había conocido en años. Y no se atrevía a confesarle ni siquiera sus secretos menos importantes.

Raven flexionó el pie derecho, tratando de aliviar el dolor del tobillo. Pensó que el nivel de adrenalina debía de haber descendido.

—Si te pidiera que me curaras la pierna, ¿la sangre que me darías sería la tuya?

William se tensó.

—No.

Sin dejar de rodearla con los brazos, miró al frente.

Raven deseaba insistir y hacerle todo tipo de preguntas, pero no lo hizo. No quería que volviera a enfadarse con ella esa noche.

Le estaba muy agradecida por haber aceptado ayudar a su vecina y por dejarla marchar. No quería hacer nada que lo impulsara a cambiar de idea.

William la soltó.

—Es la hora. Luka te acompañará para asegurarse de que llegas a salvo a tu casa. Lo reemplazará un guardia que vigilará el apartamento desde el otro lado de la piazza. El lunes por la mañana, Luka te llevará a los Uffizi.

—Gracias. —Raven le dirigió una sonrisa discreta antes de recoger su mochila.

—¿Cómo? ¿No vas a protestar? —William la miró con curiosidad.

—Me has llevado a un lugar donde, a pesar de llevar los ojos vendados, he sentido el poder y el hambre de los seres que me rodeaban. Luego me has contado que hay un grupo de humanos que quieren cazarte y que pueden pensar que es buena idea usarme como cebo. Si quieres protegerme, no seré yo quien te diga que no.

Él le tomó la mano y le besó el dorso con delicadeza.

—Noé soltó el cuervo y el cuervo regresó. Si pudiera sentir esperanza,

esperaría que regresaras a mí. Buenas noches, Cassita.

—Buenas noches.

Raven trató de disimular la sorpresa ante su comentario y ante la delicadeza con la que le había besado la mano.

Mientras salía del coche, se sorprendió aún más al notar una repentina sensación de pérdida.

33

Justo antes del amanecer, William estaba sentado tras su escritorio relejendo la carta que Lorenzo le había dado esa misma tarde.

A su alteza, el Príncipe de Florencia:

Saludos.

Recibimos su misiva con alegría. Como siempre, el principado de Umbría celebra la amistad del poderoso principado de Florencia. Aprovecho para confirmar nuestra fidelidad a tan grande e importante aliado.

Los seres humanos por los que preguntó están efectivamente residiendo en nuestro territorio. Son cuatro en total: un macho adulto, dos hembras adultas y una cría hembra. A fecha de hoy habitan en una casa cerca de Todi.

Para nosotros sería un honor ofrecerle a esos humanos como presente. O, si lo prefiere, podemos eliminarlos de la forma que designe y entregarle sus restos.

Si ninguna de estas posibilidades es de su agrado, tiene nuestro permiso para entrar en Umbría y cazarlos personalmente. Por favor, avísenos de su llegada, ya que nos gustaría darle la bienvenida que merece alguien de su rango.

Nada me gustaría más que ocuparme de entretenerle personalmente, si pudiera pasar aquí unos cuantos días. Recuerdo sus visitas anteriores con mucho placer.

Siempre su leal aliada,

Simonetta,
Princesa de Umbría.

William soltó el pergamino sobre la mesa.

La situación se había complicado desde que le había escrito a Simonetta, pidiéndole permiso para cazar a Emerson en su territorio.

No se había olvidado de él, pero conocía las leyes relativas a las

incursiones ilegales y no tenía intención de arriesgarse a entrar en guerra con su principal aliada por culpa de un vulgar ladrón.

Ahora que contaba con el permiso de la princesa, podría hacer una incursión rápida, matar a Emerson y volver a Florencia en la misma noche. Sin embargo, no pensaba abandonar la ciudad cuando estaba infestada de cazadores.

Ni iba a dejar a Raven sola ahora que conocía el placer de su boca.

«Su boca».

Su plan para convertirla en su amante se había torcido. Aunque llevaba siglos sin amar a nadie, Raven había logrado despertar sentimientos en él; sentimientos que empezaban a volverse más profundos. Se había imaginado que podrían explorar su mutua atracción y ver si florecía algo entre ellos.

Pero estaba equivocado.

La joven se había horrorizado al oír su proposición, y luego lo había sorprendido al mostrarse dispuesta a entregarse a él a cambio de un favor. William no se consideraba un ser noble, pero se sentía orgulloso de haber actuado con nobleza esa vez.

La había dejado en libertad.

No obstante, no había abandonado su plan de seducirla. De hecho, su deseo por ella había aumentado exponencialmente.

Cuando al fin lograra meterla en su cama...

William se obligó a dejar de fantasear. Tenía que aclararse la mente. Se dedicaría a meditar y a descansar mientras el sol brillara. O, al menos, hasta que se acercara el ocaso. Luego subiría a la cúpula del Duomo para disfrutar de la vista de su ciudad.

Aunque podía salir a la calle a plena luz del sol, le resultaba desagradable. Al igual que el resto de los vampiros, durante el día necesitaba descansar y aclararse la mente.

Los de su especie tenían la sospecha de que los que no se aclaraban la mente de manera regular y adecuada se volvían locos. La inmortalidad era un concepto tan contundente que muchos perdían la razón al no poder asumirlo. Y, como Príncipe, William necesitaba ser muy racional.

Los cazadores acechaban en la ciudad. De momento habían esquivado las patrullas que los buscaban y ya habían matado a dos neófitos cerca de la

estación de Santa Maria Novella. Les habían extraído toda la sangre y habían arrojado sus cuerpos decapitados a las vías del tren.

Como de costumbre, los cazadores se habían llevado las cabezas. Si se dejaba la cabeza de un vampiro cerca de su cuerpo, las dos partes tendían a unirse de nuevo y el vampiro se reanimaba. Además, los cazadores sabían que podían obtener un precio más alto por la sangre si aportaban la cabeza como prueba de autenticidad.

William se estremeció al pensar en lo que podrían hacerle a Raven si se enteraban de quién era. Por lo que, durante una partida de caza en la que había participado personalmente junto a Aoibhe y los demás, había mencionado que su mascota estaba a salvo entre los muros de su finca, aguardándolo en la cama.

Esperaba que se lo hubieran creído.

34

El lunes a primera hora de la mañana, Raven estaba en su dormitorio, observando su nuevo bastón.

Había aparecido tras la última visita de Ambrogio. Aunque parecía un objeto inofensivo, Raven lo estaba mirando con auténtico odio.

La mayoría de los cambios en su apariencia habían desaparecido. Su discapacidad había regresado casi por completo, y había vuelto a aumentar de peso. Tal vez gastase una talla menos que al principio. Nadie que la viera ahora pensaría que había sufrido una transformación espectacular.

Estaba enfadada consigo misma por haber disfrutado de su breve incursión en el mundo de la belleza y por lamentar tanto el hecho de perderla. Nunca se había considerado una persona superficial. Se creía una estoica, pero obviamente no se conocía tan bien como pensaba.

También estaba furiosa consigo misma por odiar su discapacidad. En cuanto había puesto los pies en el suelo esa mañana y había empezado a cojear, había pensado en pedirle a William que le diera sangre de vampiro para que le curara la pierna.

Ya sólo haber pensado en ello la inquietaba sobremanera.

Su minusvalía la separaba de los que no tenían discapacidades visibles. Lo sabía bien.

Sin embargo, a su modo de ver, todos los seres humanos tenían alguna, ya fuera física, social, mental, moral... Pensaba que la manera correcta de enfocar una discapacidad era asumirla y, a ser posible, aceptarla con los brazos abiertos. Le parecía muy mal la actitud de las personas que las escondían, se negaban a verlas o —Dios nos libre— trataban de erradicar de la sociedad a los que las sufrían.

Por todo eso se despreció a sí misma al verse en el espejo del cuarto de baño y darse cuenta de que se estaba mirando con la misma tristeza cargada de prejuicios con la que la miraban los desconocidos que se cruzaban con ella. Despreciaba la lástima y las bajas expectativas que solían acompañarla.

Raven se dio cuenta de que William no le había insistido en ningún momento para que tomara sangre de vampiro.

Lo había mencionado, pero lo había dejado totalmente a su elección. Su discapacidad no parecía molestarlo en absoluto. Era como si no se diera cuenta. Tal vez por eso se sentía tan atraída por él. La atracción había aumentado después de que la soltara y le prometiera ocuparse de Bruno y de Lidia.

Fue cojeando hasta el bastón y lo agarró como si fuera una espada, jurándose que se aceptaría tal como era y que no volvería a albergar ideas absurdas. El nuevo bastón, de color negro, era mucho más práctico que los anteriores, especialmente que el que seguía clavado —artísticamente— en la pared.

Decidió que le gustaba cómo quedaba y que no iba a sacarlo de allí.

Le gustaba mucho su ropa nueva, aunque no acababa de convencerla la idea de que William la hubiera pagado. Supuso que Lucia había seleccionado sólo las prendas de las tallas más grandes porque todo le sentaba bien, incluso dos pares de pantalones vaqueros de marca.

Se había puesto un sencillo vestido azul marino con chaqueta a juego y zapatos planos del mismo color. Y, como una buena chica obediente, se había anudado un pañuelo al cuello. Y llevaba también la pulsera que William le había regalado. Se preguntó si tendría alguna conexión con la ciudad de Florencia o si la habría adquirido en algún momento especial de su larga y misteriosa vida.

Había sido nombrado Príncipe en el siglo XIV, pero había comentado que había perdido la esperanza en 1274. Raven no había tenido tiempo de buscar la fecha en Google para ver qué tenía de especial, pero pensaba hacerlo en cuanto tuviera un rato libre.

Cogió las nuevas gafas de leer de su mesilla de noche. Las viejas estaban en la mochila la noche de la fiesta de Gina. Y no las había recuperado. Ambrogio debía de haber encontrado la receta del oftalmólogo, porque las

había reemplazado por unas nuevas, que tenían una preciosa montura de la marca Prada.

Las metió en la funda y se dirigió a la mesa de la cocina a buscar su nuevo iPhone. Ambrogio no lo había sacado de la caja y le había dejado una nota diciéndole que la información y los contactos de su antiguo teléfono ya habían sido transferidos al nuevo. Tenía, además, la información de contacto de Luka, de Lucia y del propio Ambrogio.

Tanto el nombre como los datos de William estaban ostensiblemente ausentes. Raven llegó a la conclusión de que los vampiros no usaban móvil.

(Probablemente usaran palomas mensajeras).

Por desgracia para ella, todas las fotos en las que aparecía con su nuevo aspecto no se habían transferido. Ya no tenía ninguna prueba para demostrar que se le había curado la pierna, puesto que el antiguo teléfono había desaparecido.

La ausencia de las fotos le pareció intencionada. Podrían habérselas pasado al nuevo teléfono igual que el resto de los datos. Se preguntó qué razones tendría William para no haberlo hecho.

Puede que quisiera protegerla. O quizá quería protegerse a sí mismo. Nunca le había pedido que conservara su aspecto cambiado. Tal vez se sintiera atraído por su aspecto original.

Tal como le había prometido, Luka la esperaba en la puerta. Era un hombre muy grande. Medía más de dos metros y debía de pesar unos ciento treinta kilos. También era parco en palabras.

Cuando la vio, se puso ante ella y la escoltó hasta el Mercedes, que estaba aparcado en la esquina.

Durante el corto trayecto en coche hasta la galería, Raven se acarició el pañuelo de seda que cubría el chupetón que William le había dejado de recuerdo.

Trató de no pensar en lo agradable que había sido estar entre sus brazos y en lo sensual que había sido que la besara en el cuello.

Suspiró.

Él no le había sugerido que volvieran a verse cuando la había dejado en casa. Por su parte, ella tampoco había fijado fecha para su noche de películas.

Su apartamento le había parecido espartano y solitario al lado de la

opulenta villa de William.

Raven se percató de que su próxima cita probablemente sería con el príncipe de los vampiros. Era indudable que su vida había dado un giro inesperado.

—¿Estás bien?

Patrick saludó a Raven con preocupación en cuanto ella entró en la oficina que compartían con otros empleados. Algunos colegas pasaron por su lado y se detuvieron a charlar en la mesa de otros compañeros antes de iniciar la jornada laboral.

Raven se dirigió cojeando hasta su lugar de trabajo, apoyándose en el bastón.

—Estoy perfectamente.

—Vuelves a usar el bastón.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que el nuevo tratamiento no ha funcionado como esperaban.

—No mencionaste nada sobre un nuevo tratamiento. Pensaba que la pierna se te había curado sola cuando desapareciste.

Raven se sentó en su silla y dejó la mochila en el suelo.

—Es que no me gusta hablar de ese tema.

—Vale. —Patrick no parecía muy convencido. Se acercó a ella y le agarró la muñeca—. ¿Qué es esto?

Raven trató de esconder la mano, pero él ya había visto la pulsera.

—Es un regalo.

—¿De quién?

—De un amigo —respondió ella sin darle importancia. Con la otra mano, empezó a sacar cosas de la mochila y a dejarlas formando una cuidadosa hilera sobre el escritorio.

—¿El mismo amigo que te regaló la pieza que debería haber estado en un museo la semana pasada? —Patrick le soltó la muñeca—. Es de oro, Raven. ¿Cuánto crees que puede costar?

—Patrick, déjalo ya. He conocido a un coleccionista y me deja algunas cosas porque le divierte. No pasa nada.

—Vale, vale. —Él alzó las manos en señal de rendición—. Ya paro de meterme en tus asuntos. Pero no me negarás que todo huele un poco mal. Desapareces durante una semana y vuelves convertida en una persona distinta. Una semana más tarde vuelves a tu aspecto original, pero cargada de regalos caros. Y no me refiero a regalos que cualquier idiota podría comprar en Tiffany. Hablo de objetos medievales o renacentistas que probablemente provienen de un coleccionista.

Raven buscó una excusa que sonara razonable y le dirigió una sonrisa de complicidad.

—Tienes razón. La verdad es que he conocido a alguien. Todavía es pronto y por eso no me apetece hablar de ello. Tiene dinero y le gusta gastarlo.

—Entonces ¿es el mismo amigo que te dio la cruz de oro?

Ella miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los estaba escuchando.

—Sí. Nos estamos conociendo.

—Pensaba que ibas a salir con Bruno.

—Canceló la cita a última hora. —Raven se retorció las manos sobre el regazo.

Patrick hizo una mueca.

—Lo siento.

—Gracias —dijo ella con un hilo de voz.

—Pero has conocido a otra persona y eso está bien. ¿A qué se dedica?

—Ah, al comercio... de vinos de cosechas excepcionales.

Patrick sonrió.

—Vaya, pues si alguna vez le sobra alguno, que me lo pase. A Gina le encantan, y no son precisamente baratos.

Raven asintió, haciendo un gran esfuerzo para no revolverse en la silla.

Patrick se sentó en la esquina de la mesa.

—Por desgracia, traigo malas noticias —dijo.

—¿Qué pasa?

—El jefe de seguridad me detuvo cuando iba a entrar a trabajar esta mañana.

Raven apretó la empuñadura del bastón con fuerza.

—¿Por qué?

—Vio la cinta en la que me dabas el *pendrive* en el archivo.

—Oh, no. ¿Estás bien?

—Sí. Por suerte llevaba encima un *pen* muy parecido lleno de documentos para el proyecto en el que estoy trabajando. Se lo enseñé y le dije que me habías ayudado a recopilar información.

»Se ha puesto en contacto con la jefa del archivo, que le ha confirmado que estás autorizada a copiar ese tipo de documentos y se ha acabado el problema. La archivera se ha sorprendido cuando le han preguntado por ti, pero te he cubierto.

—Gracias. —Raven se echó hacia atrás en la silla—. Lo siento mucho. Te debo una. Otra vez.

—No pasa nada. ¿Has averiguado algo más sobre lo que me contaste?

—No he podido dedicarle tiempo. Sé que Botticelli cambió el color del pelo de Mercurio, además de los otros cambios que están bien documentados. Pero este fin de semana he estado bastante ocupada.

Patrick sonrió.

—Ya. Con tu coleccionista de vinos excepcionales.

Ella apartó la mirada.

—Puede ser.

—Bien. Me alegro de que salgas y te diviertas. Me he guardado las buenas noticias para el final. El profesor Urbano ha venido hace un momento. Quiere que regreses al laboratorio de restauración. Me ha pedido que informe a la archivera de que ya no vas a volver por allí.

—¿De verdad? —Raven estuvo a punto de ponerse a aplaudir—. ¿Puedo empezar ya?

—Urbano ha dicho que fueras al laboratorio en cuanto llegaras.

—Gracias. —Le dirigió una sonrisa radiante.

Patrick bajó del escritorio de un brinco y le devolvió la sonrisa.

Ella cerró la cremallera de su mochila y se levantó con cuidado, apoyándose en el bastón. Se dirigió al armario que había en el otro extremo de la sala, sacó su bata y se la colgó del brazo.

Patrick la siguió.

—Cuando salía de la oficina del jefe de seguridad me he encontrado con

el *ispettore* Batelli —comentó, metiéndose las manos en los bolsillos.

—¿Qué te ha dicho?

—Que el agente de la Interpol asignado al caso desapareció la semana pasada.

Raven se detuvo en seco.

—¿Qué día?

—La noche que cenaste con Gina y conmigo.

—El agente Savola.

—Exacto. Así se llamaba.

Raven se apoyó en la puerta del armario.

No sabía que había sido el agente Savola quien había aparecido entre las sombras la noche en que la fiera la había atacado. Ni quien había perdido la vida tratando de protegerla.

Sintió náuseas.

—¿Te encuentras bien? —Patrick la observó con preocupación.

—Más o menos. ¿Por qué te contó eso el inspector?

—No tengo ni idea. Venía de hablar con el *dottore* Vitali. Ninguno de los dos parecía contento.

Patrick le señaló la muñeca con la barbilla.

—Por el amor de Dios, guarda eso. No querrás llamar la atención del inspector.

Raven se cubrió la muñeca con la chaqueta para esconder la pulsera, pero no se la quitó.

—Gracias, Patrick. Iré con cuidado.

Lentamente pero con seguridad, cruzó la habitación y se dirigió pasillo abajo hacia el laboratorio de restauración, preguntándose sobre qué habrían estado hablando Batelli y Vitali.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta, se detuvo. Probablemente hubiera testigos que la hubiesen visto cerca de Savola y del salvaje.

Raven no supo cómo debía afrontarlo. Ya era bastante malo que Batelli sospechara que estaba implicada en la desaparición de las ilustraciones. Lo último que quería era que creyese que tenía algo que ver con el asesinato de Savola.

Y luego estaba el tema del ataque a Bruno. William le había dicho que se

había ocupado de todo, pero ¿sería verdad?

Se planteó llamar por teléfono a Ambrogio para que le diera el mensaje a William, pero pensó que sería peor. Ya llegaba tarde a trabajar y no quería hacer enfadar al profesor Urbano.

Y William probablemente estuviera descansando en algún lugar, lejos de la luz del sol.

Raven pasó la mañana sumergida en el mundo de Botticelli, aplicando meticulosamente una capa de barniz a *El nacimiento de Venus*.

El profesor Urbano había decidido que Anja, su sustituta, no se había adaptado a la dinámica de trabajo con la suficiente rapidez. Y la calidad de su labor también dejaba que desear. Así que la había sustituido y la había asignado a otro proyecto.

A Raven le supo mal por Anja, así que intentó controlar su alegría por poder volver al laboratorio. Pero cualquiera que la viera se daría cuenta de que estaba encantada de poder volver a sentarse en el taburete para restaurar una de las principales obras de arte del mundo entero.

—*Dottoressa Wood*.

Raven oyó la voz, pero no le hizo caso porque estaba sumida en la observación de la figura de Céfiro, maravillándose por lo poco que se parecía a la figura que aparecía en la versión de *La primavera* que estaba en casa de William.

Oyó pasos, seguidos de alguien que se aclaraba la garganta.

Al volverse hacia la izquierda vio al profesor Urbano, que la miraba sonriendo.

—¿Puedo echar un vistazo? —preguntó, señalando la zona en la que acababa de trabajar.

—Por supuesto. —Raven colocó el material en orden y bajó del taburete. Le indicó lo que acababa de hacer y por dónde se había quedado.

Se quitó las gafas y aguardó nerviosamente a que diera su opinión.

Él se sentó en el taburete y usó una serie de lupas y otros instrumentos para comprobar cómo avanzaba el proceso. Cuando volvió a bajar, estaba sonriendo.

—Muy buen trabajo. Gracias.

—Un placer.

—Creo que es un buen momento para ir a comer.

Raven miró a su alrededor y notó que sus colegas ya se habían marchado.

—Profesor, antes de irme, ¿podría hacerle un par de preguntas?

—*Certo* —respondió él, señalando unas sillas cercanas.

—Cuando trabajó en la restauración de *La primavera*, ¿le llamó la atención algo en el pelo de Mercurio?

Urbano la miró sin comprender.

—¿Algo como qué?

—Algo que hiciera pensar que le habían cambiado la longitud o el color del pelo.

El hombre levantó la cabeza y permaneció con la mirada perdida en la pared, como si estuviera recordando la pintura.

—Habían hecho algunos cambios en los bordes del pelo, que yo recuerde, pero muy poca cosa. Nada que ver con la longitud o el color. ¿Por qué lo pregunta?

—Me pareció notar algo en una de las radiografías; algo que sugeriría que Botticelli había cambiado el color del pelo.

Urbano sonrió.

—Imposible. Examinamos esas radiografías cuidadosamente. Y todos los hallazgos que hicimos fueron documentados y publicados.

—Oh. —Raven asintió—. Tengo un par de preguntas más, si no le importa.

Él le hizo un gesto para que continuara.

—¿Sabe si existe alguna otra versión de *La primavera* pintada por Botticelli? ¿Tal vez anterior?

Urbano se acarició la barbilla.

—Hay algunos estudios de las figuras. Y algún dibujo.

—Pero ¿ningún cuadro?

—No. ¿Por qué?

—Ah, cuando me llamó la atención el pelo de Mercurio, me pregunté si no habría pintado una versión anterior. —Levantó las gafas nuevas—. Era sólo una idea.

—Claro. —El profesor Urbano le dirigió una sonrisa paciente y se excusó para ir a comer.

Raven se lo quedó mirando mientras se alejaba, dándole vueltas a la conversación.

Pensó en la versión que William le había dado sobre cómo el cuadro de *La primavera* había llegado a su poder. Si fuera cierta, eso explicaría que nadie hubiera oído hablar del mismo.

Lo que Raven no entendía era cómo era posible que nadie se hubiera fijado en los cambios en el pelo de Mercurio en el lienzo de los Uffizi. Eran cambios muy evidentes. No estaba equivocada.

«No has tenido la memoria muy fina últimamente. Ni siquiera te acuerdas de lo que pasó la noche del accidente».

De pronto se le ocurrió que tal vez William estuviese detrás del despiste de Urbano, igual que estaba detrás de tantas de las cosas raras que estaban pasando. El profesor se había encargado de la restauración de *La primavera*. Por tanto, debería haber notado los cambios. Pero tal vez William le había ajustado la memoria durante el proceso.

«Pero entonces ¿por qué no destruyó las radiografías?».

Raven desconocía la respuesta a esa pregunta, pero pensaba preguntárselo. Y, cuando lo hiciera, le preguntaría también por lo que Patrick le había contado sobre el agente Savola y el *ispettore* Batelli.

Se acercó a su mochila ayudándose del bastón y buscó su nuevo teléfono para llamar a Ambrogio.

—Buenas tardes, *signorina* Wood —la saludó él en inglés—. ¿Puedo ayudarla?

Raven se puso nerviosa.

—Eh, hola, Ambrogio. ¿Puedo hablar con William?

—Me temo que no debo molestar a su alteza. ¿Puedo ayudarla yo?

—¿Podría darle un recado de mi parte? Es urgente.

—Claro.

Raven se interrumpió, incómoda.

—¿Puede decirle que..., eh..., el hombre al que vi que atacaban en Santo Spirito era un agente de la Interpol llamado Savola, que trabajaba con los *carabinieri* en la investigación del robo de los Uffizi? —Su tono se volvió

más urgente cuando prosiguió—: William tiene que saberlo cuanto antes. La policía no me ha interrogado, pero uno de sus agentes está aquí y ha hablado con uno de mis colegas. Y, como al agente lo atacaron delante de mi apartamento, me preocupa que vengan a detenerme.

—Por favor, no se preocupe, *signorina*. Yo me encargo de que su alteza reciba su mensaje. ¿Está Luka con usted?

—Creo que está esperándome fuera, frente a la galería.

—Si tiene problemas, acuda a Luka. Él la traerá aquí.

—Sí. Sí, gracias.

—¿Puedo ayudarla en algo más?

Ella suspiró.

—No, gracias, Ambrogio. Eso es todo.

—Pues adiós, *signorina*.

—Adiós.

Raven finalizó la llamada y se quedó mirando la pantalla del teléfono. Aunque había transmitido la información, no se había quedado tranquila. Pero no se le ocurría qué más podía hacer.

Cogió la mochila y se dirigió hacia la puerta, apoyándose pesadamente en el bastón.

En ese momento entró el *ispettore* Batelli, que se dirigió hacia ella con decisión.

—¿Vio cómo atacaban al agente Savola? —le preguntó en italiano.

—¿Qué? —preguntó ella para ganar tiempo.

—Acaba de decir que lo vio. ¿Qué es lo que vio?

Raven frunció el ceño.

—No, no me ha entendido porque hablaba en inglés. No he dicho eso.

Batelli soltó una maldición.

—La he oído perfectamente. Y no tengo ningún problema con el inglés. Encontraron la Vespa de Savola cerca de su apartamento.

—¿Ah, sí? Qué raro. —Raven le dirigió una sonrisa forzada—. Me temo que llego tarde a comer. Si me disculpa...

—¿Quién es William? —insistió él, impidiéndole el paso.

—No tengo ni idea.

—La llamada telefónica. Quería hablar con William. ¿William qué más?

—Es un amigo de la familia. —Raven volvió a sonreír—. En serio, tengo que irme.

Trató de rodearlo, pero Batelli le impidió el paso de nuevo.

—¿William York?

Ella trató de ocultar que reconocía el nombre, pero la expresión triunfal del inspector le dijo que había fracasado.

—¿Dónde está?

—No sé de qué está hablando. —Esta vez, Raven logró rodearlo y siguió andando hacia la puerta.

—¿Por qué no llamó a la policía? ¿Por qué no lo denunció?

—Porque no vi nada —respondió ella por encima del hombro.

—Los agentes encargados del caso han averiguado que el agente Savola la estaba siguiendo a altas horas de la noche. Cuando encontraron su Vespa, deberían haberla interrogado, por puro protocolo. ¿Por qué no lo hicieron?

Raven respondió sin volverse.

—Me está acosando. Si no me deja en paz, avisaré al *dottore* Vitali.

—Y ¿qué le dirá? Acabo de oírla confesar que fue testigo de un crimen.

—Yo no fui testigo de nada.

Batelli volvió a colocarse ante ella.

—He leído los informes de la policía. Su nombre no aparece en ellos. ¿Por qué?

—No sé de qué me habla. —Raven siguió avanzando hacia la puerta, desesperada por alejarse de él.

—Alguien la está protegiendo —insistió Batelli, a su espalda—. Descubriré de quién se trata. La interrogaré.

Ella aceleró el paso.

—¡Y esta vez será ante el fiscal!

Cuando al fin salió del laboratorio, Raven se escondió en el lavabo de señoras. Se apoyó en la pared y, cerrando los ojos con fuerza, trató de calmarse.

Estaba metida en un lío.

Al salir del lavabo, no vio a Batelli. Parecía que había desaparecido.

Le envió un mensaje de texto a Ambrogio. No quería arriesgarse a que alguien volviera a oírlo si lo llamaba por teléfono.

Él respondió enviándole seis palabras:

Su alteza se ocupará de todo.

El mensaje la tranquilizó sólo un poco.

Demasiado alterada para comer, paseó por la primera planta de la galería. Pasó de largo la sala Botticelli y se acercó al *Tondo Doni* de Miguel Ángel.

Se mantuvo a cierta distancia, para que los visitantes pudieran admirar la obra.

Acto seguido, se forzó a dejar de preocuparse y se concentró en la genial descripción que el artista había hecho de la sagrada familia. Con la vista recorrió las figuras, los pliegues de la ropa y los hombres situados al fondo del cuadro.

Al acabar, ya casi había pasado la hora de comer, pero se sentía mucho mejor. Las grandes obras de arte tenían la capacidad de calmar el alma, además de nutrir el corazón.

Después de tomarse el equivalente a unas vacaciones mentales, Raven volvió al laboratorio. Se alegró de poder sumergirse en el trabajo de restauración. Cada pincelada marcaba un ritmo muy relajante.

Pronto llegó la hora de volver a casa. Dejó la bata en el armario de la oficina y salió del edificio lentamente. Fuera encontró a Luka, que la estaba esperando.

La llevó en coche hasta Santo Spirito y la acompañó hasta el apartamento. No la dejó entrar hasta asegurarse de que no había nadie en las habitaciones. Tras despedirse con una inclinación de la cabeza, se marchó y la dejó sola.

Estaba claro que era un hombre de pocas palabras.

Raven revisó el teléfono por si había recibido algún mensaje de texto o de voz, pero, al parecer, todos sus conocidos estaban ocupados.

Su apartamento le pareció diminuto y un poco triste. Había pasado un día glorioso trabajando en una preciosa obra de arte, pero ahora se sentía extrañamente solitaria. Era como si su vida hubiera pasado de ser un cuadro renacentista de brillantes colores a la oscura obra de un maestro holandés.

Encendió el ordenador portátil y se puso música de Mumford & Sons para relajarse. Se enfundó unos vaqueros y una camiseta negra; dejó la pulsera sobre la mesilla de noche y se preparó una cena frugal.

Después de cenar, se tomó una copa de vino y se metió en la cama. Se puso las gafas de leer y abrió *El león, la bruja y el armario*.

En el capítulo ocho, uno de los personajes advertía a los demás sobre seres que solían ser humanos, o que deberían ser humanos, pero ya no lo eran. Su sugerencia, en caso de encontrarse con uno de esos seres, era echar mano del hacha.

Raven ya había leído ese pasaje anteriormente. De hecho, había leído el libro entero. Pero ahora el fragmento cobraba un sentido distinto.

La misión de los cazadores era matar vampiros y recolectar su sangre. Si se dedicaran a matar humanos, todo el mundo estaría en pie de guerra, protestando: «¡Genocidio! ¡Limpieza étnica!».

Raven se preguntó si esas prohibiciones morales se aplicarían sólo a los humanos o si serían aplicables a otras especies.

Y ¿qué pasaba con William? Si necesitaba sangre humana para sobrevivir pero no mataba a las personas de las que se alimentaba, ¿debería ser eliminado? ¿O se le debería prohibir el acceso a su única fuente de alimentación?

Se sentía muy atraída por él. La había rescatado más de una vez. Raven no estaba acostumbrada a que nadie la protegiera, al menos desde que murió su padre. Su madre no las había protegido, ni a ella ni a su hermana.

Pensar que un misterioso vampiro la protegía poniendo en riesgo su vida, mientras que su madre no lo hacía, le resultaba muy doloroso.

Mirando a su alrededor en el apartamento casi vacío, Raven deseó que él estuviera allí. Tenía muchas ganas de decirle lo importante que había sido su apoyo. Llevaba tanto tiempo sola, cuidando de sí misma, que era agradable que alguien se ocupara de sus problemas.

La tocaba con delicadeza, pero cuando besaba lo hacía con una gran pasión. Raven se preguntó cómo sería el sexo con un vampiro. También se preguntó cómo sería el amor de un vampiro, aunque le pareció algo poco probable.

Cuando empezó a sonar la canción *Awake my Soul*, dejó las gafas y el

libro sobre la mesilla y escuchó la letra con atención con la vista clavada en el techo.

William creía en las almas. Raven se preguntó si realmente existirían.

Se preguntó si los vampiros tendrían alma.

—¿Por qué estás tan seria?

—¡Ah! —exclamó ella, apartándose en dirección a la ventana.

William estaba apoyado en el quicio de la puerta con los brazos cruzados ante el pecho. Llevaba vaqueros negros y camisa de manga larga del mismo color.

Se echó a reír.

—No quería asustarte.

Raven se llevó la mano al pecho, como pidiéndole a su corazón que se calmara.

—Pues me has dado un susto de muerte. ¿Qué haces?

Él frunció el ceño.

—He venido a verte, por supuesto.

Ella se reclinó sobre la almohada y cerró los ojos.

—Y ¿no puedes llamar al timbre? Casi me da un infarto.

William se acercó a la cama y se inclinó hacia ella hasta que su oreja prácticamente le tocó el pecho.

—Tu corazón está bien. Late sano y fuerte.

—Muy gracioso. ¿Cómo has entrado?

—Magia.

Ella se tumbó de lado, dobló el brazo y apoyó la cabeza en la mano.

—Pues la próxima vez, llama a la puerta, ¿vale?

La sonrisa de William se apagó.

—Eso me recuerda una cosa. No dejes que nadie entre en tu apartamento. Sobre todo si te piden que los invites a entrar.

—¿Por qué?

—Los vampiros necesitan que los inviten a entrar en una casa. De lo contrario, no pueden cruzar el umbral.

—Pues tú debiste de entrar sin invitación la primera vez que me trajiste a casa.

—Me invitaste, pero ya no te acuerdas. —William le dirigió una sonrisa

cómplice—. Además, conmigo las reglas son bastante más flexibles que con los demás.

—Y ¿eso por qué?

—No lo sé.

Cuando Raven alzó las cejas, él se encogió de hombros.

—Es la verdad. No sé la razón. Es posible que haya otros como yo, pero de momento no conozco a nadie más que pueda saltarse las normas sin consecuencias.

—Tiene que haber una explicación.

—Por supuesto. —William abrió los brazos y dio una vuelta completa—. ¿Quieres examinarme? Tal vez encuentres una explicación científica.

Raven puso los ojos en blanco, tratando de no fijarse demasiado en su atractivo trasero.

—¿Para qué has venido?

Él bajó los brazos.

—¿No soy bienvenido?

—Eres bienvenido; es sólo que no esperaba tu visita.

Él volvió a acercarse a la cama.

—He venido a darte algo.

—¿El qué?

—Esto. —William apoyó los puños en la cama, a ambos lados de sus caderas, y pegó su boca a la de ella.

Al igual que su presencia, el beso la tomó por sorpresa.

Él empezó a besarla con suavidad, pero enseguida el beso se volvió más insistente, hasta que ella respondió.

Raven le apoyó una mano en el pecho y fue subiendo desde allí hasta sus hombros, disfrutando de la dureza de sus músculos, de su figura esbelta pero poderosa y de la atracción que prendía entre ellos.

Cuando abrió la boca, él le deslizó la lengua en su interior, ladeando la cabeza y gruñendo de placer.

Jugueteó un poco con su lengua antes de retirarse, haciendo que ella lo siguiera hasta el interior de su boca.

Raven disfrutó de su sabor y de su manera tranquila y pausada de seducir, centrando toda su atención en el juego de labios y lengua.

Cuando se tumbó de espaldas en la cama, él la siguió, cubriéndole el cuerpo con el suyo.

Hacía mucho tiempo que Raven no se encontraba en una situación tan comprometedor. Le acarició la espalda arriba y abajo, presionando para juntar sus torsos aún más.

Notó la firme erección de William contra su muslo.

De pronto, él se incorporó y se apoyó en los antebrazos.

La besó en la comisura de los labios. Le brillaban los ojos y parecía muy satisfecho, aunque Raven también vio una pizca de arrepentimiento en su mirada.

—No puedo quedarme —anunció con la voz ronca, acariciándole la nariz con la suya.

—¿Por qué no?

Él volvió a besarla y, esta vez, fue un beso de esos que hacen que se te encojan hasta los dedos de los pies.

—¿Quieres que me quede?

Ella apartó la cabeza, huyendo de su mirada abrasadora.

—Cuando me pidas que me quede, me quedaré. —William se volvió de lado y le apoyó una mano en el abdomen—. Seguimos buscando a los cazadores. Las patrullas me necesitan.

Ella lo miró extrañada.

—¿Has abandonado la búsqueda para venir a darme un beso?

William le levantó el dobladillo de la camiseta y le acarició la piel desnuda una y otra vez.

—¿Algún problema?

Ella negó con la cabeza.

Él siguió acariciándole la cintura con mucha delicadeza.

—Cuéntame lo que ha pasado en los Uffizi.

Raven apoyó una mano sobre la de él para que dejara de acariciarla. Le costaba demasiado pensar cuando la estaba tocando.

Le contó las conversaciones que había mantenido con Patrick y con Batelli, y acabó diciendo que el inspector la había amenazado con un interrogatorio formal.

—No te preocupes por eso. —William le llevó la mano a la cadera y le

dio un apretón.

—Me oyó hablando por teléfono con Ambrogio sobre el agente Savola. Si acude al fiscal y lo convence para que me detengan y me interroguen, estoy hundida.

—Uno de los guardias de seguridad de los Uffizi forma parte de nuestra red de informadores. Ha recuperado la grabación de la conversación que has mantenido con Batelli y se la ha llevado esta tarde al director de los Uffizi.

»También me ha enviado una copia a mí. Las cámaras de seguridad no registran el sonido, pero las imágenes son bastante comprometedoras para el inspector. Se lo ve asediarte, gritarte y tratar de impedirte la salida. El director lo ha denunciado a sus superiores. Le han prohibido volver a entrar en el museo.

Raven lo miró muy sorprendida.

—Nadie me ha comentado nada en la galería.

—La investigación sigue abierta, así que supongo que todo es confidencial. —Él acercó su cara a la suya—. Cuando te prometí que te protegería, lo dije muy en serio. No permitiré que nadie te intimide, ya sea humano o vampiro.

Raven le acarició el pelo y lo besó.

—Gracias.

—El inspector sigue estando al mando de la operación, pero lo han amonestado formalmente y le han dado órdenes de mantenerse alejado de ti. Ahora ya no podrá llevarte a comisaría para interrogarte. —William le cogió un mechón de pelo y le dio un tironcito—. Las cosas han salido mejor de lo que cabía esperar.

En un impulso, Raven lo abrazó y le hundió la cara en el cuello.

Él pareció sorprendido por su reacción, pero recobró el aplomo enseguida y le devolvió el abrazo.

—¿A qué ha venido esto?

—Gracias por ayudarme. Estoy acostumbrada a tener que apañármelas sola.

—Estoy más que dispuesto a ayudarte prácticamente en todo. Sólo tienes que decirlo.

—Me asustó —susurró Raven, que se había animado un poco, tal vez a

causa de su cercanía.

William la abrazó con más fuerza.

—Ya lo he visto. Pero te defendiste bien.

—No sabía que la víctima del salvaje hubiera sido el agente Savola. No le vi bien la cara.

Él le acarició el cuello con los labios.

—Hablé con el profesor Urbano sobre la restauración de *La primavera* —añadió Raven.

William ignoró su comentario y siguió besándole el cuello.

—Mientras trabajaba en el archivo me di cuenta de que Botticelli había cambiado el color y la longitud del pelo de Mercurio.

—Le dije que lo hiciera.

Raven tardó unos segundos en procesar lo que acababa de oír.

—¿Por qué?

—Porque él quería retratarme en el cuadro. Me negué, a menos que cambiara un poco los rasgos de la cara y el pelo.

—Pero Mercurio sigue pareciéndose a ti.

—Tal vez, pero Céfiro no. —William volvió a besarla. Esta vez desplazó los labios hacia el pequeño valle en la base del cuello.

—¿Por qué Urbano no es consciente del contenido de las radiografías, si él trabajó en ese proyecto con Baldini?

—Probablemente porque usé el control mental para ajustarle la memoria.

—¿Hiciste eso? —Raven se apartó para mirarlo a los ojos.

—Por supuesto. —William frunció el ceño—. Si se hubieran fijado demasiado en Mercurio, habrían empezado a sospechar. Visito los Uffizi de vez en cuando. No quería que nadie me reconociera.

—¿Cómo entraste en la galería la noche en que te llevaste las ilustraciones?

—No me hagas esas preguntas —la cortó él, mordisqueándole la piel.

—No puedo evitarlo. Me preocupa.

Él se apartó y le dirigió una mirada severa.

—Me robaron las ilustraciones. Me pertenecían desde que Botticelli las pintó. No tenía ni idea de dónde estaban hasta que se materializaron en los Uffizi más de un siglo después de que desaparecieran de mi casa.

—Un momento. ¿Has dicho que Botticelli las completó?

—Claro. —William parecía molesto.

—Pero son copias, hechas por uno de sus alumnos. Los originales están en el Vaticano y en los Museos Estatales de Berlín.

A William se le escapó una sonrisa.

—No. Las ilustraciones de Roma y de Berlín son las copias. Yo poseo los originales.

—¡Joder! —Raven se cubrió la boca con la mano, y William se echó a reír.

—Durante el Renacimiento me interesé bastante por los asuntos de los humanos. Hubo tremendos avances en campos como la arquitectura, la ciencia, la pintura y la escultura. De vez en cuando, frecuentaba círculos humanos.

»Botticelli oyó rumores sobre mi auténtica naturaleza y decidió retratarme en la primera versión de *La primavera*. Yo aparecía como Mercurio y también como Céfiro. Una humana que se enamoró de mí fue la modelo para Cloris y también para la segunda de las tres Gracias.

»Cuando me enteré, me enfadé mucho. Estuve a punto de matarlo. Él me suplicó que no lo hiciera. Me ofreció el cuadro en cuestión y un conjunto de ilustraciones de la *Divina comedia* de Dante. Yo acepté. Las ilustraciones las completó más tarde.

Raven dejó caer la mano.

—¿Una mujer se enamoró de ti?

—Sí —fue la brusca respuesta de William.

—¿Qué le sucedió?

Él apretó los dientes.

—Subió a lo más alto del campanario de Giotto y saltó. Se mató.

—¡Santo Dios! ¿Por qué hizo eso?

—Porque se había enamorado de un monstruo —respondió él, bajando mucho la voz y dirigiéndole una mirada acerada.

—¿La amabas?

—No.

Raven sintió una punzada de dolor. Pocas cosas había más dolorosas en la vida que el amor no correspondido. Se imaginó a una joven renacentista

enamorándose de William y descubriendo más tarde que se había enamorado de un vampiro.

—Lo siento.

—Yo también lo sentí. —William se tumbó de espaldas y cruzó las manos sobre el pecho.

—¿Era tu mascota?

—No.

Raven no supo qué pensar. Pero, fuera cual fuese la relación que lo había unido a esa mujer, era evidente que siglos más tarde seguía doliéndole.

Se volvió hacia él y, de pronto, una sensación terrorífica se apoderó de ella. William había dicho cosas perturbadoras. De repente, varias de ellas le volvieron a la mente, pintando un cuadro que no le gustaba nada.

Prefirió cambiar el tema de la conversación.

—¿Tienes hambre?

Esta vez fue él quien alzó las cejas. Se quedó mirándole el cuello sin reparos.

—Me refería a comida —aclaró ella—. Comida humana. ¿Te apetece algo? ¿O una copa de vino?

—Podría tomarme una copa de vino, pero nuestro organismo no digiere comida humana.

Raven se movió para bajar de la cama, pero él lo impidió apoyándole un brazo a cada lado del cuerpo.

—¿Te duele algo?

—No.

—Entonces ¿por qué estás disgustada?

—No lo estoy.

William entornó los ojos.

—Sí lo estás. Lo veo, lo oigo y, lo que es más importante, lo huelo. ¿Qué pasa?

Raven hizo una mueca.

—No me mientas —le advirtió él muy serio.

Ella buscó sus ojos antes de hablar.

—¿Has comido antes de venir aquí?

—Por supuesto.

—¿Cuántas veces al día te alimentas?

—Depende. Los antiguos podemos alimentarnos sólo una vez al día. Los neófitos necesitan comer a menudo. Yo me alimento cuando me apetece, una o dos veces al día. Depende de mi apetito y de lo que me ofrezcan. —Con una sonrisa, añadió—: Me han dicho que tengo buen apetito.

—¿Practicar sexo cada vez que te alimentas?

A William se le borró la sonrisa de la cara.

—¿Por qué me hablas en ese tono?

—No te hablo en ningún tono. —Raven trató de zafarse, pero William se alzó sobre ella, aprisionándola con su cuerpo.

Entornó los ojos.

—Pareces molesta.

—Pues no lo estoy —resopló ella.

—Los vampiros acostumbramos a mezclar el sexo con la alimentación, pero yo suelo tener más criterio.

Eso pareció despertar el interés de Raven.

—¿Me estás diciendo que no te acuestas con todas las mujeres de las que te alimentas?

—¿Por qué te preocupa tanto?

—Por nada en particular. ¿Puedo levantarme ya? —Raven le dirigió una mirada acusadora hacia los brazos.

—Cassita. —William le acarició la nariz con la suya—. ¿Estás celosa?

—Por supuesto que no.

Él contuvo una sonrisa.

—Entonces ¿por qué me preguntas sobre mis encuentros sexuales?

—Dijiste que me deseabas. Tenía curiosidad por saber si estabas formando un harén.

—Esas cosas no me interesan.

Ella dejó escapar un sonido de escepticismo.

—Seguro que encontrarías a otra que no necesite usar bastón.

William hizo descender la parte baja de su cuerpo hasta que quedó tocando el de ella.

—¿Te estás planteando acostarte conmigo?

Raven se ruborizó.

—Sólo intento descubrir a qué juegas.

—No juego a nada. Ya te lo he dicho. Has sido la primera persona en captar mi atención en mucho tiempo.

Inclinándose hacia ella, la besó con firmeza. Le apartó el pelo de la cara y le acarició el cuello delicadamente, arriba y abajo.

Cuando se separó, Raven seguía con los ojos cerrados.

—Tu belleza es un festín para la vista, además de para los demás sentidos.

Al oírlo, ella abrió los ojos de golpe.

—Odio que los hombres me mientan.

—Mírame —le ordenó él.

Sus ojos se desafiaron.

—No tengo ninguna razón para mentir. Aunque es verdad que los halagos son una forma frecuente de seducción, no necesito usarla contigo. Creo que eres preciosa. Si quieres que te cure la pierna, lo haré. Pero deja de jugar a la amante ofendida. No te debo fidelidad ni explicaciones a menos que aceptes ser mía.

William rodó por la cama, se levantó y se dirigió al escritorio.

Raven se sentó y se lo quedó mirando. Parecía muy infeliz.

—¿Los vampiros suelen ser fieles a sus mascotas?

—No.

—Y ¿tú lo eres?

—Nunca he tenido mascota —le confesó.

—¿Nunca?

—Exacto. —William la miró pensativo—. Supongo que tu reacción se debe en parte a la historia de Allegra, la joven que se suicidó. No es en absoluto agradable. Tal vez te la cuente algún día. Mientras tanto, me reafirmo en lo que ya te he dicho: no eres mi mascota y, si entre nosotros surgiera algo, la experiencia sería agradable y placentera.

Raven se examinó las uñas para evitar mirarlo a los ojos.

Él alzó los brazos con frustración.

—¿Por qué no me cuentas de una vez cuál es el problema?

—Creo que te echaba de menos —admitió ella—. Después de estar en tu casa, cuando he vuelto aquí, me ha parecido demasiado tranquilo.

William sonrió, y la sonrisa le iluminó toda la cara.

—¿Me echabas de menos?

Ella bajó la vista hacia la colcha.

—¿Qué clase de persona soy? Me secuestras, me amenazas con convertirme en tu esclava sexual y... ¿yo te echo de menos? Debo de estar peor de lo que pensaba.

La expresión de William se ensombreció.

—¿Tan terrible te parece desear mi compañía? ¿Te resulto tan repulsivo que te parece despreciable desear volver a verme?

—Es que no es muy natural. Eres un vampiro.

—Y ¿qué me diferencia de un humano si no me alimento de ti? — William le dirigió una mirada hambrienta al cuello descubierto—. Y si la fidelidad es un tema importante para ti, te informo de que no me estoy acostando con nadie, ni vampiro ni humano.

Raven trató de ignorar la fuerza de los sentimientos que empezaron a burbujear en su interior, pero fracasó.

Él volvió a sentarse a su lado.

—Ambos nos atraemos. Es evidente que disfrutamos el uno del otro. Pasa una noche conmigo. Sólo una vez. Y te demostraré lo magnífico que puede ser.

Le acarició la mejilla con un dedo.

—Será la mejor noche de tu vida, te lo juro.

Raven cerró los ojos y se entregó al tacto.

La música que sonaba en su portátil cambió. Madeleine Peyroux empezó a cantar *Dance Me to the End of Love*.

—Nunca escucho música moderna —susurró él, besándola en el cuello—, pero esta me gusta.

William le trazó la línea del escote de pico de la camiseta, rozándole la curva de los pechos.

Ella le agarró la muñeca.

—¿Estás seguro de que tus ilustraciones son las originales?

—Sí. —William frunció el ceño irritado—. Olvídate de ellas. Tú eres la única obra de arte que me interesa.

Le rozó el cuello con los labios.

Raven sabía que estaba luchando una batalla perdida. El roce de sus labios era suave pero sensual, y dejaba una estela de piel abrasada a su paso.

Nadie la había hecho sentir así antes. Era como si William estuviera acabando con su voluntad. Pronto la habría perdido por completo.

—Tienes que devolverlas —le dijo.

William levantó la cabeza.

—De ninguna manera.

—Posees muchas cosas hermosas —insistió ella en voz baja—. ¿No te apetece compartirlas?

—No. Y prefiero no hablar de ellas. Sobre todo mientras estoy tratando de seducirte.

—¿Es eso lo que estás haciendo?

—Esta es la danza del amor. Hombres y mujeres llevan siglos bailándola. ¿Qué creías que estábamos haciendo?

—Nadie me había mirado nunca con... deseo —titubeó ella avergonzada.

—Porque los seres humanos son criaturas superficiales e ignorantes. —

William alzó las cejas, como retándola a llevarle la contraria.

Ella bajó la vista hacia sus manos, que agarraban con fuerza la colcha.

—Estás hablando de sexo, no de amor.

Él frunció el ceño.

—No soy capaz de amar, Cassita. Ningún vampiro lo es. —Alzó una mano y le acarició el pelo—. Pero creo que soy capaz de sentir ternura. Al menos, cuando estoy contigo. ¿Crees que sería suficiente?

Raven estuvo a punto de encogerse y hacer una mueca, pero se contuvo.

Tal vez esas habían sido las mismas palabras que William le había dicho siglos antes a la joven que se había arrojado desde lo alto del campanario. Para ella, obviamente, no había sido suficiente.

Raven siempre había descartado el amor. Pensaba que estaba fuera de su alcance. Desesperanzada, se preguntó si lo que él le estaba ofreciendo sería lo máximo a lo que podía aspirar.

Se desplazó hacia la cabecera de la cama, poniendo distancia entre ellos.

—No hablemos de amor, ¿de acuerdo? Es ridículo. Acabamos de conocernos.

William se tensó, pero no se lo discutió.

—¿El sexo nos vincularía?

—¿Vincularnos?

—Sí, comentaste algo acerca de que los vampiros se vinculaban.

Él negó con la cabeza.

—El vínculo se forma mediante la ingesta de sangre.

—Oh.

—El acto sexual unifica a la pareja, a menos que los dos acuerden otra cosa.

—Entonces ¿qué harías? ¿Te acostarías conmigo pero sin pretender que estuviéramos más unidos?

—Yo no he dicho eso. —Los ojos de William se encendieron con un brillo difícil de descifrar.

Raven no quiso ahondar en el tema.

—Pues si las ilustraciones son originales, ¿por qué no las compartes con el resto del mundo igual que hicieron los Emerson?

William se levantó y se apoyó las manos en las caderas.

—No nombres a esos ladrones. Robaron lo que era mío y pagarán por ello.

En ese momento, Raven casi dio gracias por que estuviera enojado. Le resultaba más fácil hacerle frente a eso que a lo que sentía cuando la tocaba. Aunque no le gustó su reacción.

—Estás hablando de un matrimonio y una niña pequeña. No serías capaz de hacerles daño, ¿verdad?

William permaneció impasible.

—Los Emerson no habían nacido un siglo atrás —insistió ella—. No fueron ellos los que entraron en tu casa.

—Eso no es excusa.

—Son una familia con un bebé. No conozco al profesor, pero he hablado con su esposa. Me contó que pensaban adoptar a una niña del orfanato franciscano.

Algo brilló durante un instante en los ojos del Príncipe, que permaneció en silencio.

—Es la verdad —insistió Raven—. Van a adoptar a una niña pequeña que requiere atención especial. Soy voluntaria en el orfanato. Conozco a Maria.

Nadie la quiere. Si matas a los Emerson, esa niña nunca tendrá una familia.

William apretó la mandíbula.

—Ese no es mi problema. No puedo tolerar los robos. Si los demás se dan cuenta de que dejo pasar esta ofensa sin castigarla, mi autoridad se verá debilitada.

—Y ¿no puedes reforzar tu autoridad de otra manera? ¿No podrías averiguar quién se llevó las ilustraciones de tu casa?

—Tengo mis sospechas.

—Pues entonces deja a los Emerson en paz.

—Nunca —replicó él con altivez, dirigiéndose hacia la puerta del dormitorio.

—William, tengo que decirte algo.

—Tú dirás. —Su tono era frío, pero sus ojos dejaban traslucir su preocupación.

—Creo que es obvio que me siento atraída por ti. Y que... —Raven buscó las palabras adecuadas— siento algo por ti.

Alzó una mano.

—No es amor —siguió diciendo—. Creo que el amor no se ha hecho para mí. En todo caso, si haces daño a los Emerson, lo que sea que existe entre nosotros habrá acabado para siempre. No puedo aprobar que castigues a un inocente por los crímenes de otra persona. Y menos aún si se trata de una madre y su bebé.

—Ya había decidido no tocar a su familia —replicó él estirado—. Pero Emerson recibió mercancía robada. No creo que pueda considerársele inocente.

Raven frunció el ceño.

—¿Crees que la persona que le vendió las ilustraciones le dijo que eran robadas? La familia suiza probablemente no había nacido aún cuando te las robaron.

—Quiero justicia.

—Pues cuando la administres, no te olvides de la misericordia.

William echó un inexplicable vistazo a la cocina antes de volverse de nuevo hacia ella, pero no dijo nada.

—Si piensas hacerle daño al profesor Emerson, ya puedes llevarte esto.

—Raven cogió la pulsera de oro de la mesilla de noche y se la tendió—. No la quiero.

Él le dirigió una mirada furibunda.

—Es para tu protección.

—Es que ya no quiero que me protejas.

—Lo deseabas hace unos minutos. —William parecía resentido—. Ya veo que devuelves los regalos que te hacen los hombres con mucha soltura.

—Los hombres no me hacen regalos.

—No tengo ningún interés en vengarme de una madre y su bebé —le aclaró él con los ojos brillantes de furia—. Mi problema es con Emerson.

—¿No lo entiendes, William? —Raven bajó la voz de manera intencionada—. Si lo matas, destrozarás a su familia. Sé lo que es crecer sin padre. Cuando él murió, empezaron a pasarnos cosas terribles. Por favor, no les hagas eso a Julia y a Clare.

William se sobresaltó.

—¿Sabes sus nombres?

—Sí. Las conocí y me gustaron. Julia es muy amable, y Clare es un bebé precioso. ¿Serías capaz de condenar a esa preciosidad a una vida de tristeza?

Él le dirigió una mirada inexpresiva. Bajó la vista hacia la pulsera, pero no la cogió.

—Adiós, Jane —se despidió, volviendo a mirarla a los ojos—. Que te vaya bien.

—Espera. —Raven se puso de pie mientras él salía de la habitación.

Tan deprisa como pudo, cogió el bastón y lo siguió hasta la entrada.

—William, espera. No puedo caminar tan rápido.

Cuando llegó a la cocina, él ya había desaparecido. Misteriosamente, la puerta seguía cerrada por dentro.

Raven se sentó en una silla, al borde de las lágrimas.

No había esperado su visita esa noche, ni se había imaginado que su corazón se desbocaría al verlo. No había esperado notar calor en el pecho ni sentirse deseable entre sus brazos. Tampoco sospechaba que se sentiría tan feliz cuando la besara.

Y no había esperado que le dijera adiós.

Al mirar la pulsera que tenía en la mano, la embargó una gran sensación

de pérdida.

William no era su amigo, ni era su amante. Era otra cosa. Algo para lo que no tenía un nombre.

«Es Céfiro, acechando entre las sombras. Se apiadó de Psique y la ayudó, pero luego desapareció».

Raven sintió el ardor de las lágrimas que se agolpaban en sus ojos.

«Eres una egoísta —le dijo la voz de su conciencia—. Estás llorando por alguien que ni siquiera es tu amigo mientras una familia está amenazada».

El aviso de su conciencia fue suficiente para detener las lágrimas. Los Emerson corrían peligro.

Dudaba que William fuera a perseguirlos esa misma noche, con la ciudad amenazada por los cazadores. Tenía asuntos más urgentes de los que ocuparse.

«Tienes que avisarlos», se dijo.

Pero ¿cómo? Sabía que sería inútil escribirle una carta a Julia, contándole que su marido y ella habían despertado las iras del Príncipe de los vampiros de Florencia. Pensarían que estaba loca y convencerían al *dottore* Vitali para que la despidiera de la galería y la mandara encerrar en una institución mental.

Tenía que hacer algo.

Si no podía avisar a los Emerson, la única otra opción era lograr que William cambiara de parecer. Aunque, a juzgar por sus palabras de despedida, tenía pocas posibilidades de éxito.

Esta vez no le ofrecería su cuerpo. Tenía que pensar en otra manera de convencerlo.

Se sirvió un vaso de vino bien lleno y lo bebió a sorbos pequeños mientras trazaba un plan.

William no volvería a buscarla. Había terminado con ella.

Así que Raven tendría que ir en su busca.

35

Dos horas más tarde, el *ispettore* Batelli observaba desde el otro lado de la piazza cómo se apagaban las luces en el apartamento de Raven.

No era el único que montaba guardia. En una cafetería cercana, un hombre fumaba sin perder de vista tanto el apartamento como al inspector.

Sin que ninguno de los dos lo supiera, un vampiro los vigilaba a ambos desde los tejados, sin perder detalle de todo lo que pasaba en el edificio de pisos que tenía enfrente.

Cuando todas las luces del apartamento estuvieron apagadas, el vampiro saltó por los tejados en dirección al Duomo. En ese instante, un grupo de cazadores salió tras él.

Al darse cuenta del movimiento, el vampiro dio media vuelta y echó a correr en dirección contraria.

Los cazadores se reagruparon y continuaron persiguiéndolo; algunos a pie, otros en moto.

Con un salto espectacular, el vampiro se impulsó en el aire para saltar un callejón y aterrizar en el tejado del edificio de enfrente.

Pero, en ese momento, un cazador que lo estaba esperando apuntó hacia arriba con una ballesta y, cuando el vampiro asomó, disparó el arco y lanzó la flecha hacia su objetivo.

Se oyó el sonido de algo afilado perforando carne, acompañado de un grito agónico.

El vampiro, que había sido alcanzado en el aire, cayó del cielo como si fuera Ícaro y se precipitó contra el suelo del callejón.

Antes de que pudiera levantarse, otros cazadores lo rodearon y dibujaron un perímetro de sal a su alrededor. Estaba atrapado.

De la herida del pecho le brotaba sangre negruzca. La flecha le había atravesado el corazón. Alzó la mano para romper el asta de la flecha, pero uno de los cazadores le lanzó agua bendita.

El vampiro gritó al notar que le corroía la carne como si fuera ácido.

Otros dos cazadores se le acercaron por detrás y le rodearon el cuello con una banda metálica, como si de un garrote vil se tratara. Accionaron un interruptor y se apartaron. El sonido de un dispositivo al cerrarse resonó en el callejón.

El vampiro se llevó las manos al cuello para librarse del collar mortal, pero ya era demasiado tarde. El mecanismo del garrote se cerró hasta que, con un sonido espantoso y grotesco, la cabeza del vampiro quedó separada del cuerpo.

A la velocidad del rayo, los cazadores alejaron la cabeza antes de ponerse a trabajar. Media hora después, no quedaba ni una gota de sangre en el cuerpo, que abandonaron en el callejón para que se descompusiera.

Una observación somera del organismo del vampiro, así como un primer análisis de la sangre, indicaban que la presa no era ningún neófito.

Los cazadores aullaron de alegría.

Con un último grito triunfal, recogieron la cabeza y se alejaron del lugar, con la moral alta por el triunfo y ansiosos por capturar a su siguiente objetivo.

36

William estaba enfadado.

Después de que Raven rompiera su relación, se había dirigido directamente al club Teatro.

La había tenido entre sus brazos. Ella le había dado las gracias por volver a rescatarla. Esta vez, cuando se abrazaron, le pareció notar que empezaba a ganarse su confianza.

Habían llegado incluso a hablar de sexo. El ardor de la joven había avivado las llamas de su esperanza, siempre tan cautelosa.

Pero ahora ella estaba dispuesta a arrojarlo todo por la borda. Y ¿por qué? Por culpa de un ladrón orgulloso y arrogante.

Estaba de acuerdo en perdonarles la vida a la esposa de Emerson y a la pequeña. Ya lo había decidido antes de hablar con Raven.

Pero para ella eso no era suficiente. No se daría por satisfecha hasta que hubiera salvado a la humanidad entera.

Dio un salto y aterrizó suavemente en el tejado del edificio contiguo a Teatro.

Los tejados vecinos estaban desiertos. Los vampiros, tanto los antiguos como los neófitos, estaban dentro, o buscando el placer en otra parte.

Se alegró de no encontrarse con nadie. ¿Cómo explicar que tenía que ir a Teatro a alimentarse teniendo una estupenda mascota en casa? Una mascota con una larga melena sedosa y una piel suave y fragante que olía a rosas.

Una mascota que protegía su cuerpo como si llevara puesto un cinturón de castidad.

Gruñendo, William se frotó la cara con las manos.

Raven no era una mascota y él no estaba enfadado sólo porque hubiera

tratado de salvar a Emerson. Estaba enfadado porque lo había echado de su vida como si su conexión fuera tenue y fácil de romper.

Se había permitido albergar esperanzas, sabiendo que la esperanza era vana. Y, efectivamente, con la misma rapidez con la que había aparecido, se había desvanecido. Y Raven no volvería a estar en su vida para prender de nuevo la llama.

Bajó a la calle de un salto y fue a parar a un callejón, junto a la entrada lateral del club.

Un corpulento guardia de seguridad se movió amenazadoramente en su dirección, pero se detuvo en seco al notar el aroma del Príncipe. Lo saludó con una reverencia.

—¿Puedo ayudarlo en algo, señor?

—De momento, no. —William hizo que se retirara con un gesto de la mano.

Un taxi se acercó y se detuvo frente a la puerta del club.

Como si lo hubieran ensayado, la puerta se abrió y apareció una joven menuda y no muy alta. Tenía los ojos grandes y oscuros, y el pelo moreno. Su piel era de un tono cobrizo, y cuando habló con el guardia de seguridad lo hizo en español.

Estaba demasiado delgada para el gusto de William, pero inhaló su aroma con avidez. Casi podía notar su gusto especiado en la lengua.

—Buenas noches —la saludó en italiano.

Ella miró tras el guardia de seguridad con fastidio, pero al ver a William se le iluminó la mirada.

—Buenas noches —replicó en español antes de volverse para entrar en el taxi.

Súbitamente, William apareció frente a ella.

—¿Puedo acompañarte a casa?

—Ya tengo taxi.

—Iremos paseando. —William la miró fijamente a los ojos.

La estaba poniendo a prueba. Quería comprobar si mantenía la mirada o si la apartaba.

Ella le mantuvo la mirada y sonrió.

William dio rienda suelta a su apetito. Dio instrucciones al guardia de

seguridad para que despidiera al taxista.

Luego, le ofreció el brazo a la joven y la acompañó hacia la boca del callejón.

—¿Cómo te llamas?

—Ana.

—Ana. —El Príncipe repitió su nombre, como si quisiera paladearlo.

Ella no le preguntó cómo se llamaba. Tal vez pretendiera hacerlo, pero no tuvo la oportunidad, ya que él la arrastró hacia otro callejón y la empotró contra la pared.

No la besó en la boca, como solía hacer en ocasiones como esa. En vez de ello, cerró los ojos y se le lanzó al cuello inmediatamente.

Ella ahogó un grito al notar la lengua de William en su piel y se agarró de sus bíceps.

Excitada, se frotó contra él, que notó sus pechos altos y firmes.

William le apoyó una mano en la cintura y dejó caer el peso de las caderas en la joven antes de acariciarle un pezón con el pulgar de la otra mano.

Cuando la chica gimió y levantó la pierna para colgarse de la cadera del desconocido, él hundió los colmillos en su cuello.

Ella gritó mientras él se alimentaba furiosamente, pero sin perder la cuenta del número de veces que bebía. Si se pasaba de la raya, la joven se desmayaría.

William bebió a gran velocidad, pero saboreando cada sorbo. La sangre de la desconocida era dulce y ligera como su cuerpo, con un toque picante que hacía sospechar que era un poco imprudente.

Cuando alcanzó la cantidad máxima de sangre que podía beber con seguridad, le lamió cuidadosamente la herida. Ella se agarró con fuerza de sus brazos y alcanzó el orgasmo.

William esperó a que dejara de estremecerse para separarse de ella.

La joven murmuró algo y trató de besarlo, pero él la mantuvo a una distancia prudencial mientras la acompañaba a la entrada lateral del club.

William le había dado placer y se había alimentado de ella, pero no se sentía satisfecho. Al contrario. Tenía más hambre que antes. Tenía hambre de sangre, hambre de sexo, hambre de esperanza.

Se frotó los ojos, tratando de borrar la imagen de Raven de su mente. Ser incapaz de disfrutar del acto de alimentarse era muy mala señal.

Le dio la orden al guardia de que metiera a la joven en un taxi y la enviara a su casa. Luego se perdió entre las sombras, sintiéndose vacío e inquieto.

37

Raven echó la cabeza hacia atrás, dejando el cuello al descubierto, mientras los labios de William se cerraban sobre su pecho. Todo su cuerpo —la boca incluida— estaba más fresco que el de ella. Notar la lengua fría en sus rincones más íntimos era particularmente excitante.

Estaban desnudos.

Él estaba sentado y tenía la espalda apoyada en la cabecera de la cama. Raven estaba sentada a horcajadas sobre él, y él le rodeaba la cintura con un brazo mientras se clavaba en su interior.

Al verle el cuello, William gruñó y llevó los labios desde el pecho hasta allí.

Raven se movió arriba y abajo, cabalgándolo. Estaba casi a punto. Una sensación familiar había empezado a extenderse por su vientre.

Él le besó el cuello, mordisqueándolo y succionándole la piel. Le acariciaba la carne con los labios y la lengua mientras los pechos de ambos se rozaban.

—Cassita. —Él le atrapó el lóbulo de la oreja entre los dientes y le dio un tironcito—. No permitiré que muera tanta belleza.

Con un nuevo giro de la cadera, Raven llegó al orgasmo, pronunciando palabras incoherentes.

Él rugió y le hundió los colmillos en el cuello, perforándole la piel y la arteria hasta que la sangre empezó a fluir en su boca. Succionó y succionó mientras el orgasmo de Raven alcanzaba su punto culminante sin dejar de embestirla cada vez más deprisa.

Como el flujo sanguíneo que le llegaba al cerebro se redujo a la mitad, Raven sintió que se mareaba, pero la sensación se combinó con la del

orgasmo, haciendo que continuara, como una ola que nunca acababa de llegar a la orilla.

Estaba suspendida en el tiempo, presa de un éxtasis absoluto, mientras él bebía la sangre que fluía cálida por su garganta.

El mareo de Raven se hizo cada vez más intenso. El placer seguía presente, aunque empezó a desconectarse de él, como si comenzara a perder la habilidad de sentir.

Le apoyó una mano temblorosa en el hombro tratando de apartarlo, pero él le retiró el brazo de un empujón.

Raven abrió los ojos y le pidió a gritos que se detuviera porque ya no podía mover los brazos ni las piernas.

El dolor se apoderó de su cuerpo, ahogando el placer. Luego los ojos se le pusieron en blanco y se sintió ingrátida. Ya no notaba ni el placer ni el dolor.

Cuando se derrumbó entre sus brazos, él la tumbó en la cama y la besó en la boca con los labios ensangrentados.

—Lo siento —susurró—. No he podido contenerme.

A Raven no le quedaban fuerzas para responderle. Sintió que la oscuridad se cernía sobre ella mientras el corazón trastabillaba dando sus últimos latidos antes de detenerse definitivamente.

38

Decir que la pesadilla había alterado a Raven era quedarse muy corto. Echó alguna cabezada, pero no pudo volver a dormirse profundamente. A las cuatro de la mañana, se hartó de dar vueltas y se levantó.

Escribió un par de breves correos electrónicos, uno a Cara y otro al padre Kavanaugh, diciéndoles que le encantaría verlos en verano. Le mintió a su hermana, diciéndole que Bruno había cancelado la cita. Esperaba que Cara no volviera a sacar el tema.

A las seis de la mañana todavía era demasiado pronto para arreglarse para ir a trabajar, así que extendió el papel de dibujo y los carboncillos en la mesa de la cocina y empezó a esbozar el Miguel Ángel perdido que colgaba de la pared del dormitorio de William.

No era fácil dibujar de memoria, aunque la de Raven era muy buena (al menos, cuando no estaba recuperándose de una herida grave en la cabeza). Pero valía la pena intentarlo, ya que era poco probable que volviera a ver el lienzo nunca más.

Una hora y media después había trazado el contorno de los cuerpos desnudos de Adán y Eva. Se parecían bastante a las figuras pintadas por Miguel Ángel. Pero, sin darse cuenta, le había puesto a Adán la cara de William y a Eva la suya.

Frustrada, metió el papel y los carboncillos en la mochila y fue al baño a lavarse las manos. El dibujo ya no servía para nada. Y, desde luego, no la había ayudado a olvidarse de William.

Era guapo, eso era innegable, pero también muy peligroso.

Besaba como un ángel. O, mejor dicho, besaba como Raven se imaginaba que debían de besar los ángeles en caso de que existieran.

Pero era cruel. El subconsciente le había hecho pronunciar palabras interesantes: «No permitiré que muera tanta belleza», había dicho. Pero no era cierto. William no sólo permitiría la muerte de la belleza, sino que estaba dispuesto a infligirla directamente matando al profesor Emerson.

Eligió unos pantalones negros y una blusa verde, y se vistió con pocos ánimos. Se recogió el pelo en un moño bajo y fue a buscar sus gafas, que estaban en la mesilla de noche, al lado de la pulsera de William.

No se la había llevado.

Mientras miraba la joya de oro con la flor de lis en el centro, se le ocurrió que ir a devolvérsela le daría una excusa para verlo de nuevo. Así podría hablarle de los Emerson.

Era una excusa muy pobre, pero era la única que tenía.

Se puso la pulsera y también un pañuelo al cuello antes de salir de casa. Mientras cerraba la puerta, vio a una mujer en el rellano, a punto de entrar en el apartamento de Lidia.

La mujer se parecía mucho a Bruno. Tenía los mismos ojos y el mismo pelo oscuro.

—Buenos días —la saludó—. Soy Raven.

Los ojos de la mujer brillaron al reconocer el nombre.

—Hola, soy Graziella, la madre de Bruno.

—Eh..., he oído que Bruno está en el hospital. ¿Está bien?

Graziella la miró disgustada.

—Lo atacaron la otra noche. Pero está mucho mejor. Creemos que podrá irse a casa mañana.

Raven soltó el aire aliviada.

—Es fantástico. Y ¿cómo está Lidia?

—No muy bien. Pero va a venir a visitarla un especialista de Roma. — Señaló el apartamento con la cabeza—. Se negaba a ir al médico hasta que se enteró de que su caso había llegado a los oídos de un reputado oncólogo y cambió de idea.

—Me alegro mucho de que vaya a tratarse..., aunque no sabía que estaba enferma. Si lo hubiera sabido, habría tratado de ayudarla.

—¿Quieres pasar a saludarla?

—Claro. —Raven dirigió una mirada disimulada a su Swatch. Aún tenía

mucho tiempo para llegar al trabajo puntual.

Al entrar en el pisito, *Dolcezza*, la gata, se acercó corriendo hacia ellas.

Raven dio un paso atrás, sin saber cómo reaccionaría el animal. La semana anterior había bufado al verla.

Pero la gata parecía haberse olvidado de su mal carácter, porque empezó a trazar ochos entre sus piernas.

Raven se inclinó para acariciarla, y el animal ronroneó de placer.

—*Mamma*, tienes visita —anunció Graziella.

Lidia había cumplido ya los setenta. Era una mujer menuda y con curvas. Tenía el pelo gris, rizado, y sus ojos oscuros transmitían sabiduría. Estaba sentada en el sofá del salón, mirando la tele. Al ver entrar a Raven, sonrió.

—Hola, cariño. —Le hizo un gesto para que se acercara, y ella cruzó la habitación.

Lidia dio unos golpecitos en el sofá, y Raven se sentó a su lado y dejó la mochila en el suelo.

—Me han dicho que está enferma. Lo siento.

—No es nada. Cosas de la edad. ¿Cómo fue la cita con mi nieto?

—Oh. —Raven se revolvió inquieta en el sofá—. Bueno, le surgió un imprevisto y al final no pudo venir.

—¿Ah, sí? —Lidia frunció el ceño—. Qué raro. Me dijo que tenía muchas ganas de salir contigo. Tendré que hablar con él. ¿Te has enterado de que tuvo un accidente?

—Sí, eso me han dicho. Lo siento mucho.

—Está mejor. Pero, vamos a ver, ¿qué quieres desayunar? —Lidia hizo amago de levantarse, pero Raven se lo impidió.

—Soy yo la que tendría que prepararle el desayuno.

—Todavía puedo preparar un desayuno. Aún no estoy muerta.

Raven miró a Graziella, que puso los ojos en blanco.

—No puedo quedarme mucho rato. Tengo que ir a trabajar. Tal vez podríamos desayunar con más calma otro día.

—Cuando quieras. Sólo tienes que llamar a la puerta. Cualquier día menos mañana. Mañana viene el médico de Roma.

Con una sonrisa, Raven le apretó la mano a su vecina.

—Bien. Pues nos vemos pronto. Y, si necesita cualquier cosa, me lo pide.

Ya sabe dónde estoy.

Raven le dio un abrazo a Lidia y se despidió de Graziella, deseando con todas sus fuerzas que el especialista encontrara la manera de ayudar a su vecina.

Cuando Raven vio a Luka montando guardia en el portal, se quedó de una pieza. Pensaba que William le habría retirado la protección tras su encuentro de la noche anterior.

No se molestó en hacerle preguntas sobre William, porque sabía que el chófer no respondería. El señor de la casa había aleccionado bien a sus empleados. Todos obedecían siempre sus órdenes al dedillo.

Luka era humano. Que Raven supiera, todos los criados de William lo eran. Aunque al principio le costaba mucho distinguir a un vampiro de un humano, ahora lo hacía con facilidad. Los vampiros tenían la piel más pálida; eran más fuertes y tenían un aspecto físico más imponente que el de los humanos.

Y transmitían una amenazadora sensación de peligro.

Al salir del edificio con Luka, no vio al *ispettore* Batelli, que la vigilaba desde el extremo opuesto de la piazza. Y tampoco lo vio siguiendo el Mercedes desde una distancia prudencial.

Raven pasó un día tranquilo y productivo en el laboratorio de restauración, trabajando en *El nacimiento de Venus*. Patrick y Gina fueron a buscarla para comer con ella. El trío se dirigió a una *osteria* cercana, al otro lado de la piazza della Signoria.

Después del trabajo, Luka volvió a dejarla en casa. Se preparó una cena sencilla y reservó la mitad para llevársela a Lidia. La vecina se lo agradeció mucho y la invitó a quedarse un rato y compartir con ella una copa de vino.

Cuando el sol se estaba poniendo, Raven se despidió de Lidia y bajó a la calle. Se puso el casco, montó en la Vespa y se dirigió al piazzale Michelangelo.

A los Emerson les quedaba poco tiempo. Raven no sabía hasta cuándo pensarían quedarse los cazadores en la ciudad, por lo que no podía saber cuándo decidiría William ir en busca del profesor.

Así pues, estaba dispuesta a encontrarlo y a hacerle cambiar de opinión.

Al acercarse a la verja de la villa, una voz le habló desde el interfono sin que ella hubiera llamado al timbre.

—¿Qué desea?

—Eh..., soy Raven, Raven Wood. He venido a ver a su alteza.

—Su alteza no se encuentra en casa.

Raven reconoció la voz de Ambrogio, que la trataba con indiferencia.

—¿Podría pasar a esperarlo? Necesito verlo.

Hubo una larga pausa.

Al ver que el criado no respondía, cambió de táctica. Levantó la muñeca y se la mostró a la cámara de seguridad.

—El señor me ordenó que le devolviera esto —mintió—. Y las órdenes del señor se obedecen siempre.

Raven se mordió el labio para contener la risa. La situación era surrealista.

—Un momento.

Raven esperó y, poco después, la alta verja metálica se abrió para permitirle el paso. ¡Su estrategia había funcionado!

Llevó la moto hasta el garaje de tres plazas, aparcó delante y guardó el casco bajo el sillín. Apoyándose en el bastón, cruzó el jardín y se acercó a la puerta.

Ambrogio la saludó y la acompañó hasta donde estaba Lucia, en la cocina.

—Ah, señorita Wood, siéntese. —Lucia señaló la mesa de la cocina, donde había dejado una botella de vino y un plato con fruta y quesos—. ¿Quiere que le sirva un poco?

—Por favor. —Raven trató de no tamborilear con los dedos sobre la mesa mientras observaba a Lucia servirle el vino.

—El señor no está. —Lucia tapó la botella y la dejó a un lado antes de dejar la copa frente a la invitada—. En realidad, no esperamos que vuelva esta noche.

—¿Por qué no?

—Tiene otra residencia que usa a veces. Anoche se quedó allí y hoy probablemente haga lo mismo. —La expresión de Lucia estaba

cuidadosamente controlada.

Raven llegó a la conclusión de que la criada se estaba callando buena parte de la información de la que disponía. Y de que todo lo que le ocultaba era malo.

—¿Puedo esperarlo aquí?

—No se lo recomiendo. Como le he dicho, no esperamos su regreso. — Lucia dirigió una mirada cargada de intención a la muñeca de Raven.

Ella se quitó la pulsera.

—Si pudiera devolverle esto al señor, le quedaría muy agradecida.

—Por supuesto. —Lucia aceptó la joya.

—¿Puedo ver un momento la versión del señor de *La primavera*? Me pidió que le enviara un informe para la restauración, pero hay una parte que tendría que volver a ver.

Lucia sonrió.

—Por favor, disfrute del vino. Cuando acabe, la acompañaré arriba. ¿Necesitará que lo descolguemos de la pared?

Raven negó con la cabeza.

Lucia le señaló una campanita que había delante del plato.

—Avíseme cuando haya terminado.

Con una inclinación de la cabeza, la mujer desapareció, dejando a Raven a solas.

Mientras bebía el vino a sorbitos y mordisqueaba nerviosa el queso y la fruta, llegó a la conclusión de que la actitud de Ambrogio, Lucia y Luka no era normal. Parecía como si les faltase algo (aparte del sentido del humor). Esa obediencia ciega a las órdenes de William...

Él había hecho un comentario sobre el control mental cuando la había llevado a conocer a su gente. Tal vez tuviera a sus criados bajo control mental y por eso la habían dejado entrar cuando había mencionado sus órdenes.

Tras llegar a esa asombrosa conclusión y haberse acabado la excelente copa de vino, Raven hizo sonar la campanilla. Lucia la acompañó al dormitorio principal.

Como era habitual, la estancia estaba immaculada. La cama parecía que no hubiera sido usada nunca.

La criada le indicó que la avisara si necesitaba algo, y cerró la puerta a su

espalda.

Raven examinó la habitación minuciosamente, buscando algo que le diera una pista sobre el paradero de William, pero no encontró nada.

Se le ocurrió que tal vez estuviera en el palazzo Riccardi, pero al acordarse de lo que había pasado la última vez que había estado allí, decidió no volver.

En algún momento tendría que regresar a la villa. Lo malo era que no podía esperarlo mucho tiempo. A la mañana siguiente debía volver a trabajar a los Uffizi.

«Qué complicado es todo».

Para guardar las apariencias, se puso a examinar el cuadro.

Le sacó varias fotos con el teléfono, sobre todo de las figuras de Mercurio, Cloris y Céfiro. Luego se sentó a analizarlas.

Ver a William caracterizado de Céfiro era inquietante, especialmente ahora que conocía lo que había detrás de la obra de arte.

Examinó los rasgos de Cloris. No era fácil porque tenía la cabeza vuelta hacia un lado. Si lo que William le había dicho era correcto, la mujer que se había enamorado de él había servido de modelo tanto para Cloris como para la segunda de las tres Gracias.

En ese momento, Raven vio el cuadro iluminado por una nueva luz.

Bajo la benevolente mano de Venus, Cupido estaba apuntando sus flechas en dirección a la segunda Gracia, que miraba a Mercurio con deseo. El dios estaba de espaldas a las Gracias, ocupado revolviendo las nubes.

En el extremo derecho del cuadro, Céfiro se cernía sobre su cautiva Cloris en un huerto de naranjos. A ella le salían flores de la boca, resultado de su fértil aliento.

Sin la figura de Flora, que aparecía en la otra versión de *La primavera*, la obra de Botticelli era una historia triste que tenía un final con moralina.

Contemplando la obra de izquierda a derecha y sustituyendo los personajes renacentistas por otros clásicos, Botticelli estaba contando la historia de Allegra, que se había enamorado del guapo pero indiferente William York. Él se había revelado posteriormente como un monstruo. La había capturado y se había acostado con ella, pero Allegra había escapado y había acabado suicidándose.

Raven contempló el cuadro asombrada. Ya no le parecía una pintura hermosa y serena. No; era un retrato del horror y la desesperación.

«Y William lleva quinientos años con este cuadro colgado en su habitación».

Sin duda lo había contemplado cada día. Tal vez se hubiera sentido culpable por la muerte de la mujer que lo había amado creyendo que era un ser humano y luego había descubierto su verdadera naturaleza.

No era de extrañar que nunca hubiera tenido mascota. Tal vez temiese que acabara de la misma manera. Si es que era capaz de sentir remordimiento.

Raven estaba casi segura de que era capaz ya que había reaccionado cuando lo había avergonzado. Sin sentir culpabilidad ni arrepentimiento, la vergüenza sería una emoción vacía. No sería vergüenza.

Raven miró con tristeza a la segunda Gracia.

«Qué final tan trágico».

Se preguntó qué pensarían del cuadro las invitadas que se quedaran a pasar la noche en su habitación, si es que le había contado a alguien más su triste historia.

Arrugó la nariz, tratando de no pensar demasiado en cuántas invitadas habrían dormido en aquella habitación a lo largo de los siglos. La idea le revolvió el estómago.

Descorrió las cortinas y abrió las puertas del balcón para que entrara el aire fresco de la noche. Respiró hondo y alzó la vista hacia las estrellas y la luna, que le guiñaba el ojo. Mientras la noche cubría la ciudad con su manto de oscuridad, William y su grupo recorrían libremente las calles.

Y los cazadores saldrían en busca de sus presas.

Esperaba que William estuviera a salvo.

Volvió al cuadro y abrió la mochila. Sacó papel y carboncillo y los dejó en el suelo de madera.

Se tumbó boca abajo, porque estaba más cómoda que encorvada sobre el papel, y empezó a dibujar a la segunda Gracia.

Pronto se perdió en el juego de luces y sombras, de negros y grises. Sus dedos se movían ágilmente sobre el papel. Dibujó, sombreó, mezcló el carboncillo con los dedos hasta que le quedaron de color negro. Finalmente,

unas cuantas horas más tarde, se sintió satisfecha del boceto realizado.

Firmó al pie, como tenía por costumbre, y fue a lavarse las manos al baño.

Miró la hora y vio que ya había pasado la medianoche. William no había vuelto aún.

«Debe de estar a punto de volver», se dijo.

Podía esperar una hora más. Todo fuera por ayudar a los Emerson.

Se sentó en la cama y estiró la espalda y el cuello.

El colchón era muy cómodo y su cuerpo protestaba por el rato que había pasado tirada en el suelo.

Minutos después, se reclinó y se abrazó a una almohada. Y luego se durmió.

Raven sintió una brisa en la cara.

Abrió los ojos, aturdida. Estaba en el dormitorio de William, a oscuras.

La brisa entraba por el balcón, que seguía abierto. Las cortinas se balanceaban a lado y lado.

Cuando se volvió hacia el balcón, vio que no estaba sola. Una figura se recortaba contra una luz encendida en alguna parte de los jardines. Estaba apoyado en el quicio, observándola con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Y ella se despierta —murmuró.

Raven se incorporó.

—Lo siento. No pretendía quedarme dormida.

—¿Qué haces aquí, aparte de esbozos de mis cuadros? —le preguntó él adusto.

—He venido a verte. ¿Dónde estabas?

William sonrió, aunque no era una sonrisa de felicidad.

—He dado la vuelta a la Tierra y la he recorrido entera.

Raven se frotó los ojos.

—Nunca entenderé cómo puede ser que un vampiro cite la Biblia.

—Tal vez porque le enseñaron las Escrituras antes de que se convirtiera en vampiro.

Se separó de la puerta y se acercó a la cama con decisión.

—¿Qué haces en mi cama? Dejaste muy claro que lo que había entre nosotros se había acabado.

—Estaba preocupada por los Emerson.

—Por supuesto —se burló él—. Raven es la salvadora del mundo. Ah, no, perdona. Creo que alguien ya ha reclamado ese título. Vuelve a dormirte. Puedes irte mañana después de desayunar.

Al ver que William se dirigía hacia la puerta, Raven sintió que se le caía el alma a los pies.

—¿No estás cansado? —le preguntó.

Él se detuvo, pero no se volvió.

—No dormimos nunca.

—Debe de ser agotador no poder escapar de las preocupaciones del día.

—Es necesario descansar la mente si no queremos volvernos locos. Tenemos varias maneras de hacerlo. —Se volvió hacia ella de un modo vagamente amenazador.

—Y ¿cuál es la tuya?

—Meditar.

Raven miró a su alrededor.

—¿Dónde lo haces?

Él señaló con la barbilla hacia la cama.

—Ahí.

—Oh.

Raven apartó la colcha y las sábanas, dejando al descubierto una almohada y un trozo de cama vacía.

—Pues ven aquí.

Él la miró con los ojos entornados.

—¿Me estás tentando?

—No, me estoy disculpando por haberte echado de tu cama. Pero podemos compartirla.

William se acercó lentamente a su lado, con los ojos clavados en los de ella.

Apoyó una mano en la sábana, retándola con la mirada.

Al ver que Raven no se alejaba, se sentó en el borde del colchón. Se quitó los zapatos y se reclinó. Permaneció tumbado a su lado, mirando hacia arriba.

Ella también se quitó los zapatos antes de volver a tumbarse de lado, contemplándolo.

—Lucia me ha dado tu regalo —dijo él con hostilidad.

—William, no te enfades —murmuró Raven.

—Eres el ser, humano o vampiro, más frustrante con el que he tenido que tratar en siglos. Y tiene mérito, teniendo en cuenta que conozco a Aoibhe.

Raven se molestó al oír la referencia a la vampiresa, pero intentó disimularlo.

—Dijiste que te habías sentido avergonzado cuando me ofrecí a cambio de la vida de Bruno. Por favor, no te enfades conmigo por tratar de salvar a una familia y de darle un hogar a una pequeña que lo necesita.

William resopló, pero no respondió.

Raven se acercó a él.

—¿Has capturado a los cazadores?

—No. Anoche mataron a uno de los míos. Tienen armamento nuevo, que desconocíamos.

—Lo siento. ¿Era amigo tuyo?

—No tengo amigos. No está en mi naturaleza.

—Lo siento —repitió Raven. Alargó la mano con timidez y se la apoyó en el hombro.

Él no se encogió ni se apartó, pero tampoco hizo nada para acercarse.

—William, ¿qué le pasó al cuerpo de Angelo?

—¿Angelo? —William volvió la cabeza hacia ella.

—El indigente que murió la noche que me atacaron.

Él volvió a contemplar el dosel de la cama.

—Sacaron el cuerpo de la ciudad y lo quemaron. Es lo que hacemos siempre con los cadáveres.

A Raven se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Hay una tumba donde pueda ir a llevarle flores?

—Ni se te ocurra ir a ese lugar. Apesta a muerte.

—Supongo que podría llevarle flores al puente donde solía estar.

William soltó el aire con fuerza, como si le molestara el comentario.

Raven volvió a tocarle el hombro.

—¿Dónde me encontraste? La noche que me atacaron.

—Hay un callejón cerca del puente Santa Trinita. Aquellos animales te arrastraron hasta allí. ¿Por qué lo preguntas?

—Sigo sin poder recordar aquella noche. Lo tengo todo borroso.

—Pues da gracias por ello —replicó William—. Hasta que eliminemos a los cazadores, no haré nada respecto a los Emerson. Pero no te prometo nada de cara al futuro. —Se volvió hacia ella—. Te quedan uno o dos días para manipularme, a ver si consigues que te prometa algo.

—No te manipulo. Apelo a lo mejor de tu naturaleza.

—Lo mejor de mi naturaleza —repitió él con amargura—. No hay nada bueno en mi naturaleza. ¿No lo entiendes?

—Te apiadaste de mí cuando esos hombres iban a violarme y a matarme. ¿Quién tiene mejor naturaleza?, ¿ellos o tú?

—Estás haciendo una comparación entre monstruos. Eso no implica que ninguno de nosotros sea bueno.

Raven negó con la cabeza.

—Los monstruos no actúan con heroísmo.

William la miró como si su afirmación lo hubiera sorprendido mucho, aunque pronto se recuperó.

—¿Por qué tanta insistencia en salvar a un hombre al que ni siquiera conoces? Emerson es arrogante y orgulloso. Lo he visto en público, pavoneándose de sus ilustraciones como si fuera Dante en persona, que hubiera resucitado de entre los muertos.

Raven frunció el ceño.

—¿No te gusta Dante?

—Ese hombre era un egoísta voluble que babeaba por una mujer casada mientras descuidaba a su esposa y a su familia.

Raven se quedó boquiabierto.

—¿Lo conociste personalmente o es una opinión?

—Lo conocí, igual que conocí a Beatriz. Una mujer encantadora. Y demasiado inteligente como para dejar a su marido por un desalmado como ese.

—No creo que él pretendiera que dejara a su esposo. En *La vida nueva* se refiere a ella como a una especie de musa.

—Si ella le hubiera hecho el más mínimo caso, él habría cometido

adulterio con ella en medio del ponte Santa Trinita. No te engañes. —William se volvió en la cama para verla mejor—. Y mi pregunta sigue en el aire. ¿Por qué tanto interés en ayudar a Emerson?

Raven le rehuyó la mirada.

—Ya te lo he dicho. Me parece injusto que muera cuando él compró las ilustraciones de buena fe, sin saber que eran robadas. Y me preocupa lo que les pueda pasar a su mujer y a su hija si lo matas.

William la recorrió con la mirada de arriba abajo, hasta el lugar donde sus piernas desaparecían bajo las sábanas.

—Mencionaste que te pasó algo tras la muerte de tu padre. ¿Qué fue?

Raven le dio la espalda y se quedó mirando hacia el balcón.

—No quiero hablar de ello.

Su respuesta no hizo más que avivar la curiosidad de William.

(No reflexionó acerca de por qué le interesaba tanto conocer la historia de Raven. Sin duda, la respuesta a esa pregunta lo habría sorprendido).

—Ese es mi precio. Si me cuentas la historia de tu familia, dejaré vivir a Emerson.

—No te creo.

—Te doy mi palabra. Dejaré vivir a la familia Emerson al completo si me cuentas tu historia.

—¿Así de fácil?

—No creo que vaya a resultarte fácil. Además, pienso hablar con él. Tendrá que darme explicaciones, pero no lo mataré.

»Aunque nací antes que la psicología, deduzco que lo que pasó te marcó mucho. Y me gustaría entender qué te empuja a querer proteger a todo el mundo.

—Yo no quiero proteger a todo el mundo.

—Cassita. —William se le acercó cautelosamente y se pegó a su espalda—. Eres una protectora. La cuestión es ¿por qué?

Ella no respondió, pero tampoco se apartó. Él le rodeó la cintura con el brazo.

—Pues cuéntame qué le pasó a tu pierna, si lo prefieres —propuso él en voz baja.

—Es la misma historia. Una historia muy fea. —Raven tamborileó con

los dedos sobre la cama—. Si te la cuento, necesito que me des tu palabra de que no harás daño a los Emerson. Nunca.

—Te he dicho que no los mataré. No voy a prometer nada más.

—William, yo...

—Te estoy haciendo una concesión muy grande, Raven. Odio a ese hombre.

El tono de William no dejó lugar a la discusión.

—De acuerdo —cedió ella.

Suspiró, cerró los ojos y empezó a contar su historia.

39

William era consciente de que Raven estaba muy tensa, pero, a pesar de ello, no rechazaba su contacto. Él trató de no distraerse demasiado con el calor que desprendía ni con la suavidad de su piel, ni con lo agradable que era estar abrazado a ella.

Nunca había abrazado a una mujer así. Y nunca le había pedido a ninguna que le contara sus secretos ni que compartiera con él sus penas más íntimas.

Raven no era como las demás.

Se esforzó mucho para concentrarse en sus palabras y no distraerse con su aroma, que ya casi se había librado por completo de la sangre de vampiro que le había suministrado.

—No soy una víctima —empezó diciendo ella en voz baja pero firme—. No te lo cuento para que me tengas lástima. No quiero compasión.

—Me queda claro —le dijo él al oído.

Raven musitó una maldición y William casi se arrepintió de haberle exigido que le contara su historia. Casi.

—Todo empezó cuando mi padre murió. Entonces yo tenía once años. Vivíamos en Portsmouth, en New Hampshire. Él trabajaba en la construcción. Un día tuvo un accidente: se cayó de un tejado.

Raven se estremeció.

—Todo fue muy precipitado. Mi madre quedó destrozada. No éramos una familia grande. Nos quedamos solas mi madre, mi hermana pequeña y yo. Mi hermana tenía cuatro años. Se llama Carolyn, pero la llamamos Cara.

»Mi madre no se las apañaba bien sin mi padre. Él se ocupaba de las reparaciones de la casa, de pagar las facturas, de que el coche estuviera a punto..., ese tipo de cosas. Ella no sabía hacerlas o, tal vez, estaba demasiado

deprimida para aprender.

»Estábamos a punto de quedarnos en la calle. No teníamos dinero para la casa ni para comida, así que mi madre buscó trabajo y encontró uno como camarera en un restaurante local. Y allí lo conocí.

Raven volvió a estremecerse, y William la abrazó con más fuerza, rodeándola por completo como si fuera un escudo.

—Era un constructor de Florida —prosiguió—. Se fijó en mi madre y la invitó a salir. No le importaba que tuviera hijas. De hecho, nos dijo que le encantaban los niños. —Raven pronunció las últimas palabras con desprecio.

—Empezaron a salir. Ella se quedó embarazada enseguida. Decidieron casarse y mudarse a Orlando, en Florida, cerca de su trabajo.

»Al principio todo iba bien. Mamá estaba embarazada y feliz. Cara estaba contenta porque tenía un nuevo papi.

—¿Y tú, Cassita? —preguntó William en voz baja—. ¿Eras feliz?

—Me sentí aliviada. Cuando papá murió, tuve que encargarme de muchas cosas: de comprar, de cocinar y de recordarle a mi madre que pagara las facturas.

»Semanas más tarde, empezaron a llamarme la atención algunas actitudes de mi padrastro. No me dirigía la palabra y, cuando era yo la que iba a hablar con él, se me quitaba de encima.

»En cambio, con Cara hablaba. Y la miraba mucho. No me gustaba su forma de mirarla.

»Una noche me levanté para ir al baño y lo vi entrar en la habitación de mi hermana. Entré tras él, y me contó no sé qué cuento acerca de que la estaba vigilando. Me mandó de vuelta a la cama, pero me negué. Le dije que me daba miedo la oscuridad y que iba a quedarme a dormir con ella.

»Discutió conmigo, pero me daba igual. Y, aunque se enfadó mucho, yo no me moví de allí. Al final se marchó. Ese día me di cuenta de que algo iba mal.

»Traté de hablarlo con mi madre, pero no me hizo caso. Vivía en una burbuja de felicidad preparando la llegada del bebé y no quería escuchar lo que yo le decía. No quería admitir que su flamante esposo no era quien fingía ser.

»A partir de ese día, dormí en la habitación de Cara cada noche; en el

suelo, delante de su cama. Eso lo enfurecía.

—¿Te hizo daño?

—No directamente. Me castigaba con cualquier excusa. Me acusó de robarle dinero. Trataron de encerrarme en mi habitación un par de veces, pero aprendí a abrir la cerradura con una horquilla.

—¿Qué es una horquilla?

—Un objeto de metal que las mujeres usan para sujetarse el pelo — respondió Raven antes de forzarse a continuar—. Por las noches no podía dormir porque estaba preocupada por mi hermana. Me acostaba temprano, pero ponía el despertador para levantarme a la hora en que mi madre se iba a dormir.

»Empecé a tener problemas en el colegio porque me dormía en las clases. Los profesores llamaron a casa para saber qué me ocurría, pero mi padrastro les contó que me escapaba para salir con mis amigos.

»Una noche me quedé dormida y no oí la alarma. O tal vez él la había apagado, no lo sé. Cuando me desperté, fui corriendo a la habitación de Cara, pero la puerta estaba cerrada por dentro.

»Volví a mi cuarto a por una horquilla yforcé la cerradura. Al abrir la puerta, lo encontré sentado en la cama de Cara. Le había subido el camisón hasta el cuello. No llevaba ropa interior.

»Me puse a gritar. Cogí lo primero que encontré y se lo tiré. Él le bajó el camisón a mi hermana y se acercó a mí, ordenándome que me callara para no despertar a mi madre.

—Y ¿dónde estaba tu madre?

—En la cama. Tenía la puerta cerrada, pero sabía que me estaba oyendo. Sabía perfectamente lo que pasaba bajo su techo, pero era demasiado débil para plantarle cara, joder.

William sintió que Raven apretaba los puños y se tensaba.

—¿Qué pasó luego?

—Me pegó. Ni siquiera lo noté. Mi única preocupación era llegar junto a mi hermana. Empecé a gatear por el suelo en dirección a la cama, pero él me agarró la pierna. Yo gritaba y me defendía dándole patadas, y él gritaba mandándome callar.

»Mi madre eligió ese momento para abrir la puerta y nos encontró en el

pasillo. Yo luchaba con mi padrastro mientras le gritaba a mi madre lo que él le estaba haciendo a Cara. Como no me callaba, me arrojó por la escalera.

William se tensó.

Ella volvió la cabeza en su dirección.

—¿Estás bien?

—No —respondió William, tratando de mantener el tono de voz calmado, por ella—. ¿Qué pasó después?

—No me acuerdo. De hecho, ni siquiera recuerdo que me empujara. Soy consciente de que discutía con él, y luego ya recuerdo la caída.

»Cuando me desperté, estaba en el hospital. Los doctores me dijeron que me había roto la pierna y el tobillo. Un trabajador social vino a visitarme. Cuando le conté lo que había pasado, puso a mi hermana en acogida temporal.

William la abrazó con suavidad.

—¿Qué es acogida temporal?

—Eh..., cuando los niños corren peligro, a veces el Estado interviene y los aleja de su familia. Las familias que los acogen los cuidan hasta que pueden llevarlos a un lugar seguro.

—Así que te creyeron.

—Era evidente: Cara estaba histérica y no quería hablar sobre lo que había pasado. Yo estaba en el hospital y mi padrastro se encontraba en comisaría soltando una sarta de mentiras. Dijo que había estado bebiendo y que todo había sido un malentendido. Dijo que yo había tropezado y me había caído.

»Pero mi madre lo sabía. Lo sabía y no hizo nada —susurró Raven—. Le dije que sucedía algo raro con Cara y ella me acusó de estar celosa porque mi padrastro le hacía más caso que a mí. Dijo que trataba de romper su matrimonio. Y, hasta hoy, se ha mantenido siempre de su lado.

Inspiró hondo.

—Por una vez, me habría gustado que alguien me defendiera. Pero cuando nos pusieron en acogida temporal, ya fue demasiado tarde.

La mano de William se dirigió a la pierna de Raven y pasó por encima de la cicatriz, sin tocarla.

—¿Te hiciste esta herida por proteger a tu hermana?

Raven se encogió.

—No logré protegerla. Él le puso las manos encima porque me dormí. Y no creo que fuera la primera vez.

Se detuvo en seco y William percibió el olor salado de sus lágrimas. Estaba llorando.

Enterró la cara en su pelo, sin saber qué hacer.

—Le fallé —sollozó Raven—. Tenía cinco años. Era una niña. Fue culpa mía.

Él hizo una mueca.

—¿Cuántos años tenías tú?

—Doce.

William se apartó un poco para verla mejor.

—¿Cuántas niñas de doce años se atreven a enfrentarse a un hombre? Te aseguro que muy pocas.

Raven se secó los ojos.

—No entiendo por qué te sientes culpable de que un pedófilo acosara a tu hermana —prosiguió él—. Tú eres la heroína de esa historia, Cassita.

—Por eso me cambié el nombre. No podía oír el nombre de Jane sin acordarme de su voz.

—Y ¿elegiste Raven? ¿«Cuervo»?

—Quería demostrarme que podía ser otra persona. Que podía ser valiente. William le pegó los labios a la oreja.

—Eres valiente, Raven. Eres muy valiente. Una chiquilla luchando contra un hombre para defender a su hermana pequeña. Eso es una heroicidad.

—No exageres.

—Juana de Arco tenía el mismo tipo de valentía que tú.

Ella cambió de postura para mirarlo.

—¿La conociste?

—No. Vine a Florencia en el siglo XIII. Y he estado aquí desde entonces.

—¿No sales nunca de la ciudad?

—Casi nunca. Se supone que los vampiros de mi posición deben pedir permiso antes de cruzar el territorio de otro príncipe. El proceso me aburre.

William le plantó un beso en el pelo antes de seguir hablando.

—Y ¿qué le pasó a tu pierna? ¿No pudieron curártela?

Raven volvió a ponerse de lado.

—Lo intentaron, pero no curó bien. En aquel momento estábamos bajo la tutela del Estado. Supongo que, si hubiéramos tenido dinero para cirujanos privados, podrían haberme hecho más operaciones hasta que quedara bien. Pero mi padrastro tenía una orden de alejamiento y él era el único que tenía acceso al dinero. Y a mi madre le prohibieron ponerse en contacto con él.

—Y ¿lo cumplió?

—El tiempo justo para recuperar nuestra custodia. Cuando me dieron el alta en el hospital, Cara y yo fuimos a vivir con una familia de acogida durante unos meses. Mi padrastro fue a juicio y lo condenaron, pero apeló y la sentencia quedó en suspenso.

Raven suspiró con fuerza.

—Mi madre perdió el bebé. Probablemente por culpa del estrés, no lo sé. Se instaló en un apartamento y consiguió un trabajo para que pudiéramos volver a vivir con ella.

»Una semana después de instalarnos, mi padrastro se presentó allí y anunció que nos íbamos a vivir a California. Mi madre nos dijo que volveríamos a ser una familia.

William gruñó junto a su oreja.

—Esa noche, al acostarnos, cogí a mi hermana y nos fuimos. Le robé la cartera a mi padrastro y usé el dinero para tratar de volver a la casa de acogida. Pero no sabía el camino. Nos montamos en un autobús y acabamos en una zona peligrosa de Orlando.

»Estábamos en una parada de autobús tratando de averiguar cómo llegar a nuestro destino. Mi hermana lloraba y yo no podía llevarla en brazos porque todavía andaba con muletas.

»Un tipo se acercó y empezó a hablar con nosotras. Tenía un aspecto siniestro, pero no teníamos adónde ir; debíamos esperar el autobús. Trató de convencernos para que lo acompañáramos. Dijo que nos ayudaría. Cuando le dije que no, me agarró. Yo me resistí y lo golpeé con la muleta. Él me la quitó y la tiró lejos. Tenía miedo de que nos diese una paliza y nos secuestrara.

»De repente aparecieron un hombre y una mujer. Me oyeron gritar y vinieron a ver qué pasaba. El hombre que me había agarrado salió huyendo.

»El otro hombre, el que vino a rescatarnos, era un cura. Me preguntó qué había pasado y se lo conté todo: lo de mi padrastro, lo de la pierna, lo de Cara...

Raven se aclaró la garganta.

—Resultó ser el director de la Covenant House, un refugio para adolescentes. La mujer era una de las trabajadoras del centro. Estaban haciendo una ronda. Repartían comida y trataban de convencer a los adolescentes sin hogar para que acudieran al centro.

»Nos acogieron y nos ofrecieron un lugar seguro donde dormir. Y no llamaron a mi madre.

William la miró extrañado.

—Y ¿por qué iban a llamar a tu madre?

—Cuando encuentras a niños perdidos, lo normal es avisar a los padres. Pero el padre Kavanaugh dejó que nos quedáramos en Covenant House y movió muchos hilos para ayudarnos. Avisó a un amigo suyo, que era agente de policía.

»El agente fue a vernos. Luego se puso en contacto con los servicios sociales y volvimos a vivir en una casa de acogida. Pasó un año antes de que volviéramos a ver a mi madre. Por aquel entonces, ella ya se había separado de mi padrastro definitivamente y se había mudado a San Petersburgo, una ciudad de Florida.

—¿Qué le pasó a él? —preguntó William con el puño apretado.

—No lo sé. Tuvo problemas con la policía por haber violado los términos de la sentencia y la orden de alejamiento. Tal vez fuera a la cárcel. No lo sé. Después de aquello, no volvimos a hablar de él.

—Y ¿tu madre?

—Viví con ella hasta que tuve edad de ir a la universidad. Y seguí en contacto con el padre Kavanaugh. Me pagó clases de arte mientras estaba en el instituto. Y luego me ayudó a conseguir una beca en la Universidad de Barry. Me fui de casa y no he vuelto.

—¿Y tu hermana?

Raven se revolvió entre sus brazos.

—Se quedó a vivir con mi madre. Al llegar a la adolescencia, se mezcló con gente que no le convenía. Se convirtió en una chica promiscua. Me

preocupaba mucho pensar que tal vez la culpa fuera de lo que le pasó.

—¿Y ahora?

—Dejó el instituto una temporada, pero la convencí para que volviera. En aquella época yo vivía en Nueva York. Creo que, al verme ir a la facultad, se dio cuenta de que la educación podía ser el billete hacia una vida mejor.

»El padre Kavanaugh también la ayudó a entrar en la universidad. Se graduó y ahora es agente inmobiliaria. Las cosas le van bien y tiene un novio muy majo. Van a venir a visitarme este verano.

—Y ¿está bien?

—No recuerda nada de aquella noche. Básicamente, ha aceptado la versión de mi madre. —Raven se revolvió en la cama—. Supongo que es mejor eso que vivir atormentada por el pasado.

—Y tú, ¿vives atormentada?

—Cada día.

William guardó silencio durante un buen rato.

—Un cura acudió a rescatarte y, a pesar de eso, ¿no crees en Dios?

—¿Qué tipo de Dios deja que abusen de los niños pequeños? —respondió ella en voz baja pero agresiva.

—No necesito que me recuerdes lo injusto que es Dios. Estoy de acuerdo contigo. Pero su injusticia no prueba su inexistencia.

—Tal vez para ti.

William le acarició el pelo con delicadeza.

—Has llorado por tu hermana, pero no por ti —dijo.

Volvió a sentir el aroma salado de sus lágrimas.

—Era casi un bebé —logró replicar ella—. Era mi deber protegerla.

—Era responsabilidad de tu madre cuidar de vosotras dos. Y no lo hizo. —William apretó el brazo con el que le estrechaba la cintura. Suspiró hondo y habló con un tono teñido de arrepentimiento—. No te habría pedido que me contases esto si hubiera sabido de qué se trataba.

—Muchos niños lo han pasado peor que yo. Por eso soy voluntaria en el orfanato.

William se tensó y soltó una maldición.

—Culpo a mi padre de lo que pasó —susurró ella—. Lo quiero y lo echo de menos, pero si hubiera tenido más cuidado no habría muerto y nada de eso

habría sucedido.

—Pues no lo hagas. Los auténticos culpables son tu madre y tu padrastro.

—También la culpo a ella, William, no lo dudes. Por eso no tenemos relación.

—Tengo un poder considerable, Cassita, y una fortuna más que considerable. Usaré ambos para arreglarte la pierna médicamente si lo deseas. Aunque, si prefieres usar la alquimia, los mejores caldos de mi bodega están a tu disposición.

Raven se encogió entre sus brazos.

—William, yo no... no puedo...

—Tómate tu tiempo para pensarlo —la interrumpió él—. No hace falta que lo decidas esta noche. Pero, sobre todo, quiero ofrecerte justicia.

—¿Justicia?

—Has dicho que nadie te defendió. Yo lo haré. —Su tono de voz era cada vez más amenazador.

—Es demasiado tarde.

William la tumbó de espaldas en la cama y se inclinó sobre ella.

—Nunca es demasiado tarde para la justicia.

Raven apartó la mirada.

—Me ocuparé de todos los que te hicieron daño. Sólo tienes que pronunciar sus nombres.

—Eso no cambiará el pasado.

William le apoyó la mano en la mejilla.

—Servirá para que dejes de torturarte.

—Tu concepto de justicia implica la muerte.

—No veo por qué una sentencia de muerte para tu madre y tu padrastro te parece problemática.

—No quiero que mates a mi madre. ¿Me oyes? —Se apartó de él dando vueltas, exasperada—. ¿No te hartas de tanta muerte?

William le clavó la vista en la espalda.

—Me harta que el mal triunfe sobre el bien. Estoy cansado de la injusticia inherente al universo. Y de que los seres, humanos o de cualquier tipo, se queden mirando sin hacer nada.

Raven suspiró.

—Debe de ser triste vivir eternamente —dijo al cabo de un rato—. Todas las personas a las que amabas han muerto.

Él se revolvió a su lado.

—No he amado a nadie desde que era humano.

—Pues lo siento por ti. El amor (de cualquier tipo, también el amor a la familia y a los amigos) es una luz que brilla en la oscuridad. Sin esa luz, me habría suicidado.

William frunció el ceño.

—Esta conversación es muy macabra.

Raven contuvo la risa.

—Es gracioso, viniendo de un vampiro.

Volvió a ponerse seria y fijó la mirada en el dosel.

—Pero es la pura verdad, William. Me das mucha lástima. Yo no querría vivir siempre... y tener que acarrear este dolor eternamente. Sólo quiero paz.

»Por mucho que pienses que puedes administrar justicia, este peso que cargo sobre los hombros no me abandonará nunca. Me alivia pensar que un día me dormiré y no volveré a despertarme.

Raven se hizo un ovillo, tumbada de costado, y escondió las manos bajo la almohada. Cuando su respiración se hizo regular, él supo que se había dormido.

William necesitaba desesperadamente unas cuantas horas de meditación para aclararse la mente y poder relajarse. Pero en lo único que podía pensar era en una niña de doce años que se había enfrentado a un hombre para proteger a su hermanita y había acabado rodando escaleras abajo.

Se la imaginaba, con su melena oscura, tumbada al pie de la escalera con el cuerpo roto y magullado.

Cassita vulnerata.

Defensa.

William se sacó del bolsillo la pulsera de oro con el símbolo de Florencia y se la puso en la muñeca.

«Todas las personas a las que amabas han muerto».

—No todas —susurró, abrazándola por detrás y atrayéndola hacia su pecho.

40

Aunque a William le resultaba imposible meditar mientras abrazaba a Raven, se sorprendió al comprobar que la postura lo relajaba. Cerró los ojos y descansó, mientras su mente divagaba como un velero sobre el mar.

Se sintió un poco culpable por cómo la había tratado. Primero, por haber permitido que renunciase a su libertad a cambio de que ayudara a sus amigos. Y, después, por haberla obligado a que le contara su triste historia a cambio de no matar a Emerson.

«¿No te hartas de tanta muerte?», resonó en sus oídos la dulce voz de Raven.

Y lo cierto era que sí, que estaba harto de ella. Cuando la peste negra azotó Florencia y tuvo que rebuscar por las calles algún humano no infectado del que alimentarse, había quedado muy harto. Cuando el antiguo Príncipe, su antecesor, había dado permiso a los de su especie para que mataran a tantos humanos como quisieran, incluidos niños y bebés, se cansó de la muerte.

Para superar ese cansancio, mató al Príncipe y ocupó su puesto. Acumuló riquezas y poder; dio rienda suelta a sus apetitos, y obtuvo un mínimo de satisfacción gracias a sus numerosas ocupaciones.

Pero le faltaba esperanza. Y le faltaba paz. La única manera de poder seguir adelante era no pensar nunca en el futuro.

Por supuesto, Raven no sabía que los vampiros no vivían eternamente. Ignoraba que la Curia les había lanzado una maldición que limitaba sus vidas a sólo mil años. Sin embargo, todavía le quedaba mucho tiempo por vivir.

Viviría más que ella.

La idea lo consumía por dentro.

La soltó con tanta delicadeza como pudo, para no despertarla. Luego se retiró a una de las habitaciones para ducharse y cambiarse.

William ya la respetaba de antes, pero ahora su respeto por ella se había multiplicado por cien. Estaba más decidido que nunca a hacerla suya.

Lo único que necesitaba era paciencia, y de eso tenía en abundancia.

—Buenos días. —William bajó la cara hacia los grandes ojos verdes de Raven.

—Buenos días —respondió ella insegura.

Él agachó la cabeza y la besó.

—¿Has dormido bien? —le preguntó sin apartar los labios de ella.

Raven asintió.

—¿Qué ocurre? —William se sentó a su lado en la cama.

—No lo sé —confesó ella, rehuendo el contacto visual.

—Viniste a verme; llegamos a un acuerdo. Emerson está a salvo y tú estás bajo mi protección. —William le señaló la muñeca derecha—. ¿Te parece un resumen adecuado de nuestras actividades nocturnas?

Raven levantó la mano y examinó la joya con una sonrisa. Luego buscó a su protector con la mirada.

—Entonces ¿no le harás daño a Emerson?

—Si comete una infracción dentro de la ciudad, habrá consecuencias. Pero no lo perseguiré por las ilustraciones. He decidido canalizar mis energías en otra dirección. —William le dirigió una sonrisa provocativa.

—¿En qué dirección, si puede saberse?

—En esta.

Él volvió a unir sus labios, pero esta vez buscó entrar en su boca casi inmediatamente.

Raven le dio la bienvenida, sujetándolo por la nuca y acercándolo más a ella.

Los labios de William presionaban, devoraban, la atormentaban.

Sus dedos se extendieron para sujetarla por la cintura. Luego ascendieron por encima de la blusa hasta llegar a sus pechos. Le recorrió la abertura del escote con los dedos antes de deslizarlos bajo la tela y acariciárselos por

encima del sujetador. Tenía las manos frías.

Cuando ella suspiró de placer, él siguió estimulándolos y amasándolos.

Raven llevó la mano hasta su pelo y enredó los dedos en él. Luego ladeó la cabeza para explorarle la boca con languidez, disfrutando de su tacto y de su sabor.

Con un gruñido, William cambió de postura a la velocidad del rayo. Arrancó la ropa de cama que la cubría y se tumbó sobre ella, abriéndose paso con las caderas entre sus piernas.

Le buscó el cuello con los labios, besando y succionando la sensible zona debajo de las orejas.

Cuando ella gimió, él siguió descendiendo hacia sus pechos. Le abrió la blusa y le besó la carne que sobresalía por encima del sujetador.

—William —susurró.

Raven notaba su erección presionando contra ella por encima de la ropa. Él deslizó una mano por su costado, dejando un reguero de calor a su paso. Le agarró una pierna y la levantó, rodeándose la cadera con ella.

—William —repitió Raven, jadeando.

Él la miró con los ojos brillantes y los labios abiertos por la excitación.

—Deja que te dé placer —le dijo con la voz ronca antes de besarla apasionadamente.

—No puedo —protestó ella con un hilo de voz y expresión afligida—. Lo que pasó anoche... Lo que te conté... No estoy bien.

—Pasa la noche aquí, conmigo, en mi cama.

—William, yo...

Él le acarició la cara con suavidad, para calmarla.

—Vuelve a mí esta noche.

—No te prometo que vaya a dormir contigo.

—¿Por qué no? —Volvió a besarla, esta vez con más delicadeza.

—Me preocupa mi corazón.

Él miró el espacio que quedaba entre sus pechos con la ceja alzada y una sonrisa ladeada.

—No hablo de ese corazón. —Raven apartó la mirada—. Cuando te rías de mí, me dolerá.

La expresión de William cambió de repente y se volvió amenazadora.

—¿He hecho algo que te haga pensar que esto me parece gracioso?

—No —admitió ella en un susurro.

—Lo que más quiero en estos momentos es quitarte la ropa y hundir la lengua entre tus piernas.

Raven lo miró a los ojos. En ellos brillaba un deseo desnudo. La electricidad chisporroteaba en su piel.

William le recorrió la parte baja del cuerpo con un dedo.

—Déjame entrar.

—Me conozco. —Raven volvió a apartar la mirada—. Conozco mis defectos y mi destino. He nacido para estar sola.

—Pues no sé cómo vas a conseguirlo, porque yo creo que tu destino es estar conmigo, en mi cama, entre mis brazos.

Los ojos verdes de Raven se clavaron en los de él.

—He tenido dos amantes, William. Ninguno de los dos me hizo sentir como me siento cuando estoy entre tus brazos. Si seguimos adelante, te cogeré cariño. Me sentiré atada a ti.

Él le levantó el brazo y apartó la pulsera.

—Ya estás atada a mí. —Le besó la muñeca, succionándola con suavidad.

—Tal vez los vampiros no tengan sentimientos, pero los humanos sí los tenemos. Ya lo sabes.

William se detuvo.

—No es del todo cierto que los vampiros no tengamos sentimientos. Depende del vampiro.

—Y tú, ¿los tienes?

—Me falta empatía, como a la mayoría de los vampiros, excepto cuando se trata de ti.

Raven le apoyó una mano en el pecho, sobre el corazón.

Buscó hasta encontrar lo que supuso que sería el latido de su corazón, aunque le pareció extraño. Era más fuerte que el de un humano, pero, tras latir, se quedaba en silencio durante varios segundos.

—Tienes corazón.

—Eso me han dicho.

—No sabía que los vampiros tuvieran corazones activos.

—Necesitamos que la sangre circule. Es lo que hace que nuestros cuerpos

funcionen. La vida está en la sangre.

—La otra noche, mientras me acompañabas a casa, mencionaste la esperanza. ¿Qué es para ti la esperanza, William?

Él frunció el ceño ante el brusco cambio de tema.

—Para mí, la esperanza sería no estar condenado a una vida de oscuridad vacía.

Raven se encogió al oírlo.

—¿Es así como vives ahora?

—No del todo —respondió él con cautela—. De algún modo, la oscuridad retrocede cuando estás cerca de mí.

Raven apartó la mano, pero él la agarró y le besó el dorso.

—Tu piel huele a rosas. —Aspiró profundamente—. Es exquisita.

Le acarició el brazo con los labios, ascendiendo lentamente por él.

—Te lo advierto —susurró ella—. Mi corazón forma parte de mi cuerpo.

Él le apoyó la mano en el espacio entre sus pechos.

—Te trataré con cuidado. A todo tu cuerpo. Sin excepción.

Raven observó a ese hombre hermoso y perfecto que le besaba la muñeca con entusiasmo y no pudo impedir que las palabras escaparan de su boca:

—Vendré a ti esta noche. Pero no te prometo que duerma contigo.

William le dirigió una sonrisa sensual.

—Me encantan los desafíos.

La besó una vez más, haciéndola arder con su abrazo antes de apartarse. Luego le ofreció la mano para ayudarla a levantarse.

—Te espero abajo.

Raven clavó la vista en la espalda que se retiraba, mientras una parte de ella se preguntaba por qué se había resistido a él.

Después de desayunar, William le presentó a otro miembro de su equipo de seguridad: un hombre alto y calvo con los hombros muy anchos.

—Raven, este es Marco.

—Polo —exclamó ella.

William y Marco la miraron sin entender.

—Me temo que lo has confundido con alguien que murió hace muchos

años —dijo William frunciendo los labios.

Ella se ruborizó.

—Lo siento. Un placer conocerlo, Marco.

William señaló a su asistente.

—Marco te escoltará hasta los Uffizi hoy. Cuando acabes el trabajo, te seguirá hasta tu casa para que puedas dejar la Vespa y coger tus cosas. Luego te traerá de vuelta aquí.

—Después del trabajo pensaba pasarme por el orfanato —se excusó ella, escondiéndose tras la mochila—. Y me gustaría ir a visitar a Bruno.

William pareció molestarse.

—Él no se acordará de vuestra cita. La herida de la cabeza y la pérdida de sangre le han afectado la memoria.

—Lo comprendo, pero igualmente quiero verlo —insistió tozuda.

—Muy bien. —William apretó los labios para mostrar su desaprobación—. Marco te acompañará adonde tengas que ir.

»Tengo unos asuntos que atender a primera hora de la noche. Le diré a Lucia que te prepare la cena.

—No hace falta. Cenaré con los niños.

Él la miró fijamente.

—Tal vez podríamos ver una de tus películas esta noche.

Raven sonrió.

—Me encantaría.

—Bien. Llama a Ambrogio y dile qué necesitamos para poder reproducir la película.

William la acompañó hasta la Vespa y la envolvió entre sus brazos.

—No te preocupes por el inspector. No volverá a molestarte.

—Gracias.

Él le dirigió una mirada depredadora.

—Tengo muchas ganas de que llegue la noche —dijo antes de besarla con firmeza.

Unos cuantos besos y abrazos más tarde, Raven iba colina abajo montada en la Vespa en dirección al Arno, mientras Marco la seguía con el Mercedes. Algunos coches más atrás, el *ispettore* Batelli los seguía a ambos.

William volvió a la casa, llamó a Luka y, cuando este llegó a la

biblioteca, le entregó un trozo de papel doblado.

—Necesito que vayas a Florida, en Estados Unidos, a las ciudades de Orlando y San Petersburgo. Averigua todo lo que puedas sobre las personas que he anotado aquí. Y luego ponte en contacto conmigo. Ya iré dándote instrucciones.

Luka desdobló el papel, lo leyó y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Tras despedirse con una reverencia, salió de la biblioteca.

William se acercó al ventanal y contempló los jardines de la finca perdido en sus pensamientos.

41

—He venido a ver a Bruno Rostagno —dijo Raven a una de las enfermeras de planta del hospital.

—¿Amiga o familiar? —La mujer no se molestó en levantar la vista del ordenador.

—Amiga. —Raven cambió el peso de pie, nerviosa, mirando de reojo a Marco, que se esperaba a poca distancia. Tenía un aspecto muy intimidatorio.

La enfermera estaba a punto de indicarle a Raven el número de habitación cuando una mujer de aspecto familiar se acercó a ellos.

—Raven, hola —la saludó Graziella, dándole dos calurosos besos en las mejillas.

—Graziella, ¿qué tal? —Raven le dirigió una sonrisa—. He pasado un momento a ver a Bruno.

—Bien. Yo también acabo de llegar. Ven conmigo. —Graziella saludó a la enfermera con la cabeza y siguió andando hacia la habitación de su hijo de la mano de Raven.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó ella preocupada.

—Mañana ya podrá irse a casa. Espero. En teoría tenía que salir hoy, pero su médico ha preferido esperar un día más.

Al llegar al final del pasillo, giraron a la izquierda. Graziella se detuvo frente a la tercera puerta que encontraron.

—Pasa a saludarlo. Yo entraré luego.

—Pero, ya que estás aquí, entra. Seguro que prefiere verte a ti —protestó Raven, fijándose en que Marco las había seguido.

Graziella se limitó a darle unos golpecitos en el brazo y a señalarle la puerta con la cabeza.

Raven agarró su bastón con más fuerza y entró en la habitación con cuidado. Le preocupaba ver con qué se iba a encontrar.

Bruno estaba tumbado en la cama. Su aspecto era bastante bueno. De hecho, no le quedaban marcas de las heridas. No tenía moratones ni vendajes, y no había cables ni tubos saliendo de su cuerpo.

Tenía un aspecto más saludable que antes de la agresión. Incluso parecía un poco más joven.

Raven se preguntó si alguien más se habría dado cuenta de los cambios.

—Hola, Bruno —lo saludó, moviendo la mano alegremente.

—Buenas tardes. —Él la saludó con una inclinación de la cabeza.

A Raven se le borró la sonrisa del rostro.

—Soy yo, Raven.

Bruno la miró a la cara unos instantes sin dar señales de reconocerla. Luego bajó la vista al bastón.

—Claro. Eres la vecina de mi abuela. ¿Cómo estás?

—Yo estoy bien, gracias. —Ella señaló la cama de hospital—. Pero lo importante es cómo estás tú.

—Con ganas de irme a casa. —Hizo una mueca—. Dicen que mi recuperación ha sido milagrosa, pero igualmente no veo el momento de irme de aquí.

Raven tragó saliva.

—Me han contado que tuviste un accidente. Lo siento mucho.

—Gracias por venir a verme. Eres muy amable. ¿Has visto a mi abuela últimamente?

—La vi ayer. He tratado de pasar más a menudo estos días.

—Gracias.

Bruno guardó silencio, como si estuviera esperando algo.

Al cabo de unos momentos, Raven se dio cuenta de que estaba esperando que ella dijera algo. Se ruborizó. Bruno no la recordaba. No la miró con deseo ni le preguntó por las cosas que habían hecho durante la noche especial que habían compartido. Se sintió triste, pero se forzó a disimularlo.

—Bueno, pues me alegro de que estés mejor. Me he encontrado a tu madre en el pasillo. ¿Quieres que le diga que entre?

—Sí, por favor. Gracias por venir a visitarme. —Bruno le dirigió una

sonrisa apagada, que ella le devolvió.

—De nada. Adiós, Bruno.

Raven salió de la habitación, apoyándose pesadamente en el bastón.

Cuando vio a Graziella, le dijo:

—Quiere verte.

—Quédate un poco más. Entra conmigo. —Graziella trató de darle la mano otra vez, pero Raven negó con la cabeza.

—No, lo siento. He quedado para cenar. Pero me alegro mucho de que esté mejor y de que vaya a volver a casa.

—Gracias. —La mujer volvió a besarla en las mejillas antes de decirle adiós con la mano.

Con una inclinación de la cabeza, Raven le indicó a Marco que estaba lista para marcharse. Juntos se dirigieron hacia el ascensor. Pero no se dio permiso para llorar hasta que se quedó a solas.

42

—Como puede verse, los cazadores están usando flechas más grandes, probablemente disparadas con una ballesta. —Stefan, el médico de los vampiros, señaló la herida abierta que dejaba al descubierto el corazón del cadáver.

Los miembros del Consilium, situados alrededor de la mesa de autopsias, murmuraron entre sí.

—¿Causa de la muerte? —preguntó el Príncipe a Stefan.

Este sostuvo en alto la flecha y señaló la punta de metal punzante.

—La punta de la flecha lleva adherida una cápsula que contiene una toxina muy potente. La cápsula se rompe con el impacto y suelta la toxina. La combinación de la herida y la toxina hace que el corazón se pare. Cuando la sangre deja de circular, el vampiro se debilita y queda inmovilizado. Creo que he identificado la toxina, pero he enviado una muestra a un laboratorio en Suiza para que me lo confirmen.

—¿Algún otro armamento? —El Príncipe estaba muy serio.

—A juzgar por el escenario donde se encontró el cuerpo, sólo sal y agua bendita.

Aoibhe maldijo con ganas.

—¿Es que no tienen imaginación?

El Príncipe la hizo callar con una mirada antes de volverse hacia Stefan.

—¿Cómo podemos combatir esas flechas?

El médico permaneció pensativo durante unos segundos.

—Podríamos llevar corazas o chalecos antibalas, pero nos entorpecerían los movimientos, lo que nos volvería menos ágiles en la huida. De todos modos, los ejércitos humanos no paran de encontrar nuevos materiales, más

ligeros. Podríamos probarlos y ver si aguantan.

El Príncipe se volvió hacia Lorenzo.

—¿Puedes buscar esos materiales?

Este respondió tras hacer una reverencia.

—Por supuesto, señor, pero llevará un tiempo.

—No tenemos tiempo. Consigue lo que puedas inmediatamente y coordina las pruebas con Niccolò. —El Príncipe señaló con la cabeza en su dirección—. Si las pruebas salen bien, fabricaremos chalecos para todos los habitantes del principado, aunque cada ciudadano deberá pagarse el suyo.

—Y ¿qué pasa con la toxina? —Pierre paseó la mirada inquieto entre el médico y el cadáver.

Stefan se acarició la barbilla.

—La he identificado como doxorubicina. Los humanos la utilizan para luchar contra el cáncer.

—¿Existe un antídoto? —quiso saber el Príncipe.

—Los humanos usan la digitalina para diluir la sangre y reforzar la actividad cardíaca. Nunca la hemos probado en individuos de nuestra especie, porque no lo hemos necesitado. No nos afectan las toxinas humanas.

—O eso pensábamos —murmuró Aoibhe.

El Príncipe la fulminó con la mirada antes de volverse de nuevo hacia el doctor.

—En ese caso, ¿cuál es tu opinión científica?

Stefan negó con la cabeza.

—Una flecha no es suficiente para matar a uno de los nuestros a menos que destroce el corazón por completo. Y no es eso lo que le pasó a Matthias. Pero con la toxina sola tampoco es suficiente. Sin embargo, la combinación de las dos cosas causa parálisis temporal del corazón, lo que provoca la caída. Una vez en el suelo, los cazadores usan sal y agua bendita para evitar que la víctima pueda quitarse la flecha y así permitir que empiece el proceso natural de regeneración. Y luego se llevan la cabeza.

—¿Algún remedio?

—Evitarlos. —El médico señaló el cadáver de Matthias—. Para que la digitalina u otro antídoto funcionara, tendría que administrarse inmediatamente. Y eso es imposible si uno está rodeado de cazadores.

—Quiero que encuentren un antídoto —ordenó el Príncipe—. Informa al laboratorio de que es urgente.

Stefan hizo una reverencia.

—Por supuesto, pero los científicos son humanos. No conocen la auténtica naturaleza de sus clientes. Tendría que darles una muestra de sangre de vampiro y una explicación muy imaginativa para que pudieran fabricar un antídoto eficaz.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Usa la red de inteligencia humana si es necesario. Que empleen el control mental o la coacción física con el personal del laboratorio si fuera preciso.

—Sí, señor.

—Y, cuando hayan obtenido el antídoto, tendremos que probarlo. —El Príncipe buscó a Maximilian con la mirada—. Tal vez puedas convencer a algunos de los reclutas para que donen sus cuerpos a la ciencia.

El grandullón sonrió.

—Será un placer.

—Stefan, coordina las pruebas de la toxina con Maximilian. Quiero informes con resultados cuanto antes.

»No hace falta que os advierta de la necesidad de ser cautos. —El Príncipe hizo hincapié en la última palabra—. A Matthias lo derribaron estando en un tejado a plena vista de testigos. Es posible que los cazadores estén aquí buscando algo más que sangre.

Hizo una pausa. Dos de los miembros del Consilium cruzaron la mirada.

—¿Algo como qué? —preguntó Aoibhe.

—Algo como obligarnos a una confrontación abierta que llame la atención de la Curia.

Al oír esa palabra, los miembros del Consilium parecieron preocupados. Stefan jugueteó con su reloj de bolsillo, abriéndolo y cerrándolo repetidamente.

—Como Príncipe de Florencia, ordeno el cierre inmediato de Teatro, la evacuación del inframundo y la cancelación de todos los actos comunitarios. Los ciudadanos deben permanecer en sus residencias principales y alimentarse en el interior. Es por su seguridad.

»Niccolò, ahora que las patrullas están bajo tu supervisión, espero que no

vuelva a haber ninguna fisura en la seguridad del principado. Asegúrate.

»Pierre, que la red de inteligencia humana se encargue de localizar a los cazadores y de descubrir de dónde obtienen sus suministros. Alguien conoce su escondite. Quiero que descubras quién es.

»Maximilian, hasta que haya chalecos protectores para todos, debemos rehuir las confrontaciones.

Los miembros del Consilium, a los que se había unido Stefan, respondieron al unísono:

—Sí, señor.

—Podéis retiraros. —Con una leve inclinación de la cabeza, el Príncipe salió de la sala con el peso de su cargo encorvándole los hombros.

43

—¿Así que la película se basa en una novela? ¿Estaba escrita en italiano? — preguntó el Príncipe, sosteniendo en alto la funda del DVD de *El padrino*.

—No, en inglés. —Raven colocó el disco en el reproductor y le hizo un gesto a Ambrogio para que pusiera en marcha el proyector—. Por cierto. Eso me recuerda una cosa. Me dijiste que *sard* era una palabra inglesa. Pero en mi diccionario no pone que sea un insulto: dice que es una piedra.

El Príncipe se volvió hacia su criado.

—Ambrogio, avisaremos si necesitamos algo más.

—Sí, señor. —El hombre hizo una reverencia y salió de la habitación.

El gran salón de la primera planta se había convertido en una sala de proyecciones. Habían corrido todas las cortinas y colgado una gran pantalla en la pared más alejada de la puerta. Tras un amplio sofá antiguo asomaba un proyector instalado en un mueble auxiliar.

Lucia se había encargado de que no faltaran palomitas con mantequilla y Coca-Cola.

—¿*Sard*? —insistió Raven sentándose en el sofá, sobre la pierna sana doblada—. ¿Es por la sarda?

William se sentó a su lado.

—*Sard* es una palabra antigua. Me temo que es producto de mi vida humana. Nunca me he puesto al día con los insultos y palabras malsonantes modernas.

Raven le ofreció un gran bol de palomitas, pero él las rechazó educadamente.

—Hay que comer esto mientras se ve una película.

El Príncipe observó el contenido del recipiente con la nariz arrugada.

—Y ¿esto qué es?

—Maíz cocinado con mantequilla.

Él apartó el bol.

—No comemos este tipo de cosas.

—Pruébalo. —Raven le ofreció una palomita.

Él la examinó minuciosamente.

La olió.

Se la metió en la boca y la masticó.

—No está mal —sentenció al fin.

—¡Bien! Sabía que te gustaría. —Raven sonrió.

William cogió una servilleta de papel de la otomana y discretamente expulsó los restos de la semilla.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó Raven, mirándolo extrañada.

—No podemos digerir comida humana. —El vampiro hizo una bola con la servilleta y la dejó a un lado.

—En ese caso, mejor no te ofrezco M&M's. Creo que te gustará la película. Va sobre la mafia.

Él la miró confundido.

—Y ¿qué te hace pensar que ese tema me interesa?

Raven se colocó el pelo por detrás de las orejas.

—Es una gran película con un buen reparto. La escena inicial marca el tono del resto de la cinta. Es una reflexión sobre la justicia. —Levantó la mirada un momento antes de volver a bajarla hacia la bebida que tenía en la mano—. Creo que la encontrarás muy interesante.

William la observó durante un momento. Luego cerró los ojos e inspiró hondo.

—Estás nerviosa —dijo al volver a abrirlos.

—No, no lo estoy. —Raven metió la mano en las palomitas y se hizo con un buen puñado.

Él le quitó el bol de la mano y lo dejó sobre la otomana antes de acercarse. Demasiado.

—Cuéntame qué te preocupa.

Cuando William le apoyó la mano en la rodilla, ella se tensó.

—Nada —dijo, apartándose un poco y picando palomitas.

—Estás mintiendo. Huelo las mentiras.

Ella alzó las cejas.

—¿Cómo se pueden oler las mentiras?

—Tu cuerpo emite sustancias químicas, que varían según tu estado de ánimo. Estás nerviosa por algo y, cada vez que mientes, aumenta tu ansiedad.
—William se le acercó y le agarró la barbilla para obligarla a mirarlo—. Y, cada vez que te toco, obtengo la misma reacción.

—William —protestó ella, apartando la vista.

Él le dio un beso en la sien.

—¿Te da miedo acostarte conmigo? —le preguntó con los labios pegados a su piel.

Ella cerró los ojos, porque las sensaciones eran demasiado intensas.

—Ya te he dicho que no me acostaría contigo esta noche.

—Pero piensas acostarte conmigo pronto. —Él volvió a besarla, esta vez en la frente—. ¿Por qué no puede ser esta noche? ¿Por qué no ahora?

Raven se apoyó en él, pero sólo durante un instante.

—Vas a tirarme el refresco.

Él le quitó el vaso y lo dejó en la bandeja, al lado de las palomitas.

—Problema resuelto. —William la besó, resiguiendo la línea de la mandíbula, mientras la abrazaba atrayéndola hacia sí—. Soy un amante vigoroso, como todos los vampiros. Pero porque eres humana y porque... — se aclaró la garganta—, iré con cuidado. Dime cómo te gusta. Dime si lo quieres más suave, o más duro.

El Príncipe le apoyó la mano en el muslo.

—Yo te guiaré en este baile. Lo único que tienes que hacer es sentir.

Raven se ruborizó y musitó una maldición.

Él le acarició la mejilla con un dedo.

—Me satisface mucho excitarte. Estoy deseando verte la cara cuando alcances el clímax. Dime. ¿Qué cosas te gustan? ¿Qué deseas que te haga? ¿Quieres sentir mi lengua entre las piernas? ¿En tu boca? ¿En tus pechos?

»¿Quieres sentir mis manos acariciando cada rincón de tu cuerpo o prefieres que te las sujete por encima de la cabeza?

»¿Prefieres estar encima o debajo? ¿De lado? ¿O te gusta más por detrás?
—William le besó la oreja.

Raven se levantó de un salto tan brusco que estuvo a punto de caerse al suelo.

—¡Para! —Se llevó una mano a la cara, como si quisiera refrescar la piel acalorada.

—¿Por qué?

—Porque no me gustan las tonterías, y lo que estás diciendo son tonterías. Deja de hablarme así.

La expresión de William cambió bruscamente. Se puso de pie y la fulminó con la mirada.

—¿Qué pasa, Raven? Pensaba que habíamos llegado a un acuerdo.

Ella levantó las manos.

—Sólo quiero que pasemos una noche tranquila viendo una película. ¿No podemos olvidarnos de todo lo demás y relajarnos?

William se dirigió hacia ella, pero se detuvo al notar que estaba muy agitada.

No parecía asustada, pero tampoco estaba cómoda.

Su estrategia de seducción había fallado y eso lo hería en su orgullo.

—Nos acostaremos juntos —le dijo con brusquedad—. Me darás la bienvenida en tu interior. Es cuestión de tiempo.

—No quiero hablar de ello.

Él sacudió los brazos frustrado.

—¿Por qué demonios no?

—¿Los vampiros transmitís enfermedades sexuales?

—¡Por supuesto que no! —exclamó él, abriendo mucho las ventanas de la nariz—. ¿Crees que te haría algo así? ¿Que te contagiaría algo expresamente?

—Los humanos deben hablar de estas cosas antes de acostarse con alguien.

—Los vampiros son inmunes a las enfermedades humanas. No podemos contraerlas ni transmitir las. Siguiente tema. —Cruzó las manos delante del pecho. Al ver que ella no respondía, entornó los ojos—. Estás dando rodeos. ¿Cuál es la verdadera razón por la que no quieres acostarte conmigo?

—He ido a ver a Bruno —dijo ella de sopetón.

—Ya lo sé. ¿Y qué?

—No se acordaba de mí.

—Te lo advertí. La sangre de vampiro puede causar pérdida de memoria.
Raven miró de reojo el bastón, que estaba apoyado en el sofá.

—Salimos juntos. Cenamos y nos reímos mucho. Me besó. Pero hoy me ha tratado con indiferencia. Apenas si me ha mirado —confesó con voz trémula—. Estoy cansada de ser invisible.

La expresión de William se suavizó.

—Ven aquí.

—No.

Él alargó la mano.

—Para mí no eres invisible. Creo que te lo he dejado claro.

Raven se volvió hacia la pantalla de cine vacía.

—Y ¿qué pasa cuando me ves?

—No te entiendo.

—Normal —refunfuñó ella—, eres guapísimo.

—Me parece que te olvidas de que te deseo. —William señaló el bulto que se movía en sus pantalones—. Con locura.

Ella siguió la dirección de su mirada antes de volver a mirarlo a los ojos.

—Esta noche no necesito un amante; necesito un amigo. ¿Crees que podrías darme lo que necesito?

—Los vampiros no tenemos amigos. —William dio un paso atrás.

Estaba a punto de negárselo; Raven lo vio en su mirada. Pero, de pronto, cambió de actitud.

—Pero si es eso lo que deseas... —dijo con altivez, señalando hacia el sofá.

Raven se sentó y, esta vez, él se situó a medio metro de distancia. Colocó el bol de palomitas entre ambos y le devolvió a la chica su refresco.

—Gracias.

Él no respondió. Estaba muy rígido y echaba chispas por los ojos.

Raven cogió el mando a distancia y pulsó *play*.

William estaba tan inmerso en la película que no se dio cuenta de que ella apartaba las palomitas. Tampoco se percató de que se acercaba lentamente a él.

Durante la escena en que Michael va a ver a su primera esposa durante la noche de bodas, Raven le apoyó la cabeza en el hombro. Sin premeditarlo, él cambió de postura y le rodeó los hombros con el brazo.

Ella se arrebujó buscando su protección.

—¿Es peligroso?

—¿El qué? —William la miró de reojo.

—Acostarse con un vampiro.

Él volvió a mirar la pantalla.

—Puede serlo.

—Para mi cuerpo o para mi corazón.

William se inclinó sobre ella y le plantó un beso en la frente.

—Pensaba que tu corazón formaba parte de tu cuerpo.

Cuando sus miradas se cruzaron, a él se le borró la sonrisa de los labios.

—No puedo responder a esa pregunta, Cassita —susurró.

Raven trató de concentrarse en la película, fingiendo que sus palabras no la afectaban.

En mitad de la noche, Raven se despertó entre los brazos de William. Estaban en su cama.

Él estaba tumbado boca arriba, sin camisa, acariciando sus hombros mientras ella dormía de costado.

La habitación estaba a oscuras. Las cortinas del balcón estaban corridas. Un pequeño haz de luz se colaba por la rendija de debajo de la puerta que daba al pasillo.

Raven pestañeó y alzó la mirada, tratando de distinguir los rasgos de su compañero de cama.

Él sonrió.

—Hola, preciosa.

En la oscuridad se sentía más segura, puesto que olvidaba que él podía verla igualmente. Le apoyó una mano en la mejilla y se apretó contra su cuerpo. Sus ojos verdes se oscurecieron a causa de una emoción contenida.

Pronto, esa emoción le resultó incontenible. De sus ojos pasó a sus labios y besó a William con decisión, mordiéndole el labio inferior antes de

succionarlo con fuerza.

Él la agarró por la nuca, inclinando la cabeza para besarla más profundamente. Cuando sus lenguas se encontraron, saltaron chispas.

Raven levantó una pierna y la colocó entre las de él, incorporándose lo necesario para quedar medio apoyada en su pecho. Descansó las manos sobre sus hombros, disfrutando de la sensación de los músculos más firmes que había tocado en su vida.

William retiró la lengua de su boca, incitándola a seguirla hasta la suya. Mientras tanto, le resiguió la espalda con las dos manos hasta alcanzar sus nalgas y tomar posesión de ellas. A juzgar por el entusiasmo con el que la acariciaba y le apretaba la carne, parecía disfrutar de lo que estaba haciendo.

Raven le pasó la lengua por la comisura de los labios antes de penetrar en su boca. Adelante y atrás. Dentro y fuera.

El ritmo de William era bastante tranquilo pero concienzudo, como si no quisiera perderse ni un centímetro de contacto, ni una sola sensación.

Trazó las colinas y los valles de la espalda de Raven antes de agarrar el anticuado camisón y levantarlo a la altura de los muslos.

—William —murmuró ella, echando las caderas hacia delante.

Él la tumbó de espaldas y le recorrió la mandíbula y el cuello, dejando sobre ellos un reguero de besos.

Ella inspiró hondo.

—Por favor, no te alimentes de mí. No en nuestra primera vez.

Él alzó la cabeza, mirándola con sentimientos encontrados.

Luego pestañeó lentamente, como si fuera un gato.

—Si es lo que deseas...

William le acarició el escote con la nariz antes de quitarle el camisón por los hombros, dejando al descubierto sus generosos pechos.

—Son exquisitos —afirmó, llevándoselos a los labios para lamerlos y succionarlos con avidez.

La temperatura de la boca de William era tan fresca como la de su lengua. Raven disfrutó cuando él le lamió los pezones antes de presionarlos contra el paladar.

Hundió los dedos en el pelo del vampiro, masajeándole el cuero cabelludo.

—Podría pasar días enteros así —declaró él, apoyando la barbilla en el torso de Raven, bajo sus pechos, y dirigiéndole una sonrisa seductora—. Eres una auténtica obra de arte.

Ella siguió ignorando el hecho de que podía verla a la perfección y prefirió pensar que se refería a lo que notaban sus manos.

Agarrándolo por la cabeza, tiró de él y volvió a besarlo en la boca mientras le exploraba los músculos de la espalda y más abajo, en la zona donde sus caderas se unían a las nalgas.

William era esbelto, pero estaba muy fuerte. A Raven le pareció que se estaba controlando, aunque notaba bajo los dedos la potencia que refrenaba.

—Espero que no le tengas cariño a este camisón —susurró, agarrando la tela que se arremolinaba alrededor de su cintura.

Ella negó con la cabeza.

—Es tuyo.

—¿Mío?

—Me desperté con él puesto la noche que me llevaste a casa. Debiste de ponérmelo.

En un remolino de movimiento, el camisón se rompió en dos pedazos que fueron a parar al suelo de cualquier manera.

—Debió de pertenecer a alguna de las antepasadas de Lucia. No debería habértelo puesto nunca. —William le apoyó una mano en el vientre y le dirigió una mirada de admiración—. Eres mucho más deseable desnuda.

Mientras la besaba por encima de las braguitas de encaje negro, le separó las piernas.

Ella se mordió el labio inferior para controlar la excitación, entornando los ojos para ver mejor al hermoso ejemplar masculino arrodillado ante ella.

—Precioso —murmuró él, mientras le trazaba formas sobre el encaje.

Un instante después, se oyó un ruido seco y la lencería fue a parar al suelo, junto al camisón.

Raven abrió mucho los ojos y contuvo el aliento.

—Cassita —dijo él con suavidad, poniéndole una mano sobre el corazón—. Las pulsaciones te van demasiado deprisa. Respira hondo.

Ella trató de inspirar profundamente, pero los nervios y la excitación sexual eran demasiado fuertes.

William le acarició la parte inferior de un seno con el pulgar.

—Si no eres virgen, ¿por qué estás tan nerviosa?

—Ha pasado mucho tiempo —logró responder ella finalmente con timidez.

—Los humanos son idiotas —murmuró él—. Tienes una figura perfecta: exuberante y atractiva.

William la llenó de besos descendiendo desde el torso hasta detenerse justo sobre el pubis. Cerró los ojos e inspiró con fuerza.

—Tu aroma es increíble.

Se alzó de nuevo para susurrarle al oído:

—Voy a lamerte hasta que llegues al orgasmo, y luego voy a penetrarte hasta que alcances el clímax otra vez. No te olvides de respirar.

William descendió por su cuerpo y le colocó las manos en los muslos.

—Ábrete.

Raven hizo lo que le ordenaba e, instantáneamente, notó la boca de él entre sus piernas.

Echó la cabeza hacia atrás, hundiéndola entre las almohadas. Con los ojos cerrados, se centró exclusivamente en la increíble sensación que le provocaba notar la lengua fresca en sus partes más íntimas.

Había algo excepcionalmente erótico en tener a un ser tan poderoso entre las piernas, absolutamente entregado a darle placer.

Se aferró a las sábanas y empezó a gemir.

William levantó la cabeza y reaccionó con una sonrisa traviesa. Estaba disfrutando mucho y no lo ocultaba. La provocó, lamió, mordisqueó y succionó antes de devorarla con la boca abierta.

Raven se tensó al notar que el orgasmo se apoderaba de ella y se deslizó sobre una ola de placer antes de que esta rompiera contra la orilla.

Trató de apartarse de él, pero William se lo impidió y la mantuvo pegada a su boca mientras le quedaron réplicas de sacudidas en el cuerpo. Finalmente, se dejó caer, relajada, en la cama.

Él se alzó sobre ella, le apoyó una mano en la cadera y se clavó en su interior.

Raven aún estaba muy sensible y protestó, ya que le pareció que no podría asumir una invasión así.

Él maldijo y se retiró antes de volver a penetrar en ella muy lentamente.

Bajó la cara hasta que sus narices estuvieron casi rozándose y le apartó el pelo de los ojos.

—Mírame —le ordenó, abrasándola con la mirada—. No pienses. Entrégate al placer.

William se movió lentamente en su interior, retirándose y volviendo a clavarse una y otra vez.

Las embestidas eran profundas e intensas, pero el ritmo seguía siendo lento.

Raven le apoyó las manos en la espalda y fue bajándolas hasta sus nalgas para animarlo a que aumentara la velocidad. Sintió los músculos de William flexionarse y contraerse repetidamente bajo sus dedos.

Cuando él se inclinó para succionar uno de los pechos de Raven, ella cerró los ojos y jadeó de placer.

Tras unas cuantas embestidas, besos y mordisquitos en el pezón, ella volvió a perder el control gracias a un nuevo orgasmo.

William le acarició el cuello con la nariz y, tras lamerle la piel, la mordió delicadamente.

Raven no se dio ni cuenta, perdida como estaba en las sensaciones que se extendían por todo su cuerpo.

Él aceleró un poco el ritmo, pero no daba señales de estar cerca del orgasmo.

—¿Y tú? ¿Has...? —logró preguntar ella, aún bajo los efectos de un clímax extraordinario.

—No. —William le dirigió una sonrisa cómplice antes de volver a besarle el cuello—. Puedo seguir durante horas.

Raven sintió los últimos coletazos del orgasmo y le apoyó las manos en la zona lumbar para que se detuviera.

—¿Has dicho horas? —le preguntó jadeando.

—Sí. —La besó con delicadeza—. Prepárate —le advirtió, antes de empezar a moverse otra vez.

Raven se incorporó ligeramente para besarlo.

—Nada podría haberme preparado para esto —dijo con los labios pegados a los suyos y la respiración entrecortada—. Es increíble.

La expresión de William se ensombreció, pero sólo durante un instante. Se tumbó de espaldas en la cama y la arrastró hasta dejarla montada sobre él.

Cuando Raven empezaba a recuperarse de su tercer orgasmo, él volvió a tumbarla de espaldas y se colocó sobre ella una vez más. Esta vez, al penetrarla, su ritmo fue más rápido.

—A los ojos —le ordenó, sujetándole la barbilla para que lo mirara.

Al obedecer, vio en sus ojos una gran necesidad y desesperación.

Aceleró el ritmo todavía más, mucho más deprisa de lo que ningún humano podría moverse. Esta vez, cuando se agarró de sus caderas, lo hizo para sostenerse.

William empujaba y presionaba sobre ella con todos los músculos en tensión. Finalmente, con un rugido, se quedó inmóvil y se derramó en el interior de Raven. Cuando escondió la cara en su cuello y le succionó la piel, un placer curioso pero extraordinario se extendió desde ese punto hasta todos los rincones de su cuerpo.

A ella le pareció que el orgasmo de William duraba mucho más de lo normal, hasta mucho después de que su vientre hubiera acabado de contraerse.

Cuando él abrió al fin los ojos y levantó la cabeza, la miró con curiosidad.

—¿Estás bien? —Raven le acarició la mejilla, la frente, la barbilla.

Él unió sus labios en un beso.

—Me has atrapado, Cassita —susurró—. Y nunca había tenido menos ganas de escapar.

44

La madrugada vertía la luz del sol a través del balcón del dormitorio, derramándola sobre el rostro de Raven.

Al abrir los ojos, vio decepcionada que el otro lado de la cama estaba vacío.

William era magnífico. Era Cupido. Un dios.

Se había comportado como un amante experto, atento y apasionado.

No le había puesto apodos cariñosos absurdos ni le había regalado los oídos con halagos exagerados, pero había sido tierno y afectuoso y, al llegar al orgasmo, su aspecto era el de un hombre derrotado.

Parecía claro que se sentía atraído por ella. Raven empezaba a creerse que había captado su atención, aunque sólo fuera hasta esa mañana. Pero no creía que la amara. No de verdad. Y, por lo que él le había confesado, nunca lo haría.

Alargó la mano tentativamente sobre el colchón y movió los pies. Tenía la entrepierna un poco dolorida, lo que no la sorprendió en absoluto. Cuando William le había dicho que su resistencia era extraordinaria, no exageraba. Raven había tenido tres orgasmos antes de que él se vaciara. Y sabía que no había seguido porque no quería hacerle daño. Le había dicho que, cuando estuviera más acostumbrada, el número de orgasmos se multiplicaría.

El vampiro era insaciable.

Raven cerró los ojos y se reprendió a sí misma. No podía encariñarse con alguien que no fuera capaz de amarla. Era muy peligroso entrar en una relación con alguien así, aunque fuera una relación exclusivamente sexual. Y luego estaba el pequeño detalle de que William no era humano.

A la cruda luz del día, sin duda la había visto tal como era y había salido

huyendo. No era la primera vez que le sucedía. Por eso prefería estar sola y aceptar esa soledad de manera racional y optimista.

—La alondra se despierta. —Una voz masculina la sacó de sus reflexiones.

Raven se volvió hacia el balcón tan deprisa que se quedó enredada en las sábanas.

—Buenos días. —William estaba en el quicio, completamente desnudo. Se encontraba de espaldas a ella, apoyado en el brazo que tenía levantado por encima de la cabeza.

A la luz del amanecer, su piel parecía de bronce bruñido, que contrastaba a la perfección con sus ojos claros y su pelo rubio. Su cuerpo era un estudio al natural de la perfección masculina. Todos sus músculos estaban trabajados y definidos, en especial los del pecho y el abdomen.

—Eres muy guapo. —Las palabras escaparon de la boca de Raven mientras lo examinaba de arriba abajo.

Él bajó el brazo, se volvió hacia ella y sonrió.

—Tú sí que eres guapa. Sobre todo ahora, con el pelo revuelto y las mejillas sonrosadas. Tienes el aspecto de una mujer que ha pasado la noche en la cama con un hombre. Con un hombre que sabía lo que hacía.

Raven bajó la mirada con timidez, pero sonrió.

—Así es. Sabía lo que hacía. Y me lo ha hecho. Tres veces.

—No quería despertarte.

—Es que no estabas a mi lado.

William asintió, y se fijó en que ella estaba retorciendo la sábana entre los dedos. Tenía los ojos clavados en la tela, como si allí fuera a encontrar la respuesta al sentido de la vida.

—Te estuve abrazando, pero me he puesto nervioso.

Ella apretó la sábana.

William entró en la habitación y Raven pudo disfrutar de un plano frontal de su cuerpo. Ni siquiera las mejores estatuas renacentistas tenían tal simetría de formas.

—Puedes seguir durmiendo si quieres.

Ella sonrió en señal de agradecimiento y trató de no observarlo demasiado descaradamente.

—¿Por qué estás tan callada? —preguntó él frunciendo el ceño.

—¿Por qué yo?

—¿Por qué tú?

Raven se tapó con la sábana hasta los hombros.

—Hay muchísimas mujeres entre las que elegir. Y luego está la vampiresa pelirroja. Es preciosa.

William le dirigió una mirada de repugnancia.

—Aoibhe es una aliada. Nada más que eso.

Raven sospechó que le ocultaba algo.

—Comparado con los demás vampiros, soy prácticamente célibe. No practico sexo cada vez que me alimento. Y elijo cuidadosamente con quién me acuesto —le explicó, observándola detenidamente para comprobar su reacción.

Ella lo miró con curiosidad.

—Una vez me dijiste que no podías comparar lo que era el sexo como vampiro con el sexo como humano.

William asintió incómodo.

—¿A qué te referías?

Él apretó los dientes antes de responder:

—Me refería a que nunca me acosté con nadie cuando era humano.

Raven se quedó boquiabierta.

—¿Cuántos años tenías cuando te convertiste en vampiro?

William se volvió hacia el balcón y fijó la vista en los jardines.

—El mundo era distinto en aquella época. Yo era distinto en aquella época. En el momento de la transformación, era novicio de la orden de los dominicos.

—¿Eras sacerdote? —exclamó Raven, prácticamente a gritos.

Él la dejó clavada en la cama con la fuerza de su mirada.

—Me estaba formando para convertirme en sacerdote. Y los novicios deben hacer los mismos votos que ellos.

Raven masculló una maldición.

—No le he dado muchas vueltas al tema, pero está claro que las cadenas que me aprisionaban en mi vida humana siguen haciéndolo en mi nueva vida. Aunque ahora disfruto de una vida sexual, los excesos siguen repugnándome.

—No entiendo cómo un sacerdote..., perdón, un novicio puede acabar convertido en vampiro. ¿No llevabas cruces y reliquias encima todo el tiempo?

—Tú y yo somos muy parecidos. Ambos odiamos a Dios. Tu odio te condujo al ateísmo; el mío me llevó a una transformación sobrenatural maldita.

—No lo entiendo.

—Si sigues compartiendo mi cama, tal vez te cuente cómo pasó todo. Pero esta mañana no pienso hacerlo. —William le dio la espalda.

Raven se dio cuenta de que acababa de dar por terminada la conversación.

En silencio, bajó del colchón por el otro lado, el que daba al armario.

Se envolvió en la sábana, usándola como si fuera una toga romana, y se acercó renqueando a la bolsa de viaje.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó él.

Ella lo oyó, pero no se volvió a mirarlo.

—Voy a vestirme para ir a desayunar.

—¿Por qué? Aún es temprano.

Raven sacó ropa interior y una camiseta limpias de la bolsa.

—Has usado el condicional. Has dicho «si sigues compartiendo mi cama». Y tu tono era inconfundible. Es obvio que te arrepientes de lo que ha pasado.

William se acercó a ella.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de darme por satisfecha con lo que tengo y de no engañarme deseando nada más.

—Estás diciendo cosas absurdas, sin sentido.

—Todo lo contrario. Acabo de recuperar la sensatez. —Raven se volvió hacia él, pero no lo miró a los ojos—. Si me dejas sola, me cambiaré y no tendrás que verme.

Él le arrancó la ropa de las manos.

—Y ¿qué te hace pensar que no quiero ver cómo te vistes?

—¿Para qué? ¿Para reírte de mí?

—¿Reírme de qué?

Ella se señaló el cuerpo.

—¿Vas a obligarme a decirlo con todas las letras? Mírame.

—Lo estoy haciendo —replicó él, dirigiéndole una mirada intensa, llena de fuego y de deseo.

Raven se miró los pies.

—La delgadez es belleza.

Él resopló burlón.

—La delgadez es signo de debilidad y de mala salud.

Raven lo miró extrañada.

Él se acarició la barbilla pensativo y prosiguió:

—Me había olvidado de este aspecto de la cultura humana. Durante casi todo el tiempo, me olvido de cómo funciona. Excepto cuando hay algo que me interesa especialmente. Como tú, por ejemplo.

Le apoyó la mano en la cadera.

—Cuando yo era joven, las mujeres delgadas tenían una tasa de supervivencia baja. Se las consideraba enfermizas, enclenques y, desde luego, nada atractivas.

—¿No te importa mi peso?

Él llevó las manos a la sábana que Raven se había asegurado bajo la axila.

—Deja que te vea.

—Estoy desnuda.

—Por eso. —William bajó la vista hacia sus pechos mientras le apartaba la sábana. Permaneció inmóvil mientras la examinaba de arriba abajo con una mirada de admiración—. Eres una mujer muy atractiva, Raven.

Ella no le devolvió la mirada. Se sentía observada, avergonzada. Se agachó para recoger la sábana, pero él lo impidió. La tomó de la mano y la condujo hasta el cuadro de *La primavera*.

William se colocó a su espalda y le apoyó las manos en los hombros.

—Ya veo que voy a tener que convencerte. Tómate un momento para examinar el cuadro. Fíjate sobre todo en las figuras femeninas.

—Sé cómo son. —Raven cruzó los brazos ante el pecho—. Soy restauradora de arte. ¿Ya no te acuerdas?

—No dudo de que las hayas mirado, pero no las has visto realmente. Inténtalo.

Raven empezó la observación por la izquierda de la imagen, con la figura

de Mercurio, hasta llegar a las tres Gracias.

—Tiene un aspecto francamente saludable.

—Fíjate un poco más en las Gracias antes de mirar a Venus. Recuerda: todas ellas son descripciones del ideal de belleza femenino.

—Según Botticelli.

William le apretó los hombros.

—Botticelli sabía reconocer a las mujeres hermosas. Admiraba a Simonetta Vespucci, por ejemplo, una mujer excepcionalmente atractiva.

Raven ladeó la cabeza.

—No me estás haciendo sentir mejor.

—Porque no me estás prestando atención. Mira los vientres de estas mujeres.

Ella hizo lo que le decía.

—Son redondeados —repuso.

—Son saludables. —William llevó sus manos al abdomen de Raven—. Igual que el tuyo.

Luego le susurró al oído:

—Y ¿cómo son sus pechos?

Raven se estremeció por su cercanía.

—Es difícil de decir, pero parecen generosos.

William le apartó las manos para agarrarle los pechos desde atrás, disfrutando de su peso y de su volumen.

—Tú eres más voluptuosa que ellas. Mucho más atractiva para mis ojos, mis manos..., mi boca. —Le besó la oreja—. Y ¿qué me dices de sus traseros?

—Tienen un buen pandero.

—¿Pandero?

—Eh..., sus traseros son sustanciosos.

—Eso me gusta más. —William deslizó las manos por los costados de Raven y fue descendiendo hasta las caderas, desde donde las desplazó hasta sus nalgas—. Tienes un trasero excelente, redondeado. Me gusta agarrarlo mientras estoy dentro de ti.

La rodeó hasta que quedaron frente a frente.

—Dicho de otra manera, las mujeres ideales de Botticelli tienen aspecto

de mujer, no de niño. Son suaves y voluptuosas. Sanas y redondeadas. Las mujeres que tienen la talla representada en este cuadro han sido consideradas hermosas durante siglos, por no decir milenios. Eran el ideal estético durante mi vida humana, y mucho después.

William le acarició el cuello con los labios antes de susurrarle:

—Y, para mí, ese ideal no ha cambiado.

Sin pronunciar una sola palabra, Raven le rodeó el cuello con los brazos y lo besó mientras él la llevaba a la cama en brazos.

45

—Alguien está muy feliz esta mañana. —Patrick sonrió al ver a Raven sentada a su escritorio con una expresión soñadora en la cara.

Estaba contemplando una imagen de *La primavera* que usaba como fondo de pantalla en su ordenador de sobremesa.

—Tierra llamando a Raven. —Patrick chasqueó los dedos y ella se sobresaltó.

Cuando vio quién la había asustado, le dio un empujón en el brazo.

—¡Por Dios, Patrick! ¿Qué pasa?

Él se echó a reír.

—Te había llamado ya dos veces.

—Estaba concentrada. —Raven se volvió hacia el ordenador para desconectarlo.

—¿En qué?, ¿en el fondo de pantalla?

—Muy gracioso.

—¿Por qué estás tan contenta de buena mañana? ¿Es porque han echado a Batelli?

Raven miró a su alrededor. Por suerte, ninguno de sus colegas les estaba prestando atención.

—¡Chis! —Ella lo fulminó con la mirada.

Patrick alzó las manos.

—Lo siento.

—Se acerca el verano, y eso siempre me pone de buen humor. —Raven cogió su bastón para ir a buscar la bata al armario.

—Ya. —Él la siguió—. Oye, si las cosas con tu coleccionista de vinos van tan bien, ¿por qué no salimos todos juntos? Una cena de parejitas. Gina

quería organizar algo por tu cumpleaños.

—Pero si es en julio.

—Bueno, pues organizamos una fiesta para julio y, mientras tanto, salimos a cenar. Así nos presentas a tu amigo.

—Eh..., no sé. —Raven trató de aparentar normalidad.

—No pasa nada. Ya sé cómo son las cosas al principio de una relación.

—Patrick volvió a sonreír.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Pero si Gina y tú también estáis empezando. Sólo lleváis juntos un par de semanas.

—Sí, pero parece que haga más porque ya éramos amigos de antes. ¿Cómo está el coleccionista?

Raven bajó la vista hacia la bata de laboratorio y sonrió.

—Está bien, gracias.

Patrick negó con la cabeza divertido.

—Bueno, pues me alegro de que todo vaya bien. Ya me avisarás cuando tengas un rato libre. Podemos salir a cenar o a tomar una copa después del trabajo. Lo que prefieras.

Se dirigió hacia la puerta.

—Por cierto, van a reabrir la sala de exposiciones dentro de un par de semanas. El Museo del Prado de Madrid ha accedido a dejarnos unas cuantas piezas.

Raven le pidió que se acercara con un gesto de la mano.

—¿Eso quiere decir que han cerrado la investigación?

—No, por lo que he oído, sólo la han transferido a otro departamento. Vitali no se quedará tranquilo hasta que hayan investigado a fondo la desaparición. Por cierto, ten cuidado si sales de noche. He leído en el periódico que hay una banda de moteros que ataca a gente. El lunes por la noche mataron a un hombre con una ballesta.

—¿Qué? —Raven se quedó boquiabierta.

—Lo sé, es absurdo. La BBC ha dicho que los turistas británicos y norteamericanos están anulando sus viajes a Florencia. Entre el robo en la galería, los cuerpos que encontraron en el río y ahora la banda de moteros, los periodistas han encontrado un filón.

—¿Se sabe si esa banda ataca a gente al azar o si elige a sus víctimas?

Patrick le dirigió una mirada extrañada.

—No tengo ni idea. Hubo varias llamadas a la policía, pero, cuando llegaron las patrullas, las víctimas habían desaparecido.

—Gracias, Patrick. Saluda a Gina de mi parte. Ya te avisaré cuando pueda salir a cenar.

Su amigo asintió y siguió su camino hacia el archivo.

Mientras se dirigía al laboratorio de restauración, Raven sólo tenía una palabra en la cabeza: *cazadores*.

Durante la pausa para comer, se planteó llamar a Ambrogio para que le diera el recado a William.

Pero no lo hizo.

No se comunicó con William ni por teléfono, ni por mensaje de texto, ni por correo electrónico. Si le preguntaba si quería salir a cenar con sus amigos, diría que no, por supuesto.

¿Cómo iba a presentarle a su... vampiro a sus amigos?

La respuesta era clara y concisa.

De ninguna manera.

Raven no volvió a ver a William hasta el sábado por la noche. Probablemente hubiera estado ocupado noche y día intentando localizar a los cazadores.

Era una explicación razonable.

Pero Raven no podía evitar que la sombra de la duda se colara por los resquicios de su mente. Se preguntó si se habría visto con la vampiresa pelirroja mientras iba de caza. Y se preguntó también de quién se alimentaría, teniendo en cuenta que de ella no.

Maldijo en voz baja por estar celosa de sus fuentes de alimentación.

El sábado por la noche, siguiendo las indicaciones de William, se puso un vestidito negro que tenía un gran escote en la parte de atrás y dejaba a la vista buena parte de la espalda. Le habría sentado mucho mejor con tacones, pero desde que la pierna había recuperado su forma anterior, no podía llevar

zapatos altos. Le dolía demasiado.

Se entretuvo cepillando y peinando su larga melena negra, y rizándose las puntas. Luego se maquilló discretamente, resaltando el color natural de sus labios y realzando sus ojos verdes.

William le había dicho que cenarían fuera, pero que tenía que estar lista antes de la puesta de sol.

Alguien llamó a la puerta. Raven pegó el ojo a la mirilla y vio que era Marco.

Abrió para dejarlo entrar mientras buscaba el bolso.

—¿Dónde está el señor?

—En el coche.

Marco pasó por su lado mientras registraba el apartamento. Cuando estuvo satisfecho con lo que vio (o con lo que no vio), la acompañó al descansillo y montó guardia mientras ella cerraba la puerta con llave.

Al subir al Mercedes, Raven se encontró con William, que la esperaba en el asiento trasero.

—Buenas noches —la saludó, y le dio la bienvenida con un beso apasionado.

Ella le devolvió el beso con pasión sincera, porque lo había echado de menos.

—Me gusta —comentó él, acariciándole la espalda hasta el punto en el que acababa el escote.

—Me pediste que me lo pusiera.

—Yo te lo pedí, pero sólo tú podrías lucirlo así. —William le sujetó la muñeca y le apartó la pulsera antes de llevársela a los labios—. Estás impresionante.

Marco puso el coche en marcha y empezó a circular.

William deshizo el nudo del pañuelo que Raven llevaba al cuello.

—Esta noche no lo vas a necesitar.

De manera lenta y sensual, le deslizó la seda por la piel del cuello, dejando que la punta le acariciara el pecho.

Raven se olvidó de respirar durante un instante.

—¿Por qué no?

—Porque no vamos a estar en público. —William le acarició el cuello

con un dedo—. Pero necesito que cierres los ojos.

—¿Por qué? —Raven miró alarmada por la ventana—. ¿Vas a llevarme otra vez al inframundo?

—No. Confía en mí.

No podía confiar en él. No completamente.

Pero se tragó las dudas y cerró los ojos.

Podía oír el sonido de otros coches y Vespas que pasaban cerca. Sentía el movimiento del vehículo, la aceleración y desaceleración. Frenaron varias veces y giraron unas cuantas más.

Raven no tenía ni idea de hacia dónde se dirigían.

Durante todo el trayecto, William no dejó de acariciarle el dorso de la mano.

De repente el coche se detuvo.

—Ya hemos llegado.

Al abrir los ojos, Raven vio que estaban en un callejón. No reconoció los edificios que la rodeaban.

Marco le abrió la puerta y la ayudó a salir. Luego se agachó para coger su bastón.

—Gracias. —Ella se apoyó en el bastón y se dirigió al otro lado del coche, donde William la aguardaba.

—Esto es todo, Marco. Te avisaré cuando sea hora de regresar.

El criado hizo una leve inclinación con la cabeza antes de volver a ocupar el lugar del conductor.

William estaba frente a una puerta metálica un tanto oxidada. Empujó una piedra de la pared, a su izquierda, y emergió un panel de seguridad. Después de introducir una larga serie de números, Raven oyó un clic.

William abrió la puerta y la invitó a entrar con un gesto.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, tratando de ver en la oscuridad.

—Esto es Teatro.

46

—No parece un teatro. —Raven se esforzó por distinguir lo que tenía ante sus ojos.

A su espalda, William encendió las luces.

Aunque la iluminación era tenue, Raven distinguió la larga barra que ocupaba un lado del local, lo que parecía un escenario enfrente de la pista de baile y una serie de sofás y mesas en las otras dos paredes.

—Parece un club. —Lo miró con curiosidad.

—Lo es.

—Y ¿dónde está todo el mundo?

—Lo he cerrado al público. Esta noche es solamente para nosotros.

William señaló uno de los sofás tapizados de rojo y Raven se sentó.

Él se dirigió a la cabina vacía del *disc-jockey* y pronto la música llenó la sala.

Raven reconoció la voz de Madeleine Peyroux.

—Pensaba que no escuchabas música moderna.

—Últimamente alguien me ha dicho que debo expandir mi universo. —

William sonrió mientras se aproximaba a ella—. ¿Te apetece algo de beber?

Ella se volvió hacia la barra del bar.

—¿Hay bebidas para humanos aquí?

—Este club es para vampiros, pero también para humanos.

A Raven la información le pareció inquietante.

—Pues me apetece una copa de vino tinto, gracias —dijo.

Con una inclinación de la cabeza, William se dirigió hacia la barra.

Ella aprovechó la oportunidad para examinar el local con más detalle. Había pantallas planas en las paredes, pero todas estaban apagadas. Y había

unas cuantas puertas que salían del salón central y llevaban a lugares desconocidos.

Tal vez fuera un club normal y corriente, como cualquier otro, con la única diferencia de que entre sus clientes había vampiros.

William se acercó con una botella de vino y dos copas en una bandeja. Le sirvió una copa a Raven y la acompañó con otra para él.

—¿Esta noche te apetece montártelo a lo humano? —dijo ella.

—Me gusta el vino tinto.

William se sentó a su lado en el sofá e hizo sonar las copas al brindar.

Raven probó el vino. Era excelente.

—¿Vienes mucho por aquí?

—No, no vengo nunca. —William sorbió el vino con intención.

—¿Por qué no?

—La decadencia me aburre.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué pasa aquí?

William hizo girar el contenido de su copa, manteniéndose cuidadosamente inexpresivo.

—Nada importante —contestó.

Raven frunció el ceño.

—Es una pregunta sencilla. No te estoy pidiendo que me reveles ningún secreto de Estado.

Él la buscó con la mirada.

—Gracias a los secretos sigo con vida.

—¿No estás harto de tanto secretismo?

William dejó la copa en la mesa, pero no respondió.

—Me había hecho a la idea de que dejarías de ser tan hermético después de que me acostara contigo —le advirtió ella con los ojos brillantes como esmeraldas.

A William su reacción lo pilló por sorpresa. Trató de disimularlo, pero no lo logró.

—No estoy acostumbrado a confiar en la gente. Pero estoy de acuerdo en que te mereces respuestas a alguna de tus preguntas. Sin pasarte. —Se echó hacia atrás en el sofá y alargó el brazo para apoyarlo en el respaldo—. Disfruto con tu compañía, Raven. Espero que tú disfrutes con la mía.

—Lo hago —afirmó ella con la vista clavada en la copa—. Disfruto mucho.

—Hay otros seres humanos que disfrutan de la compañía de los vampiros. Vienen aquí a ofrecerse.

—¿De qué manera?

—De todas las maneras.

Ella alzó la cabeza.

—¿Y los vampiros?

—Vienen por la comida y por el sexo. Pero también vienen a ver y a ser vistos.

Raven echó un vistazo a su alrededor.

—¿Los vampiros traen a sus mascotas aquí?

—A veces. Aunque lo más habitual es venir a buscar una mascota o a pedir prestada la de otro vampiro.

A Raven se le hizo un nudo en el estómago. Dejó la copa al lado de la de William.

—Cassita. —Él le tomó la mano y le dio un beso en el dorso—. Mira a tu alrededor. ¿A quién ves?

—Sólo a nosotros.

—Exacto. Nunca te traería a este lugar en otras circunstancias.

—¿Por qué?

—Creo que, si piensas un poco, tú misma encontrarás la respuesta a esa pregunta. ¿Quieres bailar? —le preguntó, señalando hacia la pista.

Ella levantó el bastón para que lo viera.

—No puedo —repuso.

William se acercó un poco más.

—¿Te duele?

—No.

—Entonces sí que puedes.

Ella retiró la mano.

—Me tambalearé.

—Yo te sujetaré.

—No se me da bien.

—Nos quedaremos quietos, sin movernos del sitio.

Raven le dirigió una mirada agresiva.

—Eres un vampiro muy mandón, ¿lo sabías?

Él se inclinó hacia delante y le susurró al oído:

—Sí.

Sin más preámbulos, la levantó en brazos como si fuera una pluma y la llevó al centro de la pista de baile. La dejó en el suelo y la abrazó.

La música seguía sonando. Era una canción suave, que invitaba a moverse de manera lenta. William la abrazó con fuerza, pegándola a su cuerpo, y comenzó a balancearse de un lado a otro.

—No sabía que a los vampiros les gustara bailar —comentó ella divertida.

—Necesitaba una excusa para tocarte.

—No necesitas ninguna excusa.

—¿Ah, no? —William se echó ligeramente hacia atrás para mirarla a los ojos.

Ella negó con la cabeza.

Él le acarició la mejilla.

—Si estás incómoda, puedo darte un poco de sangre de vampiro. Te aliviará la pierna.

Raven resistió el repentino impulso de alejarse de él. En vez de eso, se fijó en el primer botón de su camisa, que estaba desabrochado.

—Ya veo que te molesta. Lo siento —replicó con sequedad.

—Para nada. —Él se detuvo en seco—. Me preocupo por ti.

Ella se encogió de hombros.

—El vino ayuda.

—Lo que haga falta para que estés cómoda.

Siguieron bailando, moviéndose lentamente al ritmo de la música.

—Bailas bien —comentó él.

—No es verdad. —Raven se ruborizó—. Di clases de ballet cuando era niña.

—Se nota en tu forma de moverte. Tus movimientos son muy elegantes.

Ella contuvo la risa. Nadie la había llamado nunca elegante desde el accidente. Lo miró con escepticismo.

—¿No quieres arreglarme?

Él la miró sin entender.

—¿Por qué iba a querer arreglarte? No estás rota.

Su respuesta le llegó al corazón.

Raven lo miró fijamente, buscando en sus ojos algún rastro de hipocresía o de burla.

—Una parte de mí quiere tomar esa sangre para poder correr a tu lado. De vez en cuando tengo una visión de los dos saltando juntos por los tejados.

—Tal vez no sea una visión. Podría ser un recuerdo de la noche en que te llevé a mi casa por primera vez. —William sonrió—. Cuando te apetezca echar a correr, tengo una bodega llena con las mejores cosechas. Y están a tu disposición.

—No, no quiero.

—Pues ya correré yo por los dos. —William la besó con cariño en el pelo.

Raven jugueteó con uno de los botones de su camisa, observándolo como si fuera el súmmum de lo fascinante.

—Una parte de mí siente que estaría traicionando a otras personas discapacitadas si me tomara esa sangre. Es como si estuviera diciendo que no soy lo bastante buena, que mi discapacidad me aparta de ti.

William la contempló solemne, fijándose en la tensión de su barbilla y en la mirada que tenía clavada en el suelo.

Permaneció en silencio unos instantes, luchando por encontrar las palabras adecuadas para no herirla más.

—Yo no entiendo de esas cosas, no voy a engañarte. Lo único que puedo decir es que creo que nadie, ni humano ni de otra especie, es perfecto. Si la perfección es el modelo de normalidad, no hay nadie normal.

—Me gusta ese planteamiento. Siempre he pensado que todos los seres humanos somos discapacitados de una manera u otra. El problema es que mi minusvalía es visible. Nunca se piensa en esas otras discapacidades que no se perciben a simple vista.

—Podría decirse que el vampirismo es una discapacidad. Te aseguro que es una auténtica maldición.

Raven vio un atisbo de desesperación en los ojos de William.

Ni se le pasó por la cabeza tratar de consolarlo con palabras bonitas.

—Lo siento.

Alzó la cara para besarlo. Fue un beso suave, apenas un roce de los labios.

Él le dirigió una mirada solemne.

—En cierto modo, hacemos una pareja perfecta. Vemos al otro tal como es y ninguno juzga al otro como defectuoso.

A Raven le pareció que las palabras de William eran más bien una descripción de sus deseos que de la realidad.

Le apretó los hombros en un gesto de aprobación.

—Creo que tienes razón. Mientras pueda apoyarme en ti, no necesito bastón.

—Pues apóyate en mí siempre.

—Siempre es mucho tiempo.

—Es poco tiempo cuando la esperanza baila en tus brazos.

Él la miraba con un deseo y una pasión tan intensos que Raven se sobresaltó.

—Bésame, William. Bésame y finge que eres sincero.

—No necesito fingir.

Sus labios descendieron hasta unirse a los de ella.

Algo había cambiado. Raven lo notó en el mismo instante en que sus bocas entraron en contacto.

William había derribado sus barreras y la estaba besando con algo más que su cuerpo. Sintió su cariño y su deseo; notó que era el centro de su atención.

Lo abrazó. Él la recibió y la elevó ligeramente del suelo.

Cuando el beso empezó a disminuir de intensidad, Raven se apartó un poco y sonrió.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por este beso. Lo he sentido en mi corazón.

Él le rozó la frente con los labios.

—Llévame a la cama —susurró ella.

—¿Ahora?

—¿Sí?

—¿Estás segura? —William le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

Raven asintió.

La levantó en brazos y se dirigió a toda velocidad a uno de los pasillos que salían de la sala principal. Pasaron junto a varias puertas cerradas antes de llegar al final del mismo.

Abrió la última puerta del pasillo y entró en la habitación.

Estaba a oscuras, pero William encendió varias velas y las colocó por todos los rincones. La música llegaba hasta allí. En ese momento, un coro de voces angelicales cantaba sin acompañamiento musical.

—¿Quién canta?

William se acercó a una de las velas y se quedó mirando la llama. Alargó la mano para jugar con ella, atravesándola.

—Se llaman Stile Antico. Interpretan música que es más de mi gusto.

—Es precioso. ¿Qué están cantando?

—Una serie de composiciones renacentistas sobre el *Cantar de los Cantares* del Antiguo Testamento.

Raven miró a su alrededor. El centro de la habitación lo ocupaba una gran cama con sábanas negras de raso. Las paredes estaban pintadas de color púrpura; el techo, de negro. Una de las paredes estaba totalmente cubierta por un gran espejo, en el que se reflejaba la cama.

Se volvió hacia William.

—El *Cantar de los Cantares* es el único libro de la Biblia dedicado al sexo —señaló.

—No trata sólo de sexo. «El rey me ha traído a sus aposentos. Me alegraré y me regocijaré en ti, el recuerdo de tu amor será más fuerte que el vino».

—Es precioso. —Raven sonrió.

—Trata de sexo, seducción y atracción erótica, pero también habla de afecto, ternura y juegos.

—Entonces ¿el libro habla de ti? —Le dirigió una mirada picante.

—Me alegro de que pienses así de mí.

La mirada de Raven se desplazó a las fotografías eróticas que decoraban las paredes. Todas eran en blanco y negro. Algunas mostraban a un hombre;

otras, a una mujer. Pero todas ellas prestaban atención especial al cuello humano.

—¿Qué clase de lugar es este?

William volvió a concentrarse en la llama. La tensión de sus hombros delataba lo poco que le apetecía hablar sobre ello.

—Algunos miembros del club utilizan estas habitaciones para practicar sexo. Las relaciones sexuales están prohibidas en las salas comunes.

Raven frunció el ceño.

—¿Has hecho esto antes?

—Nunca he mantenido relaciones sexuales en el club. Creo que ese tipo de cosas deben hacerse en la intimidad. —William estaba al pie de la cama, observándola con intensidad—. Será mejor que nos vayamos.

—¿Por qué?

—Este lugar no es para ti. —Inclinándose, sopló y apagó una de las velas.

—Espera. —Raven lo agarró por el brazo—. Estamos aquí, solos; suena una música preciosa, y te deseo.

—Esa cama ha visto muchas cosas. Tiene sus propios recuerdos. Igual que las paredes.

—Pues démosles otras cosas que recordar. Cosas buenas.

William se detuvo ante ella y le tomó la cara entre las manos.

—No te he traído a Teatro para esto. Sólo quería que tuviéramos un lugar donde poder disfrutar el uno del otro.

—Pues deja que disfrute de ti.

Ella se arrodilló en la cama y empezó a desabrocharle los botones de la camisa.

Él permaneció de pie, observando divertido sus movimientos ansiosos.

—Qué interesante.

—¿El qué? —Raven le quitó los gemelos y, tras liberarlo de la camisa, la arrojó al suelo.

—Estoy acostumbrado a ser yo quien seduce.

Raven le besó el pecho, acariciándole la suave superficie con los labios. Disfrutó mucho al oír cómo él contenía la respiración cuando ella le mordisqueó la piel.

William tenía el pecho libre de vello y bien definido, igual que los

músculos del abdomen.

—¿No quieres que te toque? —Ella se detuvo sobre el espacio que ocupaba su corazón.

—Yo no he dicho eso —protestó él en voz baja.

Raven le acarició los anchos hombros y descendió hacia los bíceps, fascinada por las líneas y los contornos de sus músculos; por su fuerza tácita.

Le acarició el abdomen con suavidad, dándole un beso justo encima del ombligo.

William le enredó una mano en la larga melena oscura, dejando que el cabello se deslizara entre sus dedos.

Ella le tocó el cinturón con la mirada fija en sus ojos.

Él asintió.

A continuación, Raven le desabrochó los pantalones, empujando para hacerlos bajar por las caderas. Luego se echó hacia atrás y se sentó sobre las rodillas, tomándose un momento para admirar la uve que se formaba entre sus caderas.

William permaneció ante ella, orgullosamente desnudo. Su erección era sustancial y fuerte.

Raven alzó la vista hasta encontrar sus ojos.

—¿Nunca llevas ropa interior?

—Nunca.

Le rodeó la erección con una mano, admirando su fresca suavidad. Incluyó la espalda y, tras besarla con delicadeza, se la introdujo en la boca.

Él se enroscó su melena alrededor de la muñeca, mientras un murmullo le crecía y resonaba en el pecho.

Lo primero que Raven notó fue que su sabor era distinto al de sus otros amantes.

Su carne parecía humana, pero estaba más fría. Y la piel era más dura. Pero el sabor era... indescriptible. No era delicioso, pero, para su gusto, era preferible al sabor de los humanos.

Le dio placer con la boca. Al menos, esperaba que él estuviera disfrutando de sus atenciones.

Y, a juzgar por la fiera mirada que le dirigía, los sonidos que escapaban de sus labios y el modo en que le sujetaba el pelo, Raven pensaba que sí.

Aunque se contenía mucho.

Manténia tenso el pelo, pero no le daba tirones ni le empujaba la cabeza hacia abajo. Parecía satisfecho tal como estaba, inmóvil, dejando que ella llevara el control de su encuentro.

—Disfruto mucho con lo que me haces —susurró—, pero ahora me toca a mí.

Raven sonrió, muy orgullosa de sí misma.

William le quitó el vestido con habilidad y lo arrojó a un lado.

—Ah —exclamó al ver el corpiño sin tirantes que llevaba en vez de sujetador.

—¿No te gusta? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Me gusta mucho —le aseguró él, mirándola arriba y abajo para no perderse ni un centímetro de la tela satinada—. El negro es mi color favorito.

—No lo sabía. —Raven le guiñó el ojo.

William le apoyó la mano en el pecho, animándola a tumbarse. Le besó los senos por encima del corpiño, mientras le hundía los dedos entre las piernas.

—Me gusta lo que me haces —murmuró Raven, apretándole la muñeca.

—A mí también me gusta. —William desplazó la mano hasta su trasero, desde donde trazó la línea ascendente que formaba la tira del tanga.

Lamiéndose los labios, le dio un cuarto de vuelta y la dejó de lado, simplemente para admirarla. Le agarró las nalgas con las dos manos y apretó con ganas.

Luego deslizó el dedo a lo largo de la tira del tanga, entre sus piernas, atormentándola.

Raven volvió a tumbarse de espaldas y separó un poco los muslos.

La expresión de William al ver que ella movía las caderas al ritmo que marcaba su mano era la de un triunfador.

Sin previo aviso, retiró los dedos y le quitó el corsé. Le tomó las manos y las colocó cuidadosamente a ambos lados antes de descender sobre ella.

Tras besarla con desesperación unas cuantas veces y tirar de sus pezones con los dientes, se clavó en su interior.

Raven cerró los ojos y soltó el aire. Tenía la impresión de que iba a romperse por dentro, pero le gustaba la sensación de estar llena de él.

William se movió lentamente, besándola en la boca antes de separar sus labios para poder lamerle los pechos.

Raven alzó las caderas para salir a su encuentro, disfrutando de cada movimiento, de cada acometida.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó él mientras trazaba una línea de besos desde un extremo de la clavícula hasta el otro.

—No puedo describirlo con palabras. —Raven lo tomó de las manos y levantó la cabeza para besarlo en la frente.

Él la soltó para volver a agarrarla con fuerza por las nalgas mientras la penetraba más profundamente.

Le buscó la mirada y, por primera vez, Raven vio inseguridad en los ojos de su amante. Y también preocupación.

Le apartó el pelo de la frente.

—¿Estás bien?

—Por supuesto —respondió él con un gruñido apagado.

—Me haces sentir guapa.

—Porque lo eres. Eres noble, valiente y muy hermosa. Tu cuerpo es suave y acogedor. —William gimió como si lo estuvieran torturando—. Eres una amenaza para mi autocontrol.

—Pues déjate ir.

—No puedo —dijo él con los dientes apretados.

—Aliméntate de mí.

Él se clavó con fuerza en su interior y entonces se quedó muy quieto.

Raven sintió que el cuerpo del vampiro se tensaba e irradiaba excitación por todos los poros.

—¿Estás segura? —William le trazó la línea de una ceja, mirándola con atención.

—Quiero ofrecértelo. Quiero entregarme a ti.

Los ojos grises de William se encendieron ansiosos, pero su expresión era cautelosa.

—Puedo alimentarme en otro sitio y compartir esto sólo contigo.

—Me estoy ofreciendo a ti porque... te tengo cariño.

Él leyó en sus ojos la intensidad de sus sentimientos.

Durante un momento, estuvo tentado de rechazar su oferta, pero fue sólo

un instante.

—Esto lo cambiará todo —le advirtió—. Cuando te entregues, querrás seguir haciéndolo una y otra vez. Y, cuando yo te pruebe, no querré alimentarme de nadie más.

—Por favor.

William le dirigió una última mirada para asegurarse de su sinceridad antes de darle un beso salvaje.

—*Ignosce mihi* —susurró.

Raven percibió sus labios acercarse a su cuello fríos y seguros. Luego notó su lengua, lamiendo, saboreándola.

Finalmente sintió sus dientes, mordisqueándole la piel.

William echó las caderas hacia atrás y se impulsó hacia delante, clavándose en lo más profundo de su vientre. Tras unas cuantas embestidas rápidas y profundas, Raven sintió que caía al vacío. Se agarró con fuerza a él con brazos y piernas para no perderse.

Un agudo dolor en el cuello interrumpió el orgasmo, pero un instante más tarde el dolor fue sustituido por las agradables sensaciones que le procuraban los labios y la lengua de William al succionar.

El orgasmo aumentó de intensidad, creció y se multiplicó hasta que Raven no pudo controlarlo.

Él siguió moviéndose en su interior, cada vez más deprisa, con acometidas más y más profundas.

Raven seguía presa del orgasmo. Era una experiencia abrumadora.

Cinco embestidas después, William le soltó el cuello y le curó la herida con su refrescante lengua.

Sus miradas se cruzaron. Ella lo contempló mientras se lamía los labios. Sus ojos parecían brillar a la luz de las velas. En ningún momento había dejado de penetrarla. Sus acometidas eran rápidas. Raven se sentía tan tensa por dentro que creía que ya no podía dar más de sí.

Con un último gruñido y un nuevo empujón, sintió cómo él la llenaba con un líquido frío. Instantes después, se dejó caer sobre ella y enterró la cara en su cuello.

47

Raven flotaba en una nube, rodeada de voces celestiales. No sabía cuánto tiempo había pasado desnuda entre los torneados brazos de William.

Se sentía adormilada y extraña, como si estuviera borracha.

Él le acarició la espalda, recorriéndole la columna vertebral arriba y abajo con un dedo. Su cara mostraba una expresión de paz.

—Ahora entiendo a qué te referías —dijo ella, refugiándose en su pecho desnudo.

—¿Sobre qué?

—Sobre la adicción. Quiero volver a hacerlo contigo y quiero que vuelvas a alimentarte de mí.

Él se echó a reír y la abrazó con fuerza.

—Yo también. Pero no puedo excederme. Tenemos que controlar la cantidad de sangre que bebo y el plazo de tiempo. Hemos de comprobar cómo reacciona tu cuerpo.

—¿Es seguro?

Él la besó en la frente y le acarició la mejilla con el pulgar.

—Raven, conmigo nada es seguro. Pero te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para proporcionarte mucho placer, y nada más que placer.

Ella se arrebujó contra su pecho, tremendamente feliz.

—De hecho, cuando la ciudad esté libre de cazadores, me gustará llevarte a dar una vuelta en moto por la campiña.

Raven se echó a reír con abandono. Parecía la risa de alguien que había bebido demasiado.

—No sé si podré resistirlo. La última vez que me subí a tu moto, me mareé.

—Esta vez lo pasarás bien, ya lo verás.

Tras un nuevo abrazo y una última caricia, William la ayudó a vestirse.

Al ver que sus piernas se tambaleaban, la llevó en brazos hasta la sala principal, deteniéndose cada pocos pasos para besarla.

Así llegaron a la pista de baile. Raven lo contemplaba absolutamente maravillada.

Se sentía querida. Se sentía feliz.

Se sentía conectada a él por un lazo que era mucho más fuerte que el sexo.

La experiencia había sido distinta de todo lo que había vivido hasta ese momento. Era como si, al conectar la boca con su cuello, Raven hubiera experimentado un segundo orgasmo, mucho más intenso, simultáneamente con el primero. Sentía una satisfacción sin límites. La euforia le recorría las venas.

Había sido una experiencia extraña pero maravillosa. No veía el momento de repetirla.

Justo entonces William se detuvo, gruñó con exasperación y enseñó los dientes.

—Ah, por fin has acabado. No quería interrumpir, aunque he estado muy tentada —dijo una voz femenina desde la sala principal.

Raven volvió la cabeza y vio a la vampiresa, ataviada con un vestido de estilo renacentista color azul oscuro, sentada en uno de los sofás. Su melena de color rojo intenso le caía por la espalda. Tenía la cara pálida y perfecta, y los ojos brillantes.

Dio un trago de una bebida con aspecto extraño.

—Aoibhe. —El tono de William era autoritario—. Teatro está cerrado.

—He venido a ver qué había causado que el Príncipe se saltara el toque de queda. —Señaló a Raven con la cabeza—. Y ya he encontrado la respuesta. Hueles a sexo. ¿Quieres un poco? —le ofreció la bebida.

William agarró a Raven con más fuerza.

—Hay cazadores sueltos. Ten cuidado cuando salgas.

Aoibhe dejó el vaso en la mesa.

—Si ya has acabado con tu mascota, envíala a casa. Podemos disfrutar de lo que queda de noche. Creo que me dejé la camisola en tu alcoba el otro día.

Me gustaría recuperarla.

William maldijo entre dientes.

La mente de Raven funcionaba más despacio de lo habitual, pero seguía funcionando. Y no se le había pasado por alto el comentario de la pelirroja.

Recordaba (aunque fuera vagamente) a William diciéndole que Aoibhe era sólo una aliada. Pero el tono y el lenguaje corporal de la vampiresa indicaban que su relación con el Príncipe era mucho más íntima.

Raven se tapó los ojos con la mano, como si eso pudiera hacer desaparecer la visión de Aoibhe.

—Ya veo que tu mascota entiende el inglés —comentó ella al darse cuenta de la reacción de Raven—. Debo de haber dicho algo que la ha molestado: su pulso se ha disparado.

Sin decir nada, William cruzó la sala hasta la zona del bar y dejó a Raven delicadamente en una silla. Cogió un teléfono, marcó unos cuantos números y luego colgó.

Mientras tanto, Raven trataba de procesar lo que estaba pasando, aunque le costaba tanto pensar que era como caminar con barro hasta las rodillas.

—¿Y esto? ¿Es de tu mascota? —Aoibhe se inclinó para recoger el bastón de Raven—. Me sorprendes, señor, desperdiciando el tiempo con una tullida. Podrías estar con cualquier persona que desearas. Y, cuando digo cualquiera, quiero decir *cualquiera* —insistió, insinuándose.

—No soy una tullida. —La voz de Raven, desafiante pero firme, los sorprendió a todos, ella incluida.

Al ver que fulminaba a la vampiresa con la mirada, William se interpuso entre las dos hembras. Con los ojos fijos en Aoibhe, le dijo a Raven por encima del hombro:

—Marco viene de camino. Nos marchamos.

Ni siquiera había acabado de pronunciar la frase cuando Aoibhe lanzó el bastón como si fuera una jabalina, apuntando a la cabeza de Raven.

William lo atrapó en el aire.

Raven ni siquiera lo vio moverse. Fue como si hubiera sacado el bastón del aire, igual que un mago extrae un conejo de una chistera.

—Eso no ha sido muy inteligente por tu parte, Aoibhe. —La voz de William era engañosamente calmada—. Márchate antes de que pierda la

paciencia.

—Disculpa, señor, pero creo que esta pequeña se merece un castigo por hablarme como lo ha hecho. —Aoibhe se levantó, atusándose como un pavo real.

—Tú las has insultado primero y, al hacerlo, me has insultado a mí. ¿Qué te hace pensar que se merece un castigo? —replicó él con dureza.

—Vamos, vamos, mi amor, no discutamos. —Aoibhe le dirigió una sonrisa radiante—. Manda a tu mascota a casa y pasa la noche conmigo. Ahora que los dos nos hemos alimentado, tendremos más energía. Aunque nunca hemos pecado de falta de vigor.

Raven le dirigió una mirada acusatoria.

Aoibhe, que estaba observando la interacción entre Raven y William con curiosidad, alzó las cejas.

—Parece que tu mascota es celosa. ¿No ha aprendido cuál es su lugar?

—Ya basta —la interrumpió William, moviendo el bastón en el aire como si fuera un florete en dirección a Aoibhe—. ¿No le tienes aprecio a tu cabeza?

—Perdona si te he faltado al respeto. —La vampiresa hizo una profunda reverencia—. Es sólo que la situación me resulta... interesante.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —preguntó William secamente.

—Fui a buscarte al palazzo Riccardi: quería verte. Pero no me dejaron entrar, siguiendo tus instrucciones. Al pasar junto al callejón, capté tu aroma. —Aoibhe cerró los ojos e inhaló profundamente. Una extraña expresión le alteró el rostro.

Al ver su reacción, William se acercó a ella en actitud amenazadora.

—*Cave*, Aoibhe.

—Es ella. —La vampiresa abrió los ojos—. Es la joven que olía tan dulce; la que encontraste al lado del río. No la reconocí en el Consilium porque tenía la sangre mezclada.

A Raven se le aceleró el corazón.

—Supongo que no querrás compartirla.

La respuesta del Príncipe fue un gruñido.

—No te culpo. Es... —Aoibhe se lamió los labios— excepcional. Pensaba que la habías vaciado por completo el día que la encontraste. ¿Cómo lograste mantenerla con vida? Estaba al borde de la muerte.

La mente de Raven empezó a despejarse y notó que se le formaba un nudo en el estómago.

Al levantar la cabeza, vio que William se acercaba a ella. Le devolvió el bastón, la levantó en brazos y se dirigió hacia la salida, manteniéndola alejada del peligro.

Aoibhe siguió hablando:

—La sangre que estaba en sus venas no era tuya. Debiste de dejársela a alguien más. ¿A quién?

Al ver que él no respondía, ladeó la cabeza.

—¿Por qué el Príncipe de Florencia tiene tanto interés en salvar a una humana deliciosa pero tullida? ¿Es porque ella cree que se ha enamorado de ti?

Raven, aún protegida en los brazos de William, soltó el aire bruscamente.

Aoibhe chasqueó la lengua.

—Pobre mascota. Yo de ti la mantendría alejada de los campanarios.

William saltó en dirección a la vampiresa, gruñendo y haciendo rechinar los dientes.

Raven se aferró a su cuello por miedo a que la soltara.

Aoibhe retrocedió despacio, alejándose del furioso vampiro con las manos levantadas en señal de rendición.

—Mil perdones, mi Príncipe. Ya me voy.

Con la espalda pegada a la pared, la vampiresa se dirigió muy lentamente hacia la salida. Cuando encontró la manilla, abrió con fuerza y desapareció en el callejón.

William le gruñó con desdén a la puerta que se cerraba. Todo su cuerpo temblaba de furia. Tardó un poco en recuperar la compostura del todo.

Al salir a la calle, se dio cuenta de que Marco y el coche no habían llegado aún.

Y de que estaban rodeados.

48

Cinco hombres montaban guardia a la derecha del callejón y cinco más cerraban el acceso por la izquierda. William, Raven y Aoibhe estaban atrapados.

Los hombres eran grandes y musculados, y todos iban armados. Uno de los que estaban situados a la izquierda sujetaba la correa de un enorme pastor alemán. El perro ladraba y se encabritaba. El dueño apenas era capaz de contenerlo.

Aoibhe tenía la espalda pegada a la pared de enfrente del club. Se encaró a los intrusos enseñándoles los dientes, como un animal acorralado.

Los cazadores, que hasta ese momento tenían la atención puesta en ella, se volvieron hacia el Príncipe. Se oyeron murmullos entre los atacantes cuando se dieron cuenta de quién era.

Mientras los cazadores estaban distraídos, Aoibhe aprovechó para escalar la pared del edificio con el objeto de escapar por el tejado.

Los hombres reaccionaron gritando y avanzando hacia ella. Dos de los cazadores levantaron sus ballestas y lanzaron flechas. El fuerte zumbido resonó en la noche.

Uno de los arqueros falló el tiro, pero el otro acertó y la flecha se clavó en la espalda de la vampiresa.

Ella gritó y cayó. Su melena pelirroja la envolvió como una nube de fuego. Su vestido azul parecía la vela de un barco.

—¡Aoibhe, no! —exclamó William.

Dejó a Raven en el suelo y saltó varios metros para recoger a la vampiresa antes de que se estrellara contra el suelo.

Su cuerpo no era más que una mancha negra que el ojo humano no podía

seguir. Los arqueros no paraban de disparar flechas en dirección a la pareja desde los dos extremos del callejón.

Aparentemente, a William no le costaba esquivarlas, girando ágilmente el cuerpo mientras se posaba en el suelo con Aoibhe entre sus brazos. La vampiresa tenía los ojos muy abiertos, igual que los labios, y boqueaba como si le faltara el aire.

—¡Basta! —gritó Raven con la voz ronca, apoyándose en el bastón.

Los cazadores fijaron la atención en ella momentáneamente.

Cojeando, se apartó de la puerta de Teatro, donde se había refugiado, y se dirigió hacia el centro del callejón.

—Es alimento —dijo uno de los cazadores. Por su acento, parecía norteamericano—. Miradle el cuello.

Raven hizo caso omiso del desprecio que percibió en la voz del cazador.

—Parad. Está herida.

El cazador se echó a reír.

—De eso se trata, zorra estúpida.

El grupo animó con risas a su compañero, como si la situación fuera divertida.

Pero Raven no le veía la gracia por ninguna parte. Buscó la mirada de sus atacantes, tratando de encontrar en sus ojos algún rastro de humanidad. Pero el único que encontró fue en la expresión de William, que estaba inclinado sobre el cuerpo de Aoibhe. Su rostro se hallaba contraído en una mueca de angustia.

Sin perder de vista en ningún momento a los cazadores, que seguían manteniendo una distancia cautelosa pero hostil, William incorporó a Aoibhe. Hundió la mano en la herida de la espalda de la vampiresa, cuyo vestido azul estaba manchado de sangre negra.

—No os han atacado —dijo Raven, tratando de razonar con los hombres—. No tenéis por qué matarlos.

—Está loca. —Un tipo armado con un crucifijo y lo que parecía ser una botellita de agua la señaló.

—¡Por supuesto que está loca! —exclamó otro—. Se vuelven locas cuando se las follan. Probablemente se la han tirado los dos juntos y luego se han alimentado de ella.

—Mátala. —La orden había venido del lado izquierdo de Raven. Un hombre alto, que blandía un garrote, la señaló con la barbilla. Su mirada era dura, implacable—. No puede haber testigos.

—Raven, al suelo. ¡Ahora! —le ordenó William en italiano.

Como a cámara lenta, Raven vio cómo él arrancaba la flecha del cuerpo de Aoibhe. Esta dejó caer la cabeza hacia atrás, sin fuerzas, con los ojos abiertos y desenfocados y el cuerpo flácido.

Los arqueros apuntaron entonces hacia ella mientras el Príncipe dejaba a Aoibhe en el suelo. Luego se incorporó sujetando en la mano la flecha manchada por la sangre de la vampiresa.

—¡Demasiado tarde! —gritó Raven—. Ya tenéis testigos. Sois un escuadrón de la muerte. Habéis venido a matar seres que no os han hecho nada para vender su sangre.

—Matadla —repitió el líder—. Antes de que la oigan los vecinos.

Raven abrió los brazos y alzó la voz, hablando en italiano:

—Miradme bien. Estoy indefensa. Vais a matar a una mujer indefensa a sangre fría.

—¡Raven, al suelo!

Ella volvió a ignorar las órdenes de William y permaneció con los brazos en cruz, sin preocuparse por su seguridad.

Lo único que tenía en la cabeza era protegerlo a él y al cuerpo de la vampiresa que acababa de morir entre sus brazos.

—¡Sois unos asesinos! —gritó.

Entonces, de pronto, algo se movió en su periferia. William saltó y atrapó al vuelo una flecha a escasos centímetros de su cuerpo. Con un movimiento de muñeca, el Príncipe lanzó la flecha al cazador que la había disparado y lo alcanzó en el pecho.

El arquero cayó al suelo, muerto.

Girando para quedar al otro extremo de Raven, William arrojó la flecha que había extraído de la espalda de Aoibhe al pecho de otro de los cazadores. La ballesta se le cayó de las manos y resonó en el suelo con gran estrépito. El cazador se desplomó junto a su arma.

William empujó a Raven para que volviera a esconderse en la puerta.

—Agáchate —le ordenó.

Ella tropezó y se arañó las manos y las rodillas al chocar contra el suelo.

En ese momento, el perro logró soltarse y echó a correr hacia ellos.

William se volvió a toda velocidad.

El perro gruñó y se abalanzó sobre su pierna con la boca abierta.

William agarró al animal por el hocico y le cerró la boca con fuerza. Como si no pesara nada, levantó al perro y lo lanzó al otro extremo del callejón, donde impactó contra un cazador, que fue a parar al suelo.

El perro se incorporó y, gimoteando, se marchó callejón abajo con el rabo entre las piernas.

—Matadlo —ordenó entonces el líder señalando a William.

Tres hombres echaron a correr hacia él, levantando cruces en alto y lanzándole lo que parecía ser agua.

William se detuvo en seco y maldijo cuando el líquido le salpicó la cara.

Cerró los ojos y levantó una mano en dirección a las cruces, como si quisiera protegerse de ellas.

Raven vio que su rostro se contraía de dolor y la piel se le volvía roja, como si se hubiera quemado. Se preguntó si le habrían arrojado algún ácido.

—¡Basta! —gritó—. ¡Parad ya!

Los cazadores avanzaron lentamente. El líder iba delante, blandiendo el garrote.

Con los ojos cerrados, William alargaba las manos, como si estuviera ciego.

El líder blandió el garrote en dirección a la cabeza del Príncipe, que se secó los ojos con la manga de la camisa antes de abrirlos.

Apartó el garrote de un manotazo y saltó hacia delante hasta llegar al líder, al que agarró por la camisa. A continuación, golpeó su cabeza contra la de uno de los arqueros y ambos hombres se desplomaron sobre el suelo con los ojos cerrados.

Raven no podía afirmar que estuvieran muertos.

William saltó hacia delante y repitió el ataque con dos hombres más, esquivando las cruces y las botellas vacías.

Al ver que el vampiro no se detenía a pesar del agua bendita ni de las cruces, tres de los cazadores subieron en sus motos y se marcharon de allí.

William se dirigió lentamente hacia el único que quedaba.

El tipo sacó lo que parecía ser sal y dibujó un círculo alrededor de los pies del Príncipe. Y observó horrorizado cómo, inmune a la sal, el vampiro avanzaba hasta él, le agarraba la cabeza con ambas manos y le rompía el cuello con un ruido nauseabundo.

William se libró del cuerpo tirándolo al suelo con desprecio.

Acto seguido, examinó la escena con serenidad, volviendo a secarse la cara con la manga. Había cuerpos esparcidos por todo el callejón y varios charcos de sangre por el suelo.

Buscó a Aoibhe con la mirada y, al ver que continuaba inmóvil en el mismo sitio, maldijo en inglés antiguo.

Siguió con la mirada el lugar por donde habían desaparecido los motoristas. Y se volvió hacia Raven, que estaba encogida junto a la puerta.

—Has tratado de salvarme —le dijo maravillado—. Has arriesgado tu vida. Podrían haberte disparado.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—No podría haber soportado ver cómo te mataban.

William le dirigió una mirada furiosa.

—No vuelvas a hacer eso nunca más, ¿lo entiendes? Mi muerte debe ser la menor de tus preocupaciones.

Al ver que no respondía, él se le aproximó. Le apoyó las manos en los hombros, manchándole la piel y el vestido con la sangre de Aoibhe.

—¿Me has entendido?

—Sí —logró decir ella, conteniendo las lágrimas.

William la soltó como si se hubiera quemado.

—Tengo que ir tras ellos. Han visto lo que he hecho y sólo es cuestión de tiempo antes de que llegue todo a oídos de la Curia. No puedo permitirlo.

Antes de que ella pudiera preguntarle qué era la Curia, el Príncipe salió del callejón corriendo tras los motoristas.

Raven se cubrió la boca con la mano e hizo un gran esfuerzo por no vomitar.

49

Raven recorrió el dormitorio de William arriba y abajo hasta que el cansancio la obligó a sentarse. Había sido una tarde llena de revelaciones.

Había descubierto que había humanos que se ofrecían voluntariamente a los vampiros en el club. Y, aunque le parecía un comportamiento patológico, se guardó mucho de juzgar a nadie después de haberse entregado a William.

Él se había alimentado de su sangre y ella lo había disfrutado. Incluso ahora, de pie en su dormitorio, al acariciarse la herida del cuello, echó de menos la experiencia. Había sido una sensación de éxtasis tan sensual que sabía que lo dejaría repetir una y otra vez, probablemente sin límites.

Sus propios deseos la perturbaban.

Sobre el diván había dos esbozos creados por ella. El que había hecho de William, dibujándolo de memoria, y el de Allegra caracterizada de segunda Gracia. Supuso que William los había puesto allí.

Vistos así, uno al lado del otro, no podía negarse que hacían buena pareja. Pero él no la amaba y ella se había sentido tan horrorizada al enterarse de que él era un vampiro que se había suicidado.

Raven pensó en lo alto que era el campanario de Giotto y se estremeció, sobrecogida.

Aoibhe era conocedora de la historia, porque había mencionado a Allegra, aunque fuera de manera indirecta. Pero ahora era la propia vampiresa la que estaba muerta.

A Raven no le dolía su muerte, pero sí estaba afectada por el hecho de haberla visto fallecer. Le habían dado caza, la habían acorralado, matado, y habían dejado su cuerpo tirado en un callejón.

Si se reclamaba que se tratara a los animales con respeto, ¿por qué no

otorgar el mismo tratamiento a un vampiro? Los vampiros eran una especie animal, igual que los seres humanos. Sentían y padecían.

Cogió una manta de la cama y se cubrió con ella como si fuera un sudario. Ya había habido demasiada muerte esa noche. Demasiados cuerpos, sangre y asesinatos sin sentido.

William había masacrado a los cazadores.

Si Raven había albergado alguna duda sobre su fuerza o sus habilidades, ya no le quedaba ninguna. Era peligroso, letal, y matar no le provocaba ningún tipo de remordimiento. Se estremeció al pensar que pudiera desatar su furia silenciosa sobre los Emerson.

Ella habría preferido que dejara a los cazadores inconscientes o que los esquivara, en vez de matarlos. Pero reconocía que probablemente esos hombres no hubieran hecho caso si les hubiera sugerido que se marchasen de la ciudad y no volvieran. Habían ido a matar vampiros a Florencia buscando su sangre y se habían pertrechado con un armamento mortal, como si de un ejército invasor se tratara.

William se había defendido y había defendido a los suyos: a Raven, a Aoibhe, al resto de los vampiros. Sin duda, la suya había sido una actuación justa.

Y seguía por las calles, probablemente huyendo de sus perseguidores.

Cuando se había ido callejón abajo, Marco había aparecido con el coche; su cara, siempre tan imperturbable, visiblemente alterada. Tras salir del Mercedes, estuvo unos minutos al teléfono.

Marco había ayudado a Raven a entrar en el coche y se la había llevado a toda velocidad a la villa, donde Ambrogio y Lucia le habían ofrecido comida y bebida. Además, habían insistido en que se tomara un suplemento de hierro.

Raven seguía estando en *shock*. Aunque debería haber rechazado la píldora, no lo hizo y se la tragó con la ayuda de un vaso de agua.

No le causó ningún efecto perceptible. Tal vez sí que fuera un suplemento de hierro.

Luego se había dado la ducha caliente más larga de su vida para quitarse de encima la sangre de Aoibhe. Aunque por desgracia el agua también se llevó todo rastro de aroma de William, y la evidencia de su orgasmo.

Retiró los bocetos del diván para tumbarse en él, hecha un ovillo.

No fue capaz de hacerlo en la cama de William; la que había compartido con Aoibhe. Tal vez si abriera el armario encontraría la camisola que ella había mencionado.

No se atrevió a hacerlo.

Probó a cerrar los ojos, pero lo único que veía a su alrededor era muerte. Muerte y una vampiresa pelirroja.

Aoibhe no era sólo una aliada de William. Era su amante. Había estado en su cama pocos días antes.

Raven se sentía traicionada. Pensar en los dos seres sobrenaturales juntos la entristecía y le revolvió el estómago.

Hacía mucho tiempo que no experimentaba la traición de un amante. No había vuelto a tener novio después de aquello. Él creía que Raven no estaba a su altura y se lo había hecho saber. Hizo que se sintiera fea, gorda y tullida.

Y Raven había decidido no volver a sentirse así.

Su primer novio, con el que había perdido la virginidad, era majo, pero era algo así como el color beige: soso y nada memorable. Tras un año, rompieron la relación.

William había aportado colores a su mundo, aunque estos fueran el negro y el rojo. Y le gustaba su cuerpo. Al completo. No quería cambiarla.

Había despertado su organismo, su mente, sus sentimientos. Pero, al parecer, había hecho lo mismo con Aoibhe, horas después de acostarse con ella.

Lo que significaba que sus actos y sus palabras no eran más que mentiras.

Le había hecho creer que era hermosa, pero, cuando le había apetecido, se había acostado con una criatura bella de verdad. Y, a juzgar por la expresión de dolor que había visto en su rostro en el callejón, la quería de verdad.

Raven estuvo tentada de dejar la pulsera en la mesilla de noche y marcharse por la puerta de atrás. Pero estaba demasiado cansada y alterada emocionalmente para moverse.

Sólo entonces, cubriéndose la boca con la mano, se permitió llorar.

50

William no regresó.

Raven se despertó varias veces, deseando y temiendo a la vez verlo allí, pero no apareció.

Era domingo. Lucia había preparado un desayuno muy completo, pero ella sólo picoteó un poco. Aceptó el café y el zumo de naranja y bebió mientras pensaba en lo que le diría a William cuando regresara.

Ambrogio la informó de que su alteza estaba bien pero muy ocupado con asuntos importantes. Le hizo llegar su deseo de que Raven se instalara y se sintiera como en casa, pero no dijo nada acerca de cuándo pensaba volver.

Raven pasó el día con Lucia, examinando algunas de las piezas más modestas de la colección del Príncipe, anotando qué partes necesitarían ser restauradas.

Al atardecer, él todavía no había regresado.

Llegados a ese punto, Raven comenzó a ponerse nerviosa. Quería volver a su casa, pero Ambrogio le sugirió que estaría más segura en la villa.

Ella sabía que, aunque lo presentara como una sugerencia, en realidad estaba haciendo cumplir las órdenes de su alteza. Y, aunque le daba rabia, no tenía una opción mejor. Probablemente siguiera habiendo cazadores sueltos por la ciudad. Al menos tres. Tal vez más. Si salía a la calle, podían reconocerla. Era mejor no arriesgarse.

Raven pidió que la cambiaran de habitación a una de invitados, pero Lucia se negó, diciendo que su alteza deseaba que estuviera en la suya propia.

No tenía fuerzas para discutir con ella, así que, una vez más, se hizo un ovillo en el diván para pasar la noche.

Justo antes de que amaneciera el lunes por la mañana, se despertó cuando

William entró en la habitación.

Estaba junto al armario, desvestiéndose con movimientos lentos, tratando de no hacer ruido.

—Sé que estás despierta. Tu respiración ha cambiado. —Tras dejar la ropa sucia en una cesta, se acercó a ella desnudo.

Raven se permitió el lujo de contemplarlo, a pesar de que la visión le hacía tener ganas de llorar.

—¿Dónde estabas?

William se secó la boca con el dorso de la mano.

—Cazando cazadores. Por suerte, los he atrapado a todos. Espero que no hubieran tenido tiempo de informar a la Curia. La ciudad está libre de cazadores, al menos de momento. ¿Por qué estás durmiendo ahí?

Ella se sentó, cogió la manta y se la ofreció a William.

—Tenemos que hablar.

Él apretó los dientes.

—¿No podemos esperar? Todavía estoy débil después del ataque. Y no veía el momento de llegar para poder tenerte entre mis brazos.

—Al menos, tápate.

William maldijo en voz baja, pero hizo lo que le pedía.

La expresión de Raven se suavizó cuando lo miró a la cara.

—¿Estás bien?

La piel de su rostro seguía enrojecida, como si hubiera sufrido quemaduras.

Él apartó la cara.

—Se curará.

—Pensaba que, al ser resistente a las reliquias, también lo serías al agua bendita.

Él se señaló la cara.

—Lo que ves no es nada. Si se la hubieran arrojado a Aoibhe, le habría corroído la carne.

—Y ¿por qué es distinto contigo?

William frunció el ceño, molesto.

—¿No podemos descansar? Han sido unos días duros.

—Me has preguntado por qué no estaba en tu cama. Es por ella.

—Y ¿qué demonios tiene que ver ella con todo esto?

—Dijo que había dormido aquí. Que se había dejado la camisola.

William pareció confundido hasta que recordó a qué se refería Raven y cambió la expresión de su rostro perfecto.

—Nunca ha venido a visitarme aquí. Esta villa repele a los vampiros. Me visitó en mi otra residencia, en el palazzo Riccardi.

Raven maldijo en voz baja.

—Y ¿se supone que eso debería hacerme sentir mejor? Me dijiste que Aoibhe sólo era tu aliada.

—Lo es.

—Me mentiste.

—No lo hice. Es ambiciosa y manipuladora, pero es mi aliada. Lo ha sido durante mucho tiempo. No me fío de ella, pero es lo más parecido a un amigo que tengo en el Consilium. Necesito su apoyo cuando trato con ese nido de culebras.

—¿Apoyo? —se burló Raven—. Te acostaste con ella.

William alzó la barbilla.

—No lo niego.

—Te has acostado con ella y conmigo al mismo tiempo, cabrón arrogante. —Raven se levantó del diván.

—No es verdad. —William se plantó las manos en las caderas.

—Dijo que se había dejado la camisola en tu habitación hace unos días.

—El concepto del tiempo de Aoibhe es un tanto... flexible.

—¿Esa es tu defensa? —Raven levantó la voz—. ¿Que el tiempo es flexible?

—No he vuelto a acostarme con ella desde que estoy contigo. Te doy mi palabra.

—¿Por qué tendría que creerte? Me dijiste que era tu aliada. No mencionaste que te acostabas con ella. Eso es una mentira por omisión.

William abrió mucho los ojos, a medida que su enfado iba en aumento.

—Eres una profecía autocumplida.

—¿A qué te refieres?

—Dices que ningún hombre se interesa por ti, pero cuando uno lo hace (y te desea tanto que arriesga todo por lo que tanto ha luchado) te convences de

que es un mentiroso.

Raven dio unos cuantos pasos, tambaleándose. Iba vestida con un camisón negro largo.

—¿Qué estás arriesgando? Dímelo.

—No puedo. —La mirada de William se volvió cautelosa.

—Por Dios, habla. Por favor —le rogó.

Él enderezó la espalda.

—Hay algunos secretos que no puedo revelar.

—¿Por qué no? ¿Te he traicionado alguna vez? ¿Te he hecho daño?

William negó con la cabeza.

—Entonces ¿por qué no quieres contármelo?

—Ahora no, Raven.

Ella alzó los brazos con frustración.

—Eres como una ciudad amurallada. No sé cómo llegar a tu interior. Ni siquiera conozco tu nombre auténtico ni sé cuándo naciste.

—William es mi nombre auténtico.

Raven volvió a levantar los brazos.

—Tienes amantes secretas como Aoibhe. Sé que te alimentas de humanos, pero me ocultas a tus amantes. ¿Cómo sé que no tienes muchas más escondidas por ahí?

William dio un paso hacia ella con actitud amenazadora.

—Lo que comparto contigo en la cama no lo comparto con nadie más.

—Y ¿por qué debería creerlo si eres un saco de secretos?

—Los secretos que guardo son para preservar mi seguridad y la tuya. Si alguien se enterara de las cosas que te he contado, estarías en peligro. Te utilizarían para llegar hasta mí.

—Ya corro peligro. Estar contigo me pone en peligro.

—Sin duda. Por eso debes dejar que todos piensen que no eres más que una mascota. Estoy seguro de que hay un grupo de traidores en el principado. Y también estoy seguro de que Aoibhe no forma parte de ese grupo. Por eso necesito su ayuda.

Raven frunció el ceño.

—¿La necesitas o la necesitabas?

William alargó la mano hacia ella.

—Tengo que explicarte algo. Ella...

Raven dio un paso atrás, huyendo de su contacto.

—¿Está viva?

—Los cazadores le dispararon una flecha envenenada, pero no la alcanzaron en el corazón. Pude arrancar la flecha y su cuerpo se ha regenerado. Además, le di un poco de sangre de mi bodega privada.

—Pensaba que había muerto.

—De no ser por nosotros, habría muerto. Tú le salvaste la vida igual que yo, Raven. Al distraer a los cazadores, su cuerpo tuvo tiempo para regenerarse. Y ella también lo sabe.

—Pues dile que me envíe una tarjeta de agradecimiento —replicó sarcástica.

William adoptó un tono de voz conciliador.

—No creo que los cazadores estuvieran allí por casualidad. Creo que alguien del principado los informó de nuestra ubicación.

—¿Quién?

—Todavía no lo he descubierto.

—Entonces podría ser Aoibhe.

—Si hubiera hecho un pacto con los cazadores, la habrían dejado escapar.

—No necesariamente. —Raven lo buscó con la mirada—. ¿La amas?

William puso cara de asco.

—Claro que no. La última vez que la vi en privado, discutimos. Le dije que saliera del palazzo Riccardi y que no volviera jamás. Y eso fue mucho antes de que te trajera a mi casa en moto.

—Pero confías en ella.

—Ella es el menor de un sinfín de males.

Raven lo miró preocupada.

William la observó con cautela. Sabía que estaba dolida. Lo notaba en su pulso y en su respiración; lo veía en su cara, olía su ansiedad. Pero no tenía ni idea de cómo tranquilizarla.

La verdad era que su reacción lo había tomado completamente por sorpresa. No tenía la experiencia emocional necesaria para reaccionar bien en una situación como esa.

Así que se quedó quieto, observándola.

Raven esperó a que llegara algo, una palabra o una caricia, pero nada se materializó. Empezó a sentir los helados dedos de la desesperación aferrándose a su corazón.

—Sé lo que sentí cuando te dispararon —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Pensaba que iban a matarte.

—Cassita —susurró él, abrazándola.

Las lágrimas de Raven le mojaron el pecho mientras ella sollozaba, temblorosa.

—Eres la persona más valiente que conozco —le dijo con la voz entrecortada, y la abrazó con más fuerza, como si acabara de darse cuenta de lo que significaba su sacrificio.

»Soy un vampiro desde 1274, y ningún ser humano me había ayudado desde entonces. Has visto al monstruo que hay en mí y no has deseado matarme para borrar me de tu memoria. Me honras y me asombras.

Le acarició el pelo con delicadeza, plantándole uno y mil besos en la coronilla.

Al final, fue ella quien lo apartó de un empujón.

Él la miró confundido.

—¿Cassita?

—Ya, te honro, pero no confías en mí.

—Acabo de confiarte mi edad. Creo que la auténtica cuestión aquí es saber si tú confiarás alguna vez en mí —replicó él frunciendo el ceño.

—Estoy aquí, William, rogándote que compartas conmigo lo que quieras contarme. Quiero conocerte.

Él cerró los labios con fuerza y le dirigió una mirada escrutadora, pero no dijo nada.

Raven alzó la cara temblorosa.

—¿Tú me quieres?

William dio un paso adelante, pero ella lo detuvo levantando la mano.

—Respóndeme.

Él habló despacio, pacientemente.

—Los vampiros no somos capaces de amar. Cuando se nos arrebatara la humanidad, se nos despoja también de ese sentimiento. Como ya te he dicho, eres importante para mí. Te aprecio. Siento afecto, pasión y respeto por ti.

Raven se secó los ojos con la mano y le dio la espalda.

—Yo te amo, William.

Él se quedó paralizado.

—Me sentí atraída por ti casi desde el principio. Despertaste sentimientos en mí que llevaban mucho tiempo dormidos. Pronto comencé a sentir cosas muy profundas. Por eso me ofrecí a ti. Quería saber hasta dónde podía llegar nuestra conexión. Cuando pensé que iba a perderte, me di cuenta de que te quiero.

William avanzó hacia ella como si quisiera abrazarla, pero Raven se resistió.

—Durante mucho tiempo pensé que el amor no estaba hecho para mí. Los hombres apenas se fijaban en mí por mi físico. Y los que lo hacían se limitaban a ser mis amigos. Pero tú lo cambiaste todo. Y empecé a creer que alguien podría amarme y que yo podría devolverle ese amor. Sentí esperanza, William. Tú me la diste.

—Ven aquí.

—¡No soy una tullida! —exclamó ella con rabia—. ¡Y no soy una mascota!

—Claro que no —la tranquilizó William con su voz más calmada—. Eres mi Raven.

—¿No lo entiendes? Si lo único que sientes por mí es afecto, para ti no soy más que una mascota.

—No es verdad.

—¿Ah, no? —Raven se secó los ojos—. Sientes algo por mí, pero no es amor. Ya me has dicho que nunca podrás amarme. Lo único que sentirás por mí es el afecto que uno puede sentir por un amigo, o tal vez por un animal al que ves sufriendo y por el que sientes lástima.

—No pongas en mi boca palabras que yo no he dicho. —Los ojos de William centellearon—. No me das lástima.

—Tal vez no. Pero en tu mundo nunca seré nada más que una mascota. Una mascota con la que ni siquiera compartes tu nombre auténtico. Tal vez no sea tan hermosa como Aoibhe, ni tenga las piernas tan bonitas como otras mujeres, pero me merezco amor.

William le dirigió una mirada cargada de confusión y preocupación.

—Podría pasar a tu lado todos los días de mi vida —añadió Raven en voz baja—, pero sería muy desgraciada. Tal vez sea verdad que no puedes amar a nadie, o tal vez sea que no me amas a mí. Siempre me estaría preguntando si ese día sería el día en que decidieras que prefieres a otra y me echaras de tu vida.

—Eso no va a pasar —protestó el Príncipe.

—No puedes asegurarlo. No puedes predecir el futuro. Pero yo sí puedo saber lo que me deparará el destino porque me conozco. Si me quedo contigo, deberé renunciar a la esperanza de encontrar a alguien que me ame. Tendría que convivir con tus secretos y con mis miedos, y al final acabaría perdiendo la esperanza.

»Si me quedara contigo, William, matarías mi esperanza. —Dos lágrimas se deslizaron por las mejillas de ella—. Y no lo permitiré.

—Raven —dijo él con la voz ronca—, si pudiera amar a alguien, sería a ti.

Ella cerró los ojos.

—Dices que me quieres y, sin embargo, eres tú la que me abandonas.

—Tengo que hacerlo.

El Príncipe recorrió la habitación de punta a punta con los puños apretados.

—Estás confundida. Dices que me dejas por amor, pero en realidad me abandonas por ser como soy. Por ser lo que soy.

Ella abrió mucho los ojos.

—Eso no es verdad.

—La leyenda tiene razón. Psique no hace caso de los consejos de Cupido y ambos acaban heridos.

—¿Me advertiste de que no me enamorara de ti? —le reprochó Raven.

—Te conté la historia de Allegra. Debería haberte servido de advertencia.

—No pienso tirarme desde lo alto de un campanario, William. Lo único que estoy tirando por la borda es mi corazón, por si acaso tú lo quieres.

—Lo quiero —replicó él entre dientes—. Te quiero a ti. Te convertiré en mi consorte. Serás la princesa de mi gente. Te cubriré de regalos. Te daré todo lo que desees.

Ella le dirigió una mirada hueca.

—Tu amor habría sido el mejor regalo.

William no supo qué más decir. Miró a su alrededor buscando algo que pudiera hacerla cambiar de opinión.

—Te quiero. ¿No te quedó claro tras nuestra noche en Teatro?

—Sí, me hiciste el amor con el cuerpo —Raven lo miró con tristeza—, pero no con el corazón.

—El corazón forma parte de mi cuerpo —susurró él.

—Entonces, ámame.

William la miró a los ojos antes de dar media vuelta y dirigirse al armario, de donde sacó un montón de ropa.

—Si quieres irte, márchate. Pero que te quede clara una cosa. —Se dirigió hacia la puerta—. Eres tú la que está poniendo fin a lo que teníamos. No es Aoibhe ni ninguna otra mujer. Y, desde luego, no soy yo.

Abrió la puerta y salió al pasillo, desde donde dio un portazo que hizo temblar los cuadros y las lámparas de pared.

Raven se sentó en el diván y hundió la cara entre las manos.

Menos de media hora más tarde, Marco la llevaba a casa en coche. Había dejado los bocetos sobre la cama y la pulsera en la mesilla de noche de William.

51

Raven sufrió en silencio, en la soledad de su hogar.

Habría sido muy incómodo tener que confesar en el trabajo el motivo de su dolor. ¿Cómo explicar que su universo se había expandido durante un breve período de tiempo; que había conocido lo que era la pasión y el afecto; que se había enamorado y que, a continuación, había descubierto que su amor no podía corresponder esos sentimientos?

Trató de consolarse pensando que, hacía poco, creía que el amor no era para ella. Ahora, en cambio, tenía la esperanza de volver a encontrarlo algún día. Aunque nunca llegaran a hacerse realidad, seguía teniendo proyectos.

Probó a escuchar un poco de música.

La primera vez que la canción *White Blank Page*, de Mumford & Sons, sonó en su portátil, la apagó. Pero luego la escuchó varias veces seguidas.

Y mientras la escuchaba llegó a la conclusión de que William se equivocaba en su concepción de la naturaleza de la adicción, sobre todo unida a la experiencia de alimentarse.

Raven deseaba volver a vivir esa experiencia. Lo deseaba a él. Pero ese deseo, sexual aunque no exclusivamente, no era suficiente para hacerle perder la razón. No era suficiente para hacer que renunciara a la esperanza y volviera arrastrándose a él.

Lo tomó como una señal de que era más fuerte de lo que pensaba.

Se volcó en el trabajo, ofreciéndose voluntaria al profesor Urbano para hacer horas extra. También hizo alguna excursión de un día con Patrick y Gina. Visitaron Lucca, Siena y Pisa.

Algunas noches tenía la sensación de que una oscura figura se movía entre las sombras de la calle. Otras, se despertaba convencida de que había

estado en su apartamento mientras ella dormía.

—Eres la sombra pegada a mi pared —le susurró a la oscuridad una noche.

Pero la oscuridad nunca respondía.

No volvió a haber noticias sobre cazadores, cadáveres encontrados en callejones o junto al río. Al parecer, el principado había ganado la batalla en esa ocasión.

A Raven la tranquilizaba pensar que el Príncipe estaba a salvo. Pero, más allá de su seguridad, no se permitía pensar en él.

En vez de eso, se centró en el trabajo, en sus amigos y en llevar flores al lugar favorito de Angelo junto al ponte Santa Trinita, esperando que la muerte le hubiera dado la paz.

52

El Príncipe estaba en lo alto de la torre del palazzo Vecchio, contemplando a sus pies la galería de los Uffizi. Los turistas y los florentinos se congregaban frente al museo, caminando de la mano o charlando unos con otros. Se oía música en la distancia, y unas cuantas parejas bailaban en la piazza della Signoria.

Tras recorrer con la vista todas las figuras, su mirada se ensombreció cuando no encontró la que estaba buscando. Intentó convencerse de que su nostalgia era temporal, resultado del sexo y el placer compartidos. Pero ni siquiera el empleo de la racionalidad más fría y rigurosa lograba persuadirlo de que el paso de Raven por su vida no lo había cambiado.

—Estás muy melancólico. —La voz de Aoibhe sonó a su lado.

Su aroma le había llegado un par de segundos antes que su voz. A pesar de la avanzada edad y de las habilidades de Aoibhe, la había oído posarse en el tejado de la torre. No se había vuelto para mirar porque estaba seguro de su lealtad, especialmente después de haberle salvado la vida.

—Yo nunca estoy melancólico —replicó él con frialdad mientras seguía buscando en vano.

—Entonces ¿por qué estás aquí arriba, fulminando a todo el mundo con la mirada? La noche es nuestra. Podemos alimentarnos y divertirnos con quien queramos. Incluso con alguien tan aburrido como tú —dijo Aoibhe, tomándole el pelo con cariño—. Por lo que he oído, la policía ha cerrado la investigación. No tienen pruebas, y la lista de sospechosos no hace más que reducirse. Deberías estar contento.

—No sabes lo que dices. —Él echó un último vistazo a la plaza antes de volverse hacia ella.

—Vamos, mi Príncipe. Aunque nunca he visto tu vasta colección de arte, he oído rumores. Lo que no entiendo es por qué has decidido robar en los Uffizi ahora. Que yo sepa, ya adquiriste las joyas del Renacimiento mientras Niccolò y tú disfrutabais de la compañía de los Medici.

William resopló.

—Nos movimos en los mismos círculos durante una temporada. La relación de Niccolò con ellos era más bien tensa.

—Eso he oído. ¿Crees que escribió *El príncipe* pensando en ti?

William le dirigió una mirada desinteresada antes de volver a controlar el espacio cercano a la galería. Vio a una pareja de amantes sentados en las escaleras de la *loggia*, besándose apasionadamente.

—¿Dónde está la mascota del Príncipe esta noche?

—Por ahí —refunfuñó él.

—Me sorprende que la hayas perdido de vista después de ver cómo estabas con ella en Teatro.

William abrió la boca para protestar, pero Aoibhe lo interrumpió.

—No te molestes en mentir. Casi parece que estés enamorado de ella.

—¿Amor? —se burló él—. ¿Acaso no conoces a los de nuestra especie?

—Ah, mi Príncipe. Te conozco demasiado. —Se acercó para acariciarle la cara.

Él la esquivó.

—¿Qué sabes tú del amor?

—Bastante poco. He tratado de olvidar mi existencia humana. Así, la inmortalidad es mucho más llevadera. Pero había un muchacho... —Aoibhe sonrió con la mirada perdida—. Después de que aquel señor inglés me violara, el chico no quiso volver a saber nada de mí.

—¿Eso es todo lo que puedes decir del amor? —William se dirigió a las almenas, donde apoyó las manos.

—Tal vez no me amara. O tal vez la fealdad de la violación matase su amor por mí. Yo era joven, no sabía resolver los misterios del amor.

Ella ladeó la cabeza y contempló al Príncipe pensativa.

—Podría decirse que tú y yo hemos compartido amor también. Nuestras noches juntos eran muy placenteras. Yo no necesito más amor que ese.

—No es suficiente —musitó él, apoyándose en las almenas.

Aoibhe se colocó a su lado y siguió la dirección de su mirada, fija en la pareja que se besaba en la *loggia*.

—El amor del que tú hablas es peligroso. Te vuelve vulnerable.

Cuando se convenció de que la mujer no era Raven, el Príncipe apartó la mirada de la pareja.

—Todos somos vulnerables de un modo u otro —replicó.

—Pues ya podrías ser vulnerable a mí y nombrarme tu consorte.

William gruñó.

—Ya te dije lo que pensaba de eso, Aoibhe.

—Sí, pero las circunstancias han cambiado. Ambos sabemos que hay quien quiere ocupar tu lugar.

—¿Quiénes son? —El Príncipe la acorraló contra las almenas.

Ella lo miró asustada.

—Te lo diría si lo supiera. Te lo juro. Creo que sabes que tengo debilidad por ti, mi señor. Te debo la vida. Yo siempre pago mis deudas, lo que significa que soy tu aliada, al menos hasta que te haya pagado lo que te debo.

—Te agradezco tu fidelidad. —William asintió secamente.

—Sospecho que los traidores están entre nosotros; que son inteligentes y hábiles, aunque no necesariamente poderosos. Han estado manipulando a otros para que hagan las cosas que ellos no pueden hacer. Por ejemplo, han conspirado con Venecia para que te asesinaran. Han usado a los salvajes para abrir brechas en las fronteras. Has ejecutado a Ibarra, lo que probablemente formara parte de sus planes.

—¿Estás segura de que Ibarra no era uno de ellos? Nunca había descuidado sus responsabilidades hasta ese momento.

—Precisamente. Me acosté con él y lo interrogué aprovechando la intimidad del momento. Te era leal.

—Y entonces ¿por qué no te opusiste a su ejecución?

—Le tengo cariño a mi cabeza, mi Príncipe. Me gustaría conservarla.

William se relajó un poco.

—Te agradezco cualquier información que puedas darme, Aoibhe, ahora o en el futuro.

—Haré averiguaciones, discretamente, y te informaré de lo que descubra. Creo que está claro que alguien ha estado pasando información a los

cazadores.

—No compartas lo que descubras con nadie más. No sabemos cuántos están implicados.

—Por supuesto. Sospecho de Max, pero él no es lo bastante inteligente como para ser el cabecilla del complot. Es posible que los venecianos se pusieran en contacto con él, aunque lo dudo. —Apoyó la mano en la manga del Príncipe—. Tal vez tengas algún punto débil, pero la verdad es que son pocos. Te vi luchando contra los cazadores. Sus armas no te afectan.

Él le dirigió una sonrisa ladeada.

—Creo que en ese momento tenías los sentidos algo alterados.

—Estaba inmovilizada, no inconsciente. —Aoibhe le sostuvo la mirada, provocándolo a contradecirla—. Nunca subestimo a los demás. Hace mucho que te conozco y nunca te he subestimado.

Él le dirigió una de sus mejores sonrisas, de las destinadas a desarmar a quien la recibiera.

—Soy uno de los antiguos, Aoibhe. Ya lo sabes.

Ella negó con la cabeza.

—He conocido a otros antiguos. Fui la amante de uno en París antes de venir aquí. Y él no hacía las cosas que tú haces. Nadie puede hacerlas. ¿Por qué iba un vampiro tan poderoso a conformarse con la ciudad de Florencia pudiendo gobernar Europa, o tal vez las Américas?

El Príncipe se soltó.

—Quizá porque no soy tan poderoso como crees.

Aoibhe lo miró con admiración.

—Un viejo truco de los Medici: aparentar ser humildes delante de la gente para no despertar su envidia o su enfado.

Él sacudió la mano, quitándole importancia a su comentario.

—El mal tiene su propia lógica.

—Todavía tengo que conocer a un malhechor que se preocupe tanto como tú por proteger a los inocentes.

—Es puro pragmatismo. Aprendimos la lección durante la peste negra. Si nos alimentamos de niños, nos quedamos sin fuente de alimento.

—El mal no se preocupa de esas cosas, y ambos lo sabemos. —Aoibhe miró por encima del hombro y se estremeció—. Además, no me estaba

refiriendo a ese tipo de inocentes. Ya que esta noche no te acompaña tu mascota, ¿por qué no vienes a mi casa? Se te ve cansado y necesitado de distracción.

—Nunca volveré a tu cama —refunfuñó él.

—Como quieras. —Aoibhe se echó el pelo hacia atrás—. Ya sabes dónde encontrarme cuando te sientas solo. Y, mientras estás melancólico, deberías reflexionar sobre la historia de Faustus, el príncipe de Cerdeña. Nombró consorte a su mascota y su principado se levantó contra él y lo derrocó. Lo entregaron a la Curia.

—No tengo ninguna intención de adquirir una consorte, Aoibhe. Harías bien en recordarlo.

—No creo que me dejes olvidarlo.

Con una profunda reverencia, Aoibhe se despidió y bajó de un salto a la calle que daba a la parte trasera del palazzo. Luego desapareció entre las sombras.

El Príncipe apretó y aflojó varias veces los puños antes de soltar un grito de frustración en dirección a los cielos.

53

Los días se convirtieron en semanas. Pronto llegó julio y Gina empezó a hacer planes para dar una fiesta de cumpleaños en honor a Raven.

—¿A quién vamos a invitar?

Las dos chicas estaban sentadas en la *loggia*, cerca de los Uffizi, durante la pausa para comer. Gina tenía el bolígrafo en el aire, esperando sobre un bloc de notas.

—A Patrick y a ti, por supuesto.

—¿Algún amigo del laboratorio de restauración?

Raven sonrió.

—El profesor Urbano, no. No creo que se apunte. A todos los demás los podemos invitar.

—¿A Anja también?

Ella suspiró.

—No fue culpa suya. Estuve ausente una semana y la eligieron a ella para sustituirme. Sí, claro, invítala.

—¿Alguien más? ¿Invito a Bruno?

—En realidad, no somos tan amigos. Y su abuela me dijo que había empezado a salir con alguien.

Gina apretó el brazo de Raven en señal de solidaridad.

—¿No hay nadie más? ¿Nadie especial?

Raven hizo caso omiso de las implicaciones de la pregunta y apartó a William de la mente.

—Mi hermana y su novio iban a venir de visita, pero lo han pospuesto. Se lo diría a mi vecina, la abuela de Bruno, pero le están dando quimioterapia y no creo que le apetezca.

—Me gustaría invitar a mi primo Roberto —dijo Gina en tono dubitativo.

—Claro. —Raven echó un vistazo a la lista de invitados.

—Creo que os llevaríais bien. Estudia literatura en la universidad. Es muy guapo. —Gina hizo una pausa—. Y es ciego.

Raven movió los pies en el escalón, sintiéndose muy incómoda.

—¿Te parece bien que te lo presente? —preguntó Gina, observando atentamente la reacción de su amiga.

Ella se encogió de hombros.

—Sí, claro. No quiero una relación estable en estos momentos, pero me encantará conocerlo.

—Sé que a él le haría mucha ilusión conocerte. —Cambiano de tema, Gina le preguntó por el menú.

Raven le dio respuestas educadas pero distantes, ya que su mente seguía dándole vueltas al subtexto de la conversación de Gina sobre su primo.

Más tarde, cuando la pausa para comer hubo acabado y Raven recorría los largos pasillos de los Uffizi, tuvo tiempo para reflexionar sobre el comentario de su amiga.

Tal vez no hubiera sido muy caritativo por su parte dar por hecho que Gina trataba de emparejarlos porque su primo era ciego y ella caminaba ayudándose con un bastón. Sin embargo, Raven no podía quitarse de encima la sensación de que ella, como muchas otras personas, asumía que los discapacitados debían emparejarse con otros discapacitados. Como si la minusvalía definiera la totalidad de la existencia de alguien. Como si las personas que no tenían una discapacidad —visible— no pudieran estar interesadas en un discapacitado.

La idea la ponía de muy mal humor.

Mientras le daba vueltas al tema, sintió que algo en la primera planta la llamaba. Tras abrirse camino entre los ríos de turistas, entró en la sala Botticelli. Una vez más, se plantó frente al cuadro de *La primavera* y examinó la figura de Mercurio.

Lo admiró, como siempre hacía, pero esta vez la admiración estaba teñida de tristeza.

Desplazó la mirada hacia Céfiro, el monstruo que flotaba entre los árboles. William había visto su discapacidad, pero no había tratado de arreglarla. Al contrario, le había dicho que no había nada que arreglar, que no estaba rota.

Durante su última conversación, él había hecho que pareciera que ella lo estaba abandonando por su propia discapacidad: el vampirismo.

Raven permaneció de pie en la sala con la mirada perdida, recordando la conversación que habían mantenido sobre ese tema mientras bailaban en la pista de Teatro.

«¿Por qué tuvo que comparar el vampirismo con una minusvalía? No es justo».

Como persona discapacitada que era, le daba mucha rabia.

Pero, si su visión del mundo era correcta y la normalidad no existía —es decir, si todos los seres, humanos y no humanos, tenían minusvalías de algún tipo—, debía admitir que William era tan discapacitado como ella. Ciertamente, existir sin poseer la facultad de amar era una discapacidad.

Raven empezó a sospechar que debería haber tratado a William con más compasión, haber sido más comprensiva. Debería haberlo tratado tal como deseaba que la trataran a ella.

Pero era muy difícil mostrarse comprensiva y compasiva con alguien que te negaba tus necesidades más básicas. Raven necesitaba amor. Se lo merecía. Y toda la compasión y la comprensión del mundo no podían sustituir al amor.

Suspiró y dio un paso hacia el cuadro.

Las diferencias entre *La primavera* de los Uffizi y la de casa de William eran asombrosas. Botticelli había añadido a Flora en la versión de los Uffizi. En el cuadro de William, Céfiro sólo agarraba a una asustada Cloris.

La versión de William no mostraba un final feliz, tal vez porque él no había tenido uno. Había capturado a Allegra, sin amor pero tal vez con afecto. Y, cuando ella se había dado cuenta de quién había apresado su corazón, se había suicidado.

Siglos más tarde, había capturado a Raven. Ella lo amaba, pero no se había quedado a su lado. No se había convertido en su Flora.

El final feliz de William seguía rehuyéndolo.

Sin duda, con el tiempo encontraría a alguien más. Encontraría a otra

Cloris en Aoibhe o en otro ser humano. Y el ciclo se repetiría.

Eternamente.

«No ser capaz de amar a nadie. Qué existencia tan triste».

Mientras examinaba el cuadro, Raven reflexionó sobre su propia existencia.

Su futuro se parecería mucho a su pasado, lleno de trabajo duro pero gratificante. Con pocos amigos, pero de los buenos. Tal vez volvería a haber algún Bruno, o algún Roberto, pero no volvería a haber otro William.

«Podría volver con él...».

Con tan sólo planteárselo, su corazón se desbocó y el dolor que sentía en medio del pecho se calmó temporalmente.

Pero el espectro de la desesperación aparecía cada vez que se planteaba pasar el resto de su vida con alguien que sólo la veía como a una compañera sexual. Alguien por quien sentía un poco de afecto, como el que se siente por una mascota.

«Tal vez el amor se limite a eso: sexo y afecto».

Pero incluso mientras estaba pensándolo, sabía que había algo más. Esa absoluta desnudez de mostrarse vulnerable ante tu amante, confiando en que no va a usar esa vulnerabilidad para destruirte. La confianza de compartir secretos, sabiendo que no van a traicionarte. El sacrificio de seguir amando a pesar de saber que puedes resultar herido.

Raven deseaba todas esas cosas, pero él no había sido capaz de dárselas. Tal vez nunca lo haría. O tal vez algún día encontraría a alguien a quien pudiera amar.

En cualquier caso, ella ya no podía dar marcha atrás.

Tras susurrarle unas palabras de despedida a la figura de Céfiro, salió lentamente de la sala.

54

Después de su fiesta de cumpleaños, el 5 de julio, Raven volvió a su apartamento muy tarde.

Llevaba un vestido de color verde intenso que se había autorregalado. El cuello dejaba al descubierto las clavículas y parte del escote. La falda acampanada le sentaba muy bien.

La noche había sido muy agradable. Gina y Patrick habían sido unos perfectos anfitriones. No había faltado comida, ni música ni risas.

Había conocido a Roberto y habían entablado una conversación sobre literatura italiana en general y sobre el agudo ingenio de Boccaccio en particular. Luego ella lo había acompañado a su casa en la Vespa antes de seguir su camino hasta Santo Spirito.

Entró en casa y se encerró por dentro. Tiró la mochila al suelo y encendió la luz.

Miró hacia la cocina y soltó un grito.

William estaba sentado en una de las sillas, esperándola. Como de costumbre, iba vestido completamente de negro y la estaba mirando con cautela.

Raven se llevó la mano al pecho.

—¿Qué haces aquí?

—Tenía entendido que hoy era tu cumpleaños —respondió con una discreta sonrisa.

Raven se apoyó en la puerta de la entrada. Tenía el cuerpo en tensión y agarraba el bastón con mucha fuerza.

—¿Por qué estás ahí sentado a oscuras?

La sonrisa de William desapareció por completo.

—Siempre me he sentido cómodo en las sombras. —Rompió el contacto visual, como si no supiera cómo interpretar la reacción de Raven. Se metió la mano en el bolsillo, incómodo.

Verlo así, sin su arrogancia habitual, le llegó al corazón.

—Lo siento —murmuró ella.

Sus palabras eran sinceras: lo sentía. Sentía muchas cosas, una de ellas, verlo tan solo.

Al notar la franqueza en sus palabras, William alzó la cara. Una brizna de optimismo asomó a sus ojos, lo que casi rompió el corazón de Raven.

Se levantó y avanzó hacia ella despacio, dirigiéndole una mirada ardiente. Por un momento pareció que iba a tocarle la cara, pero bajó las manos en el último instante.

—Ese vestido te sienta muy bien —dijo—. Estás muy guapa.

—Gracias.

—Te he traído regalos.

Ella frunció el ceño y, tras apartarlo de su camino, se dirigió a la cocina, buscando el apoyo de la encimera.

William empezaba a recordarle a un disco rayado. En el pasado había intentado convencerla para que se quedara a su lado hablándole de sus riquezas. Y ahora volvía a hacer lo mismo.

Se sintió insultada. Y lastimada.

—Tus posesiones no me interesan.

—Por favor —dijo él en voz baja, casi suplicándole.

Raven lo miró a la cara sorprendida. Estaba segura de que era la primera vez que lo oía pronunciar esas palabras.

Trató de suavizar su postura, para que no se notara tanto que estaba a la defensiva.

—Has sido muy amable acordándote de mi cumpleaños, pero estás haciendo que todo sea más difícil.

—No creo que pueda haber nada más difícil que este último mes —replicó él con solemnidad.

Ella alzó una ceja.

—Lo digo muy en serio, Raven. Sé lo que es sufrir una pérdida irreparable, aunque eso no fue nada comparado con perderte a ti.

Ella levantó la mano para hacerlo callar.

—William, por favor, yo...

—Quiero enseñarte una cosa. Y, luego, me gustaría darte un regalo. Después, no volverás a verme más.

Raven sintió un profundo dolor que le atravesó el cuerpo como una lanza. Verlo, oírlo y recordar que ya no estaban juntos era casi insoportable.

Él le estaba dirigiendo una mirada de lo que parecía ser esperanza. Una esperanza contenida, pero esperanza al fin y al cabo.

Y Raven no podía acabar con ella.

—De acuerdo —suspiró resignada—. Pero no ha cambiado nada. Necesito que lo entiendas.

Él se acercó, le tomó la mano con delicadeza y se la llevó al corazón.

—Todo ha cambiado —susurró.

Su mirada era tan intensa como siempre, pero en sus ojos había algo que no había visto antes.

—¿Qué ha cambiado, William? Dímelo —insistió ella.

—Preferiría enseñártelo. —Le besó la palma de la mano—. Deja el bastón. Esta noche volarás conmigo.

Raven se apoyó en su pecho, maldiciéndose para sus adentros por reaccionar así. Luego apartó la mano, dejó el bastón contra la encimera y lo siguió hasta la ventana del dormitorio.

William la sujetó con el brazo izquierdo, agarrándola con fuerza mientras saltaba por la ventana y la subía hasta la azotea. Una vez allí, empezó a correr. Fueron saltando de edificio en edificio y sólo bajaron al suelo para cruzar el puente Santa Trinita.

Raven se aferraba a él con fuerza. La velocidad era a la vez vertiginosa y estimulante. La suave brisa de la medianoche le arrojaba el pelo contra la cara. Ella se lo apartaba constantemente, ya que no quería que nada le tapara la visión.

Escalaron otro edificio cercano al puente y volvieron a volar sobre los tejados de la ciudad.

—¿Adónde me llevas? —La voz de Raven rompió el silencio.

William se detuvo en uno de los edificios que había frente al campanario de Giotto.

—Quiero mostrarte mi ciudad.

Ella miró hacia abajo. Vio las tejas rojas que cubrían los edificios, los espacios abiertos, a los lugareños y a los turistas que caminaban por las calles.

—Es increíble —susurró.

—Desde la cúpula de Brunelleschi la vista es todavía mejor. —William señaló la majestuosa estructura que se alzaba ante ellos.

Raven le dirigió una mirada escéptica.

—Es terreno sagrado.

Él se volvió para mirarla.

—El terreno sagrado me afecta igual que la luz del sol. Es una molestia tolerable.

—Las reliquias no te afectan...

—Eso no es verdad.

—Me diste una reliquia. La tocaste con las manos.

Él titubeó.

—Hay unas cuantas piezas, que provienen del mismo suministrador, que no me afectan. Pero hay otras reliquias que me provocan dolor, igual que el agua bendita. Aunque no es en absoluto comparable al efecto que causan en mis congéneres.

—Por eso se te veía angustiado cuando los cazadores agitaban las cruces ante ti. ¿Te causan dolor físico?

—Sí. —Él se revolvió un poco—. Pensaba que no te habías dado cuenta.

—Claro que me di cuenta, William —lo reprendió ella—. Eres importante para mí.

—¿Ah, sí?

Ella apartó la cara. Su tono de voz, sincero y casi optimista, le resultaba insoportable.

—Siempre serás importante para mí —replicó—. Pero te pedí que compartieras tus secretos conmigo y no lo hiciste. Ahora es demasiado tarde.

Él le tomó un mechón de pelo y se lo enroscó alrededor de un dedo.

—Tenías razón. Los secretos son una muralla. Sirven para mantener a los demás apartados, pero no funcionan contigo. Y nunca lo harán.

Sin darle la oportunidad de responder, la apretó contra su costado y saltó

con ella al suelo. Y, en cuanto estuvieron allí, echó a correr a toda velocidad hasta el muro de la iglesia.

Con la habilidad que da la práctica, William escaló la pared con una mano. Su figura era un espectro en la oscuridad, con un parche verde bajo su otro brazo.

Raven cerró los ojos mientras escalaban. No quería ver cómo la seguridad del suelo se alejaba cada vez más.

Finalmente llegaron a lo más alto y se detuvieron bajo el globo dorado y la cruz.

William estaba a su espalda, rodeándole la cintura con los brazos para mantenerla a salvo. A Raven le pareció que le acariciaba el pelo con la nariz.

—Es precioso —musitó, sin saber hacia dónde mirar primero.

Desde ese lugar privilegiado, veía las estrellas parpadeando sobre sus cabezas, las criaturas que caminaban por las calles tan pequeñas como si fueran hormigas y la espectacular vista de la ciudad mágica que se extendía a su alrededor en todas direcciones.

Si miraba más allá del río hacia el piazzale Michelangelo, veía la copia iluminada del *David*. Y, si seguía avanzando con la vista en esa dirección, llegaba a la colina donde se encontraba situada la villa de William.

—Estamos muy altos.

—Desde aquí se tiene la mejor vista de la ciudad. Vengo todas las tardes a ver la puesta de sol, aunque nunca lo había compartido con nadie.

Raven bajó la vista al suelo, pero enseguida levantó la cabeza y cerró los ojos.

A William no le pasó por alto su reacción. El corazón se le aceleró, igual que la respiración. La ansiedad le salía casi por los poros. La atrajo hacia su pecho y la abrazó con más fuerza.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Mi padre se cayó de un tejado.

William se tensó.

—Lo había olvidado. Esto no ha sido una buena idea. —En su voz, Raven percibió que se arrepentía de haberla llevado allí, pero también que se sentía decepcionado.

—Espera. —Quería empaparse de la vista un poco más, sabiendo que

nunca volvería a verla.

William permaneció inmóvil, aunque su mirada fue a parar al campanario de Giotto. Se aferró a Raven aún con más fuerza. Podía soportar muchas cosas, pero no perderla.

La idea lo martirizaba.

—Deberíamos marcharnos —señaló.

Raven se volvió para mirarlo.

—¿Qué pasaría si uno de los otros te viera aquí?

Él cambió el peso de pie.

—Se darían cuenta de que el terreno sagrado no es un impedimento para mí. Y, cuanto más poderoso me vean, más ganas tendrán de matarme.

—Entonces ¿por qué te arriesgas?

William permaneció en silencio durante unos momentos, como si estuviera eligiendo cuidadosamente las palabras.

—Has traído la belleza a mi mundo. Yo he querido hacer lo mismo por ti, aunque sólo fuera por una noche.

Un sonido angustiado escapó de los labios de Raven. La distancia que la separaba del suelo fue la única razón por la que no se apartó de él.

—No me tortures.

—Es la verdad. Durante años he creído que mis días y mis noches estaban llenos de belleza. Objetos hermosos, una ciudad hermosa y, de vez en cuando, hermosas mujeres. Pero entonces apareciste tú y me di cuenta de que estaba equivocado.

Raven cerró los ojos.

—Tenemos que irnos. Me duele estar aquí y no quiero que corras peligro.

—Siento causarte dolor. Nos iremos enseguida. —Le frotó la mano—. Pero por mi seguridad no te preocupes. ¿Qué pueden hacerme? Ya me han quitado lo único que me importaba.

—Y ¿qué era?

—Tú.

Ella negó con la cabeza.

—Te di mi corazón y tú me lo devolviste como si no valiera nada.

—No es verdad —le dijo él al oído—. Lo valoro mucho, igual que te valoro a ti. Ya lo sabes.

—No importa. No pienso resignarme a una vida de tristeza al lado de alguien que no es capaz de amarme.

—Eres la única persona a la que quiero.

Raven se revolvió ligeramente entre sus brazos.

—Llévame a casa.

—Un momento. No te pido más. Por favor. —William se forzó a sonreír—. Me he aprendido un poema para ti. ¿Lo conoces? «Cupido, de su herida y de su enfermedad ya curado, / no pudiendo soportar más la ausencia de Psique, / por la ventana de la habitación donde cautivo estaba / se ha escapado. Y (tras recibir las alas) ha volado».

—Apuleyo.

—Sí.

—Hablas con acertijos.

—Sólo porque el lenguaje se me queda corto.

—¿Tratas de decirme que te has curado de tu enfermedad? —preguntó Raven, temiendo su respuesta.

—La única cura para el vampirismo es la muerte. Pero he descubierto la cura para la insensibilidad. —Le dio la vuelta entre sus brazos y la miró solemnemente—. El calor de un corazón puro, por ejemplo. Pero también el asombroso dolor de la pérdida.

A continuación, guardó silencio, con los brazos alrededor de su cintura.

—Mis recuerdos de la época humana están borrosos —prosiguió al cabo—. Todos nos quejamos de lo mismo. Los recuerdos están almacenados en el cerebro. Cuando nuestra biología cambia, el cerebro también. Y afecta a nuestra capacidad de acceder a esos recuerdos.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Estoy tratando de compartir un secreto contigo.

Raven se tensó al notar su incertidumbre. Apoyó una mano en la suya.

Cautelosamente, él enredó los dedos con los de ella.

—Todo el mundo, incluso Aoibhe, cree que soy inglés, pero no es verdad. No soy anglosajón. Soy normando. Mi nombre es William Malet. Me pusieron ese nombre en honor a uno de mis antepasados, que luchó junto a William el Conquistador en la batalla de Hastings. Mi familia vivió en York durante el siglo XIII y allí nací yo. Mi lengua materna fue el francés

anglonormando. Fui el mayor de una familia noble. Mi destino había sido decidido desde mi infancia, pero me enamoré de Alicia, la hija de un comerciante.

William contempló la ciudad a sus pies con una expresión atormentada.

Raven le apretó la mano para sacarlo del trance en el que había caído.

Él bajó la mirada hasta sus manos unidas.

—Mi familia se opuso al enlace, tanto por la diferencia de clase como por el origen anglosajón de Alicia. Pero éramos jóvenes y estábamos enamorados. No le dimos importancia a nuestras diferencias.

»Decidimos desobedecer a mi padre y escaparnos. Se suponía que Alicia debía reunirse conmigo en York una noche para huir juntos. Pero no apareció. Fui a buscarla y, tras horas de búsqueda, la encontré junto a la muralla. —William maldijo en voz baja—. Estaba viva, pero le quedaba poco tiempo. Se había encontrado con un grupo de hombres mientras iba en mi busca. Abusaron de ella y la destrozaron por dentro. Murió entre mis brazos.

—Lo siento mucho. —Raven le apretó la mano con fuerza.

El rostro de William mostraba la tortura que le suponía hablar de ello.

—Era virgen. Estábamos prometidos en secreto. Sufrió tanto... —Volvió a maldecir—. Debería haber ido a buscarla a casa de su padre y no obligarla a recorrer las calles sola. O haber dejado que se casara con otro hombre y viviera feliz.

—La amabas —dijo Raven en voz baja—. Y, por lo que me cuentas, ella te amaba a ti. No podías saber lo que iba a suceder.

—El caso es que murió. —William se obligó a seguir hablando—. Traté de vengar su muerte, pero no logré descubrir a los culpables. Mientras tanto, mi padre arregló las cosas para que me casara con la hija de una familia normanda. Era un acuerdo político y económico, como la mayoría de los matrimonios en aquella época.

»Yo no quería casarme con nadie, y menos aún con una aristócrata malcriada a la que no había visto nunca. Furioso y desesperado, me fui de casa de mi padre y me instalé en Oxford. Poco después, los dominicos me aceptaron. Empecé a estudiar en la universidad y más tarde me fui a París.

—¿Era hermosa?

William le apretó la mano.

—Mucho. Tenía el cabello cobrizo. Nunca he vuelto a ver un pelo así. Era amable y muy dulce. Me enamoré de ella la primera vez que la vi.

Se aclaró la garganta.

—Cuando Alicia murió, mi capacidad de amar murió con ella. Me convertí en novicio e hice voto de castidad. Mi intención era ordenarme sacerdote.

Alzó los ojos hacia Raven y le dirigió una mirada ardiente.

—Cuando te vi aquella noche, contra la pared, recibiendo los golpes de aquella panda de animales, me recordaste a ella, a aquella muchacha hermosa y amable. Ibas a morir por haber andado sola por la noche. No podía permitirlo.

»Aoibhe y algún otro de los míos nos encontraron. Tu sangre es muy dulce y querían que te compartiera con ellos. Pero ya en aquel momento había decidido no alimentarme de ti. Les dije que eras mía y te saqué de allí.

—William —susurró—, gracias por tener misericordia de mí.

Él se tensó.

—La palabra *misericordia* no está en mi vocabulario.

—Pero actuaste con misericordia. Y honraste su memoria al salvarme la vida.

—Tal vez te salvara la vida, Cassita, pero te perdí igualmente.

La desesperación que ella oyó en su voz la hirió y al mismo tiempo la molestó.

Se soltó de su mano.

—Me perdiste porque no me amas.

—Te equivocas. —Él la atrajo hacia sí y le dirigió una mirada honesta—. Me he pasado este último mes esperando, pensando que lo que sentía por ti perdería intensidad. Si mi capacidad para amar hubiera muerto con Alicia o si hubiera desaparecido al convertirme en vampiro, podría haberte olvidado.

»Pero no he podido. Cada mañana y cada tarde las he pasado pensando en ti: en tu cara, en tu sonrisa, en tu persona. Me preguntaba qué estarías haciendo, si estarías a salvo, si estarías interponiéndote entre alguien y su atacante.

Volvió a tomarle la mano y se la besó, acariciándole la línea de la vida con el pulgar.

—Tu nombre te va muy bien, Raven. Eres como los cuervos: hermosos, oscuros y sin miedo a nada. Llevo siglos de luto, pero nada me había afectado tanto como perderte.

—No has sido el único que lo ha pasado mal. —Raven tragó saliva para contener la emoción que la embargaba.

—Perdóname. —Él le apoyó la mano en la mejilla—. He venido a buscarte porque no podía permitir que la luz de mi existencia se extinguiera sin verte una última vez.

—Cuéntame.

—Me faltan las palabras, en cualquier idioma.

—Sólo dilo. —Raven se puso de puntillas y le acarició la cara—. Di lo que sientes, William. Sé valiente.

Él le rodeó la muñeca con los dedos, atrapándola.

—Cuando te hablé de esperanza la noche que te llevé al Consilium, esperaba que vieras más allá del atroz contrato que, como un idiota, te estaba ofreciendo. Esperaba que te quedaras conmigo y fueras mía porque me querías tan desesperadamente como yo a ti.

Ella le dirigió una mirada triste.

—Perteneceemos a mundos distintos.

—Tal vez juntos podamos crear un mundo nuevo.

—Sólo si ponemos en peligro tu ciudad. Y a ti con ella.

Él inspiró hondo, mirándola fijamente.

—Y ¿qué me importan mil ciudades si no estás conmigo?

Raven lo miró fijamente. En sus ojos, más oscuros de lo normal, vio desesperación. Sintió que la agarraba con más fuerza por la muñeca.

—¿Estás seguro?

—Si te pierdo, lo perderé todo. Eres lo único bueno de mi mundo.

—Llevas mucho tiempo solo. Sufriste una gran pérdida —dijo ella suavemente—. Puedo entender que te cuesta contar secretos, pero el amor debe ser compartido. No admite secretos.

—No los admite —reconoció él con fiereza.

—Pues dímelo.

William le besó la frente.

—*Je t'aime.*

Raven saboreó el momento, dejando que las viejas palabras se le grabaran a fuego en la conciencia.

Lo miró estudiando su expresión, sus ojos, su postura. Era obvio que era sincero y que no estaba seguro de cómo ella recibiría su declaración.

Raven respondió uniendo sus labios en un beso.

Él se lo devolvió con intensidad pero con reverencia al mismo tiempo. Su boca buscaba desesperadamente la conexión entre ellos.

Cuando al fin se separaron, William juntó sus frentes.

—No sabía lo que era la oscuridad hasta que te perdí.

—Pero has vuelto a encontrarme. Yo también te quiero.

William volvió a besarla, esta vez más apasionadamente. Fue bajando las manos por su espalda hasta llegar a las nalgas. Luego, con una sonrisa endiablada, le rodeó la cintura con el brazo.

—Agárrate fuerte —le ordenó.

Ella se aferró con fuerza a su cuello.

—¿Adónde vamos?

—A celebrarlo, amándonos mutuamente con nuestros cuerpos. —William le dio un apretón en la cintura.

Raven bajó la vista al suelo.

—Aquí no, espero...

Él se echó a reír.

—No, te aseguro que aquí no. Ni siquiera yo me atrevería a unirme a ti sobre terreno sagrado. —Y, susurrándole al oído, añadió—: Conozco otro lugar que creo que te gustará.

Tras agarrarla con más fuerza, el Príncipe saltó hasta una semicúpula situada un poco más abajo antes de descender de la gran estructura de piedra.

55

Desde el terrado de la *loggia* dei Lanzi se ve el palazzo Vecchio, los Uffizi y la hermosa y espaciosa piazza della Signoria. También se ve la cúpula de la catedral de Brunelleschi elevándose en la distancia.

Pero Raven y William no la veían.

Estaban perdidos uno en brazos del otro, besándose apasionadamente contra una pared.

—No me puedo creer que estés entre mis brazos —murmuró él, acariciándole el cuello.

Raven suspiró de placer y le devolvió el abrazo con ganas.

La lengua de William jugueteó con sus labios, deslizándose en su boca un instante antes de retirarse. Disfrutaba mucho de la respuesta de ella, que le devolvía sus caricias de igual a igual.

El cuerpo de la joven estaba pegado a la pared por detrás; al pecho de William por delante.

La mano de él rindió homenaje a la clavícula de Raven, acariciándole la piel y resiguiendo la línea del escote.

Ella se estremeció de deseo. Tenía la mente y el corazón llenos de William, que la amaba de verdad, por completo, tal como era.

Trató de verter todo su amor y cariño en sus entusiastas caricias, mientras le rozaba los anchos hombros y los músculos que abultaban las mangas de la camisa antes de pasar a admirar los planos de su pecho.

Con un gruñido, William unió sus caderas.

Ella le arañó la cabeza, sonriendo contra su boca ante su reacción gutural.

Él le mordisqueó el labio inferior y le besó la mandíbula mientras se apretaba con más fuerza contra su cuerpo.

—¿Tienes frío? —Se apartó un poco para verle la cara.

—Estamos en julio —respondió ella sonriendo.

Él apoyó la mano en el muro, junto a su cadera.

—No percibo la temperatura igual que un humano. La piedra a tu espalda debe de estar fría.

—No lo siento. Sólo te siento a ti.

Ladeando la cabeza, Raven dejó el cuello expuesto. Él le apartó la melena negra para succionarle la piel delicadamente.

—Bebe de mí —susurró ella.

Él le recorrió el cuello con los labios hasta llegar al hombro.

—No.

—¿Por qué no?

William alzó la cabeza. Aunque era de noche, Raven se dio cuenta de que estaba preocupado.

—Eres exquisita y te deseo, pero lo que estamos compartiendo esta noche es otro tipo de sustento. —Jugueteó con su pelo, contemplando cómo los largos mechones se le deslizaban entre los dedos.

—Pero yo te amo, y quiero ofrecértelo.

Él le besó el pelo antes de soltarlo. A continuación, la agarró por la cintura y la levantó del suelo. Ella le rodeó las caderas con las piernas.

—Déjame amarte, Raven, con el corazón.

Ella pestañeó con fuerza para mantener las emociones a raya. No era el momento de echarse a llorar, justo cuando él le estaba ofreciendo lo que siempre había deseado.

Lo besó apasionadamente mientras él paseaba la mano desde su pecho hasta las costillas. De allí pasó a las caderas. Ella contuvo el aliento mientras le levantaba la falda y le apoyaba la mano en la parte externa del muslo.

Le trazó unos círculos en la piel y le apretó las caderas. Con un dedo, le recorrió el borde de la braga antes de descender entre sus piernas.

Ella gimió de placer al notar el contacto por encima de la seda. Un instante después, la prenda había desaparecido y él la estaba acariciando directamente, sin barreras.

Raven le buscó la oreja para suplicarle:

—Por favor.

William deslizó entonces la mano entre sus cuerpos para desabrocharse el pantalón. Luego, con los ojos fijos en ella y un sonido propio de un animal salvaje, se clavó en su interior. Raven se aferró a los hombros del Príncipe, concentrándose en la agradable sensación.

Sus movimientos no eran lentos; las embestidas eran profundas. Además de sujetarla, William usaba también las manos para apretarle las nalgas. Ella flexionó las caderas, tratando de sentirlo todavía más adentro.

Lo abrazó, frotando su pecho contra el de él.

William le murmuraba al oído. Los gemidos y los jadeos de Raven lo excitaban cada vez más.

Él la penetraba cada vez más profundamente, más deprisa, con movimientos febriles.

Raven no pudo seguir manteniendo los ojos abiertos. Se centró sólo en los sentimientos que él le despertaba; en cómo, con cada movimiento, con cada embestida, la enviaba más y más alto, camino de la felicidad.

Le clavó los tacones en las nalgas mientras se aferraba a él con los muslos, incapaz de hablar.

De pronto, contuvo el aliento y lo soltó un instante después, gritando.

Su cuerpo se tensó mientras él seguía penetrándola y girando las caderas. Sólo cuando Raven se desplomó sobre él, con la cara escondida en su cuello, William se permitió alcanzar el orgasmo.

La primera palabra que pronunció fue su nombre.

Ella respiraba trabajosamente. El corazón le latía desbocado.

William escuchaba orgulloso los rítmicos y todavía no demasiado familiares sonidos del cuerpo de su amante, sabiendo que él era quien le había provocado esas reacciones.

Durante lo que pareció una eternidad, una joven y un vampiro centenario se abrazaron desesperadamente en un terrado con vistas a los Uffizi.

Nadie habría dicho que hacían buena pareja y, sin embargo, ambos estaban convencidos de que estaban hechos el uno para el otro.

El corazón de Raven estaba colmado; su mente, relajada; su cuerpo, satisfecho.

—Y ahora que me has dado tu regalo, yo quiero darte el mío. —William le acarició la mejilla con los ojos brillantes.

Ella le apoyó una mano en el pecho, sobre el corazón. Sintió el ritmo extraño bajo la palma y un silencio que asustaba.

—Este es el único regalo que quiero —repuso.

—Ya lo tienes. —William le tomó la mano y le besó todos los dedos, uno a uno—. Pero el otro regalo que tengo para ti también te gustará.

La depositó en el suelo, sosteniéndola porque aún tenía las piernas temblorosas.

Se recolocó los pantalones y se sacó un pañuelo del bolsillo. Sin dejar de sujetarla con un brazo, le levantó la falda y le puso la tela entre las piernas.

Raven se apoyó en él y suspiró.

—Ese es mi regalo —dijo ella en voz baja—. Por cómo me tocas, sé que me quieres. Pero si te apetece decírmelo, me encantará oírlo.

—Te quiero —susurró él—. *Defensa.*

Raven sonrió con la cabeza apoyada en su hombro.

—Ese nombre es nuevo. Ya no soy una alondra herida; ahora soy protectora.

—Siempre has sido protectora. —William le besó la frente antes de trazar con un dedo la cicatriz que la cruzaba—. Una vez me dijiste que nadie te defendía. Esta noche lo haré yo.

—¿Qué? —Raven se apartó un poco para mirarlo confundida.

William apartó el pañuelo.

—Te prometí justicia. Y yo siempre cumplo mis promesas.

Una oleada de ansiedad amenazó con ahogar a Raven.

—William, ¿qué has hecho?

Él le dirigió una sonrisa perezosa.

—Todavía nada, pero voy a hacerlo. Ven.

La agarró con fuerza y de un salto se plantó en el tejado del edificio, desde donde la pareja se perdió en la noche como una voluta de humo.

Glosario de términos y nombres propios

(Aviso: esta lista contiene *spoilers*)

Agente Savola: Agente de la Interpol asignado a Florencia.

Alimento: Término despectivo que los vampiros usan para referirse a los humanos que se ofrecen como fuente de alimentación para los seres sobrenaturales.

Allegra: Mujer del siglo XV y amante del Príncipe.

Ambrogio: Criado de William York.

Angelo: Indigente amigo de Raven Wood.

Antiguos: Clase especial de seres sobrenaturales que, tras haber pasado setecientos años en su estado, disfrutan de un tremendo poder y habilidades especiales.

Aoibhe (pronunciado *A-vah*): Miembro femenino del Consilium, de ascendencia irlandesa.

Carolyn (Cara) Wood: Hermana menor de Raven. Trabaja como agente inmobiliaria en Miami, Florida.

Cazadores: Humanos que cazan y matan seres sobrenaturales con finalidad comercial.

Consilium: Consejo de gobierno del principado de Florencia. Consta de seis miembros: Lorenzo, Niccolò, Aoibhe, Ibarra, Maximilian y Pierre. El Príncipe es miembro *ex officio*.

Curia: Enemigos de los seres sobrenaturales.

Dottore Vitali: Director de la galería de los Uffizi. Aparece en la saga Gabriel.

Gabriel Emerson: Profesor especialista en Dante que da clases en la

Universidad de Boston. Es el dueño de un famoso conjunto de ilustraciones de Botticelli sobre la *Divina comedia* de Dante que prestó a la galería de los Uffizi en 2011. Su historia se cuenta en la saga Gabriel, que consta de los títulos *El infierno de Gabriel*, *El éxtasis de Gabriel* y *La redención de Gabriel*.

Gina Molinari: Amiga de Raven Wood que trabaja en los archivos de la galería de los Uffizi.

Giuseppe Pacciani: Profesor especialista en Dante de la Universidad de Florencia. Su historia se cuenta en la saga Gabriel.

Gregor: Ayudante personal del Príncipe.

Ibarra: Miembro vasco del Consilium y jefe de seguridad del principado de Florencia.

Ispettore Batelli: Inspector de policía de Florencia.

Julia Emerson: Estudiante de doctorado en la Universidad de Harvard. Está casada con Gabriel y, como su esposa, es copropietaria de las ilustraciones de Botticelli.

Katherine Picton: Especialista en Dante retirada y antigua profesora en la Universidad de Toronto. Su historia se cuenta en la saga Gabriel. Es amiga de los Emerson.

Lorenzo: Miembro de la familia Medici y segundo al mando del principado de Florencia. También es miembro del Consilium.

Lucia: Esposa de Ambrogio y criada de William York.

Luka: Criado de William York.

Marco: Criado de William York.

Marcus: También conocido como Príncipe de Venecia. Antiguo gobernante del principado sobrenatural de Venecia, actualmente fallecido.

Maria: Niña con necesidades especiales que vive en el orfanato franciscano de Florencia. Aparece en *La redención de Gabriel*.

Maximilian: Miembro prusiano del Consilium.

Medici: Famosa familia que gobernó en Florencia durante el Renacimiento.

Neófitos: Seres sobrenaturales que aún no han cumplido los cien años en su nuevo estado.

Niccolò: Florentino ilustre y miembro del Consilium. Jefe de inteligencia

del principado de Florencia.

Padre Kavanaugh: Antiguo director de la Covenant House en Orlando, Florida, y amigo de Raven Wood.

Patrick Wong: Ciudadano canadiense y amigo de Raven Wood. Trabaja en los archivos de la galería de los Uffizi.

Pierre: Miembro francés del Consilium. Supervisa la seguridad y colabora con la red de inteligencia humana y con los distintos cuerpos policiales.

Príncipe: Máxima autoridad del principado de Florencia, la sociedad de seres sobrenaturales que habita en el inframundo.

Profesor Urbano: Director del equipo de restauración que está trabajando en *El nacimiento de Venus*. Supervisor de Raven Wood.

Raven Wood: Ciudadana estadounidense y restauradora que está realizando sus estudios de posgrado en la galería de los Uffizi.

Reclutas: Nuevos seres sobrenaturales que anteriormente habían sido humanos.

Red de inteligencia humana: Grupo de seres humanos contratados para que faciliten información a los seres sobrenaturales. También cumplen funciones de seguridad y llevan a cabo misiones específicas.

Romano: Gobernante del principado de Roma y máxima autoridad del reino de Italia, que incluye todos los principados italianos.

Salvajes: Seres sobrenaturales que viven y cazan solos. Muestran un comportamiento brutal, propio de los animales.

Simonetta: Princesa de Umbría.

Stefan: Médico sobrenatural de origen francocanadiense.

Venecianos: Seres sobrenaturales que viven en el principado de Venecia.

William York: Millonario florentino y mecenas de la galería de los Uffizi. Hace una breve aparición en *La redención de Gabriel*.

Agradecimientos

Estoy en deuda con Sandro Botticelli y con el incomparable espacio que es la galería de los Uffizi. También con los ciudadanos de Florencia, que me ofrecieron su hospitalidad y además inspiración.

Me he tomado la licencia de situar el laboratorio de restauración de Raven en los Uffizi, aunque las restauraciones de ese tipo se llevan a cabo en los laboratorios del Opificio.

Las citas de *El asno de oro* de Lucio Apuleyo corresponden a la traducción de William Adlington, presentada en el Proyecto Gutenberg.

Le doy las gracias a Kris, que leyó un primer borrador de la obra y ofreció críticas constructivas muy valiosas. También a Jennifer y a Nina, por sus comentarios y su apoyo.

Me ha encantado trabajar con mi editora, Cindy Hwang. También quiero dar las gracias a Tom Guida por su sabiduría y su energía. Y gracias a los equipos de edición y diseño que trabajaron en todas las fases del libro, tanto del interior como de la cubierta.

Mi publicista, Nina Bocci, trabaja incansablemente promoviendo mis obras y ayudándome con las redes sociales, lo que me permite mantenerme en contacto con los lectores. Es un honor formar parte de su equipo.

Elizabeth de Vos, Bee W., Elena, Becca, Ellie, Heidi, Tiffany y Chris también contribuyeron, cada uno dentro de su área de experiencia. Gracias.

Asimismo, me gustaría dar las gracias a todos los que me han apoyado, especialmente a las Musas, Erika, Argyle Empire, y a las lectoras de todo el mundo que llevan los grupos de SRFans en las redes sociales.

Por último, quiero dar las gracias a mis lectores y a mi familia. Gracias a vuestro inestimable apoyo, volveremos a Florencia a vivir una nueva

aventura.

S. R.
Ascensión, 2014

Notas

[1] En latín significa «cuidado». (*N. de la t.*) <<